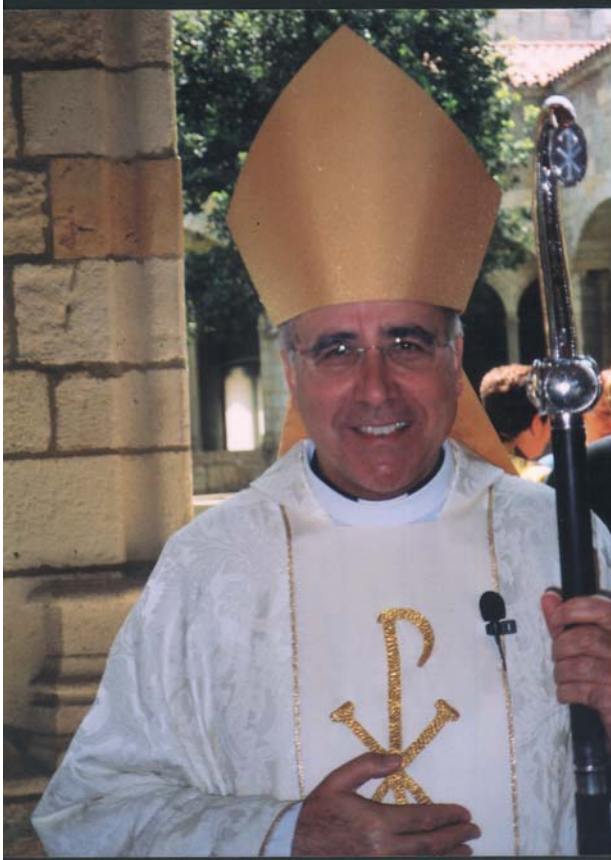


DON JOSÉ VILAPLANA BLASCO
XVI Obispo de Santander



MAGISTERIO
EPISCOPAL - 1
CARTAS PASTORALES
HOMILÍAS

INDICE

CARTAS PASTORALES

La cruz de Jesucristo es el árbol de la vida.....	5
Jesucristo, nuestra alegría.....	18
Con vosotros, todos los días.....	24
La Cruz, signo de vida.....	36

HOMILIAS

Funeral por los fallecidos en el atentado terrorista.....	49
Misa Crismal.....	51
A los jóvenes peregrinos a Santiago.....	57
En la solemnidad de la Asunción.....	59
En la fiesta de la Bien Aparecida.....	62
Misa Crismal.....	64
En las ordenaciones sacerdotales.....	68
En la fiesta de la Bien Aparecida 1994.....	73
En la apertura del Año Jubilar de Santo Toribio.....	76
En la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz.....	78
En la fiesta de la Bien Aparecida.....	82
En la fiesta de la Bien Aparecida	84
En el funeral de Miguel Angel Blanco	87
En la solemnidad de la Asunción	88
En la fiesta de la Bien Aparecida	91
Fiesta del Bautismo del Señor.....	94
Misa de acción de gracias por la Beatificación de la M. Carmen Sallés	95
En la Vigilia de Pentecostés	97
Solemnidad del Corques Christi	102
Fiesta de los Santos Mártires	103
Solemnidad de la Natividad del Señor	106
Semana Santa en la Catedral	108
En el 1700 aniversario del martirio de los Santos Emeterio y Celedonio	113

Misa de acción de gracias por la canonización de los beatos Román Martínez y Manuel Seco.....	119
En la apertura del Jubileo de la santa Cruz.....	123
Procesión del Corpus Christi.....	125
En la clausura del Jubileo de la Santa Cruz.....	128
Clausura del IV centenario de San Juan de la Cruz.....	132
En el funeral de D. Juan Antonio del Val Gallo.....	136
Bodas de Oro sacerdotales.....	139
XXV años del pontificado del Papa Juan Pablo II.....	141
500 años del voto de San Matías.....	145
Primer aniversario del fallecimiento de Mons. Juan Antonio del Val Gallo.....	148
Fiesta de la Sagrada Familia.....	151
En el funeral por la víctimas del atentado de Madrid.....	154
Misa Crismal 2004.....	156
Bodas de Oro y Plata sacerdotales.....	160
Vigilia de Pentecostés.....	164
En las ordenaciones sacerdotales.....	168
En la apertura del año diocesano y mariano.....	171
En la fiesta de San Román y San Manuel.....	175
En la ordenación de diáconos.....	178
En la celebración del 250 aniversario de la creación de la Diócesis...	181
En la Misa Crismal 2005.....	184
Bodas de diamante, oro y plata sacerdotales.....	188
En las sagradas órdenes.....	192
En la coronación canónica de la Virgen del Mar, patrona de Santan- der.....	196
Misa retransmitida por RNE desde el santuario de la Bien Aparecida	199
Celebración de Ntra. Sra. Bien Aparecida.....	201
Vigilia de la Inmaculada Concepción de María.....	205
Dedicación S.I. Catedral.....	209
Solemnidad de la Natividad del Señor.....	212
La Natividad del Señor.....	216
Fiesta de la Presentación del Señor.....	219
Miércoles de Ceniza 2006.....	221
Domingo I de Cuaresma.....	224
Domingo II de Cuaresma.....	226
Domingo III de Cuaresma.....	229

Fiesta de Ntra. Sra. de Lourdes, Dia del enfermo.....	232
Domingo de ramos 2006.....	235
Misa Crismal 2006.....	237
Jueves Santo.....	241
Viernes santo.....	243
Vigilia Pascual.....	245
Domingo de Pascua.....	247
Apertura año santo Lebaniego.....	250
Confirmación de adultos.....	254
La Ascensión del Señor.....	256
Solemnidad de Pentecostés.....	259
Virgen del Mar.....	262
Solemnidad del Apóstol Santiago.....	265
Asunción de Ntra. Señora.....	267
Despedida de nuestro obispo.....	270

CARTAS PASTORALES

LA CRUZ DE JESUCRISTO ES EL ÁRBOL DE LA VIDA

INTRODUCCION

Queridos hermanos y hermanas:

El Viernes Santo, el sacerdote que preside la celebración de la Pasión del Señor presenta la Cruz al pueblo, diciendo: "mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo". Nos hace una invitación no sólo a observar como espectadores el madero, sino a mirar con ojos de fe al Crucificado y a adentrarnos en el misterio de la Cruz de Cristo, que es misterio de amor y de salvación.

De la misma manera, con motivo del Año Jubilar de Santo Toribio de Liébana, deseo escribiros esta carta pastoral, que os ofrezco como una sencilla guía espiritual a todos los que peregrinéis al santuario que guarda la reliquia de la Santa Cruz, para que os encontréis con el Señor y gustéis el misterio de su amor entregado. También pienso en los que no podéis desplazaras, y deseo ayudaros a que hagáis una peregrinación de corazón, de manera que, contemplando a Cristo, el Crucificado, crezcáis también en fidelidad a El.

No se trata de una carta "acabada"; supone que el lector se interrogue, ore y busque; es como las simples rayas de un pequeño plano, que nos invitan a adentrarnos en la espesura del amor del que se entregó por nosotras. Es como los trazos de un boceto que nos llevan a trabajar juntos en el cuadro de nuestra vida cristiana, meditando el Evangelio y dejando que su luz alumbre nuestra realidad.

Desde pequeños, hemos aprendido que la Cruz es la señal del cristiano porque en ella murió nuestro Señor Jesucristo, mostrándonos así que nos amaba hasta el extremo.

El Evangelista Juan, al terminar el relato de la Pasión, nos dice que ha narrado esta historia "para que también vosotras creáis". El discípulo amado, recogiendo las palabras del Señor, afirma insistentemente en su evangelio que el que cree tiene vida eterna. Por eso, nos invita a mirar al que traspasa-

ron (Jn 19, 37) Y a creer en El, que es la Vida. Peregrinar para crecer en la fe, para pedir que se robustezca nuestra fe y la de nuestros hermanos, es lo mejor que podemos realizar en este Año Jubilar.

Con esta carta deseo ayudaros a tomar conciencia del gran amor con que Cristo nos ama. Este será el tema de la primera parte de la carta: la entrega del Señor, que dio su vida por nosotros. Esta primera parte debe suscitar en nosotros la pregunta *¿qué es lo que Cristo ha hecho por mí?*, a la vez que nos disponga a acoger en nuestra vida esa entrega que nos transforma.

La segunda parte estará centrada en la respuesta del discípulo, y la pregunta será: *¿qué es lo que yo hago por Cristo?* Se trata de una invitación a corresponder a su amor, siguiendo sus pasos y aprendiendo a dar la vida por nuestros hermanos.

Un Año Jubilar es un año de conversión y de revitalización de la vida cristiana. Como una pequeña ayuda en esta renovación, aceptad esta carta de vuestro obispo, que desea peregrinar a vuestro lado y compartir con vosotros el gozo profundo de saberse amado y salvado por Jesucristo.

I. LA ENTREGA DEL SEÑOR

"me amó hasta entregarse por mí..." (Gal. 2, 20)

LA CRUZ, SIGNO DE AMOR

"los amó hasta el extremo" (In 13, 1)

El cristiano sabe que su historia es una historia de amor que él no ha comenzado. Es Dios quien da siempre el primer paso: El nos amó primero. Por eso, la vida cristiana, antes que nada, es la aceptación gozosa de un don, de un regalo extraordinario que no hemos merecido, pero que se nos da gratuita y generosamente. Sin el reconocimiento y la acogida humilde y sincera del don, al cristiano le faltaría la raíz y el cimiento.

Lo más original de la experiencia cristiana es la alegría desbordante de saberse amado incondicionalmente por Dios Padre. "En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de El" dice Juan en su primera carta, y añade que "nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en El"

(Jn 4, 9 ss).

Nada puede transformar más radicalmente la vida de una persona que el amor. Cuando una persona se sabe querida realmente, no sólo cuando le valoran sus cualidades sino cuando se le ama también en sus debilidades y diferencias, entonces se reconoce como persona cuya vida tiene sentido. "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rom 5, 8).

Cada uno de nosotros se valora en la medida del amor que recibe. Por el contrario, cuando una persona no ha recibido cariño y afecto, frecuentemente carece de autoestima y entonces su base personal se hace frágil y no acierta a descubrir el valor y el sentido de su vida y la de los demás.

Los que se encontraron con Jesús, especialmente los más débiles, enfermos y menospreciados, se sintieron tan amados que acogieron su amor como "niños" y lo dejaron todo con tal de no perder este amor.

Esta es también la experiencia de todos los discípulos de Cristo a lo largo de la historia. Sus palabras y sus obras siguen siendo para nosotros una fuente de amor y de alegría.

Nada ha mostrado tan claramente este amor como la Cruz. Porque la Cruz manifestó este amor "hasta el extremo". Por eso, la Cruz se ha convertido en el signo más extraordinario y puro del amor: Cristo, en ella, entregó su vida por nosotros, sin reservarse nada. "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15, 13).

En nuestro mundo, en el que valoramos tanto la eficacia y el hacer, los cristianos tenemos el peligro de reducir nuestra vida a nuestras actividades, cuando en realidad lo que Cristo ha hecho por nosotros es lo más importante. Ser cristiano es acoger, con alegría y gratitud, lo que el Señor ha hecho por nosotros y tratar de vivir correspondiendo a este don.

¿Es esta experiencia el cimiento y la raíz de mi vida cristiana?

LA CRUZ, SIGNO DE UNIDAD

"Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12, 32)

La vida del cristiano no se reduce a una experiencia individual del

amor que ha recibido. La entrega de Cristo en la Cruz y las enseñanzas del Maestro nos llevan a una vida de hermanos. "Cristo murió para reunir a los hijos de Dios dispersos" (Jn 11, 52).

La dispersión es la consecuencia de la ruptura de las relaciones humanas. El odio y la indiferencia producen el distanciamiento entre pueblos y personas, creándose barreras y muros que son el signo frío de la insolidaridad.

El amor todo lo ata y lo recompone. El amor crea unidad. Por eso, de Cristo Crucificado dice Pablo que "rompió el muro que los separaba: el odio, haciendo de los dos un solo pueblo en El..." (Ef. 2, 13-17).

Muchos han visto, en las líneas de la Cruz, un signo de nuestra unión con Dios -línea vertical- y nuestra unión con los hombres -línea horizontal-. Es la expresión de lo que debe ser la comunidad eclesial. Así nos lo recordaba el Concilio Vaticano II: "La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1).

Leemos en la carta a los Hebreos que Jesús no se avergonzó de llamarnos hermanos. Nadie quedó fuera del amor del Crucificado. El entregó su vida por nosotros, nos hizo hermanos. Al hermano no se le elige, se le encuentra. Así como en nuestra familia a los hermanos los encontramos, porque nuestros padres nos han dado la vida a ellos y a nosotros, así en la experiencia cristiana lo que nos hace hermanos es la entrega de Cristo en la Cruz, que nos ha dado la vida y que expresa el amor del Padre por todos los hombres.

Jesús lloró sobre Jerusalén, porque no había podido reunir a sus hijos. "¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no habéis querido" (Mt. 23,37). y la víspera de su pasión oró intensamente por la unidad de sus discípulos "Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros" (Jn. 17,21).

La unidad es, ante todo, un don, un regalo que hemos de saber acoger y cuidar. Sin embargo, siempre está amenazada. Los cristianos hemos roto esta unidad y, así, somos una dificultad para la difusión del Evangelio y de la fe. Otras veces ponemos nuestras propias ideas, nuestras preferencias,

nuestra selección de personas, por encima de la unidad que se nos ha dado en la Cruz de Cristo, o nos aislamos, despreciando el don de ser pueblo de Dios, cuerpo de Cristo. Perdemos la gran alegría de vivir en comunidad.

¿Somos conscientes del don de poder vivir en comunidad fraterna con otros? O más bien, ¿consideramos a los demás como una "carga"?

LA CRUZ, SIGNO DE GRACIA

"inclinando la cabeza, entregó su espíritu" (fn. 19,30)

Ahora, en nuestros días, hablamos poco de gracia. Esta palabra se nos ha hecho un poco extraña; la hemos vinculado sólo a determinadas cualidades de humor y buen carácter de las personas. Sin embargo, dentro de la vida cristiana tiene una importancia fundamental: gracia significa la posibilidad de participar en la vida de Dios, que se nos ha regalado, no por nuestros méritos, sino por Su bondad y misericordia; ésta posibilidad nos la ha obtenido Jesucristo por su muerte en favor nuestro.

Cuando leemos atentamente la Pasión de Jesucristo según San Juan, nos damos cuenta de que el evangelista subraya unos datos muy significativos. Nos dice que Jesús "inclinando la cabeza entregó su espíritu"; esto significa que expiró, pero también que regaló su Espíritu a la Madre y al discípulo que, al pie de la Cruz, representaban a la comunidad y a sus seguidores. Dice, también, que "un soldado con la lanza atravesó el costado de Jesús y al punto salió sangre y agua".

Los Padres de la Iglesia han comentado este Evangelio comparándolo con el relato de la creación: de la misma manera que Dios sopló su aliento para que el hombre viviera, Cristo nos entrega su Espíritu para que nosotros participemos de la vida de Dios y recuperemos su imagen, borrada por el pecado. De la misma manera que Dios, del costado de Adán, formó a Eva, así del costado abierto de este nuevo Adán que es Cristo surge el agua, signo del bautismo, y la sangre, signo de la Eucaristía. Estos sacramentos darán vida y construirán la Iglesia. Los creyentes hemos nacido del costado del Señor y participamos de su vida. El nos hace templos de su Espíritu.

Vivir en gracia significa vivir como amigos de Dios, vivir en Cristo.

Los sacramentos nos comunican esa vida ofrecida generosamente por

el Señor para que entremos en comunión con El. En el Bautismo hemos sido injertados en Cristo. El Espíritu Santo se nos comunica de manera especial en la Confirmación, para que demos testimonio de nuestra fe en la Iglesia y en el mundo. En la Eucaristía nos alimentamos de su Cuerpo y de su Sangre: "el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él" (Gn. 6,56). y cuando por el pecado hemos sido infieles y hemos roto esa amistad, el sacramento de la Penitencia nos devuelve la posibilidad de recuperarla. El perdón que Dios nos regala en Cristo nos da la gracia de nacer de nuevo. Los demás sacramentos nos ofrecen la gracia para que vivamos de acuerdo con la vocación a la que somos llamados en el matrimonio o en el orden sacerdotal, y nos confortan en la enfermedad.

Esto nos lleva a preguntarnos cómo celebramos los sacramentos. ¿Son para nosotros realmente un encuentro gozoso con el Señor, que nos comunica su vida?, ¿los reducimos a obligaciones, costumbres, actos sociales? ¿o los vulgarizamos por la rutina y la falta de preparación?

LA CRUZ, SIGNO DE VIDA

"Estaba muerto y ahora vivo por los siglos" (Ap. 1,18)

La cruz era un instrumento de tortura: quien moría en cruz era considerado un maldito; morían en ella los malhechores, y esta muerte era considerada vergonzosa y horrible. ¿Por qué, pues, es el signo de los cristianos y nosotros nos gloriamos de ella?

Lo importante de la Cruz es el Crucificado que en ella dio su vida para que tuviéramos vida. La Cruz es un "paso" de la Pascua, pero no su final. Cristo pasó de la muerte a la vida en la resurrección. El es el Crucificado que vive. La luz de la Resurrección nos permite comprender el misterio de la Cruz y nos permite contemplarle como árbol de vida.

A partir del día de Pentecostés, Pedro, en su predicación al pueblo, repite en varias ocasiones esta expresión: "el Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándolo de un madero. La diestra de Dios lo exaltó haciéndolo jefe y salvador, para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados" (Hch. 5,30).

Esta afirmación constituye el núcleo de la predicación cristiana -lo lla-

mamos kerigma-, y contiene toda la esperanza capaz de transformar la vida del hombre, porque supone que el pecado y la muerte han sido vencidos. Es el mensaje alegre de la Pascua: Cristo, el que murió en la Cruz, ha resucitado. Con ello afirmamos que el amor es más fuerte que la muerte. Que Cristo, con su muerte, venció a la muerte. Por eso, la Cruz es signo de vida. Cristo, con su muerte, nos dio la vida y nos ha incorporado a su victoria.

En la muerte y resurrección de Cristo, -a este acontecimiento lo llamamos los cristianos misterio pascual-, se da un cambio radical en la humanidad. Podemos decir que nace una humanidad nueva. Por eso la Cruz, que era signo de ignominia y de vergüenza, pasa a ser signo de gloria; lo que era un instrumento de tortura, es el signo del amor más grande; lo que parecía ser la expresión de la derrota, pasa a ser el signo de la victoria; el que era un árbol de muerte, se convierte en el árbol de la vida.

Por eso, el apóstol Pablo dice: "nosotros predicamos a Cristo Crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero, para los llamados -judíos o griegos-, un Mesías que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres" (1 Cor 1, 23-25).

La Iglesia, con Pablo, proclama: nosotros hemos de gloriamos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, en El está nuestra salvación, vida y resurrección; El nos ha salvado y liberado.

El Papa Juan Pablo II, en su reciente encíclica "El Evangelio de la vida", afirma: "Nada ayuda tanto a afrontar positivamente el conflicto entre la muerte y la vida, en el que estamos inmersos, como la fe en el Hijo de Dios que se ha hecho hombre y ha venido entre los hombres 'para que tengan vida y la tengan en abundancia' (Jn 10, 10) es la fe en el Resucitado que ha vencido la muerte" (EV 28).

La esperanza y la alegría que proceden de esta buena noticia de la Resurrección ¿son realmente características de nuestra vida cristiana?

II. LA RESPUESTA DEL DISCIPULO

"le seguía por el camino" (Mc. 10,52)

CORRESPONDER EN LIBERTAD

"el que quiera venir en pos de mí..."

Cuando el creyente percibe, con la luz de la fe, todo lo que Cristo ha hecho por él, y se sabe amado de una forma tan extraordinaria, no puede sino corresponder a la entrega total de Jesucristo, abandonándose confiadamente a El. La vida cristiana consiste, ante todo, en corresponder al amor de Cristo. La expresión popular "amor con amor se paga" sería adecuada para definir la respuesta del discípulo a la entrega del Maestro.

Pero no hay amor sin libertad. La respuesta del amor ha de ser personal, consciente, libre, e implica a toda la persona.

Cristo respeta la libertad del hombre y le invita a seguirle con estas palabras: "el que quiera venir en pos de mí..."

Los cristianos, que hemos sido bautizados cuando éramos pequeños, no podemos dejar de dar esta respuesta en libertad, renovando nuestra adhesión a Cristo de manera constante.

En las circunstancias actuales, dentro de un mundo pluralista, donde encontramos tantas opciones de vida diferentes, necesitamos planteamos muy sinceramente: ¿quiero ser sinceramente seguidor de Cristo, es decir, cristiano? Quizás una de las grandes dificultades del cristianismo, hoy, es la ambigüedad de muchos bautizados que no han tomado conciencia de su fe en Jesucristo.

Con un gran respeto por cada uno, pues sólo Dios conoce el corazón de cada hombre, me atrevo a plantearos esta cuestión: ante la invitación de Cristo, "si quieres venir en pos de mí", ¿cuál es tu respuesta?

Si nuestra respuesta no es un "sí, quiero" libre, claro y decidido; si nuestros comportamientos como cristianos sólo se apoyan en costumbres o inercias, nuestra existencia estará llena de incoherencia, de apatía y desganas. Así, los cristianos no somos signo de Cristo, sino muchas veces motivo de escándalo.

Decir "quiero" no supone tenerlo todo claro y resuelto, pero es ponerse en camino, dejarse educar por Jesús, como los apóstoles, que constantemente eran corregidos y moldeados por la palabra del Señor.

Este vuelco del corazón hacia Cristo para ir con El es entrar en un proceso de conversión constante, dejándonos conducir por El, adquiriendo sus

criterios, su forma de pensar y de actuar. Nos sentiremos pobres, humildes, necesitados de ayuda. Escucharemos con interés la Palabra de Dios, intentaremos conocer el Evangelio, buscaremos la orientación de algún sacerdote, saldremos de nuestra paralización y, en definitiva, nos pondremos en camino.

Sin este primer paso, es difícil avanzar en la vida cristiana. Sólo en el santuario más íntimo de nuestra libertad personal, en diálogo con Cristo, en oración confiada, podemos decir con Pedro: "Señor ¿a dónde iremos?, sólo Tú tienes palabras de vida eterna" *Un 6, 67-71*). En aquel momento muchos dejaban a Jesús, pero Pedro y los demás siguieron con El.

APRENDER A DAR LA VIDA

"...niéguese a sí mismo..."

La primera condición que pone Jesús a quien quiere ir con El es "negarse a sí mismo". Esta afirmación sorprende: es dura y quizás cuesta entenderla. Muchas afirmaciones de Jesús chocan con nuestra mentalidad y requieren de nosotros aquella atención que caracterizó a la Virgen María: cuando no entendía las palabras o los gestos de su Hijo, los guardaba en su corazón y meditaba.

Jesús dijo también: "el que quiera ganar su vida la perderá, y el que está dispuesto a perderla la ganará" (*Mt 10, 39*). Estas palabras nos ayudan a entender lo que significa "negarse a sí mismo". Hay dos maneras de entender la vida que son contrapuestas: vivir para sí mismo o vivir para los demás. La vida es como una espiral que puede vivirse en doble dirección: de fuera hacia adentro, esto es, buscándonos a nosotros mismos, con lo cual quedamos cada vez más atrapados en nuestro propio egoísmo y nos perdemos; o, al contrario, de dentro hacia afuera, olvidándonos de nosotros mismos y sirviendo a los demás, y así nos encontramos, somos los que debemos ser.

Así fue la vida de Jesús. El, enviado del Padre para dar vida a los hombres, se entregó totalmente, como hemos dicho antes. El que quiera ir con El ha de aprender este estilo de vida. "Quien dice que permanece en El, debe vivir como vivió El" (*1 Jn 2, 6*).

Amor posesivo o amor de entrega; ganar la vida o entregar la vida; vi-

vir para sí o vivir para los demás, son expresiones que nos ayudan a pensar si caminamos en la "dirección" de Cristo o si vamos en sentido contrario.

La palabra de Jesús "niéguese a sí mismo", entendida como olvido de uno mismo para darse a los demás, según el estilo de Jesús, nos plantea un interrogante sobre nuestra vocación: ¿a qué me llama Cristo? También nos cuestiona sobre el ejercicio de nuestra profesión, sea cual sea: ¿qué sentido le doy?, ¿la ejerzo como servicio o me sirvo de ella? Cualifica nuestra relación con las personas: ¿las manipulo en favor mío, o las ayudo a ser y a crecer? Y, sobre todo, marca nuestra relación con Dios: ¿me sirvo de Dios o sirvo a Dios, dispuesto a cooperar en su Reino?

Para el cristiano, pues, la cuestión de fondo no es cómo ganar la vida, sino cómo darla.

Pablo, el gran seguidor de Jesús, decía que se había hecho esclavo de todos por amor y que se gastaba y se desgastaba en favor de sus hermanos, por eso llevaba en su cuerpo las "marcas" de Cristo.

AFRONTAR LA PRUEBA DEL SUFRIMIENTO

"..tome su cruz".

Más pronto o más tarde, en la vida de todo hombre aparece el sufrimiento y, con él, un sinfín de interrogantes: ¿por qué a mí? ¿qué habré hecho yo? Es un momento decisivo, porque no se puede pasar por la prueba del sufrimiento y quedar igual. Esta prueba, o destruye o madura. El sufrimiento mal encajado rebela, endurece, agría el corazón humano; el sufrimiento integrado ensancha la capacidad de amar y comprender, humaniza y fecunda.

Pero, ¿qué luz nos permitirá acertar en esta compleja encrucijada? La fe no nos dispensa de pasar por esta prueba del sufrimiento, pero la ilumina. Por eso, en el momento de la prueba hay que mirar a Cristo, y a éste Crucificado. "Como El ha pasado por la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora pasan por ella" (Hb. 2,18). No se responde al sufrimiento con una teoría. La ciencia de la Cruz se aprende pasando por ella, como decía Edith Stein. y el sentido se va descubriendo cuando vemos que el Hijo de Dios pasó también por esta prueba, y qué nuestras pruebas suponen un compartir los sufrimientos de Cristo, completando lo que falta a su Pasión.

Aceptar y afrontar así el sufrimiento es tratar de vivirlo con amor y situarlo en la perspectiva de la esperanza, reconociendo que el cristiano vive el sufrimiento como dolor de parto y no como dolor de muerte. Decía Jesús: "os afligiréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría" (Jn 16, 20). El sufrimiento de la Cruz se mira siempre con la luz de la Resurrección y, así, reconocemos que la última palabra es una palabra de vida, porque Dios, que nos dio la vida, nos recoge más allá de las puertas de la muerte.

Esta situación debe crear en nosotros confianza; confianza de que Dios sabe más que nosotros y, aunque no acertemos a descubrir el sentido del dolor, podemos confiar en que cuando veamos a Dios cara a cara, descubriremos que nuestra vida no ha sido un absurdo. Absurda parecía la muerte de Jesús; sin embargo, desde la Resurrección hemos podido comprender el abismo de amor que la Cruz encierra.

Tomar la Cruz tiene, además, otro significado. Supone trabajar en el servicio de los hermanos, ayudándoles a llevar sus cruces; tomar la Cruz significa también saberse "complicar" la vida, como Cristo, en favor de los hermanos; vivir en este mundo no sólo preocupado por lo propio, sino hacer del dolor y del sufrimiento de los otros, especialmente de los más pobres, nuestro propio sufrimiento. Y llevar con ellos las cargas, luchando por un mundo donde ellos encuentren su lugar y su dignidad como hijos de Dios. Cuántos cristianos generosos en el servicio a los hermanos han experimentado la Cruz en forma de calumnia, incomprensión, conflicto... Pero ellos, guiados sólo por el servicio a los hermanos, han reconocido que participaban de la Cruz de Cristo.

También podemos descubrir, en esta invitación de Cristo a tomar la Cruz, el sentido de ser fieles a Cristo y a su Evangelio en los momentos de prueba; cuando ser cristiano resulta difícil, cuando los valores del Evangelio contrastan con la cultura dominante, y cuando hemos de caminar contra corriente. Cuando el "sí" que hemos dado a Jesucristo pasa por la prueba del tiempo y del sufrimiento, ese "sí" se convierte en fidelidad, en respuesta a la entrega que El tuvo por nosotros.

LA VIDA CRISTIANA COMO SEGUIMIENTO

"..y sígame" (Mt. 16, 24)

Toda la vida cristiana puede resumirse en esta palabra que el Señor dirige a su discípulo: *sígueme*. Significa ponerse en camino como aprendiz, viviendo como el Señor y aprendiendo su estilo de vida. Esta convivencia y cercanía a Jesús constituye un proceso educativo en el que el maestro nos va moldeando para que seamos imágenes vivas de su presencia en el mundo. El resultado de este seguimiento es la identificación con él. Decía Pablo: "estoy crucificado con Cristo, ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí" (Gal. 2, 20).

También en la primera carta de Pedro se nos dice: "Cristo sufrió por vosotros dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas", indicándonos sobre todo que en las dificultades de la vida el cristiano tiene que vencer el mal a fuerza de bien, como hizo Jesús.

Juan Pablo II, en la Carta "El Esplendor de la verdad", comentando la expresión de Jesús: "ven y sígueme" dice: "no se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre...". Después de explicar que la invitación de Jesús se refiere, sobre todo, a la imitación de su amor, cuyo signo es el lavatorio de los pies, añade: "seguir a Cristo no es una imitación exterior, porque afecta al hombre en su interioridad más profunda. Ser discípulo de Jesús significa hacerse conforme a El, que se hizo servidor de todos hasta el don de sí mismo en la Cruz" (VS 19-21).

El Evangelio es nuestra escuela. En él encontramos las Bienaventuranzas, que son como una radiografía de Cristo, y que nos indican las pautas para que vayamos siendo como El: pobres, sufridos, limpios de corazón, misericordiosos, hambrientos y sedientos de justicia, y perseguidos a causa de la justicia, constructores de paz... No se es cristiano sólo en unos determinados momentos de la vida. Ser cristiano abarca toda nuestra existencia, todas las dimensiones de nuestra persona, y es tarea que dura toda la vida.

Queridos hermanos y hermanas, os lo he repetido muchas veces: el cristiano ha de hacerse constantemente esta pregunta: si Cristo estuviera en mi lugar ¿qué haría? Buscar la respuesta en el Evangelio es tarea que nos

ocupará hasta que nos encontremos definitivamente con el Señor.

CONCLUSION

El Año Jubilar es un año de reconciliación con Dios y con los hermanos. Cruzar la Puerta del Perdón al término de nuestra peregrinación es el signo de que queremos entrar en la experiencia de la misericordia de Dios, abandonamos confiadamente a El, recibir su perdón y aprender de nuevo a llamarle Padre, comprometiéndonos seriamente a vivir en fraternidad con todos los hombres.

Nosotros queremos acercarnos al Señor y reconocer en el Crucificado, en la llaga de su costado, la puerta abierta de la misericordia divina que nos ofrece acogida y nos invita a entrar en su intimidad. La fuente que lava nuestros pecados nos devuelve la inocencia, tantas veces perdida; el manantial que sacia nuestra sed de amor y plenitud, sed de auténtica felicidad.

Y aquí está la clave y el centro del Año Jubilar: la experiencia del perdón, gratuita y generosamente ofrecido por Dios en Cristo Jesús, y humildemente acogido y recibido con gratitud por nuestra parte.

Que María, la Madre del Señor, que estuvo junto a su Cruz y es modelo en la peregrinación de nuestra fe, acompañe nuestros pasos y nos ayude a crecer como discípulos de su Hijo.

Con mi afecto y bendición.

JOSE VILAPLANA, Obispo de Santander

Pascua, 1995

**JESUCRISTO, NUESTRA ALEGRÍA
CARTA PASTORAL CON MOTIVO DEL
INICIO DEL GRAN JUBILEO 2000**

Queridos hermanos y hermanas:

Ya hemos iniciado el Gran Jubileo 2000. El Papa Juan Pablo II ya ha abierto la Puerta Santa y todos los obispos hemos inaugurado en nuestras iglesias particulares el año jubilar, entrando solemnemente en la catedral, llevando en alto el "Santo Evangelio, fuente de vida y esperanza para el próximo tercer milenio". Es el libro de la Buena Noticia, que llena el mundo de alegría, porque es anuncio de salvación. La Buena Noticia es Cristo mismo.

Sí, ha llegado el tiempo de "entrar" en el Misterio de gracia que Dios nos ofrece en este Año Santo. Hasta ahora hemos preparado, proyectado, organizado; ahora es el tiempo de vivir, experimentar, acoger el don de la misericordia entrañable de Dios que nos renueva. No se trata, pues, de hacer muchas cosas, cayendo en el activismo acelerado, como suele ocurrir frecuentemente en nuestra sociedad, sino de celebrar el jubileo como una *intensa experiencia espiritual*.

Una clave de esta experiencia debe ser la alegría evangélica, la alegría por la salvación que Dios nos ofrece en su Hijo, hecho hombre por nosotros. Se trata de celebrar el jubileo por los dos mil años del Nacimiento de Cristo. El Misterio de la Encarnación es el punto de mira de esta fiesta que celebra la Iglesia para entrar, renovada, en el tercer milenio.

La páginas del Evangelio de Lucas que narran el acontecimiento de la Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios, rezuman alegría. Estos hechos no pueden quedar relegados al pasado. Jesús, el Señor, está entre nosotros: "nuestro hoy y el futuro del mundo son iluminados por su presencia".

La alegría ha de impregnar nuestra vida cristiana; debe ser como un signo de nuestra identidad. Ya los profetas en el Antiguo Testamento invitaban al pueblo a la alegría por la presencia del Señor: "*Alégrate, hija de Sión, porque el Señor está en medio de ti*". Pero es, sobre todo, en el Nuevo Testamen-

to cuando esta alegría se acentúa, especialmente en los relatos del Nacimiento de Jesús. El ángel en Nazaret saluda a María con la expresión: *"Alégrate", el Señor está contigo*". Los pastores en Belén reciben un regalo de alegría: *"Os anuncio una gran alegría... : hoy os ha nacido un Salvador"*, Los magos, al ver la estrella que les conduce hasta encontrar a Jesús *"se llenaron de inmensa alegría"*.

El Evangelio de Juan recoge estas palabras de Jesús a sus discípulos en el discurso de despedida: *"Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea colmado"*, Jesús ha venido a darnos una alegría que nadie nos podrá arrebatar. Es la dicha de las Bienaventuranzas.

Esta alegría es también una característica de la comunidad cristiana primitiva: los discípulos *"se llenaron de alegría al ver al Señor Resucitado"*, nos dice San Juan y como leemos en el libro de los Hechos: *"partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo"*. Esta es la alegría que sigue a la fe. Los gentiles que acogieron la predicación de Pablo *"se alegraron y se pusieron a glorificar la Palabra del Señor; y creyeron cuantos estaban destinados a una vida eterna"*,

La celebración del Año Santo ha de provocar en nosotros una experiencia de profunda alegría, porque el Jubileo debe ser un encuentro con Jesús, nuestra alegría. El Jubileo es Jesús. En una entrevista reciente le preguntaba un periodista a un cardenal:... "entonces ¿hace falta ir a Roma?". El cardenal contestó: "Hace falta ir a Cristo".

Durante este año jubilar hemos de recuperar la alegría de ser cristianos, la alegría porque creemos en Jesús, porque reconocemos su presencia en medio de nuestras debilidades. En nuestro mundo los cristianos teníamos que ser reconocidos por nuestra alegría. Hemos de ser la comunidad de la alegría, el pueblo de las Bienaventuranzas. La alegría será el signo de que hemos acogido la Buena Noticia de la Salvación, la señal de que hemos sido evangelizados.

He aquí algunos trazos de meditación sobre esta alegría.

A.- La alegría del "retomo" a casa

"El Año Santo es por su naturaleza un momento de llamada a la conversión", así lo ha expresado el Papa Juan Pablo en la bula de convocatoria. Sabemos que hay en el cielo alegría por un pecador que se convierta. Sin embargo no solemos tener asociada la alegría a la conversión. Se nos hace difícil reconocernos realmente pecadores, celebrar el sacramento de la Penitencia y nos cuesta entender el don de la Indulgencia.

Es posible que uno de los problemas de fondo consiste en que no vivimos nuestra vida cristiana desde una perspectiva de "relación". La vida cristiana es fundamentalmente relación. En Cristo Jesús ha comenzado una nueva relación con Dios y con los hermanos. Es Dios quien nos ha buscado para arrancarnos de nuestro extravío y adentrarnos en la intimidad con Él.

Redescubrir la conversión como vuelco del corazón, como vuelta a casa, como encuentro con la misericordia del Padre, será uno de los grandes frutos del Jubileo por el que debemos trabajar, porque muchas veces "estamos en casa" y sin embargo lejos, como el hijo mayor de la parábola, que estaba junto al Padre pero sin una relación filial.

Sólo desde esta relación filial podemos entender adecuadamente tanto la dimensión del pecado como ruptura y alejamiento, como la entrañable misericordia del Padre que perdona incondicionalmente. Desde esta relación podemos descubrir el don de la indulgencia. Dios no quiere que seamos sujetos pasivos ante su amor. La imagen de un padre que abre los brazos a su hijo pequeño cuando éste da los primeros pasos, vacilantes, hasta caer en el regazo paterno, pone de manifiesto la fuerza del encuentro mutuo.

El año santo jubilar es un año para redescubrir a Jesús como única Puerta por la que tenemos acceso al Padre, como entrada en la vida de comunión con Dios y como el único Salvador, enviado por el Padre que nos posibilita "nacer de nuevo" por la fuerza de su Espíritu. "He aquí que hago nuevas todas las cosas". Los pasos de la peregrinación son como pasos hacia el amor y alejamiento de todo lo que impide que nuestro corazón esté adherido a Cristo y a su Evangelio. Año para rehacer nuestra relación con la Iglesia que ha recibido de Cristo el poder de perdonar en su nombre. Ella "es en el mundo la presencia viva del amor de Dios que se inclina sobre toda de-

bilidad humana para acogerle en el abrazo de su misericordia".

"Que en este año jubilar nadie quiera excluirse del abrazo del Padre. Que nadie se comporte como el hermano mayor de la parábola evangélica que se niega a entrar en la casa para hacer fiesta".

B.- La alegría del encuentro con los hermanos

Entrar en casa del Padre supone también reencontrarse con los hermanos. "Que la alegría del perdón sea más grande y profunda que cualquier resentimiento". La experiencia jubilar es experiencia de reconciliación fraterna. Nuestras relaciones frecuentemente tensas o rotas han de ser restauradas.

La fiesta que celebramos nos ha de unir porque el Señor es Príncipe de la Paz. Él es nuestra paz. Con el Misterio de su Encarnación y Redención ha roto el muro que nos separaba a los hombres, el odio, y ha creado un nuevo pueblo, reconciliado y fraterno. Cristo, que no se avergonzó de llamarnos hermanos, ha hecho posible el cumplimiento de los deseos expresados en los salmos: *"i Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos!"*.

Sin embargo, nos cuesta perdonar y restablecer las relaciones rotas. Nos faltan fuerzas para la reconciliación. Sólo si experimentamos la paz de Cristo en nuestro corazón y amamos con el amor que el Espíritu Santo ha sembrado en nuestros corazones podremos reconciliarnos realmente.

El año de gracia y perdón que Dios nos ofrece nos permite abrir nuestra mirada al horizonte de Dios que hace salir al sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Unidos al Hijo de Dios podemos amar a los enemigos, orar por los que nos persiguen. Obrando así, la Iglesia, "aparecerá ante los ojos del mundo con el esplendor de la belleza y santidad que provienen de la gracia del Señor".

C.- La alegría de compartir

Restablecer las relaciones fraternas con los hombres, nuestros hermanos, supone volver al proyecto inicial de Dios sobre sus hijos. Dicho con palabras sencillas, el jubileo hace resonar en nuestros oídos esa expresión fami-

liar que tantas veces repiten las madres: "las cosas en su sitio". Tanto la justa distribución de los bienes como la garantía de que todo hombre o mujer han de tener el sitio que Dios les ha asignado, serán la expresión de que avanzamos por los caminos de Dios.

En el año jubilar hemos de pasar de la seducción de acumular a la alegría de compartir. El Señor nos dice que hay más alegría en dar que en recibir. Hemos de convencernos de que la alegría es el bien que cuanto más se reparte más aumenta. Durante este año hemos de introducirnos en la experiencia de la dinámica del compartir. Quien comparte la alegría lo comparte todo.

Esta exigencia del jubileo se ha de vivir tanto en las grandes realidades como la condonación de la deuda externa y una justa relación entre países, como en la vida cotidiana. Cada uno tendrá que revisar cómo comparte y cómo desempeña su papel en relación con los demás. Cualquier tipo de marginación indicará que las personas no están en su sitio. Restituir y compartir incluso lo necesario pondrán de manifiesto que vamos aprendiendo a ser hermanos. Y así encontraremos alegría.

Pero sobre todo hemos de compartir lo mejor que tenemos: nuestra fe, el amor de Dios manifestado en Cristo; estamos llamados a ser los nuevos evangelizadores del nuevo milenio. Cuando la alegría es auténtica se difunde de manera "contagiosa". El testimonio de la fe, el ardor apostólico brotan del corazón habitado por el Espíritu Santo. La alegría que lo acompaña es un fruto del Espíritu.

D.- Alegría que se hace Acción de gracias y alabanza

Cuando la alegría es desbordante se manifiesta en la alabanza y se hace Acción de gracias. El año santo ha de ser tiempo de glorificación a la Santísima Trinidad de la que todo procede. ¡Gloria al Padre porque nos ha regalado a su propio Hijo; gloria al Hijo, que es la puerta de la Vida, el camino de la Vida, la verdad de la Vida, la Vida verdadera, la Plenitud de la Vida; gloria al Espíritu Santo por obra del cual el Hijo tomó nuestra carne en el seno virginal de María!

Los cristianos tenemos como fuente y cumbre de nuestra vida la cele-

bración de la Eucaristía, que significa Acción de gracias. En ella, "Jesucristo resucitado y glorificado, luz de las gentes, manifiesta la continuidad de su Encarnación. Permanece vivo y verdadero en medio de nosotros para alimentar a los creyentes con su Cuerpo y con su Sangre" .

La Eucaristía celebrada con alegría, como fuente de vida nueva especialmente el Día del Señor, será el corazón de todo el año jubilar. En ella tendremos la entrañable experiencia que refleja este versículo del Apocalipsis: "*Mira, estoy a la puerta y llamo, si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo*". En esta cena con Cristo nos sentamos a la mesa con los hermanos. Es la cumbre de la alegría.

JOSE VILAPLANA, Obispo de Santander

«CON VOSOTROS, TODOS LOS DÍAS»
CARTA PASTORAL CON MOTIVO DEL
AÑO DIOCESANO Y MARIANO 2004-2005

INTRODUCCIÓN

Mis queridos hermanos y hermanas:

La celebración del 250 aniversario de la creación de nuestra Diócesis de Santander y el Centenario del patronazgo de la Virgen Bien Aparecida, constituyen el motivo por el cual os he convocado a un Año Diocesano y Mariano. Las fechas nos van recordando el paso del tiempo y marcando los acontecimientos que van configurando nuestra historia concreta. La lectura creyente de la vida nos permite descubrir, en el tiempo, la historia de salvación que Dios ha querido hacer con nosotros, sus hijos.

Dios Padre nos ha reunido en Cristo, por el Espíritu Santo, como una Iglesia particular, congregada por el Evangelio y la Eucaristía; acompañada siempre por la protección maternal de María; cuidada por un sucesor de los apóstoles, el obispo, para anunciar y hacer presente el amor entrañable de Dios a todas las personas que habitan en Cantabria y Mena, y desde aquí, a través de nuestros misioneros, llevar la Buena Noticia también hasta los lugares más alejados.

Para celebrar este Año con sentido y para ayudaros a vivirlo como un acontecimiento de gracia, os ofrezco esta sencilla carta pastoral para vuestra reflexión, como estímulo para el crecimiento en vuestra vida cristiana y como invitación a la alabanza y acción de gracias a Dios por su bondad para con nosotros.

Ante todo, os invito a poner la mirada en Cristo, fundamento de la Iglesia. No podemos ser Iglesia sin Él. Su Presencia nos sostiene y nos alegra. Su Palabra nos ilumina y nos guía. Su Amor nos renueva y nos hace crecer.

La Iglesia, nuestra Iglesia, no vive de "ideas", ni de "recuerdos" del pasado, vive de Él y por Él. Es su Presencia la que nos da vida y alienta nuestra esperanza. El Evangelio de Mateo termina con estas palabras de Jesús: "He

aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 19, 20). En esta escena evangélica Jesús reúne a los suyos y los envía al mundo para que hagan discípulos de todas las gentes. La Iglesia siempre es la reunión de discípulos (comunión), enviados al mundo (misión), que cuentan con la Presencia del Señor Resucitado que los acompaña y los sostiene siempre, comunicándonos su vida (misterio).

Por esto, en este Año Diocesano y Mariano deseo que nuestra Diócesis perciba, con la mirada de la fe, esta Presencia de Cristo Resucitado y todos los que la formamos experimentemos la alegría del encuentro con Él. No puede haber vida cristiana sin este encuentro personal con el Señor, en la oración, en la escucha de su Palabra, en la celebración de los sacramentos, en el servicio al pobre con el que Cristo se identifica.

Pero, de manera eminente, en el Sacramento de la Eucaristía fuente y cumbre de toda la vida cristiana. Nuestro Año Diocesano coincide con el Año de la Eucaristía convocado por el Santo Padre Juan Pablo n. Este encuentro con el Señor Resucitado es la clave para vivir con autenticidad nuestro Año. "La Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo" (MND 15.).

El reconocimiento de la presencia del Señor y nuestro encuentro con Él nos revitalizará y provocará en nosotros la alabanza y la acción de gracias porque, a pesar de nuestras flaquezas, debilidades y dificultades, Él está ahí como fuente de nuestra alegría.

I. AÑO DE RENOVACIÓN ESPIRITUAL

En este momento que nos toca vivir, los cristianos europeos estamos con frecuencia desorientados en un mundo tan plural; marcados por la influencia de fuertes medios de comunicación social, sumidos muchas veces en el desencanto y en el pesimismo. La indiferencia religiosa y la machacona repetición de los fallos de algunos miembros de la Iglesia en el ambiente exterior, y la apatía y poca participación en el interior de nuestras comunidades nos hacen preguntar quiénes somos y a dónde vamos.

En verdad, uno de los problemas más fuertes que tenemos es la difu-

minación de nuestra identidad cristiana; es decir, somos cristianos, pero vivimos como si no lo fuéramos; estamos bautizados, pero no se nota en nuestra forma de ser, de pensar y de actuar. Es verdad, también, que en nuestra Iglesia hay grupos de personas sinceramente creyentes, comprometidas y que trabajan con intensidad, pero a veces se cansan porque no ven el fruto de sus trabajos. Como nos ha recordado el Papa en su Carta «Iglesia en Europa» uno de los retos más importantes para la Iglesia es "llevar a los bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio" (EiE 47).

No podemos celebrar nuestro Año Diocesano y Mariano al margen de esta problemática, al contrario, hemos de vivirlo como una llamada a una profunda renovación espiritual, recuperando nuestra identidad cristiana, reforzando lo fundamental cristiano y, en definitiva, descubriendo nuestra vocación bautismal a la santidad.

a) Recuperar nuestra identidad cristiana: seguimiento y testimonio

La auténtica renovación comienza por el corazón. Sin la conversión del corazón no tendríamos raíz. El cristiano es una persona cuyo corazón está adherido a Cristo. Conocerle, amarle y seguirle es lo que nos va haciendo discípulos suyos. Si vamos creciendo en su amor, aún en medio de nuestros fallos y dificultades, no podremos sino hablar de Él -uno habla de lo que ama: "de la abundancia del corazón habla la boca"- (Mt 15, 18.) y manifestaremos con el estilo de nuestra vida que tratamos de ser coherentes con lo que de Él hemos aprendido. La vida así se convierte en testimonio. Pero este testimonio necesita el cultivo permanente de nuestra interioridad, es decir, la experiencia de oración, sencilla y humilde, reconociendo que sin Él nada podemos.

Si hay identidad cristiana, hay vigor apostólico y, aunque los cristianos fuéramos unos pocos, el cristianismo se difunde. Por el contrario, si los cristianos somos mediocres, aunque fuéramos muchos, no tendríamos significación en el mundo y constituiríamos más bien una dificultad para que el mundo crea. Por eso, querido hermano, si esta carta llega a tus manos te pido que no te quejes de la situación actual, comienza a caminar o sigue caminando con Cristo por las huellas que Él ha dejado en el camino. Algo nuevo

habrá comenzado a brotar en ti y a tu alrededor.

b) Reforzar lo fundamental cristiano

En épocas de crisis es necesario reforzar los cimientos, ir a lo fundamental, como recordó el Señor en la parábola de la casa edificada sobre la roca.

Me resulta difícil compendiar en un párrafo lo que me parece imprescindible para el camino cristiano. Lo quiero expresar como dicho al corazón de cada uno de vosotros:

- Confía en Dios, que es Padre, y que ama entrañablemente a todos los hombres, como a ti. Él proveerá.
- Alégrate porque Cristo, el Hijo de Dios, se ha hecho hombre para que los hombres podamos ser hijos de Dios y hermanos unos de otros.
- Reconoce tu dignidad de cristiano: Cristo ha muerto por ti y por todos los hombres y ha resucitado para darnos vida nueva; tus pecados tienen perdón, acógelos en el sacramento de la Penitencia; asocia tus sufrimientos y tus oscuridades a la Cruz del Señor y mantén siempre la esperanza; con Cristo Resucitado puedes estrenarte cada mañana.
- Déjate conducir por el Espíritu y no pongas frenos a las maravillas que Él puede hacer en ti.
- Cumple los mandamientos para no salirte del camino, y vive las bienaventuranzas para avanzar por el camino.
- Siente con la Iglesia, y déjate acompañar por sus pastores, pues aunque somos frágiles como tú, el Señor nos pone a tu lado para ayudarte.
- Ama a tus hermanos, perdona y acoge perdón, reúnete con ellos para avanzar juntos en tu parroquia o comunidad.
- Celebra con alegría la Eucaristía del domingo, sin ella no puedes vivir; necesitas encontrar te con el Señor y tus hermanos.
- Escucha la Palabra y ora.

- Comparte tus bienes; acércate a quien te necesita; mira con misericordia al marginado...
- Camina esperanzado, Dios cumple sus promesas y nos ofrece vida eterna.

c) Descubrir la vocación a la santidad

El camino anteriormente descrito no es otro que el de la santidad. Hoy más que nunca, nos recuerda el Papa Juan Pablo II, es una urgencia pastoral. Todos estamos llamados a la santidad. Cada bautizado está llamado, no a vivir de una forma mediocre, sino a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor. Ser santo es eso. Es vivir plenamente el bautismo, pertenecer a Aquel, el Padre, que es tres veces santo; es vivir insertado, como el sarmiento a la vid, en Jesucristo; es estar habitado y dejarse guiar por el Espíritu Santo. Pero cada uno tiene que descubrir su propio camino, su propia forma de ser santo en conformidad con la voluntad de Dios, con su propia pedagogía, ayudado sin duda por los demás miembros de la Iglesia (Cf. NMI 30 Y 46).

Los sacerdotes están llamados a ser colaboradores del Obispo, y desde la comunión con el Obispo y los demás sacerdotes del presbiterio, ser sacramentos y signos vivos de Cristo, Cabeza, Pastor y Esposo, al servicio de su Iglesia para la salvación de los hombres (Cf. PDV.). Esa es su vocación específica. La vocación a la santidad de los religiosos, religiosas, institutos seculares y sociedades de vida apostólica, es hacer presente y visibles, en medio de la comunidad cristiana y del mundo, los rasgos característicos de Jesucristo -virgen, pobre y obediente- y así ser profetas del misterio del Reino que ya actúa en la historia, pero espera su plena realización en el cielo (Cf. VC.). La vocación propia de los laicos es "buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios, y llevar a cabo en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde con su empeño de evangelizar y santificar a los hombres" (NMI 46, Cf. CFL.).

Este es el camino que han seguido los santos, entre ellos nuestros patronos los Santos Mártires Emeterio y Celedonio, y nuestros primeros santos canonizados, también mártires, Román Martínez y Manuel Seco.

MARIA, LA "LLENA DE GRACIA "

María es modelo y figura de la Iglesia, la perfecta discípula que sin ninguna resistencia ha acogido el don de Dios, por eso María es la "llena de gracia" y modelo de correspondencia agradecida al desbordante amor divino.

Todo lo que se refiere a la vida cristiana comienza por ser don de Dios; sólo Dios es Santo, pero generosamente ha querido hacernos partícipes de su vida y de su santidad; esto es la gracia, el favor de Dios que siempre nos ama primero. "El Poderoso ha hecho obras grandes por mí, su nombre es Santo".

II. AÑO DE VIVENCIA COMUNITARIA

La movilidad que caracteriza nuestra época, la despoblación del mundo rural y la forma de vida de la ciudad, especialmente en grandes barrios o en zonas de urbanizaciones, produce en muchas personas, entre otros factores, un tipo de vida menos comunitario y más individualista. Vivimos un déficit de experiencia comunitaria también en el ámbito eclesial.

Un cristiano vive en comunidad o se pierde. Dios nos ha querido congregarse en su Iglesia, que, como madre, nos acoge para que vivamos la fraternidad de la fe y del amor cristiano.

La Diócesis es una iglesia particular que reunida en torno a un obispo, en un territorio determinado, hace presente a la única Iglesia de Jesucristo.

Precisamente hace 250 años comenzó su andadura nuestra Diócesis de Santander de la que formamos parte. Este año ha de ser, pues, para nosotros un año de intensa vivencia comunitaria. Un año para sumar esfuerzos e ilusiones. Un año para retejer el tejido comunitario de nuestras parroquias, impulsar el diseño de las unidades pastorales y de los arciprestazgos, y, sobre todo, para vivir la unidad diocesana.

Precisamente en este año termina nuestro Plan de Pastoral 2001-2005 en el que se insistía en vivir la espiritualidad de comunión y en crear cauces de corresponsabilidad y participación dentro de nuestra Iglesia. A veces, cuando se revisa lo que hemos hecho, quizás nos parezca poco, pero siquiera se nos ha despertado el sentido de nuestra pertenencia a la Iglesia, sintiéndonos miembros vivos de ella y no meros "clientes" o "espectadores", y si nos hemos sentido algo más responsables de participar en sus proyectos, al menos hemos comenzado a avanzar. En todo caso, este año puede despertar en nosotros este sentido de pertenencia y colaboración con nuestra Iglesia diocesana en todos los sentidos.

Vivir la vida de la Iglesia es sentirse hermano de los otros; tomarlos en serio; compartir con ellos los dones que cada uno ha recibido; sintiendo las alegrías y los sufrimientos del otro como algo propio. Es sentir la alegría de haber sido reunidos por Dios Padre en Cristo por la fuerza del Espíritu. En una palabra, vivir la Iglesia como familia de los hijos de Dios.

Pero, la Iglesia no vive para sí misma. Su misión y su gozo es evangelizar, es anunciar a Jesucristo y servir a todos los hombres al estilo de su Maestro. Es comunión para la misión.

Todas las actividades programadas para este año están dirigidas a estimular este sentido de unidad para la evangelización de nuestro mundo.

Vivimos unas circunstancias nuevas, una nueva cultura, por eso nuestra Iglesia diocesana ha de hacer un esfuerzo ilusionado para poner todos sus recursos al servicio de la evangelización del mundo actual. Hemos de descubrir nuevas formas de estar presentes, de manera significativa, con estilo evangélico, en nuestro mundo actual.

MARIA "ESTABA ALLI"

En muchos pasajes del evangelio, aparece María presente en la vida de Cristo y de la comunidad de los discípulos. De manera sencilla pero elocuente se dice que ella "estaba allí": con Jesús niño cuidándolo; huyendo perseguida con El; buscándolo angustiada; ejerciendo de madre y haciéndose discípula; atenta a las necesidades en Caná; fuerte junto a la Cruz; orando con la comunidad a la espera de Pentecostés. Participa en la misión de su Hijo y acompaña los primeros pasos de la Iglesia. Su ejemplo nos invita a salir de nosotros mismos y a saber ir al encuentro de los hermanos.

III. AÑO DE GENEROSA SOLIDARIDAD

"Jesucristo, siendo rico por nosotros se hizo pobre para enriquecemos con su pobreza" (II Co 8, 9.). Él siendo de condición divina, se despojó de su rango y se humilló hasta la muerte en Cruz, en el acto de amor más grande: "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Cf. Fil 2, 6-8, y Jn 15, 13.). Esta es la expresión mayor de solidaridad que consiste en compartir hasta 10 necesario (Cf. SRS 38-40).

Nuestro mundo está necesitado de personas solidarias, que construyan la civilización del amor y hagan posible la globalización de la solidaridad. Nosotros, los cristianos, llamados a anunciar el Evangelio compartiéndolo con los demás, como primer acto de amor, haremos creíble este anuncio si lo

verificamos con las obras del amor, es decir, con acciones concretas y generosas que manifiesten que estamos dispuestos a dar la vida por los hermanos.

En nuestra cultura actual, tan marcada por el materialismo consumista y por el hedonismo, la doctrina de la Iglesia aparece con frecuencia presentada por el "no", como si la Iglesia fuera la que dice "no" a todo. La Iglesia anuncia a Jesucristo, que es el SI de Dios al hombre (Cf. Fil 2, 6-8.), porque la gloria de Dios es que el hombre viva (Cf. S. Ireneo).

Cuando se vive pensando en uno mismo, en los propios intereses, centrados en el "yo", el otro, sobre todo si es débil y frágil, aparece con frecuencia como un problema, o como el objeto de manipulación ("me interesa si me sirve").

Como cristianos, necesitamos educarnos para la vivencia de la solidaridad. En este sentido quisiera ayudaros a mirar algunos aspectos de la vida -frecuentemente debatidos- con la mirada positiva que nos propone la Iglesia y nos permite descubrir la belleza del amor y comprender la solidaridad como un sí a la vida, a la familia y a los pobres. Así se renovará auténticamente la sociedad.

a) Cuidar la vida

El respeto y el amor a la vida humana, desde sus inicios hasta su fin natural, proviene del reconocimiento de Dios como único Señor y dador de toda vida. El cristiano acoge la vida humana como un don y la cuida con ternura porque posee una dignidad inviolable. Se desvive por defenderla, respetada sin manipulaciones y conservada en todas sus fases: en la fragilidad de sus orígenes; en su desarrollo cuando es agredida por el hambre o la violencia, en la enfermedad y en la ancianidad; la ayuda a crecer y a desarrollar todas sus posibilidades, incluso en los momentos dolorosos.

b) Valorar la familia

La familia fundada sobre el matrimonio de un hombre y una mujer que se unen en comunión de vida y amor para siempre corresponde al proyecto de Dios para la humanidad. De ella nacen los hijos que se encuentran como

hermanos en un hogar donde aprenden a compartir y a perdonar, a sentir como propio todo lo que acontece al otro, donde la persona percibe que es acogida y valorada por lo que es y no por lo que tiene.

Descubrir y promover la belleza de este plan de Dios, debe centrar nuestros esfuerzos e ilusiones, sin que las dificultades nos cierren este apasionante horizonte por el que vale la pena darse, superando las crisis y los momentos oscuros.

El hombre no puede vivir sin amor. La familia, según el plan de Dios, es la mejor escuela de amor y solidaridad, de unidad en la complementariedad.

c) Compartir con el pobre

Cuando nos encontramos con la pobreza, la frustración o cualquier carencia en la vida humana, los cristianos -y todo hombre y mujer de buena voluntad- miramos al otro como hermano y le tendemos la mano para compartir y compadecer con él. La solidaridad nos lleva a ponernos en el lugar del otro.

Nuestro Año Diocesano y Mariano ha de ser vivido por todos nosotros como un año de generosa dedicación a los pobres de cerca y de lejos. Nuestra atención se centrará especialmente en el desafío que constituye para nuestra Iglesia la acogida de las personas venidas de otros países. El fenómeno de la inmigración debe ser abordado por nosotros desde el interrogante de cómo estamos acogiendo a estos hermanos y hermanas que viven entre nosotros. Hemos de hacer realidad que se puedan encontrar con una Iglesia solidaria y servidora, que les abre sus puertas para que puedan sentirse como en casa. Estamos elaborando un proyecto de apoyo a los inmigrantes más necesitados que será el signo solidario característico de este Año Diocesano y Mariano. Todos debemos sentirnos implicados en él y sentirlo como propio.

MARIA "EN CAMINO PARA SERVIR"

El evangelio de Lucas nos presenta a María, después de la Anunciación, presurosa poniéndose en camino para servir a su prima. Siendo ya por-

tadora de Cristo en su seno visita a Isabel y le ofrece su ayuda sencilla y su compañía. El encuentro de las dos mujeres está impregnado de una serena alegría. Esta escena debe repetirse constantemente entre nosotros: si estamos llenos de Cristo y nos dejamos empujar por su Espíritu, saldremos siempre al encuentro de nuestro prójimo y habrá más alegría en nuestra sociedad. María, nuestra Madre, nos acompaña siempre que hacemos este camino.

EPILOGO

Concluyo, queridos hermanos y hermanas, esta carta pastoral con una invitación a la esperanza. La situación en que vivimos nuestra fe no es fácil, los retos son grandes; transmitir la fe a las jóvenes generaciones y animar las vocaciones para la vida de la Iglesia constituyen una fuerte preocupación.

Evitemos caer en el optimismo fácil que no ve los problemas, pero no caigamos tampoco en la desesperanza paralizante que sólo ve los problemas. La esperanza cristiana es lúcida, mira de cara los problemas, y los afronta desde la confianza inquebrantable en la Presencia del Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Amigo de la Vida y Salvador de todos, para el cual nada hay imposible.

Los hombres y las mujeres que a lo largo de la historia han confiado en Él han sabido encontrar, iluminados por su gracia, respuestas creativas que han ofrecido en cada momento de la historia el agua fresca del evangelio, a los hombres y mujeres que aún sin saberlo tienen sed de Dios.

Seamos también nosotros estos hombres y mujeres que, llenos de esperanza, viven con alegría su vida cristiana, en la sencillez y en la humildad. La alegría auténtica se contagia, y, quizás, para una época de indiferencia religiosa la alegría cristiana es el mejor camino para que la Buena Noticia llegue al corazón de nuestros contemporáneos.

Celebramos la fecha de los 250 años de nuestra Diócesis, precisamente en el tercer domingo de adviento en el que se nos recuerda a los cristianos: "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. El Señor está cerca" (Flp 4, 4-5). Que Santa María, la Virgen de la esperanza y de la alegría, la Bien Aparecida, madre y patrona de nuestra Iglesia diocesana, interceda por nosotros para que vivamos así, para que estemos siempre con Él, todos

los días.

Con mi afecto y bendición,

JOSE VILAPLANA, Obispo de Santander

Santander, 28 de noviembre de 2004

Domingo I de Adviento

LA CRUZ, SIGNO DE VIDA

Carta pastoral de
Mons. José Vilaplana. Obispo de Santander,
con motivo del Año Santo Lebaniego 2006-2007

INTRODUCCIÓN

Mis queridos hermanos y hermanas:

“Dios me libre de gloriarme si no es en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo”
(Gal.6.14)

Con estas palabras del Apóstol Pablo comienzo esta carta pastoral para invitaros a contemplar la Cruz gloriosa del Señor, con motivo del Año Santo Lebaniego. La Cruz de Cristo, meta de nuestra peregrinación es signo de Vida porque en ella el Señor, por amor a todos, nos salvó del pecado y de la muerte y nos abrió las puertas del Paraíso. Él, “muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida” (Prefacio Pascual, I).

La Cruz que era instrumento horroroso de tortura y de muerte, Cristo la ha transformado en expresión del amor más grande a Dios y a los hombres, ya que Él, por nosotros, se hizo obediente al Padre hasta la muerte y muerte de Cruz, ofreciéndose por todos nosotros. Por eso Dios lo exaltó sobre todo. Con su muerte y resurrección Cristo ha iluminado al mundo y ha llenado de esperanza nuestros fracasos y sufrimientos, pues ha querido asociarnos a su victoria, a su gloria. Y es también, y sobre todo, la expresión del amor de Dios hacia todos nosotros, pues “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único” (Jn.3,16).

Os invito pues a todos, queridos hermanos y hermanas peregrinos a entrar en este misterio de amor que Cristo nos ofrece con su Cruz. Pido a Dios que este Año Santo nos ayude a revitalizar y fortalecer nuestra vida cristiana, a vivir con más esperanza en medio de las dificultades presentes y

a crecer más en la experiencia de sentirnos amados por Dios e invitados por Él a amar mejor a nuestros prójimos, especialmente a los más necesitados de ayuda y de ternura.

Deseo recordar en esta breve introducción unas palabras de Papa Benedicto XVI en su primera encíclica: “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Deus Caritas Est,1)

Lo más importante en la celebración del Año Santo es que se produzca este encuentro con Cristo, el Crucificado que vive, para que, acogiendo su amor aprendamos a amar como Él nos ha amado. Para ellos no basta con recorrer el camino exterior, es necesaria una peregrinación interior.

Vivimos en una sociedad desorientada. Hay, entre otros, dos grandes problemas que nos afectan muy seriamente. El problema de una existencia sin Dios: vivir como si Dios no existiera, prescindiendo de cuanto Él nos ha manifestado y prometido. El problema de la difuminación de nuestra identidad cristiana: hay muchos bautizados que viven como si no fueran cristianos, con una fe débil y poco alimentada y, por tanto, con una personalidad cristiana poco definida.

En esta situación el Papa Benedicto XVI nos ha ofrecido una brújula maravillosa para orientarnos: “Dios es Amor”. Nos ha invitado a poner la mirada en el costado traspasado de Cristo y nos ha dicho que es “en la Cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y desde esa mirada el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (Deus Caritas Est,12).

Como ayuda para esta peregrinación del corazón, os ofrezco en esta carta pastoral una invitación a redescubrir la vida nueva que recibimos en el Bautismo y que se alimenta con la Eucaristía (primera parte) y a seguir caminando bajo la mirada providente de Dios con la esperanza de la vida eterna (segunda parte).

Ponernos en camino hacia el Lignum Crucis como peregrinos que buscan orientar su vida desde la Cruz del Señor, redescubrir nuestra identidad cristiana nacida del Bautismo y alimentada con la Eucaristía y reforzar nuestra esperanza en la vida eterna que ya podemos experimentar desde ahora en una vida de amor a Dios y a los hermanos, éste es nuestro objetivo

al celebrar este Año Santo Lebaniego.

Acoger la misericordia de Dios en la indulgencia jubilar conlleva no sólo pasar por la Puerta del Perdón sino celebrar el sacramento de la Penitencia con el que recuperamos la gracia bautismal perdida por el pecado, y recibir la Eucaristía para entrar en comunión con Cristo y con la Iglesia, con el firme propósito de llevar una vida cristiana coherente y auténtica.

I. LA CRUZ, SIGNO DE VIDA NUEVA.

“Y uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado y al punto salió sangre y agua” (Jn.19,34).

a) Redescubrir el Bautismo

Del costado del Señor, pendiente en la Cruz, brotó un manantial de vida. La mirada de fe de la Iglesia ha descubierto y contemplado en el agua y la sangre el sacramento del Bautismo, de la Eucaristía, sacramentos que nos edifican como Iglesia. No podemos, pues, acercarnos a la Cruz del Señor, sin tener conciencia de los grandes dones que en ella nos ha revelado el Señor: Por el agua del Bautismo hemos nacido de nuevo, hemos sido hechos hombres nuevos en Cristo, podemos participar de la vida de Dios, tenemos una vocación a la santidad.

La primera señal que recibimos el día de nuestro Bautismo fue la señal de la cruz. El sacerdote que nos acogió, a la entrada de la iglesia, hizo, como primer saludo, en nuestra frente la señal de la cruz, y también los padres y padrinos que nos acompañaron para que fuéramos acogidos en la Iglesia. Si el que va a ser bautizado es adulto el celebrante le invita a acercarse “para recibir la señal de tu nueva condición” y le sigue diciendo “recibe la cruz en la frente: Cristo mismo te fortalece con la señal de su caridad. Aprende ahora a conocerse y a seguirle” (Cf. Ritual de Bautismo de Niños y Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos).

También el día de nuestra Confirmación el obispo hizo la señal de la cruz sobre nuestra frente al ungirnos con el Santo Crisma, cuando nos dijo “recibe

por esta señal el don del Espíritu Santo” (Ritual de Confirmación).

Al recibir las aguas del Bautismo fuimos sumergidos en la muerte de Cristo para nacer como criaturas nuevas, incorporadas, pues, a la muerte y resurrección del Señor. Injertados en Cristo para siempre nuestra señal de cristianos es desde aquel momento la señal de la Cruz. Los cristianos estamos marcados por la cruz de Cristo, señal de nuestra pertenencia al Señor.

En el momento en que nuestra identidad de cristianos queda como difuminada porque nuestra vida no refleja la vida del Señor, porque no vivimos de acuerdo con lo que el nombre de cristianos significa; constatado que nuestra fe está como debilitada y adormecida necesitamos acercarnos al misterio de la Cruz de Cristo para redescubrir nuestro Bautismo, de manera que se pueda decir que llevamos las marcas de Cristo en nuestra vida, es decir, que nos parecemos a Él.

Por el Bautismo recibimos el perdón de nuestros pecados y comenzamos una vida nueva, la vida de la gracia y la unión con Dios. Sin embargo, a lo largo de la vida experimentamos con frecuencia las heridas del pecado y las rupturas de amistad con Dios y con los hermanos, nos sentimos abatidos y desesperanzados.

La celebración del Año Santo, con el don de la indulgencia, nos ayuda a revivir la experiencia del don de la misericordia de Dios que nos ofrece el perdón. Recordemos, ante la Cruz del Señor, algunas bellísima oraciones de la Iglesia: “oh Dios que manifiestas tu poder con el perdón y la misericordia” (Oración colecta del Domingo XXVI del Tiempo Ordinario), “oh Dios que amas la inocencia y la devuelves a quien la ha perdido” (Oración colecta del Jueves de la II Semana de Cuaresma), “que todo el mundo experimente y vea cómo lo abatido se levanta, lo viejo se renueva y vuelve a su integridad primera, por medio de nuestro Señor Jesucristo, de quien todo procede” (Oración después de la séptima lectura de la Vigilia de Pascua).

La apertura de la Puerta del Perdón es un recuerdo y una invitación a entrar en la misericordia de Dios, celebrando el sacramento de la Penitencia. “Puesto que la vida nueva de la gracia recibida en el Bautismo, no suprimió la debilidad de la naturaleza humana ni la inclinación al pecado, Cristo instituyó este sacramento para la conversión de los bautizados que se han alejado de Él por el pecado” (Catecismo de la Iglesia Católica, Compendio, 297).

Dios nos ofrece siempre la oportunidad de “nacer de nuevo”. En la conversación que tuvo Jesús con Nicodemo, en la que éste preguntó a Jesús: ¿cómo puede uno nacer siendo ya viejo? El Señor le respondió “el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios”. Nicodemo asombrado insiste: “¿Cómo puede ser eso?” A lo que Jesús contesta: “como Moisés levantó la serpiente en el desierto así tiene que ser levantado el Hijo del hombre para que todo el que crea tenga por él vida eterna” (Cf. Jn. 3,1-15). Esta expresión de ser “levantado” se refiere a la vez alzado en la cruz e introducido de nuevo en la gloria del Padre.

En esta conversación de Cristo con Nicodemo, que debemos hacer nuestra a lo largo de nuestra peregrinación, Jesús descubre el “secreto” que nos permite captar el mensaje central el misterio de la Cruz: “Porque tanto amó Dios al mundo que dió a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo sino para que el mundo se salve por él” (Jn.3,16-17).

El gran amor de Dios se manifiesta en la entrega de su Hijo en la Cruz para que los hombres tengamos una vida nueva, recibida en el Bautismo. Por eso decía nuestro querido Papa Juan Pablo II que no es exagerado decir que toda la existencia de los fieles cristianos tiene como objetivo el llevarnos a “conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios” (Ch. L. 10). Hijos de Dios, incorporados a Cristo y a la Iglesia, como templos del Espíritu Santo, para continuar la misma misión del Señor, éstos somos los cristianos. Redescubrir esta maravilla del Bautismo, para no vulgarizarlo reduciéndolo a un rito vacío de significado, es urgente en nuestra sociedad.

Mirando el costado abierto del Señor, del que hemos nacido, podremos recuperar el asombro de la dignidad que hemos recibido y nos sentiremos estimulados a vivir de acuerdo con esta gracia.

b) Alimentarnos de la Eucaristía

En la víspera de su Pasión, Cristo reunido con sus discípulos tomó el

pan en sus manos y se lo dio diciendo: "esto es mi Cuerpo entregado por vosotros". Y lo mismo hizo con el cáliz lleno de vino: "este es el cáliz de mi Sangre que será derramada por vosotros" (I Cor.11,23-25). Estas palabras se cumplirían plenamente al día siguiente, cuando clavado en la cruz su Cuerpo pendería como Cuerpo entregado hasta la muerte y su Sangre sería derramada hasta la última gota, brotando de su costado abierto, para la salvación del mundo.

El gesto que Jesús hizo en la última cena se cumplió en la Cruz y esta entrega se actualiza en la celebración de la Eucaristía: "Haced esto en conmemoración mía" (I. Cor.11,25). Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía, en ella Él está realmente presente como resucitado que lleva, sin embargo, las marcas de su Pasión.

El sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la Resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía "pan de vida" (E. De E.,14).

Hermanos peregrinos, acerquémonos siempre a esta mesa de la Eucaristía para nutrir nuestra fe y entrar en comunión más íntima con Él, para vivir en Él.

Además, la Eucaristía nos une a los hermanos y nos edifica como Iglesia. "El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un solo cuerpo en Cristo" (L.G.,3)

La Cruz es un imán de unidad. Cristo dijo: "cuando sea levantado en lo alto atraeré a todos hacia mí" (Jn.12,32), porque él ha venido a reunir a los hijos de Dios dispersos (Cf.Jn.11,52).

Sentarnos a la mesa de la Eucaristía es entrar en comunión con Cristo y con los hermanos. Para que se produzca el encuentro con él no basta que él tenga la puerta de su costado siempre abierta sino que también nosotros abramos la puerta de nuestro propio corazón a la que él llama insistentemente: "Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguien oye mi voz y me abre entraré y cenaré con él y él conmigo" (Ap.3,20).

Una vida cristiana débil y frágil sólo puede crecer y reforzarse con el alimento que la nutre y fortalece: la Eucaristía.

San Juan Crisóstomo en una bellísima página sobre el valor de la

sangre de Cristo, que se lee el Viernes Santo, nos ofrece una profunda reflexión sobre este tema: contemplando en el costado abierto del Señor el agua y la sangre, signos del Bautismo y de la Eucaristía, nos indica que con estos dos sacramentos nace y se edifica la Iglesia. "Cristo alimenta siempre con su sangre a aquellos a quienes Él mismo ha hecho renacer, como la madre que se siente impulsada a alimentar a quien ha dado a luz" (Catequesis,3,13-19).

II. SIGNO DE VIDA ETERNA

"En verdad te digo hoy mismo estarás conmigo en el paraíso" (Lc.23,43).

a) Clave de esperanza

Sólo Dios puede darnos vida eterna. Los humanos somos mortales. Si Dios desaparece del horizonte de nuestra vida surge inmediatamente la desesperanza. No es extraño, pues, que en el ambiente cultural en que vivimos, en muchos cristianos incluso, se desvanezca la afirmación de nuestra fe en la resurrección futura. Muchos de nuestros contemporáneos piensan que todo acaba con la muerte.

Los cristianos nos fiamos de las palabras de Cristo que nos promete y ofrece vida eterna, es decir, nos asocia a su victoria sobre la muerte. Creemos que la muerte no tiene la última palabra, la tiene el Dios del amor y de la vida que es más fuerte que la muerte.

Las palabras de Jesús dirigidas al "buen ladrón" (Lc.23,43), que está crucificado con él, son una clave de esperanza también para nosotros. Esta dramática escena de la pasión es como un retrato del mundo actual: ante Cristo, el Hijo de Dios crucificado, los hombres desafían al que se ha presentado como Mesías y Salvador. "Sálvate tú y sálvanos a nosotros" (Lc.23,39). Es el grito desgarrado de quien se ve abocado a la muerte. Representa la desconfianza ante un mesías sufriente, que comparte la suerte de los desgraciados. Sin embargo, el otro ladrón confía y se abandona al Cristo solidario con el sufrimiento humano y suplica esperanzado "acuérdate de mí". Es la mirada de la fe, el reconocimiento de Jesús como Salvador. Su conversión es tipo

de todas las conversiones auténticas (Cf. Tettamanzi, D. El Buen Ladrón. Edicep, Valencia 2006).

A nosotros nos resulta siempre difícil aceptar la cruz. Como los discípulos de Emaús caminamos por la vida desconcertados y desanimados. Necesitamos que Jesús nos corrija como a ellos recordándonos: “¿no era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?” (Lc.24,26). Necesitamos descubrir que la Pasión es el camino de la Resurrección; que la Cruz apunta siempre a la vida.

Al hacer esta afirmación puede alguien pensar que la esperanza en la vida eterna nos quite interés para trabajar en la vida presente. Todo lo contrario. Ya el Concilio Vaticano II nos dio luz sobre esta cuestión((Cf. G.S. 39). Allí se afirma que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en que habita la justicia y cuya bienaventuranza colmará todos los deseos de paz que anidan en el corazón humano. Esta esperanza aviva la preocupación por cultivar este mundo, con la convicción de que todo lo bueno que hagamos por la familia humana lo encontraremos limpio y transfigurado en el Reino de Dios, presente ya ahora y que será consumado cuando el Señor venga.

b) Llamada al amor solidario

Los auténticos discípulos de Jesús que han acogido la invitación de seguirle tomando su cruz, se han caracterizado siempre por su amor a Dios, vivido con una esperanza inquebrantable aún en medio de dificultades, inseparablemente unido a un amor generoso y sin fronteras hacia los más necesitados.

Tomar la Cruz con el Señor es hacerse como él solidario con todos los sufrimientos y esperanzas de los hombres. Quien tiene esperanza arriesga y es capaz de amar gratuitamente; quien, por el contrario, cierra el horizonte de su vida y se busca a sí mismo tiende a lograr la satisfacción inmediata de sus propios deseos. Quien comparte la mirada de Cristo sabe que sólo el que da la vida es el que la encuentra, y aprende a ponerse en el lugar del otro, en el lugar de los últimos; se acerca, como buen samaritano, a los que quedan al margen.

La contemplación de la Cruz del Señor nos invita a hacernos “ciri-neos” de los demás para ayudarles a llevar sus cruces. Al volver de nuestra peregrinación, nuestro ánimo ha de estar más disponible para servir a quien nos necesita, para trabajar mejor en la transformación de nuestro mundo y en la superación de tantas injusticias y desigualdades, que son una pesada cruz, que aplasta a tantos inocentes.

Busquemos juntos cauces de cooperación y participemos activamente en ellos: a través de nuestras “Cáritas” y de los programas de “Manos Unidas” y de los “Gestos de Cuaresma”, encontraremos en nuestra Iglesia el modo de expresar el amor que Cristo nos ha enseñado. Este amor busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización y busca su promoción. El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es una tarea para cada fiel y para toda la comunidad eclesial y ha de prestarse como servicio comunitario organizado (Cf. *Deus Caritas Est*, 19-20).

c) Fuerza para afrontar el sufrimiento

Con frecuencia nos vemos desbordados por los acontecimientos difíciles y por los sufrimientos de nuestra vida. La enfermedad, los fracasos, las frustraciones personales y nuestros propios límites son motivos que ponen a prueba la esperanza. Cuando nos sentimos abatidos por el sufrimiento parece que nuestra existencia carece de sentido.

No hay una “teoría” para dar una respuesta que disipe todas nuestras dudas. Sin embargo, el creyente, mirando a Cristo Crucificado, es capaz de sobreponerse a la prueba del sufrimiento con una confianza que la supera. Cristo mismo en la Cruz experimentó esa desgarradora soledad y ese oscurecimiento terrible hasta exclamar: “Dios mío, Dios mío: ¿porqué me has abandonado?” (Mc.15,34). Ese “porqué” dirigido a Dios como queja y como súplica está indicando ya que el misterio del sufrimiento tiene una respuesta que va más allá de lo que ahora los humanos podemos comprender. Por eso, el mismo Jesús se abandona, con una confianza absoluta, en manos de su Padre: “A tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu” (Lc.23,46).

Quien aprende a mantener esa confianza en medio de la prueba pue-

de descubrir la respuesta del Padre que nunca defrauda. Jesús nos habló de Dios como Padre bueno que escucha y acoge las peticiones confiadas de sus hijos. “Cuando Jesús calló habló el Padre de Jesús, resucitándole de entre los muertos y arrancándole del poder de la muerte. Dios no es un Dios de muerto sino de vivos, es el Dios de la Resurrección y de la Vida Eterna, desde la cual hay que vivir la vida diaria de este mundo. Este Dios de la Resurrección y de la Vida es el que anuncian y testimonian sus discípulos en medio del mundo.” (Sebastián, F. *La Iglesia en España 1950-2000*, PPC, Madrid, 1999, pag. 263).

Adentrarse en esta perspectiva de la Cruz de Cristo, despierta nuestra fortaleza, alienta nuestro ánimo y produce como fruto alegría y paz.

CONCLUSIÓN

Hermanos peregrinos, he intentado ayudaros en la contemplación de la Cruz del Señor como Signo de Vida. De ella brotó la vida nueva que hemos recibido como don en el Bautismo y que nos alimenta con la Eucaristía. Ella es signo de vida eterna porque Cristo venció a la muerte, convirtiendo el “lugar de la calavera” en el nuevo paraíso, de manera que los que compartimos los sufrimientos de Cristo podamos tomar parte en su victoria para siempre.

Vivamos de acuerdo con el don que hemos recibido. Tenemos la suerte de creer en Cristo y de amarle, de haber sido incorporados a Él y a su Iglesia. Vivamos la coherencia entre nuestra fe y nuestra vida. Llevemos con dignidad el nombre de cristianos. Cada día nos lo recordará el signo de la Cruz.

El gesto de Cristo en la Cruz viene a ser el gesto fundamental de la vida y de la celebración cristiana: “las manos extendidas del Señor están a la par levantadas al Padre y extendidas hacia el prójimo” (Ratzinger, J. *Nuevo Pueblo de Dios* Herder, Barcelona 2005, pag. 51) Así toda la existencia cristiana se ve representada simbólicamente en la Cruz, que aparece ante nuestros ojos como el libro del amor más grande.

Desde la Cruz, Cristo nos regaló a su Madre la Virgen María como Madre nuestra. Termino esta carta invitándoos a rezar con ella esta oración:

Señor Jesucristo,
que en la Cruz has dado tu vida por nosotros:
De tu costado abierto ha brotado para el mundo
un manantial de Vida,
y resucitado nos das tu paz y tu alegría.
Concédenos la mirada de la fe
para poder asombrarnos y acoger el amor de Dios Padre
que Tú nos has manifestado.

Ayúdanos a vivir siguiendo tus pasos
impulsados por el Espíritu Santo,
que nos regalaste el día de nuestro Bautismo.

Aliméntanos en nuestro camino con tu Cuerpo y Sangre
en la Eucaristía.

Enséñanos a amar a todos como Tú nos has amado.
Fortalécenos para que podamos llevar nuestra cruz
y ayudar a llevarla a nuestros hermanos.

Alienta nuestra esperanza hasta que compartamos contigo la vida eterna.
Amén.

Con mi saludo pascual, con mi afecto y bendición

+ José Vilaplana
Obispo de Santander

HOMILIAS

**FUNERAL POR LOS FALLECIDOS
EN EL ATENTADO TERRORISTA**

21 febrero 1992

Parroquia Ntra. Sra. de Montesclaros - Santander

Mi saludo dolorido y lleno de afecto especialmente a vosotros, Silvia y Jesús; a las madres de Eutimio y Julia, y a vosotros, hermanos, familiares y amigos; mi saludo respetuoso al Sr. Presidente y a las autoridades, y a todos vosotros, querido don Juan Antonio y sacerdotes, queridos hermanos y hermanas:

Unido a la declaración de mis hermanos Obispos quiero comenzar mis palabras haciendo una clara condena de este acto brutal que ha costado la vida a estos dos hermanos, a este matrimonio.

Una repulsa total al terrorismo, que es un atropello a la dignidad humana, que deteriora seriamente a nuestra sociedad.

Quiero también levantar mi pobre voz, unida al clamor de todo este pueblo que dice: no más muertes; mi pobre voz, unida a la vuestra, y dirigida a los autores de estos actos, para decidas: si queda un resquicio de humanidad en vuestro corazón, por lo que más queráis, por el amor de Dios, dejad de sembrar muertes y desolación en nuestras ciudades, en nuestros barrios.

No matéis más.

Quiero también que mi voz resuene solidaria especialmente con vosotros, queridos familiares, especialmente con vosotros, Silvia y Jesús, que habéis perdido a vuestros padres: Dios quiera que encontréis en cada uno de nosotros, en todos nosotros, una familia que os ayude a mitigar vuestro dolor y vuestra soledad. Ya sé que no podemos suplir este vacío que han dejado vuestros padres, pero os quiero decir sinceramente: estamos con vosotros y queremos ser vuestra familia.

Queridos hermanos y hermanas: estamos celebrando la Eucaristía, y es aquí el lugar para encontramos con Jesús Nuestro Señor, es el momento de avivar nuestra Fe, y escuchar la palabra del Señor, es un momento para que nuestro corazón descanse y repose en El.

Mi mensaje quiere ser muy sencillo: que esta tensión, que este dolor, que este sufrimiento que crean estos actos, no ahoguen en nosotros sentimientos más profundos de vida cristiana. Que estos momentos difíciles no apaguen nuestra fe, no roben nuestra calma, no rompan los sentimientos de comunión con Jesucristo. Por eso, os invito a abrir el corazón ya escuchar estas palabras de Jesús que han sido proclamadas en el Evangelio: "Que no tiemble vuestro corazón" Que es una invitación a la serenidad, a la calma, a la paz en el Señor.

Y otra palabra de Jesús: "Creed en Dios". Que esta situación no apague vuestra confianza, vuestra capacidad de apoyaros en el Señor, de seguir confiando en El, que es el único que nos puede conceder esa transformación de los corazones y esa paz de la que todos queremos disfrutar. Confiemos en el Señor, apoyémonos en El.

Y esa palabra que nos ha dicho Jesús también: "Donde yo esté, quiero que estéis también vosotros". Y que nos abre a la esperanza de que nuestros hermanos Eutimio y Julia están con el Señor. Afirmemos aquí con fuerza nuestra fe y nuestra esperanza en Cristo resucitado: por el bautismo hemos sido incorporados a su muerte; nuestros hermanos la han probado, como Cristo: inocentes, han muerto de forma violenta; han sido incorporados a la muerte de Cristo, y confiamos que participan de su vida, que están en el Señor. Y a sus manos los encomendamos, y confiamos que la muerte ha sido vencida en Jesucristo. Por eso, queridos hermanos, especialmente vosotros, los más jóvenes, poned vuestra mirada en Jesucristo y encontrad en El el Camino, la Verdad y la Vida.

Estamos en un momento de oración. Circunstancias como éstas nos hacen sentir frágiles, débiles, pequeños, impotentes a veces, pero es el momento para avivar nuestra esperanza. No puede morir nuestra esperanza. No podemos dejar de construir, con la colaboración de todos, un mundo donde no se produzcan estos actos que tan poco dicen de la humanidad. Hemos de aportar cada uno nuestro grano de arena para hacer de este mundo un mundo en paz, un mundo reconciliado. Por eso, pidamos al Señor por cada uno de nosotros, para que seamos instrumentos de paz, para que el Señor, sin dejarnos vencer por el desánimo, nos haga constructores de este mundo nuevo.

Oremos también, de una manera especial, por los heridos y por sus familias, que con angustia siguen las informaciones que les van dando los médicos; pedimos para ellos, la salud, para sus familiares la fortaleza, para todos el que puedan compartir de nuevo la alegría de verse reunidos en familia.

Mis queridos hermanos y hermanas: toda la ciudad está conmovida. Toda la ciudad eleva esa oración por nuestros hermanos difuntos. A todos y cada uno de vosotros os invito a compartir los sentimientos de Cristo como fuente de inspiración, para que en el lugar de nuestro trabajo, en el lugar de nuestra familia, afirmemos con toda confianza que la paz es posible.

Nuestra fe no nos permite dejarnos vencer por el desánimo.

Por eso ahora, al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, como cristianos afirmamos que el Señor Resucitado es nuestra esperanza. Que así sea.

MISA CRISMAL

15 abril 1992

Queridos hermanos sacerdotes, queridos seminaristas, hermanos y hermanas:

No puedo ni quiero ocultar la profunda emoción que me ha embargado esta mañana al pensar que iba a presidir esta mi primera Misa Crismal. Nunca, hasta este momento, había presidido una Misa Crismal, y es para mí un motivo de gratitud profunda a Dios Nuestro Señor el presidirla con vosotros, mi presbiterio, a los que ya os conozco y os quiero, con los que ya he compartido inquietudes y esperanzas. En este momento en que voy a bendecir y consagrar por primera vez los Oleos que confortarán a nuestros catecúmenos, los Oleos que serán el signo de la misericordia y de la fortaleza del Señor para nuestros enfermos, y el Santo Crisma con el que serán ungidos nuestros bautizados y confirmandos, y también nuestros sacerdotes, doy gracias a Dios.

En esta mi primera Misa Crismal, como Obispo vuestro, he querido rendir también un sencillo homenaje de recuerdo a mi querido Arzobispo don Miguel Roca, cuyo báculo es el que estoy utilizando en esta celebración;

su familia ha tenido la delicadeza de querer que sea yo quien lo guarde y lo utilice, puesto que con él había trabajado durante tantos años y había compartido tantas veces esta celebración de la Misa Crisma!

Como sé que vosotros me habéis acompañado en el sentimiento de dolor que he tenido al perder a este gran amigo, he querido hoy, de alguna manera, hacerlo presente, recordando su presencia aquí el día que tomé posesión.

"El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido y me ha enviado" (Os 61, 1). Estas palabras del profeta Isaías, que se cumplieron en Jesús plenamente, son dos palabras clave para entender a los discípulos de Jesús y su misión en el mundo. Unción y misión son dos aspectos inseparables de nuestra vida, de nuestra realidad y de nuestro compromiso al continuar esa misma misión de Jesús en favor de los nuevos pobres, ciegos, oprimidos de nuestra sociedad; unción y misión del mismo Espíritu que empujó a Jesús y que nos empuja a nosotros para seguir anunciando la Buena Nueva del Evangelio a los pobres y a todos los hombres el año de gracia del Señor.

El Espíritu que ungió a Jesús es el mismo Espíritu que unge al pueblo santo para que seamos cristianos ungidos, nuevos Cristos, incorporados a esa relación filial que nos hace clamar *Abba, Padre*, que nos hace reconocernos hermanos y nos envía a hacer de este mundo una gran familia, una gran fraternidad. El Espíritu que ungió a Jesús como Mesías, como Sacerdote, como Pastor, como Profeta, es el mismo Espíritu que hace de su Iglesia un pueblo profético, un pueblo sacerdotal, un pueblo regio. Y estas palabras, que se cumplen en Jesús, se cumplen en nosotros, y hay que avivar nuestra fe para que toda la fuerza del Espíritu no quede frenada en nuestra vida, sino que nos dejemos conducir por ese mismo Espíritu que ungió a Jesús. La unción del Espíritu Santo hace que el hombre entre en una relación nueva con Dios. El hombre que recibe el Espíritu es el que clama desde su interior *Abba, Padre*, es el hombre sin fronteras, que en el mundo encuentra hermanos por todas partes y por la fuerza del Espíritu Santo hace que su vida y su existencia sean como un reflejo, una participación de ese misterio de amor y de vida que es la Trinidad misma.

Y nosotros, los sacerdotes que hemos recibido esa unción del Espíritu como miembros del pueblo de Dios, hemos recibido de nuevo una efusión

del Espíritu por la imposición de las manos, que nos configura de una manera especial con Cristo Sacerdote y Pastor para no ser solamente hombres que pertenecemos a este pueblo, sino para ser, como Jesús, pastores de este mismo pueblo, para estar no sólo en la comunidad cristiana sino a su frente, a su cuidado, con todo lo que esto conlleva de una nueva relación con Cristo y con nuestros hermanos, para que seamos como una transparencia de Cristo: Pastores de Cristo, sacerdotes de Cristo, siervos de Cristo Esposo de la Iglesia. Estas claves las ha puesto de manifiesto y las ha subrayado especialmente el Papa Juan Pablo II en el nuevo documento que nos ha enviado a los sacerdotes, especialmente para este Jueves Santo, y que hoy recibiréis recogiendo las inquietudes del último Sínodo que habló de nuestra formación como sacerdotes, para que seamos sacerdotes nuevos en esta nueva evangelización.

Es un documento rico, que yo no voy a intentar resumir, ni mucho menos; sólo quiero subrayar en esta mi primera Misa Crismal con vosotros una dimensión: El sacerdote es el hombre de una nueva relación: con Cristo, con los hermanos y entre nosotros.

Cada vez que pienso y reflexiono sobre la acción pastoral descubro la importancia que tiene esta palabra: relación. Muchas veces los hombres de nuestro tiempo, movidos por el ambiente, un ambiente de eficacia, de trabajo, de ejecutivos, hacen que consideremos también nuestra labor pastoral reduciéndola sólo a las acciones que realizamos; es muy importante cuidar y programar bien las acciones, pero éstas pierden su fuerza y su eficacia si no sabemos crear entre nosotros, entre los fieles, una relación nueva; la mejor de las acciones, con unas relaciones que no son fluidas, puede estar abocada al fracaso; y las acciones más modestas, en unas relaciones fraternas, de afecto sincero y profundo, son capaces de ir transformando nuestra sociedad y nuestro mundo.

Al tomar conciencia, en este día de la Misa Crismal, de la unción que hemos recibido tanto en nuestro bautismo, como en nuestra ordenación sacerdotal, hemos de tomar conciencia también de que los sacerdotes hemos de ser hombres de una nueva relación. Es verdad que nuestra sociedad necesita nuevos sacerdotes, que la nueva evangelización supone que todos nosotros nos esforcemos en potenciar la pastoral vocacional para que nuevos hom-

bres, nuevos jóvenes, entren a formar parte del presbiterio diocesano. Es muy importante. Pero igualmente importante, o quizá más, es que nosotros mismos seamos sacerdotes nuevos; no sólo que haya nuevos sacerdotes en el presbiterio, sino que nosotros seamos sacerdotes nuevos, por nuestra nueva relación con Cristo, por nuestra nueva relación entre nosotros, por nuestra nueva relación con los fieles que se nos han encomendado.

Nueva relación con Cristo. Sin la renovación de nuestra adhesión y nuestra fidelidad a Jesucristo no pueden brotar relaciones nuevas en nosotros. Todo comienza por la raíz, y la raíz de nuestro ministerio arranca de esa especial configuración con Cristo, Sacerdote y Pastor. Esta configuración supone, en primer lugar, una gran capacidad de acoger como don esa ofrenda personal de Cristo por nosotros y por todos los hombres. Si analizamos bien la escena del lavatorio de los pies veremos que en el diálogo de Jesús con Pedro hay una tensión fuerte, hay unas palabras duras; cuando el Señor se inclina a lavarle los pies a Pedro, él se niega: "Lavarme los pies a mí, Tú, de ninguna manera Señor" (Jn 13,8). Y las palabras de Jesús son durísimas: "Si no te lavo los pies, no tienes parte conmigo" (Jn 13, 8).

¿Qué significa esto? Jesús le dice a Pedro: "Lo entenderás más tarde" (Jn 13, 7); y cuando acaba el lavatorio de los pies, dice a todos: "Yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también tenéis que lavaros los pies unos a otros" (Jn 13, 14-15), Y añade: "Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho también vosotros lo hagáis" (Jn 13, 15-16). La escena no se reduce solamente a un ejemplo externo que nos da el Señor y que puede inspirar nuestra acción; no se puede reducir la mirada de esta escena a un simple ejemplo externo que puede inspirar lo que nosotros podemos hacer. Las palabras de Jesús a Pedro: "Si no te lavo los pies, no tienes parte conmigo" (Jn 13,8) significan que sin acoger en nosotros el misterio de donación de Cristo, si no es por nuestra incorporación a él, no podremos lavar los pies a los demás como Cristo los ha lavado. Que nuestra acción, para que sea con la de Cristo, supone, en primer lugar, esa humildad de verse servido, salvado, entrañablemente amado por ese Cristo que se ha entregado también por mí y por todos los hombres.

Queridos amigos: Tratemos de vivir intensamente este misterio; dejémonos lavar los pies por Cristo. A Pedro le hubiera sido más fácil que el Se-

ñor le hubiera pedido que le lavara los pies a El, pero lo que Jesús quería decir a Pedro es que el protagonismo de su vida, la fuerza de su vida, el dinamismo de su vida, iba a ser, sobre todo, lo que de El había recibido.

Nuestra relación con Cristo ha de ser siempre esa acogida, en nuestra vida, de la ofrenda del Señor, ese experimentar en nosotros mismos ese amor incondicional de Cristo, esa ofrenda por nosotros; sólo el que se sabe profundamente amado por el Señor puede amar a los demás con la misma fuerza, con el mismo amor que Cristo le ofrece. Nuestro servicio, nuestro amor, nuestra misión no es propia, no es nuestra; es del Señor a través de nosotros.

Por eso, nuestra vida sacerdotal se renovará en la medida que dejemos que Cristo nos configure, nos transforme, y sea todo en nosotros, para poder decir con Pablo: "ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí" (Cal 2, 20), quien sirve en mí, quien ama en mí, a través de mí.

Esto, queridos hermanos, nos hará sin duda sacerdotes nuevos, y de aquí brotará también una *nueva relación entre nosotros*. Cuando tenemos conciencia de haber sido amados incondicionalmente por el Señor, de haber sido elegidos sin mérito alguno por nuestra parte, y enriquecidos por esos dones que el Señor ha puesto en nuestras manos, tendremos más disposición a mirarnos todos como hermanos. Esa ha de ser nuestra relación y nuestra comunión en nuestro presbiterio: Miramos como hermanos.

Creo que la dificultad mayor que puede ocurrir entre nosotros sacerdotes es que a base de repetir estas palabras las olvidemos, que dejemos de mirarnos como hermanos con todas nuestras deficiencias, con todas nuestras historias, con todas nuestras posibilidades. Miramos como hermanos desde Cristo. Creo que nuestra mirada de sacerdotes, ha de ser siempre una mirada iluminada por la fe, también para mirar a nuestros hermanos; allí donde la psicología tropiece, allí donde la historia pese, que la luz de la fe nos haga sacerdotes nuevos, haciéndonos nuevos hermanos, aprendiendo a mirarnos de nuevo como hermanos. De aquí brotará sin duda una acción pastoral más coordinada, más sintonizada; a pesar de todas nuestras deficiencias y diferencias, habrá una experiencia de unidad dentro del rico pluralismo que nos da el Espíritu. Pero todo esto podrá ser real si nuestra mirada es una mirada nueva, si nuestras relaciones se traducen también en gestos sencillos: una visita, una llamada de teléfono, una escucha, una pregunta de interés, un rato

de compañía en silencio... estas grandes palabras siempre tienen que ser traducidas a pequeños gestos.

Y esto nos llevará también, queridos hermanos, a vivir una *nueva relación con los fieles* que se nos han encomendado, con los fieles a los que tenemos que ayudar a ser una familia.

La pastoral de la nueva evangelización tiene un objetivo muy concreto que podemos realizar todos en nuestro propio campo: ayudar a que los bautizados sean creyentes, ayudar a que las parroquias sean comunidades. Eso significa no sólo ser agentes o gestores de una serie de actividades, sino maestros de las nuevas relaciones entre los fieles y nosotros. Ayudar a que nuestra parroquia, nuestros fieles, vayan tornando conciencia de parroquia, de comunidad; ayudarles a intercomunicarse, a interrelacionarse, a entrar en este dinamismo que brota ni más ni menos que de la entraña del corazón mismo de Dios, que es un reflejo de la unión misma de la Trinidad. Porque es Dios quien ha tenido a bien salvarnos, no aisladamente sino en la Iglesia, en comunión, en unidad, y el sacerdote es el maestro, tiene que ser, el servidor de esa unidad. Ayudar a que los fieles maduren según su propia vocación, pero que cada uno ponga su vocación y su madurez al servicio de los otros. Que nuestras parroquias no sean solamente una reunión atomizada de grupos, sino que todos los grupos tornen conciencia de esa fraternidad que los une, porque hemos recibido la misma unción, el mismo Espíritu.

No quiero alargarme más, queridos hermanos, sino solamente decirles que en esta celebración de la Misa Crismal pongamos en las manos de Cristo todo lo que somos y tenemos, cada una de nuestras comunidades: esas pequeñas comunidades dispersas en nuestras montañas, esos barrios donde se vive más la incomunicación, donde hay acumulados tantos fieles, esos grupos, cada uno de vuestros grupos; que todos ellos estén presentes aquí. Y sobre todo pidamos que se derrame abundantemente la unción del Espíritu para que cumplamos fielmente la misma misión de Cristo.

Así sea.

A LOS JÓVENES PEREGRINOS A SANTIAGO

24 Julio 1993

La peregrinación diocesana de jóvenes a Santiago de Compostela comenzó el 24 de julio con una Celebración Eucarística presidida por el Sr. Obispo, a las 10 de la mañana, en la S. I. Catedral. En ella Mons. José Vilaplana pronunció esta homilía:

Queridos hermanos sacerdotes; queridos jóvenes peregrinos, queridos jóvenes, padres, familiares y amigos que queréis compartir con nosotros esta Eucaristía, inicio de nuestra peregrinación. Qué hermosa está hoy nuestra Catedral, llena de juventud en camino. Es un signo de la Iglesia. La Iglesia siempre es renovada por Jesucristo en camino, siguiendo sus pasos. Es hermoso poder compartir esta celebración en nuestra Santa Iglesia Catedral.

Hoy, queridos amigos, vamos a reflexionar sobre qué significa peregrinar. Quién es un peregrino. Mirad, un peregrino no es un turista. Un turista puede ir visitando lugares, haciendo fotografías, contemplando paisajes... Pero el peregrino no quiere quedarse solamente en eso, aunque también lo puede hacer: contemplar la belleza de la creación, de los edificios... El peregrino es el que busca en todas esas cosas la huella de Dios.

Por eso, lo significativo del turista es mirar; lo típico del peregrino es caer de rodillas, porque va buscando las huellas de Dios a través de la creación, a través de las huellas de la Fe de nuestros antepasados. El peregrino es un hombre que busca las raíces de su fe para renovada, para que su corazón esté lleno de Dios.

Por eso, uno de nuestros signos será que cuando entremos en una Catedral o en un santuario haremos un momento de silencio, de rodillas, para que se note que somos peregrinos; y os exhorto a que en ese momento de silencio, quizás breve, cada uno de nosotros, en nuestro corazón, le pida al Señor: enséñame Señor tus caminos, instrúyeme en tus sendas.

Somos buscadores de Dios, no lo olvidemos; porque queremos vivir los caminos que Dios nos señala. Y ese camino lo tenemos bien marcado: es Cristo mismo. El es el camino.

Con austeridad vamos a vivir estos días, ya que nos vamos a despojar

de las comodidades a las que estamos acostumbrados; vamos a encontrarlos con nosotros mismos, a tener dificultades, no cabe duda, porque somos muchos y el camino es largo. Pero en todo ese proceso, precisamente desde la sencillez y la pobreza, queremos aprender a caminar con Cristo y como Cristo.

Queremos recorrer el camino que es Cristo mismo, aprender las aptitudes del Evangelio, la sencillez, la pobreza, el amor fraterno. Cristo es nuestro camino. Y por eso, siempre debemos tenerlo a El ante nuestra mirada. Y ahí descubriréis, queridos amigos; ahí descubriremos, porque yo también voy a peregrinar con todos vosotros, la distancia que hay entre El y nosotros. El, que hizo la voluntad del Padre, que se entregó totalmente por nosotros hasta dar su vida; y nosotros tantas veces con nuestros regateos y nuestras rebajas.

Si le miramos a El descubriremos que el camino es una invitación a la conversión. Es un camino penitencial que significa que queremos corregir aquello que nos distancia de Cristo para ser cada día semejantes a El. El peregrino es un hombre que busca su conversión; busca la purificación de su corazón, para tener un corazón limpio y transparente, para tener una vida coherente con lo que nos ha enseñado Jesucristo. Por eso, vivamos también el camino con este espíritu de conversión.

Y finalmente, en el camino nos necesitamos unos a otros. Vamos a tener que ayudarnos mucho, que soportamos un poco también. El camino crea a veces tensión; el cansancio, el moverse tantas personas al mismo tiempo,... y ahí es donde se pone a prueba también nuestra caridad y nuestra fraternidad.

¿Sabéis por que la vieira, esa especie de concha, es sino de los peregrinos? Por que significa una mano abierta para recibir, y también una mano tendida para dar. Mirad a la vieira en sus dos caras: significan mano que recibe y mano que ofrece. Porque vamos a experimentar en el camino que seremos ayudados por otros, y también que tenemos que ayudar a otros.

Hagamos del camino una experiencia de fraternidad, de familia que avanza, de familia que se ayuda. Este camino en concreto tiene como referencia el sepulcro de Santiago, el que sembró en España la fe. Por eso, queremos acercarnos al sepulcro del amigo del Señor, del testigo de Cristo; por-

que también a nosotros nos toca, en medio de este mundo, ser mensajeros del Evangelio, heraldos de Cristo, amigos del Señor.

Y nos acompaña también como peregrina de camino la Virgen María Nuestra Madre la Bien Aparecida, la Virgen del camino. A Ella le confiamos nuestras inquietudes, a Ella nos confiamos en esta celebración. Ven con nosotros al caminar, Santa María, ven.

Continuamos ahora la celebración acogiendo esta palabra que nos ha dicho Jesús en el Evangelio: yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nosotros somos peregrinos de este camino que es Cristo. Que así sea.

EN LA SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN

15 agosto 1993

Mis queridos hermanos sacerdotes. Queridos hermanos y hermanas; especialmente queridos hermanos del Coro Gregoriano de la Catedral de Brujas, que habéis querido, al participar en el Festival Internacional de Música de Santander, haceros también presentes en esta celebración a Nuestra Señora en el día de su Asunción. Os saludo con gratitud, con alegría, con todo afecto.

Y a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas que estáis pasando unos días en nuestra ciudad, y que hoy habéis querido uniros a esta familia diocesana para celebrar el triunfo, la glorificación de Nuestra Madre, la Virgen María: bienvenidos seáis a esta vuestra familia; compartimos la misma fe y nos alegramos en el Señor.

Y también quisiera saludar a algunos de vosotros que, quizás debatiéndoos entre la duda y la fe, estáis presentes en esta Eucaristía. Atraídos por la belleza del canto, habéis querido hacer de esta celebración una búsqueda en vuestra vida. Os saludo cordialmente y pido para vosotros la luz. Que el Señor, en este encuentro, os ayude a avanzar en vuestra búsqueda de la verdad.

Hoy estamos todos llenos de gozo. La alegría que invade al pueblo de Dios al contemplar a María asunta al cielo, en cuerpo y alma glorificada, entrando como Reina, como la primera redimida, la que abre esta pere-

grinación que es la Iglesia, y en la que vemos ya realizado el triunfo de Cristo. En Ella vemos completada toda la obra de salvación; Ella que fue elegida y preservada del pecado original, que fue llamada por Dios para cooperar en la obra de la salvación, que fue siempre fiel; Ella está ya glorificada, participando de la Pascua de Cristo.

La vida de María no se puede entender si no es en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

No debemos aislar nunca la figura de Maria de la de Cristo, porque Ella es la primera redimida, la primera discípula, la maternal colaboradora en la obra de la redención. Su vida no puede explicarse sin Dios. Ella está llena de Dios y toda su vida está perfectamente en sintonía con la obra redentora de Jesucristo, de la que Ella es la primera beneficiaria.

Pero tampoco podemos separar a María de la vida de la Iglesia porque forma parte de ella. Es la que encabeza la peregrinación de fe que Ella tan perfectamente realizó en su vida. Ella es de nuestra raza, es el orgullo de nuestro pueblo. Ella es pequeña como nosotros, pero ha sido grande porque se ha dejado moldear por Dios. Ella ha tenido que responder "Sí" desde la libertad humana, pero ha dado una respuesta completa, sin fisuras ni divisiones en su corazón; por eso, es modelo para todos nosotros. Y cuando la contemplamos glorificada, asunta en cuerpo y alma a los cielos, reconocemos el destino al que todos somos llamados, la meta, el puerto hacia el que nos dirigimos, el final de la peregrinación que todos nosotros estamos realizando.

En este día, hermanos y hermanas, quiero exhortaros sencillamente a que viváis con intensidad estas dos realidades. En primer lugar, la inserción de nuestra vida en el misterio de Cristo. Cómo entendemos nuestra vida, quién nos inspira nuestras decisiones, quién orienta nuestros pensamientos, qué queremos, hacia dónde vamos. Si nos llamamos cristianos, nuestra vida tiene que estar inmersa en el misterio de Cristo. Si queremos ser cristianos, hemos de avanzar como discípulos, intentando leer toda nuestra vida a la luz del misterio de Cristo, a la luz de su Evangelio.

No podemos reducir nuestra vida cristiana a actos aislados, fragmentados y dispersos. Hemos de buscar esa armonía y esa coherencia de vida en la que, a pesar de nuestras debilidades y flaquezas, nos entendamos a

nosotros mismos como vinculados siempre a Jesucristo. En el trabajo y en el descanso, en nuestra vida familiar y en nuestras responsabilidades sociales, debemos estar inspirados, referidos, adheridos a Cristo, como lo estuvo María. Toda Ella llena de Dios, toda Ella cooperando en la obra redentora de Cristo.

Que esta fiesta de la Virgen os ayude a realizar esa armonía; nos ayude, porque yo también me inclino, como vosotros, como peregrino y discípulo del Señor, que necesito mirarme constantemente en el espejo que es Cristo.

Y en segundo lugar quisiera exhortaros hoy que no olvidéis nunca que el puerto al que nos dirigimos es la vida eterna. Es verdad que no podemos utilizar la expresión "vida eterna" como una excusa para no ser responsables en la vida. Y en el momento actual que estamos viviendo, no podemos utilizar como una especie de defensa el hablar de "vida eterna" para no cumplir con los deberes de la justicia, con los deberes de ciudadanía, con las responsabilidades que cada uno tenemos aquí y ahora.

Pero es verdad también que la preocupación por el aquí y ahora no debe ahogar el hecho y la afirmación de nuestra fe de que sólo Dios en la vida eterna podrá colmar plenamente nuestros anhelos, nuestro deseo de felicidad y de gozo; que sólo Dios en la vida eterna podrá hacer de nosotros esas criaturas totalmente transparentes, totalmente salvadas, como El nos tiene prometido.

En nuestra vida cotidiana olvidamos muchas veces la referencia a la vida eterna; olvidamos que Dios nos tiene reservado su palabra de Amor; que El hará que las contradicciones y las dificultades que ahora vivimos queden plenamente colmados junto a El, como están ya en la Virgen María.

El hecho de considerarnos peregrinos hará que no demos valor absoluto a las realidades y a los proyectos de este mundo. Que el único absoluto en nuestra vida sea Dios, que es amor, que tuvo su primera palabra para darnos vida y que tendrá la última para llenarnos de gozo, con María, su Madre y nuestra Madre. Que así sea.

EN LA FIESTA DE LA BIEN APARECIDA**15 septiembre 1993**

Queridos hermanos y hermanas:

La fiesta de nuestra Madre y Patrona, la Bien Aparecida, nos llena de alegría y nos convoca a todos en este su santuario donde experimentamos el gozo de encontramos como hermanos.

Su pequeña imagen, entrañable y tierna, nos hace evocar el Magnificat y nos recuerda que Dios hace grandes obras en los pequeños, mientras los corazones soberbios y embotados por la riqueza quedan vacíos.

Todo en ella nos habla de sencillez y de humildad. Todo en ella nos habla de maternidad y entrega.

Madre e Hijo, amorosamente unidos, comparten. Al observar la imagen, no sabemos bien si es la Madre la que recibe de Jesús, o si Jesús, niño recibe de María. En realidad los dos reciben porque los dos entregan: María recibe de Cristo la gracia y la salvación, que sólo El puede ofrecer; Jesús recibe de María nuestra naturaleza humana y sus cuidados de madre para crecer como uno de nosotros. ¡Admirable intercambio en el que el Hijo de Dios, nacido de una mujer, María, se hace pequeño, humano, para dar a los hombres la dignidad de hijos de Dios y la participación en su grandeza y en su gloria!

Cristo, haciéndose como nosotros, nos ofreció el don de llamar a Dios Padre y tenemos la dicha de dirigimos a nuestro Dios con la palabra, confiada y cálida, con la que se dirige a su padre un niño pequeño.

Esta dicha y este don fueron posibles porque María, la Virgen, aceptó colaborar en la obra de la salvación y dijo "sí" a la voluntad de Dios.

Acogió al hijo de Dios en sus entrañas, lo cuidó con amor de madre y se dedicó totalmente a El, atenta a su crecimiento en el sencillo hogar de Nazaret. ¡Tanta grandeza en tanta pequeñez!

El hijo de Dios en brazos de una humilde joven nazarena que lo envuelve en pobres pañales, lo recuesta en un pesebre, lo amamanta con ternura y, con su esposo José, lo defiende de los peligros y lo educa en el seno de una familia, la Sagrada Familia de Nazaret.

La contemplación de nuestra Madre me lleva, este año, queridos her-

manos y hermanas, a dirigiros un mensaje, ilusionado y lleno de esperanza, de renovación para vuestras familias. El Hijo de Dios quiso crecer en el seno de una familia y nuestras familias deben ser ámbito privilegiado de crecimiento en la fe y de educación cristiana.

Familias cristianas:

- Sed hogares donde se palpe la presencia de Dios y el seguimiento de Cristo.

- Sed "iglesias domésticas" donde se aprenda a confiar en el Padre, de quien procede todo bien, y se ore con sencillez.

- Sed "comunidades" donde se experimente el amor sin condiciones y la comunicación sincera y cálida; donde se acoja la vida con generosidad y respeto en todas sus fases.

- Sed casas abiertas en las que resuene el clamor de los necesitados y se aprenda a vivir en austeridad ya compartir solidaridad.

La atención a la familia estará muy presente en la labor pastoral de este curso que empieza. Esta atención se dirigirá principalmente a las familias desestructuradas y a las que sufren a causa del paro.

Desde aquí, a los pies de nuestra Patrona, la Bien Aparecida, pido a Dios bendiga a todas las familias de Cantabria y haga de todos nosotros una familia unida.

MISA CRISMAL

Muy querido don Juan Antonio, muy queridos hermanos sacerdotes, muy queridos seminaristas, muy queridos hermanos y hermanas que participáis en esta celebración.

Al veros reunidos aquí, en la Catedral, a tantos sacerdotes; y viendo con vosotros, y a través de vosotros, vuestras comunidades, vuestros grupos, vuestros trabajos, vuestras ilusiones y preocupaciones; al reunimos aquí, en este ambiente festivo de Pascua, no puedo sino decir: ¿cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?

Como podéis imaginar, para mí es una gran alegría poder compartir esta Eucaristía con vosotros. Una Eucaristía en la que podemos decir con Cristo que hoy se cumple en nosotros esa palabra que acabáis de oír. Porque Cristo es el Ungido, el que posee el Espíritu; y El nos ha mirado con tanta misericordia, con tanto amor, que ha querido que ese hoy que se cumple en El, se cumpla también en su Cuerpo, que es la Iglesia, que participa de esa misma unción.

Hoy en nosotros, que hemos sido ungidos, se cumple esta escritura en la bendición de los óleos con los que serán Ungidos los nuevos miembros del pueblo de Dios, y los que van creciendo en el seguimiento de Jesucristo.

Por eso, ante todo, en primer lugar quiero hacer una alabanza a Cristo: a El el honor y la gloria, El es nuestra alegría y nuestra vida, El es nuestra perla preciosa. Los sacerdotes tenemos que comunicar al mundo esta presencia de Jesucristo.

Hermanos: vivamos siempre ese amor a Jesucristo, esa alabanza a Cristo presente en nuestra vida, que nos ha llamado a ser partícipes de su misión y a hacerle presente a través de nuestro ministerio. Alabemos a Cristo en esta celebración. Nos hemos reunido para celebrar, que quiere decir para alegrarnos, para reconocer a Cristo presente en medio de nosotros. Nuestra fiesta es para El, porque El nos ha dicho: yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

El Apocalipsis hoy nos presenta a Cristo con estos rasgos: el que nos amó, el que nos libró de nuestros pecados por su sangre, el que nos ha con-

vertido en pueblo y hecho sacerdotes de nuestro Dios. A él la gloria y el honor. Vivamos hoy la alegría de sentirnos amados por Cristo, liberados de nuestros pecados por su sangre, llamados a formar un pueblo santo, a ser sacerdotes de nuestro Dios para gloria y alabanza suya. Que nunca, en nuestra vida, desaparezca esta dimensión de alabanza, de glorificación, de alegría, de victoria. El amor de Cristo se ha manifestado con su entrega en la Cruz, y ese amor es el que nos ha liberado y nos ha reunido como pueblo. Alegrémonos.

En segundo lugar, quisiera invitaros a la renovación del ministerio sacerdotal. Hoy, la palabra de Dios subraya ante nosotros que Cristo, el Ungido, ha sido ungido para anunciar la buena nueva a los pobres, para anunciar el año de gracia de Dios, para convertir la ceniza en corona. El ha sido ungido para liberar a los oprimidos, para vendar corazones desgarrados, para abrir los ojos de los ciegos. Y nosotros, y todo su pueblo santo, ungidos por el mismo espíritu, hemos de participar en esa misma misión.

Pero, ¿cómo abordar esa misión tan compleja, tan rica y tan hermosa en medio de una sociedad en la que estamos experimentando unos cambios tan profundos? ¿Cómo encontrar el eje que una tantas actividades como proclamar la palabra, acercar la buena noticia, anunciar la gracia de Dios, curar, liberar, transformar la tristeza en gozo, el abatimiento en cántico...? ¿Cómo encontrar en nuestra vida ese eje que nos ayude a renovar siempre, hagamos lo que hagamos, sea más importante o más sencillo?

Al preparar esta celebración me encontré con una frase que podría traducir para nosotros esta invitación a la renovación de nuestro ministerio; cuando Pablo, en la carta a los Filipenses, capítulo 22, invita a la comunidad a tener los mismos sentimientos de Cristo y a vivir la unidad de la misión, ofrece una orientación sobre dónde está la clave para esta renovación y esta unidad. Pablo afirma que lo que disgrega a la comunidad es que cada uno busca su propio interés y no el de Cristo.

Por tanto, el eje que puede ayudar a retomar todo nuestro ministerio, que debe impregnar todas nuestras actividades, es precisamente buscar el interés de Cristo. Y aquello que más nos puede desplazar de la misión es centrarnos en nuestro propio interés. Que no quiere decir centrarse en cosas malas, sino en cosas solamente nuestras. Porque la misión de Cristo es tan compleja, tan rica, que no podemos reducirla a nuestra mirada, muchas veces re-

cortada o condicionada por nuestra propia persona. Trabajar por el interés de Cristo supone estar siempre en un proceso de conversión y de transformación.

Cuando seguimos el interés de Cristo, las actividades mínimas, las más sencillas, las que apenas se ven, e incluso me atrevo a decir, nuestros propios sufrimientos y nuestros propios fracasos, contribuyen a que se desarrolle la misión; porque la misión de Cristo no es una misión triunfante, es una misión humilde, de Cruz, de fracasos, de silencios, de sufrimientos. El asumió cumplir la misión no según su propia voluntad, sino según la voluntad del Padre, siendo un Mesías Ungido, pero que desarrolló su misión con sencillez, con humildad y pobreza.

Nosotros, en esta época, tenemos que experimentar muchas veces esos esfuerzos que no logran sus objetivos, esos sufrimientos que hacen que empecemos una y otra vez. Pero si estamos siguiendo el interés de Cristo, estamos participando en su misión, estamos participando en su Cruz. No nos preocupemos, que el Señor hará fecundo ese trabajo. Que será humilde, sencillo y callado, si nuestro interés es el interés de Cristo. Pero si por el contrario, seguimos nuestro propio interés, aunque hiciéramos las cosas más brillantes, las más vistosas, las que más aplauso pueden producir, no serían una colaboración a la misión de Jesucristo.

Por tanto, en esta Semana Santa, queridos hermanos, avancemos en la renovación de nuestro ministerio. Avancemos en nuestra comunión, avancemos en el empuje de nuestra misión. Y para eso nada mejor que el diálogo sincero con Cristo, para decir: Señor, enséñame dónde están tus intereses, tu interés, y haz que yo aprenda siempre a olvidarme de mí mismo, para participar en tu misión.

Misión que constituye sobre todo acercar a los hombres esa buena noticia: el conocimiento del Padre, el amor del Padre manifestado en el Hijo. Ese amor que se constituye para el hombre en fuente de vida y de transformación de nuestra sociedad. Hemos de inyectar en nuestras comunidades el interés de Jesucristo, ayudar a que madure la fe de nuestros fieles, de aquellos que han sido ungidos por el bautismo, ungidos en la confirmación, ayudar a que descubran el interés de Cristo.

Que creemos en nuestras comunidades ese estilo de buscar, no nuestro

propio interés, sino el del Señor. Y así avanzaremos con esa unidad sólida, profunda, que hará que nuestras actividades sean fecundas, participando en la misión de Jesucristo. Nuestra misión, cuando está en perfecta sintonía con ese interés de Jesucristo, va dirigida a transformar el corazón del hombre.

Creo, queridos amigos, que si nuestra misión logra acercar el corazón de los fieles a la fuente de vida que es Cristo, estaremos ayudando a la transformación más profunda de nuestra sociedad, a que haya corazones nuevos, hombres nuevos que sepan crear ese mundo nuevo y esa sociedad nueva en la que el amor no sea una palabra vacía, sino una palabra que se experimente hasta en los más pequeños detalles de la vida. Busquemos el interés de Jesucristo.

Y, por último, quisiera invitaros a una súplica de unos por otros. No cabe duda de que siempre, y en la medida en que vamos madurando, descubrimos nuestras limitaciones, nuestras debilidades, nuestras dificultades. Pero esto no puede ser nunca una excusa que frene nuestra participación en la misión de Cristo. Hemos de tener el coraje de la fe.

Pidamos unos por otros, para que tengamos una fe robusta. Esa fe que permite que todo lo podamos esperar de Dios. Esa fe que nos hace seres convencidos de que Dios hace grandes cosas en nuestra debilidad. Es más, que el poder de Dios se manifiesta precisamente cuando más profundamente constatamos nuestra debilidad.

Oremos unos por otros: por nuestros hermanos sacerdotes mayores, por los enfermos, por los que están en misiones; por los que experimentan especiales dificultades en su vida, por quienes tienen más dificultad para vivir y expresar la comunión. Pidamos especialmente por nuestros sacerdotes jóvenes: para que en sus primeros pasos en el ministerio crezcan, avancen y colaboren con nuestro presbiterio, inyectando la savia nueva de la evangelización. Oremos por nuestros proyectos, unos por otros. Sintamos hoy la misión de la Diócesis como algo propio, y lo que están haciendo nuestros hermanos como algo nuestro.

Oremos con fe viva. Y oremos especialmente por aquellos que serán ungidos con los óleos que hoy bendeciremos; para que el Señor cure tantas enfermedades y sufrimientos con el bálsamo de su consuelo, de su ayuda y de su fortaleza. Pidamos por los que serán bautizados: para que crezcan de

verdad como creyentes dentro de su Santa Iglesia. Por los que serán confirmados: tanto por los jóvenes que se van a confirmar como por los que han sido confirmados recientemente, para que sean santos.

Seamos intrépidos en pedir, en esperar contra toda esperanza. Recordemos al Señor hoy que él puede cumplir en nosotros sus promesas, como las cumplió en Abraham, aquel viejo del que salió una multitud numerosa, como las estrellas del cielo. Pidamos que todos estos que reciban los sacramentos, sean de verdad santos. ¿Por qué no podemos esperar, pedir y suplicar al Señor con fuerza, para que eso se cumpla también en medio de nosotros? Precisamente porque nos sentimos a veces mayores, con dificultades, en una sociedad dura y difícil. Pues aquí, Señor, cumple tu promesa; derrama sobre tus fieles el Espíritu Santo, que puede hacer maravillas en nuestra debilidad.

Seamos intrépidos en pedir con esperanza, para que el pueblo santo de Dios crezca y avance, y en medio del mundo sea ese pueblo unido, ese pueblo sacerdotal, signo de la presencia y del Cuerpo de Cristo, que sigue adelante cumpliendo ese hoy en el que Dios se manifiesta entre nosotros. Que así sea.

EN LAS ORDENACIONES SACERDOTALES

22 mayo 1994, Pentecostés

Muy querido don Juan Antonio. Muy queridos hermanos sacerdotes, especialmente señor Rector, formadores, profesores del seminario, párrocos y sacerdotes que habéis colaborado más directamente en la formación de estos diáconos que ahora van a ser ordenados presbíteros. Queridos Juan Antonio, Pedro Miguel, Amable, Roberto y José Ramón. Queridos padres, familiares y amigos de estos diáconos. Hermanos y hermanas todos. Queridos seminaristas:

"Todos los discípulos estaban reunidos el día de Pentecostés", nos dice la lectura de los Hechos de los Apóstoles que acaba de ser proclamada. Y dice que todos quedaron llenos del Espíritu Santo. En este gran día de Pentecostés, en que tantos discípulos estamos reunidos en la Santa Iglesia Ca-

tedral, pedimos al Espíritu Santo que todos salgamos de esta celebración llenos de El. Representamos a nuestra querida diócesis de Santander, pedimos para todos nuestros hermanos que se renueven entre nosotros los prodigios del primer Pentecostés.

Con la fuerza del Espíritu, estamos aquí para proclamar que Jesús es el Señor. Hoy terminamos las solemnes fiestas de Pascua, el triunfo glorioso de Cristo el Señor, vencedor de la muerte y del pecado. El nos ha reunido como pueblo suyo; él nos ha enviado su Espíritu, que nos ha dado a cada uno dones y carismas para el bien común. Sea cual sea nuestra edad o nuestra condición, o nuestra misión dentro de la Iglesia o del mundo, hemos tenido la suerte de ser bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. Somos una gran familia, la familia de los hijos de Dios, el pueblo santo llamado a proclamar en medio de nuestro mundo las maravillas de Dios.

Hermanos y hermanas, en este Pentecostés reconozcamos con gratitud los dones que hemos recibido del Espíritu Santo. Seamos dóciles para desempeñar, cada uno, la misión que el Señor nos encomienda. Vivamos unidos como Cuerpo Santo, como una gran familia en la que todos nos ayudemos unos a otros. Tenemos un mismo Dios, servimos a un mismo Señor, hemos recibido un mismo Espíritu; somos Iglesia, la Iglesia que en el primer Pentecostés salió a las calles y a las plazas para anunciar que Jesús es el Señor, el Salvador, en el cual todos podemos encontrar la vida.

En esta Iglesia, el Señor nos permite vivir hoy un acontecimiento extraordinario: El ha escogido a estos cinco hermanos nuestros, cinco cristianos que han recibido las aguas del bautismo en nuestra Iglesia, que han sido educados en la fe en nuestras familias, que han ido creciendo en nuestras parroquias, que se han preparado en nuestro seminario. Hoy ha llegado un día grande para ellos: llamados sin ningún mérito de su parte, el Señor los consagra con la unción del Espíritu para enviarles a ser mensajeros del Evangelio, sacerdotes del Nuevo Testamento, pastores de su pueblo santo.

Hermanos y hermanas, demos gracias a Dios por este gran regalo que hoy hace el Señor en estos cinco hermanos que van a ser ordenados presbíteros.

Permitidme que a ellos les dirija estas palabras de mi homilía:

Queridos hijos: hoy, con un cariño entrañable, con emoción profunda,

y con una gratitud rendida ante la misericordia del Señor, impondré, juntamente con el presbiterio diocesano, las manos sobre vuestra cabeza, y oraré para que el Señor os conceda la gracia del Espíritu Santo, que os haga sacerdotes de Cristo, que os configure con Cristo, Pastor de su Iglesia.

A vosotros, en el nombre del Señor, os digo hoy esas palabras del Evangelio: "como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". Estas palabras de Jesús tienen un significado especial: el Padre envió a su Hijo Jesús al mundo por amor, lo envió como Pastor para que nos diera vida, y nos la diera abundante. "Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia"

Hoy el Señor os configurará con Cristo Pastor para que alimentéis al pueblo con la palabra y con la Eucaristía. Alimentaréis a los hombres y mujeres que se os encomienden con la Palabra de vida. La Palabra que es el mismo Jesús. La Palabra que es luz para nuestro camino. Quisiera que de vosotros se pudiera decir lo mismo que se dice de los apóstoles al final de la lectura de Hechos que acabamos de escuchar: "todos los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua".

Vosotros seréis enviados a hablar y a cantar las maravillas de Dios a un pueblo muy plural: no serán partos, medos o elamitas los que os encontréis, pero sí os encontraréis creyentes, vacilantes, increyentes, agnósticos, distanciados, alejados, a veces hasta personas resentidas... A todos, hombres y mujeres, niños, jóvenes o adultos, enfermos o sanos, ricos o pobres, a todos tenéis que contar las maravillas de Dios. Lo haréis hablando la lengua de cada cual, para que esa Palabra de Dios pueda ser entendida, pueda ser eficaz para ellos, para que esa Palabra de Dios, traducida por vosotros y cercana a través vuestro, pueda llamar a la conversión del corazón, desde su situación. Que a todos llame a convertirse al Señor, a dejarse transformar en su vida, a dejar entrar la luz y la alegría de Jesucristo en sus corazones.

Para esto tendréis que aprender a hablar el lenguaje de Dios. Un lenguaje sublime, pero que, como Cristo nos enseña en el Evangelio, se puede traducir en fórmulas sencillas, para que todos puedan ser iluminados.

Queridos hermanos: para este trabajo tan excepcional tendréis que orar la Sagrada Escritura, meditada profundamente, invocar al Espíritu Santo, para que él os haga entrar profundamente en la Palabra de Dios y os dé una mi-

rada tan atenta a las situaciones de los hombres. Que sepáis dar la palabra oportuna. La gran alegría que tendremos todos, y también vosotros, es que puedan decir: los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua, es decir, de forma inteligible, de forma que entendemos qué espera Dios de cada uno de nosotros, qué nos dice Dios a cada uno de nosotros.

Pero esta Palabra, sabéis que se hizo Carne; y la Palabra hecha carne, Jesucristo, se hizo Eucaristía. La palabra que vosotros anunciaréis no es una palabra lejana ni abstracta: es Jesucristo que está presente, que se hace presente, que se hará presente en el altar, cuando vosotros, en nombre suyo, "in persona Christi", repetiréis sus mismas palabras: "mi Cuerpo entregado por vosotros, mi Sangre derramada por vosotros".

Ofreceréis el Cuerpo y la Sangre del Señor para que el pueblo de Dios se alimente y tenga vida, y se encuentre con Jesús, el único que puede llenar el corazón, el que puede dar la alegría que nadie ni nada puede dar. Cuando sirváis el Cuerpo de Jesús en la celebración de la Eucaristía, aprended a daros vosotros mismos. No seréis transparencia de Jesús si al ofrecerlo a El al Padre y a los hermanos, no os ofrecéis vosotros constantemente a Dios y a todos los que el Señor os encomiende. Como decía Pablo, "queríamos daros hasta nuestras mismas personas". Aprended a daros con Cristo, para que tengan vida, para que la tengan abundante.

Pedimos que el Señor os conceda hoy el Espíritu de sabiduría, de inteligencia, de ciencia, para que logréis profundizar, entender, saborear y experimentar las maravillas de Dios que a los demás tenéis que proclamar y anunciar.

Jesús fue enviado por el Padre para buscar y salvar lo que estaba perdido. y hoy, en el Evangelio, a los apóstoles les dijo: "recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados". Vais a ejercer un ministerio de reconciliación. Encontraréis a muchas personas heridas en lo más profundo de su vida, con las relaciones rotas entre los hermanos, distantes de Dios; vuestro ministerio, como el de Jesús, será buscar, salvar, curar lo que estaba perdido, enseñando, ayudando a que los hombres se reconcilien con Dios y encuentren en Ella paz. Ese Dios que es misericordia, que ama la inocencia y que la devuelve a quien la ha perdido. Ese Dios que ama tanto que nunca se cansa de acoger, y siempre nos da la posibilidad de nacer de

nuevo. ¡Qué hermoso poder ser servidores de este ministerio! Seréis testigos de cómo a través de vosotros las personas encuentren el perdón y la paz.

También tenéis que tejer ese vestido roto de la comunidad cristiana. Cuando entre nosotros haya divisiones y rupturas, vosotros, en medio de la comunidad, enseñaréis a reconciliar: a los padres con los hijos, a unos vecinos con otros, a unos grupos con otros, a crear esa unidad de familia que Cristo vino a realizar entre nosotros. Enseñaréis a todos los hombres que están llamados a ser imagen de Dios, imagen de Cristo, aunque tantas veces esa imagen quede rota o empañada por la miseria, el dolor, el sufrimiento... y vosotros tendréis que trabajar para recomponer ese hombre roto, hasta que logre verse imagen de Dios y sentir la alegría de vivir y trabajar para reflejar así, ya recuperado, por dentro y por fuera, la dignidad que Dios quiere para todos.

Finalmente, Jesús vino a reunir a los hijos de Dios dispersos, y esa va a ser también vuestra misión. Hoy, con la autoridad de Cristo Señor, que es servicio y entrega, vais a recibir la potestad de reunir, de congregar al pueblo de Dios, vais a ser trabajadores de la unidad, tenéis que convocar a los cristianos a la comunidad eclesial para que descubran que nuestra fe nos llama a vivir como hermanos. Es una tarea ardua y difícil, que supone una constancia ininterrumpida, muchas iniciativas, para ir haciendo que los hombres que están dispersos se reúnan en Cristo. La fiesta de Pentecostés es el anverso de Babel: Babel fue la dispersión, cada uno hablaba su lengua, cada uno buscaba su propio interés. Vosotros tenéis que hacer el servicio de ese Pentecostés constante: que a los hombres dispersos y divididos los reconduzcan a la unidad de la Iglesia, como pastores. Ser Pastores al servicio de Jesucristo significa, pues, alimentar, curar y reunir.

La Virgen María estaba en el cenáculo el día de Pentecostés, y hoy vais a ser ordenados en la presencia de la entrañable imagen de la Virgen del Mar, Patrona de Santander, que nos recuerda que Ella está en medio de nosotros. La que cantó las maravillas de Dios, os permita vivir con tal alegría y entrega vuestro sacerdocio, que vuestra vida sea una alabanza constante a Dios nuestro Padre.

EN LA FIESTA DE LA BIEN APARECIDA
15 septiembre 1994

Mis queridos hermanos y hermanas:

Al reunimos hoy, en el santuario de nuestra patrona, la Bien Aparecida, en el día de su fiesta, sentimos una profunda alegría. María es Madre de Dios. En sus manos, humildes, está el Hijo de Dios que viene para ser nuestro hermano y nuestro Salvador.

Esta alegría de sentimos reunidos en su santuario nos hace descubrir y celebrar la gran misericordia de Dios que miró la pequeñez de su esclava y en ella realizó la gran maravilla: una mujer de nuestra raza dio nuestra carne al hijo de Dios.

Dios ha querido ser siempre el Dios con nosotros, el Dios cercano. Y Dios Padre, por medio del Espíritu Santo, hizo que en las entrañas purísimas de María, su Hijo se hiciera hombre como nosotros.

Alegrémonos al contemplar en los brazos de María, pequeña y humilde, al Hijo de Dios hecho también pequeño y humilde, para ser nuestro hermano.

Hoy, al reunimos aquí, *junto* a nuestra patrona, al sentimos desbordados de gozo por su fiesta, por reconocerla como Madre de Dios y Madre nuestra, abramos también nuestros ojos para aprender de ella en el camino de la fe.

El Evangelio de hoy nos presenta a María desbordante de gozo. Ella proclama la grandeza del Señor y se alegra en Dios su Salvador. Pero, ¿dónde brota esa dicha? La dicha de María brota de su fe. Isabel, al saludarla, dice: "Dichosa tú, que has creído"; "feliz tú, porque has creído"; "lo que te ha dicho el Señor se cumplirá".

María es creyente. María es mujer de fe. María es la Virgen de la confianza absoluta, que *puso* toda su vida en las manos de Dios y dejó que la propuesta de Dios se realizara en ellas. La fe es la respuesta al Dios que nos muestra su rostro paternal, el Dios que nos presenta su proyecto de hacer, en *tomo* a su Hijo Jesucristo, una nueva familia reconciliada y unida, una familia que abrace a todos los pueblos de la tierra.

Nosotros, en este día, reconocemos que María, con actitud de fe, res-

pondió sí, se dio, se entregó confiada a la propuesta de Dios. Ella acogió a Dios, que le presentaba su proyecto, conoció la voluntad de Dios y la siguió sin vacilación. Ella celebró su fe cantando la alabanza del Dios que nos salva, y Ella vivió de acuerdo con su fe, haciendo de su vida un testimonio.

Vivía como mujer de fe, vivía en consonancia con su fe. María fue perfecta discípula de su Hijo, con una fe profesada, celebrada y vivida.

Nosotros, hermanos, también, aquí y ahora, ponemos a los pies de nuestra madre y patrona, La Bien Aparecida, nuestra vida de fe.

No cabe duda que ser cristiano en este momento no resulta fácil; nuestra fe sufre el embate de constantes dificultades. ¿Quién de nosotros no ha experimentado el combate de la fe en su propio corazón? Unas veces son las dudas que nos sacuden, otras veces la dificultad de dar testimonio en situaciones delicadas y comprometidas. Y en tantos momentos, el poder transmitirla a las nuevas generaciones o a los que la han perdido.

Quizás nuestra fe es débil, fragmentada, difusa, casi apagada, pero hoy oramos *junto* a Ella para pedirle que nos reanime en la fe.

Fe profesada. Que nuestra fe sea una fe bien formada, que reconozca a Dios como Padre, a Cristo, muerto y resucitado, como nuestro Salvador. Una fe que acepte la acción del Espíritu Santo en nuestra vida y en la vida de la Iglesia. Una fe que espere las promesas de Dios en una vida que no termina, cuando tropezamos con el gran interrogante de la muerte, sino que está abierta al gozo sin fin, junto a Dios.

Fe celebrada. Celebremos nuestra fe. No nos acostumbremos a decir "yo creo, pero no practico". Cuando alguien no ejercita la fe, la fe se debilita y se va perdiendo. Celebremos nuestra fe, especialmente reuniéndonos en el día del Señor, el domingo, en el que los cristianos, reunidos en familia, cantamos, escuchamos, oramos y vivimos la experiencia gozosa de reconocer la presencia de Jesucristo en medio de nosotros.

Fe vivida. Unamos nuestra fe a nuestra vida. No creamos sin actuar. No vivamos como si no tuviéramos la luz de la fe. La fe no puede quedar arrinconada a determinados momentos o a determinados aspectos de nuestra persona. Si somos hombres y mujeres de fe, la fe debe impregnar toda nuestra vida y manifestarse en el amor, en la reconciliación, en el servicio desinteresado a los hermanos.

Este año nuestro programa pastoral estará dedicado a reavivar nuestra vida de fe, a reforzada en los creyentes y a difundida en los que la han perdido o se han olvidado de Dios.

Nuestras acciones pastorales, en este comienzo del curso, las ponemos a los pies de nuestra Señora.

En este día me dirijo a La Bien Aparecida, nuestra Patrona, con esta súplica confiada, por cada uno de vosotros y por toda la diócesis:

¡Virgen Bien Aparecida, madre creyente! Ruega para que nuestra fe sea firme. Ruega para que la fe se mantenga en nuestras familias. Ruega para que sepamos transmitir la fe a las generaciones jóvenes, para que así, con una vida cristiana coherente, todos vivamos la alegría de acoger a Dios en nuestra vida, de sentirnos hijos suyos, de vivir unidos a Jesucristo, de forma que siendo auténticos creyentes, seamos luz en medio de nuestro mundo.

**EN LA APERTURA DEL
AÑO JUBILAR DE SANTO TORIBIO
23 de abril de 1995**

Señor Cardenal, hermanos obispos y sacerdotes, autoridades, hermanos y hermanas todos, muy queridos en Nuestro Señor Jesucristo:

Con júbilo hemos abierto la Puerta del Perdón, inaugurando así el Año Jubilar. Con alegría, estamos celebrando la Eucaristía en este segundo domingo de pascua para celebrar el triunfo de Jesucristo sobre el pecado y sobre la muerte y para proclamar que, el que estuvo pendiente en una cruz, cuya reliquia tenemos el honor y la dicha de conservar y venerar aquí-, ha resucitado y está en medio de nosotros.

El Evangelio nos ha descrito el encuentro de Jesús con los apóstoles, aturdidos y encerrados por miedo en el Cenáculo. El se presentó a ellos con el saludo de la paz, El les comunicó su Espíritu, El les dio potestad para perdonar pecados y los envió al mundo para continuar su misión: como el Padre le había enviado a El, así también El enviaba a los apóstoles. Qué hermosa página para este día tan solemne de la apertura del Año Jubilar. Porque este Evangelio también se cumple entre nosotros.

Cristo está en medio de nosotros. El Resucitado nos transmite su paz, nos ofrece su Espíritu, nos ofrece su perdón, nos invita a participar en su misión. y nos invita, sobre todo, a creer en El. Porque en el grupo de los doce, Tomás, el incrédulo, no creyó hasta que puso sus manos en las llagas de las manos y del costado del Señor; pero Tomás, el incrédulo, se hizo humilde creyente y exclamó: Señor mío y Dios mío.

Nosotros estamos aquí; nosotros, que tantas veces experimentamos la debilidad de nuestra fe, queremos celebrar este Año Jubilar para que el Señor nos haga fuertes en la confianza en El. Nosotros hoy queremos acercarnos a ese costado abierto de Cristo que es la auténtica puerta que nos manifiesta la misericordia de Dios, nos acoge con ternura entrañable, nos invita a entrar en su intimidad, nos ofrece el perdón y nos permite nacer de nuevo.

El Año Jubilar tiene una clave y un centro, que es la celebración del perdón. Perdón que Dios ofrece gratuitamente y generosamente en su hijo Jesucristo, muerto y resucitado. Perdón que nosotros acogemos con humildad y

gratitud cuando nuestro corazón se pone en las manos bondadosas de Dios. Cruzar la puerta del perdón es un signo, queridos hermanos, pero un signo que puede tener para nosotros un significado muy profundo. Cruzar la puerta del perdón es querer entrar en la vida de Dios, querer acoger la vida que Dios nos ofrece en Jesucristo, es querer aceptar el perdón que nos renueva, y es querer comprometernos a seguir los pasos de Jesús. La puerta del perdón es para nosotros ese signo, y es señal de lo que queremos vivir intensamente en este Año Jubilar.

Yo quiero dejaros un sencillo mensaje al comienzo de este año, año de gracia que el Señor nos regala. Que sea un año de reconciliación, reconciliación con Dios y reconciliación con los hermanos. Que sea un año en que todos experimentemos que, aunque fallamos una y mil veces, Dios, más veces, infinitamente, está dispuesto a perdonarnos y a aligerarnos del peso de nuestras culpas. El Año Jubilar significa perdón abundante, si nosotros, con corazón humilde, nos dejamos reconciliar con Dios, celebramos el sacramento de la penitencia y renacemos como criaturas nuevas que reflejan la vida de Jesús y su Evangelio, dispuesto a cumplir todo lo que el Señor nos ha enseñado.

Y es año también de reconciliación con los hermanos. El Año Jubilar en el Antiguo Testamento, era el año en el que aquellos que por debilidad, por pobreza, habían caído en la esclavitud o habían perdido sus tierras, recuperaban en el Año Jubilar su libertad y sus tierras, y todo se acoplaba al plan inicial de Dios. El Año Jubilar es un año de reconciliación con los hermanos, y os invito a todos a vivido también con esta intensidad. Que seamos todos trabajadores de la paz. Auténticos artífices de un diálogo entrañable para hacer entre todos una comunidad de hermanos. Tanto a nivel familiar, como vecinal, como social, donde quiera que estemos, sea lo que sea lo que hagamos, que seamos personas que busquemos el reencuentro con los hermanos. El Año Jubilar nos llama a la conversión. Si no nos sintiéramos invitados a convertirnos y a reconciliarnos, malograriamos esta oferta generosa que Dios nos hace.

Yo sólo pido para todos nosotros, y para los peregrinos que crucen esta puerta del perdón que hoy hemos abierto, que aprendamos de nuevo a decidir a Dios Padre, que nos abandonemos en la confianza de hijos, que sepamos de verdad cumplir sus caminos, que son siempre caminos de vida y que nos ha enseñado en su hijo Jesucristo. y que aprendamos a decir de verdad hermanos

a aquellos que se cruzan en nuestra vida, que veamos en el hermano el signo de Cristo que sale a nuestro encuentro, porque lo que hagamos a nuestros hermanos a Cristo mismo se lo hacemos.

Reconciliación y amor: estas son las dos palabras que quiero dejaros como mensaje en este momento. Las dos tendrán su signo. La reconciliación y el perdón, el paso por la puerta del perdón que acabamos de abrir. La del amor que tenemos que realizar en la vida cotidiana, también tendrá un signo que nos una. Os anuncié que este Año Jubilar tendríamos un gesto con nuestros hermanos cristianos que tanto sufren en Jerusalén, de donde nos vino la santa cruz. Puestos en contacto con la custodia de Tierra Santa, nos han contestado agradecidos y nos han dicho en qué podemos colaborar. Los Padres Franciscanos tienen un huerto cerca de Betfagé, junto al huerto de los olivos, y allí van a construir unas sencillas viviendas para que cristianos de Jerusalén, que están en estos momentos sufriendo una grave tensión, no abandonen el país y se queden a vivir en la tierra del Señor. Nosotros, unidos a otras iglesias, participaremos en la construcción de estas viviendas para que nuestros hermanos cristianos de Jerusalén puedan continuar viviendo allí, en el lugar donde Jesús murió y resucitó.

Amigos y hermanos todos, que seamos peregrinos humildes, buscadores de Dios, hombres y mujeres que queramos recibir del costado abierto del Señor, crucificado y resucitado, la puerta que nos acoge en la misericordia de Dios, la fuente que purifica nuestros pecados y el manantial que nos puede dar la alegría que nadie ni nada nos podrá quitar. Que así sea.

EN LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

Alteza.

Sr. Presidente. Autoridades. Cofradía de la Santa Cruz. Hermano Obispo y sacerdotes. Queridos hermanos todos:

"Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único".

El amor de Dios al hombre se ha manifestado ante todo en la Cruz de Jesucristo. A través de la historia de la salvación, nuestro Dios ha sido y es el Dios del amor y de la misericordia, atento siempre a las necesidades de su pueblo, como un Padre que lo conduce y lo corrige, para llevarlo al crecimiento y a la vida.

La Cruz, signo del Amor incondicional de Dios.

En el Evangelio de hoy, hemos escuchado las palabras de Jesús: "Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna". La expresión "ser elevado" quiere decir ser crucificado, ser glorificado. La Cruz se convierte, así, en el gran estandarte puesto ante el mundo entero para que el hombre conozca el amor de Dios y en él encuentre la vida.

En ningún momento de la historia de la salvación se ha manifestado con mayor claridad este amor entrañable de nuestro Dios que en la entrega de su Hijo único por todos nosotros. Entrega hasta la muerte, y muerte de Cruz. Por eso, la Cruz es el signo del gran amor que Dios nos tiene, y que revela hasta qué punto valemos ante sus ojos.

La entrega de Cristo en la Cruz por todos los hombres de la tierra, de todas las razas y de todas las condiciones, manifiesta que cada hombre es amado por Dios por sí mismo, y nos muestra al mismo tiempo que hemos sido salvados y rescatados a precio de sangre. El amor de Dios descubre así la dignidad de todos los hombres por los cuales Cristo ha dado la vida.

El hombre es frágil, pecador, incluso rebelde a la voluntad de Dios y, sin embargo, Dios no cesa en su búsqueda, no lo deja nunca abandonado a su propia suerte; es el Dios que sale a su encuentro, lo libera y lo salva.

La Cruz es el signo del amor persistente de Dios que, aunque el hombre le sea infiel, él sigue fiel en su amor por el hombre. Y es un amor que cura, es un amor que perdona, renueva y purifica. En definitiva, un amor que da vida y vida eterna.

La Cruz nos manifiesta que Dios no quiere condenar al hombre, sino salvarlo; que no quiere que nadie perezca, sino que todos sean recuperados; que no quiere que nadie se pierda, sino que todos sean reunidos en una mis-

ma familia.

La Cruz, llamada a la solidaridad con los que sufren.

En la palabra de Dios que hoy ha sido proclamada, hemos escuchado también que Cristo, siendo de condición divina, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de Cruz. Cristo, el Hijo de Dios, pasó por la prueba del sufrimiento haciéndose solidario con los sufrimientos de todos los hombres. El se ha identificado, de manera especial, con todos los que sufren, con cuantos participan de la Cruz, y nos ha indicado que cuanto hacemos por ellos, a él mismo se lo hacemos.

De ahí que contemplar la Cruz sea percibir también esa llamada a la solidaridad que hace Cristo a quienes quieran seguirle.

Os exhorto, queridos hermanos y hermanas, a todos los que estamos celebrando solemnemente esta fiesta de la exaltación de la Santa Cruz, a trabajar solidariamente por todos los que sufren: los pobres, los parados, los que no tienen vivienda digna, los enfermos, los que están solos, los que experimentan cualquier tipo de marginación, como pueden ser los afectados por la droga, el alcohol u otro tipo de fracaso que les sitúa en la cuneta de la vida.

Os pido que no sólo estemos decididos a trabajar, sino que lo hagamos con amor, con los mismos sentimientos de comprensión, de ternura y de entrega con que lo hizo Cristo. Ser cristiano es seguir las huellas de Jesús, es amar con él amó, es servir como él sirvió, es hacerse prójimo y cercano de todo aquel que tiene necesidad de nuestra compañía y nuestra estima.

El mensaje de la Cruz nos invita a no desmayar en esta tarea. Si estamos unidos a Cristo, no nos faltará la energía necesaria para renovar nuestra entrega de cada día, manifestada también en los pequeños acontecimientos cotidianos: en el perdón de las ofensas, en el diálogo paciente, en la superación de las dificultades, pequeñas o grandes, dentro del ámbito familiar o vecinal.

El misterio de la Cruz es para nosotros empuje y llamada que queremos acoger para vivir en medio de nuestro mundo, proclamando que somos discípulos del Señor, no sólo con palabras, sino, sobre todo, con el estilo de nuestra vida.

Testimonio de los cristianos de Liébana.

En el Año Jubilar, y especialmente en este día de la Exaltación de la Santa Cruz, celebramos con alegría el amor incondicional de Dios, manifestado en la entrega del Señor, y queremos acoger la llamada a la solidaridad que nos llega desde la Cruz de Cristo. Así lo han percibido, a través' de los más de mil años que el sagrado Leño está presente en el monasterio, los cristianos de Liébana que han hecho de sus tradiciones testimonio de amor y veneración al misterio de la Santa Cruz.

Hombres y mujeres de Liébana han peregrinado, especialmente los viernes desde abril hasta octubre, acercándose a pie desde los pueblos, para estar junto a la Cruz de Jesús y renovar su vida cristiana. Generación tras generación ha manifestado este amor profundo hecho tradición, hecho vida, hecho testimonio. En los momentos de sufrimiento, han invocado al Señor de la Cruz para que les hiciera fuertes. En los momentos de amenaza, han invocado al Señor de la Cruz para que los defendiera. En momentos de tormenta y desasosiego, han invocado al Señor de la Cruz para que los protegiera. Con los ojos de la fe han contemplado y experimentado en la Cruz el signo del amor del Señor entregado por nosotros.

El testimonio de los hombres y mujeres de Liébana está vivo en vosotros, los que sois sus hijos, que cultiváis esta devoción a la Santa Cruz de manera tan entrañable. Mantened siempre vivas las raíces de esta tradición.

Durante este año numerosos peregrinos se han unido también a nosotros, llenando las naves de este austero y bello templo para buscar, en la Cruz de Cristo, la fuente de la gracia, del perdón y de la paz.

Y a esta peregrinación habéis querido también unirlos, Alteza, acompañada por las primeras autoridades de nuestra Comunidad Autónoma. Agradecemos vuestra visita y pedimos al Señor bendiga a la Familia Real, que dignamente representáis, y bendiga también a todos los pueblos de nuestro suelo patrio.

Celebramos el triunfo de la Cruz, porque el Crucificado resucitó al tercer día y está presente en medio de nosotros. Aquí y ahora nos entregará su Cuerpo y su Sangre para ser nuestro alimento en la Eucaristía. Que él nos conceda, a nosotros y a todos los peregrinos que por este Santuario han pasa-

do y pasarán en este Año Jubilar, experimentar el gozo de sabemos amados por Dios y el empuje para servir con amor a los hermanos.

Que así sea.

EN LA FIESTA DE LA BIEN APARECIDA

Queridos hermanos y hermanas:

La fiesta de Nuestra Señora la Bien Aparecida nos reúne, un año más, en su Santuario para manifestarle nuestro amor y devoción.

A Ella acudimos con nuestras preocupaciones y fatigas para pedirle su intercesión en favor de nuestros enfermos, de nuestros hijos, de nuestras ilusiones. Junto a Ella venimos para dar gracias a Dios por todo lo bueno que vamos experimentando en la vida: nuestra salud, los progresos de nuestra familia, los momentos de gozo. Y a Ella, como Madre de Dios y Madre Nuestra, recurrimos para que anime nuestra vida cristiana y nos enseñe a ser fieles al Señor.

Hemos escuchado el Evangelio, breve pero denso y hermoso. Jesús predica a las gentes y despierta su admiración. Una mujer del gentío, contenta y espontánea, grita: "dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron".

Es un piropo sentido que nace de la admiración por Jesús, y que une esa admiración por el hijo al gozo de su madre. Es una reacción sencilla, como las que podemos observar nosotros en la vida cotidiana; cuando vemos que un hijo acierta, es sabio y sobresale por sus cualidades, solemos decir o escuchar: qué madre tan dichosa; porque la madre está unida al hijo, es la que lo ha llevado en su seno y la que lo ha alimentado a su pecho.

Sin embargo, Jesús no parece acoger este piropo dirigido a su madre. Da la impresión de desplazar la atención hacia otra realidad, y responde: "dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen".

Esta expresión de Jesús, aunque no lo parezca a primera vista, va dirigida también a su madre, la Virgen María, porque Ella siempre escuchó con atención la palabra de Dios, la guardó en su corazón y la cumplió en su vida: "aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra". Esas palabras

de María definen su actitud y su vida; sí, la Virgen María es dichosa por escuchar y cumplir la palabra de Dios. Y Jesús, lo que más admira de su madre es precisamente que sea oyente de esta palabra, y considera dichosos a todos los que con Ella también saben escuchar y cumplir.

La imagen más entrañable de la maternidad es contemplar cómo la madre alimenta a su hijo dándole el pecho cuando es pequeño, enseñándole a tomar alimento sólido, ofreciéndole pacientemente la comida para alimentarle cuando está enfermo o inapetente.

En este día, queridos hermanos y hermanas, de la fiesta de Nuestra Madre la Bien Aparecida, quiero pedirle a Ella por todos nosotros y por todos los hijos de Cantabria, para que Ella nos enseñe a escuchar la palabra de Dios, estimule en nosotros el hambre y la sed de conocer el Evangelio, nos enseñe a asimilarlo y a hacerlo vida nuestra. Porque vivimos una época de inapetencia de la palabra de Dios, y por eso estamos experimentando debilidad moral y vacío espiritual. Y cuando una persona está inapetente o débil, no puede hacer frente a los grandes retos, a las dificultades de la vida y a las tentaciones.

Pero no nos desanimemos, tengamos esperanza, estamos junto a Nuestra Madre y, con Ella, debemos repetir aquellas palabras del salmo: *"como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío ;tiene sed de Dios, del Dios vivo"*.

En este curso, y en los sucesivos, vamos a hacer un gran esfuerzo en nuestra diócesis para acercar el Evangelio a las comunidades cristianas. Todo cristiano debe conocer más de cerca el Evangelio, meditado y cumplirlo en su vida, porque desconocer el Evangelio es desconocer a Cristo, el hijo de María, el hijo de Dios nuestro Salvador.

Sólo si acogemos el Evangelio como María, en nuestro corazón y en nuestra vida, lo podremos anunciar a los demás y podremos proyectar en nuestra sociedad su luz en favor de todos los hombres.

EN LA FIESTA DE LA BIEN APARECIDA

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy la fiesta de Nuestra Madre y Patrona la Virgen Bien Aparecida.

Con alegría estamos reunidos para reconocer las maravillas que Dios ha realizado en Ella y pedir su constante y maternal, protección.

Con amor, hoy, miramos a María, unida siempre al Misterio de su Hijo Jesucristo. Su pequeña y entrañable imagen, así nos lo manifiesta. María cuida al Hijo de Dios, hecho Hombre entre nosotros. Le dio nuestra carne en su seno virginal, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, lo amamantó a sus pechos, lo atendió en el humilde hogar de Nazareth, después lo siguió como discípula escuchando sus palabras y estuvo con El en el Calvario, de pie, junto a su Cruz. Allí, Jesús nos la regaló como Madre y, desde entonces, acompaña los pasos de la Iglesia peregrina.

Sí, María, la que cuidó a Cristo, el Hijo de Dios, cuidó también los primeros pasos de la Comunidad Cristiana. Los que formaban parte de esta Comunidad, eran hombres sencillos y humildes, débiles y limitados como nosotros, que recibieron la misión de anunciar al mundo, lo que habían visto y oído de Jesucristo.

Esa Comunidad era frágil, pero oraba confiadamente, y María oraba con ellos. Esa Comunidad reconocía su pequeñez, pero acogió el Don del Espíritu, para llevar adelante su misión. Esa Comunidad, como María, escuchaba la Palabra de Dios, aprendiendo el Mensaje y el estilo de vida que Jesucristo le había dejado. Iluminada con la Palabra, vivía en unidad fraterna, siendo en medio del mundo un signo de alegría y esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, nosotros somos herederos de esa Comunidad Cristiana. Nosotros somos hoy esa Comunidad Cristiana que tiene la misión de anunciar al mundo la Buena Noticia de Jesucristo. Experimentamos nuestra debilidad y pequeñez, pero con María queremos orar, confiar, esperar el Don del Espíritu y saber vivir dando testimonio de Cristo. Para ello

necesitamos prepararnos, escuchar la Palabra de Dios con especial atención, como nos enseña la Virgen María. Ella es dichosa porque supo escuchar y vivir lo que le había dicho el Señor.

Nosotros estamos próximos a cruzar los umbrales del tercer milenio y celebrar el gran Jubileo del año 2000 del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. El Papa Juan Pablo nos invita a prepararnos para la celebración de este acontecimiento revitalizando nuestra vida cristiana. Nos propone, para el año 1997, centrar nuestra atención en Jesucristo, único Salvador del mundo y nos aconseja acercarnos, con renovado interés, a la Sagrada Escritura.

Yo, como Obispo vuestro, consciente de la necesidad que tenemos todos de ser evangelizados, y acogiendo cordialmente la propuesta del Papa, os convoco a todos a reunirnos en pequeños grupos para una escucha más atenta del Evangelio: En nuestra Diócesis de Santander, después de una cuidadosa preparación, vamos a iniciar en todas las parroquias unos grupos de lectura creyente del Evangelio, para dejar que la Palabra de Dios nos llame a la conversión, nos una más a la comunidad y nos haga experimentar la presencia de Cristo vivo en medio de nosotros.

Hoy, en el día de Nuestra Patrona, os invito a todos a participar, en este curso que vamos a comenzar, en esta propuesta pastoral. Todos, pues, estáis llamados a formar parte de estos grupos de lectura del Evangelio.

María dichosa porque escuchó la Palabra de Dios y la cumplió, que estuvo siempre atenta a lo que Dios le pedía, nos dice a los discípulos de su Hijo, "Haced lo que El os diga".

Hoy, aquí, en el día de su fiesta, ponemos en sus manos maternales, esta iniciativa de escuchar la Palabra de Cristo en el Evangelio. Es una iniciativa sencilla, que nos ayudará a caminar como comunidad creyente, a descubrir nuestra misión. Es una iniciativa humilde, que nos permitirá acoger en nuestra vida la Buena Noticia, el Evangelio, y nos preparará para difundido también, en nuestros ambientes, en nuestra familia, en todos los lugares donde nos encontramos con nuestros hermanos, los hombres y las mujeres de nuestro mundo. María nos ayudará a escuchar, María orará con nosotros.

Que Ella, la Bien Aparecida, Reina y Madre de la Montaña, que hoy nos reúne como hijos suyos, aquí en su Santuario y en las diferentes iglesias de nuestra Diócesis, sea la compañera de nuestro camino, la Madre que proteja nuestras familias, acoja nuestras súplicas, enjague nuestras lágrimas y aliente nuestras esperanzas. Los que estamos tan necesitados de luz y de orientación en la vida, le decimos confiadamente: Madre y Señora Nuestra, necesitamos conocer mejor a tu Hijo Jesús; "Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre, oh Clementísima, oh Piadosa, oh Dulce Virgen María".

EN EL FUNERAL DE MIGUEL ANGEL BLANCO

Queridos hermanos y hermanas todos: autoridades, sacerdotes y fieles.

Nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral para celebrar la Eucaristía que ofrecemos por el eterno descanso de nuestro hermano Miguel Angel Blanco Garrido y para unimos, con sentimientos de profunda condolencia, a su familia: Que la fuerza y el consuelo de Dios les acompañen en estos momentos tan dolorosos para ellos y para todos nosotros.

Hemos vivido estos últimos días unas situaciones a la vez dramáticas y esperanzadoras.

El brutal asesinato de Miguel Angel ha herido profundamente el corazón de tantos hombres y mujeres de buena voluntad que habían pedido, con gritos y masivamente, su libertad y el respeto a su vida, y, que luego han llorado y sufrido por su muerte. Uno mi voz a la condena sin paliativos de este horrendo crimen que se ha oído en la boca de personas sencillas de todos nuestros pueblos y hasta en los labios autorizados del Santo Padre.

Pero, junto a este dolor hemos observado, también, cómo en torno a Miguel Angel y a su familia se creaba una corriente de solidaridad y una petición de libertad y de paz, de enormes dimensiones, hasta ahora no conocidas.

Sobre todo esto ya se han dicho importantes palabras que yo no intento repetir ahora en esta sencilla y breve homilía.

Estamos en un momento de oración. Nos ponemos en la presencia de Dios para pedirle ilumine nuestro corazón y aliente nuestra esperanza. A sus manos bondadosas de Padre encomendamos a Miguel Angel para que descanse en su paz para siempre.

Miramos a Cristo crucificado, el inocente que con su muerte nos dio la vida y, con mirada de fe, lo contemplamos como el Resucitado vencedor del pecado y de la muerte. A El le suplicamos una a su sacrificio redentor la muerte de Miguel Angel para que sea fecunda. Quiera el Señor que sea la última muerte, y que la corriente de solidaridad que ha brotado se consolide, para que la fuerza de la unidad de los ciudadanos de bien venza la sinrazón

del terrorismo y de la muerte.

La esperanza cristiana contempla siempre el sufrimiento como dolor de parto, es decir, como sufrimiento que desemboca en la vida, como preludio de vida nueva. Que se afiance, pues, nuestra esperanza. Que no cedamos a la tentación de la venganza sino que manteniendo la colaboración y la unidad de todos, en el noble trabajo de la convivencia, en armonía y paz, logremos con la fuerza del bien acallar el lenguaje del terror y de las armas.

Que María, madre de Dios y madre nuestra, que experimentó el dolor de la muerte de su Hijo, ayude a todas las personas que en este momento se sienten desconcertadas a encontrar la serenidad y a buscar en la vida cotidiana los signos de la fraternidad que todos ansiamos.

Que ella, con su ternura maternal, interceda para que cambie el corazón de los responsables y colaboradores de este crimen y de otros crímenes y dejen ya de matar. La Eucaristía que vamos a continuar celebrando nos introduzca en los sentimientos de Cristo, que al partir el pan nos dejó el signo de su entrega y nos señaló el camino del amor.

EN LA SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN

17 agosto 1997

Saludo con fraternal afecto a mi querido hermano el Sr. Obispo de Avila que concelebra con nosotros esta Eucaristía, a mis queridos hermanos sacerdotes del Cabildo Catedral y otros sacerdotes concelebrantes, y a todos vosotros queridos hermanos y hermanas de la diócesis de Santander y de otras iglesias hermanas que disfrutáis entre nosotros de unos días de descanso y habéis querido compartir también, unidos en una misma fe, esta solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora en la Santa Iglesia Catedral.

"Este es el día glorioso en que la Virgen Madre de Dios subió a los cielos. Todos la aclamamos tributándole nuestras alabanzas: Bendita tú entre las mu-

jeros y bendito el fruto de tu vientre". Con estas expresiones celebra la Iglesia, rebotante de júbilo el misterio de la Asunción de María; y con estas bellas palabras de Pío XII se explica, se manifiesta este misterio: "Ella, inmaculada en su concepción, virgen en su divina maternidad, asociada generosamente a la obra del Divino Redentor, que obtuvo un pleno triunfo sobre el pecado y sus consecuencias, alcanzó finalmente, como suprema coronación de todos sus privilegios, el ser preservada inmune de la corrupción del sepulcro y, a imitación de su Hijo, vencida la muerte, ser llevada en cuerpo y alma a la gloria celestial para resplandecer allí como reina a la derecha de su Hijo, el rey inmortal de los siglos".

Esta fiesta de María, nuestra Madre, a nosotros hombres y mujeres de este final de siglo, tan aturcidos por múltiples interrogantes, tan confusos por las encrucijadas del camino, nos marca la dirección de la vida del hombre y nos manifiesta la verdad del hombre.

Dios, por amor nos ha creado, por amor nos ha redimido, por amor nos llama a participar de su vida, a permanecer en su intimidad y a gozar de su gloria. Esta es la dirección y la verdad del hombre.

y todo esto se ha cumplido ya en María, modelo y figura de la Iglesia y de todo fiel creyente. Ella se ha dejado envolver por el amor de Dios, ha dejado que el Señor hiciera maravillas en su pequeñez y ha sido introducida dichosa, toda ella, en cuerpo y alma, en la gloria de Dios. María caminó en fidelidad y llegó a la meta.

Queridos hermanos y hermanas, recorramos con María este camino. Es *un camino de lucha*, como nos ha recordado la lectura del Apocalipsis: Múltiples tentaciones intentan arrebatar de nuestro corazón a Cristo.

No nos dejemos engañar. Cristo es el tesoro de nuestra vida y nada nos debe separar de El. María nunca se separó de Cristo.

San Pablo en su carta nos ha recordado que este camino de lucha lo hemos de recorrer llenos de confianza. La respuesta del creyente es firme: "Cristo es el vencedor del pecado y de la muerte. Cristo ha resucitado, primicia de todos los que han muerto... si por Adán murieron todos, por Cristo to-

dos volverán a la vida".

En María, asunta al cielo, brilla esta victoria de su Hijo.

María ha avanzado por este camino con sencillez evangélica, como nos ha recordado el evangelio, y con sencillez evangélica hemos de avanzar nosotros por el camino de la vida.

María ha caminado *con fe*: "Dichosa tú que has creído". Ella acogiendo la palabra del Señor la ha hecho vida, vida cotidiana, reconociendo que el Señor actúa en nuestra vida, en el cada día, en las pequeñas cosas de nuestra vida. Dios espera nuestra respuesta confiada a cuanto nos propone y espera encontrar colaboradores de su Reino, personas que quieren vivir y diseñar el mundo como El nos ha propuesto.

María ha caminado en actitud de *servicio*: "Se puso en camino y fue aprisa a la montaña de Judá a servir a su prima Isabel". Y ella misma se define como la esclava del Señor. Los cristianos no podemos avanzar por la vida sino como servidores de nuestros hermanos más necesitados. Dondequiera que estemos, avanzaremos por el camino, si servimos y acertaremos, si amamos. En esta vida acierta quien ama y ama quien sirve bien.

María recorre el camino con la *alabanza* en sus labios y la alegría en su corazón: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador", es la expresión que se repite hoy en esta celebración eucarística.

Por estas mismas sendas por las que avanzó María, tenemos que avanzar nosotros: Cultivando nuestra fe especialmente en nuestras familias, estimulando nuestra disponibilidad para servir a los necesitados, de manera especial potenciando las iniciativas de caridad de nuestras parroquias, y manteniendo siempre la alabanza de Dios en nuestros labios con un corazón agradecido, manifestando con el estilo de nuestra vida que caminamos en la esperanza de la gloria a la que queremos llegar con la gracia de Dios unidos a nuestra Madre.

EN LA FIESTA DE LA BIEN APARECIDA

Queridos hermanos y hermanas:

Alegrémonos en la fiesta de nuestra madre y patrona la Virgen Bien Aparecida. Junto a Ella nos reunimos, como familia diocesana, para festejarla con júbilo y depositar en sus manos maternas las súplicas por nuestras necesidades y el agradecimiento por los favores recibidos.

Contemplando su pequeña y entrañable imagen, la saludamos con las palabras del ángel: *"Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú entre las mujeres"*.

Sí, bendita entre todas las criaturas, porque sólo a Ella se le ha concedido ser la madre de Jesús, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. Ella recibió del ángel el gozoso anuncio, la buena noticia: *"concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo,... se llamará Hijo del Altísimo"*.

Ella, asombrada ante el misterio de la encarnación por el que el Hijo de Dios iba a tomar nuestra carne en su seno virginal, preguntó: *"¿Cómo será eso?"*.

La respuesta del ángel fue clara y explícita: *"El Espíritu Santo vendrá sobre ti"*. La acción del Espíritu Santo realiza lo que sobrepasa la capacidad humana.

La Iglesia expresa su fe en la Encarnación del Hijo de Dios con estas palabras: *"por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre"*; y así lo repite cada día la piedad cristiana al rezar el ángelus, diciendo que María "concibió por obra del Espíritu Santo".

En la Virgen María, pequeña y humilde, Dios hace cosas grandes por la acción del Espíritu.

A nosotros pequeños como María pero a diferencia de ella pecadores, Dios nos anuncia también que estamos llamados a ser santos, es decir, a reproducir en nosotros la imagen de su Hijo. Y asombrados nos preguntamos

también ¿cómo será eso? La voz del apóstol nos responde: *"Dios envió a nuestros corazones al Espíritu de su Hijo... no eres esclavo sino hijo"*.

El mismo Espíritu Santo que vino sobre María se nos envía a nosotros, miembros de la Iglesia, para realizar maravillas en nuestra pequeñez. En el Bautismo y en la Confirmación hemos recibido el Espíritu Santo que nos hace clamar Abba, Padre, porque somos Hijos de Dios y nos incorpora a la Iglesia, cuerpo de Cristo.

María, la madre de Jesús, oraba con los primeros discípulos, en la espera de Pentecostés, consciente de que aquella pequeña comunidad, que había recibido el encargo de anunciar al mundo el Evangelio, sólo la podría llevar a cabo con la fuerza y el impulso del Espíritu.

María acompaña a la primitiva Iglesia con su oración y su testimonio. La Iglesia, pequeña y frágil necesita recibir como María la fuerza poderosa del Espíritu Santo para desarrollar su misión. Necesita que este mismo Espíritu le dé cohesión interna para vivir lo que Jesús le enseñó y para proclamarlo al mundo entero.

La oración de María y de los Apóstoles fue escuchada: *"se llenaron todos de Espíritu Santo y comenzaron a hablar"*. Aquella primera comunidad, apocada y callada, comenzó a proclamar las maravillas del Señor a todos los pueblos. La Iglesia comenzó a evangelizar y nosotros hemos de continuar esta tarea de evangelización.

Junto a María, nuestra Madre, la Bien Aparecida, en este día de su fiesta, nosotros sus hijos queremos *"reconocer y descubrir la presencia y la acción del Espíritu Santo que crea y anima la comunidad y la impulsa a evangelizar"*.

Nos proponemos, en este curso que comienza, leer con espíritu de fe, en pequeños grupos dentro de nuestras comunidades parroquiales, el libro de los Hechos de los Apóstoles que nos narra la experiencia de los primeros cristianos. Esta experiencia nos puede ayudar hoy a plantearnos seriamente cómo vivir en esta cultura nuestra una vida cristiana auténtica, cómo renovar el estilo de nuestras parroquias para que sean comunidades evangelizadoras. Al mismo tiempo podremos aprender a vivir cada vez más unidos, suplicando

que el Espíritu Santo refuerce nuestra comunión eclesial.

Al comienzo de este curso, hoy deseo hacer también un llamamiento a las familias, especialmente a los padres que piden los sacramentos del Bautismo y la Comunión para sus hijos: No consideréis la celebración de los sacramentos como simples actos de sociedad. Los sacramentos son encuentros con Cristo, incorporación a El y a la Iglesia. Bajo el impulso del Espíritu Santo preparaos y caminad en la fe con vuestros hijos siguiendo el ejemplo de la virgen María.

También a los jóvenes que habéis recibido o vais a recibir el don del Espíritu Santo en el sacramento de la Confirmación quiero deciros: no abandonéis la vida de la comunidad cristiana, seguid a Cristo, sed sus testigos en el mundo, creced en el servicio y la entrega a los demás con alegría.

Y a todos vosotros, hermanos y hermanas, que celebráis con gozo esta fiesta de la Bien Aparecida, os recuerdo las palabras del Apóstol Pablo: *"vivid según el Espíritu y no os dejéis llevar por los impulsos de la carne"*. No vivamos una doble vida, busquemos apasionadamente la coherencia cristiana. Con la gracia del Espíritu Santo y la protección maternal de María os animo a seguir por el camino que conduce a la Vida.

FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR EN LA CATEDRAL

El Sr. Obispo, acompañado por los miembros del Cabildo, presidió en la S. I. Catedral la eucaristía en la fiesta del Bautismo del Señor. La ceremonia dio comienzo a las doce y treinta horas y en ella recibió los tres sacramentos de la iniciación cristiana, un joven profesor de la Universidad de Santiago de Cuba, que prepara la tesis doctoral en la Universidad de Cantabria.

En su homilía el Sr. Obispo comienza saludando con alegría a todos los presentes y especialmente al neófito que está acompañado de su padrino, de su novia y de su catequista D. Luis Obregón.

"Dios, continúa Mons. Vilaplana, nos ha manifestado que nos ama enviándonos a su Hijo hecho pequeño y débil como nosotros. El que es el Hijo eterno de Dios entra en el tiempo y la historia, y asume nuestros límites, nuestra debilidad, nuestra carne. Pero El viene a hacerse como nosotros para que nosotros nos hagamos como El. El viene a compartir nuestra vida, nuestros sufrimientos y debilidades, para que nosotros podamos participar de la vida de Dios".

Este admirable intercambio se pone de manifiesto especialmente en esta fiesta del Bautismo del Señor. En el río Jordán, Jesús se pone en la fila de los pecadores para decir que toma nuestros sufrimientos y recoge también nuestros pecados, para liberarnos de ellos. "Cargó con todo lo nuestro para hacernos hijos de Dios". Y Dios Padre, en el momento en que Jesús acaba de ser bautizado, lo proclama como su Hijo amado; y el Espíritu aparece sobre Jesús en forma de paloma para indicarnos que El es el portador del Espíritu, el que nos va a comunicar a nosotros la vida de Dios.

Alegrémonos en esta fiesta particularmente, prosigue el Sr. Obispo, "porque todo esto se ha hecho presente en nuestra vida y hoy se va a hacer de una manera especial presente en nuestro hermano Manuel Alejandro". "Cuando nosotros nos preguntamos quiénes somos, qué queremos ser, la fiesta de hoy, actualizada en los sacramentos que recibimos, nos dice: tú también eres un hijo amado, porque Cristo te ha incorporado a El; y cuando el Padre le dice a Jesús: Tú eres mi hijo, a ti también te dice: tú eres mi hijo, porque nos ha

adoptado como hijos en Cristo Jesús. Y esto, querido Manuel Alejandro, lo vas a celebrar sobre todo en tu bautismo, vas a ser purificado en las aguas bautismales, vas a incorporar te a Cristo, y lo que debe resonar en tu corazón es esa palabra cariñosa de Dios Padre: Eres mi hijo, te amo, estoy contigo". Y Cristo ha querido que participemos en su misma misión, "en esta misión de siervos de Dios, enviados al mundo para reconciliar con palabras humildes y gestos de servicio entregado, atentos al hombre débil, frágil, para darle la mano, para ponernos a su servicio", "para vivir como testigos de su presencia en medio de nuestro mundo".

De nuevo se dirige el Sr. Obispo al neófito para decirle "vas a recibir el sacramento de la Confirmación. Jesucristo te regala su Espíritu para que, donde quiera que estés, reflejes la misión de ser auténtico discípulo suyo, que te pareces a El, porque sirves a todos los hombres que encuentras por el camino de la vida". Y porque el camino es largo y nuestra condición débil, "el Señor te alimenta con su Palabra y con su Cuerpo y su Sangre que hoy vas a recibir por primera vez.

Y termina Mons. Vilaplana diciéndole que "a partir de hoy, ésta es tu casa, ésta es tu Iglesia, ésta es tu familia, y nosotros nos sentimos felices de ser testigos de esta incorporación tuya a Cristo y a la Iglesia". A continuación en el transcurso de la Eucaristía el Sr. Obispo administró los tres sacramentos al neófito.

MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA BEATIFICACIÓN DE LA M. CARMEN SALLÉS

El domingo, 15 de marzo, Juan Pablo II beatificó en Roma a la religiosa española, natural de Vic (Barcelona), Carmen Sallés y Barangueras, Fundadora de la Congregación de Religiosas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza. Con este motivo, el día 20 del mismo mes y presidida por nuestro Obispo Mons. José Vilaplana, se celebró una solemne Eucaristía de Acción de Gracias en la S. I. Catedral en la que concelebraron Mons. Juan Antonio del

Val y quince sacerdotes.

La Congregación Concepcionista, fundada en Burgos por Carmen Sallés, el 7 de Diciembre de 1892, con el apoyo del entonces Pastor de esa diócesis, Mons. Manuel Gómez-Salazar y Lucio-Villegas, centra su carisma en la educación de la niñez y juventud a través de la actividad docente en Colegios y Residencias Universitarias, y se encuentra presente en la actualidad en doce países de Europa, Africa, Asia y América.

En la homilía de la Misa el Señor Obispo dijo entre otras cosas:

"Nos hemos reunido para dar gracias a Dios, por una mujer, Carmen Sallés, cuyo nombre ha sido inscrito en la lista de los bienaventurados. A partir de este momento, en la Iglesia la llamaremos: Beata Carmen Sallés, dichosa, feliz Carmen Sallés. Toda la Iglesia se alegra de que una de sus hijas haya logrado al final de su vida esta dicha que supone que ha recorrido el camino de acuerdo con la voluntad de Dios. Y esta dicha la comparte hoy de modo especial la Congregación de Religiosas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, que ella misma fundó y nosotros, como iglesia diocesana en esta santa catedral, queremos compartir esta acción de gracias y de alegría con nuestras hermanas y aprender de esta hermana nuestra dichosa y feliz porque supo recorrer el camino que Dios le pedía".

"Este camino lo recorrió Carmen Sallés desde la confianza; esta palabra fue clave en su vida: la confianza. Y ¿qué significa? Que lo imposible a los ojos de los hombres es posible para el que se fía de Dios; y esto lo vio ella reflejado en María Inmaculada. Cuando escuchamos este evangelio de la Anunciación que se proclama el día de la Inmaculada, cuando vemos a María Virgen llamada a ser madre, humilde, a ser la Madre del Mesías, pequeña, en la que Dios quiere realizar cosas grandes, la vemos disponible y transparente para aceptar lo que para los hombres parece imposible, acogiendo el mensaje del Angel. "Para Dios nada hay imposible". Y tiene la respuesta de: "Que se cumpla en mí su Palabra". Fue una pauta para la vida de Carmen Sallés y es una pauta que la Iglesia tiene que aprender constantemente, la lección de la confianza. Lo que parece imposible en unas determinadas circunstancias, resulta posible para el que se fía de Dios. Mirando a María Inmaculada, Carmen Sa-

llés hizo todo este largo recorrido y se alimentó constantemente de la Eucaristía".

"Carmen Sallés descubrió que una de las cuestiones que la Iglesia tenía que afrontar en este tiempo era la cuestión de la mujer, de su cultura. Ella buscó una respuesta que fuera a la raíz, vio que esa respuesta pasaba por el mundo de la educación, entendido, no sólo como una educación que afectara a la inteligencia, sino también al corazón. Y no paró hasta encontrarla, hasta descubrir el servicio que Dios le pedía en favor de una educación para niños y jóvenes, mirando especialmente el mundo de la mujer, que arrancara y pusiera las bases para que la mujer no llegara adonde ella había descubierto que llegaba cuando ya tenía una cierta marginación en su vida".

"Pienso que estas lecciones permanentes que cada uno de los beatos o de los santos han sabido interpretar en cada tiempo, a nosotros nos da un estímulo para seguir caminando en esta época con tantos desafíos, donde lo que está en debate, ante todo, es: ¿Qué modelo de hombre está propiciando esta sociedad? Y ¿qué modelo o tipo de hombre tenemos que educar nosotros desde nuestras instituciones cristianas? Cuántas veces nos preguntan las nuevas generaciones por el sentido que tiene alguna de las normas que la Iglesia ofrece; yo pienso que no sólo tenemos que dar una explicación sobre esas normas, sino ayudarles a descubrir qué tipo de hombre estamos llamados a ser si queremos ser discípulos de Jesús; ahí nuestra educación cristiana irá a la raíz. Ahí descubriremos que hemos sido llamados a ser santos ante Dios e inmaculados por el amor, que nos ha llamado en Cristo a ser imágenes suyas en medio de nuestro mundo y a compartir su misión, y que sólo los que tienen un corazón disponible, que se deja moldear por el Señor, como María, podrán ser esos hombres nuevos capaces de anunciar al mundo la Buena Noticia que salva al hombre".

EN LA VIGILIA DE PENTECOSTÉS

Mis queridos hermanos y hermanas todos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, jóvenes y adultos. A todos os saludo con inmensa alegría por-

que esta vigilia es para mí como una manifestación visible de la Iglesia Diocesana que el Señor me ha encomendado cuidar.

Con vosotros quiero invocar, con toda la fuerza de mi corazón, el Espíritu del Señor sobre nuestra Iglesia para que la historia de la salvación que hemos contemplado y agradecido se actualice cada día entre nosotros, en nuestros pueblos y en nuestros barrios; en todos los lugares donde el hombre trabaja, estudia, se divierte o comparte, en todos los rincones de nuestra geografía. Que todo hombre o mujer de esta Iglesia particular de Santander que peregrina en Cantabria y en el Valle de Mena, experimente que Dios la ama, que Cristo ha entregado su vida por nosotros, que la Madre del Señor nos acompaña con su intercesión, que el Espíritu de Dios nos da vida.

Nosotros miramos nuestro mundo, y muchas veces, el espectáculo que tenemos ante nuestros ojos nos evoca esa visión del profeta Ezequiel: huesos secos, signos de desesperanza, signos de materialismo que agota el corazón del hombre, signos de violencia que destroza, a veces sutilmente, la vida, la psicología del hermano; signos de profundo egoísmo que crea grandes divisiones y nuevas formas de pobreza que dejan al hombre sumido en la angustia, en la inseguridad; formas de corrupción personal e institucional que crean en nosotros, muchas veces ese interrogante ¿cómo podrá ser este mundo distinto?

También miramos nuestra Iglesia. Muchas veces con los signos positivos, pero también con el peso de la historia, con edades avanzadas, con falta de vitalidad en muchas de nuestras comunidades; Iglesia, que ha de responder a los retos de un mundo que nos pregunta ¿dónde está vuestro Dios?

Nosotros, como el Profeta, contemplamos muchas veces ese espectáculo que puede producir en nosotros desesperanza, desazón, cansancio, desánimo. Pero aquí estamos, queridos amigos, convencidos de que el Espíritu del Señor, es dador de vida, también para nuestra sociedad, también para nuestro mundo, también para nuestra Iglesia, también para cada uno de nosotros como personas.

Descubrimos que somos sedientos del amor de Dios. El hombre, lo reconozca o no lo reconozca, es un sediento de amor definitivo e incondicional,

que sólo Dios le puede dar. El hombre tiene sed de una vida con sentido y que perdure. Jesús, el Señor, también a nosotros en este último día de las fiestas de Pascua, nos dice: "el que tenga sed que venga a mí; el que cree en mí que beba. De su corazón manará un torrente de agua viva". Y lo decía esto por el Espíritu Santo que nos promete y que nos da.

Nosotros nos acercamos a Cristo para saciar en El nuestra sed, pero nos encontramos que El nos da su amor con tanta abundancia, que se convierte en un manantial que desborda hacia los demás.

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado. Podemos amar a los demás con el amor que recibimos de Dios; y así, la Iglesia, cuando se adentra en la historia de la salvación, descubre con fuerza su misión; misión que lleva a cabo con la fuerza inquebrantable que le ofrece Cristo resucitado con el don del Espíritu. Esta presencia del Espíritu hace que la Iglesia, ante los desafíos, las pruebas, las dificultades, sienta la urgencia de evangelizar, de anunciar a todos la buena noticia. Y aunque por senderos que muchas veces son lentos, senderos en los que experimentamos titubeos, sin embargo, nos sentimos conducidos por el Espíritu que nos da vida y, si somos auténticos cristianos, esta vida la podemos ofrecer a aquellos que nos rodean.

Amigos y hermanos, permitidme que en esta noche de la vigilia solemne de Pentecostés, en este año dedicado especialmente al Espíritu Santo, como pastor vuestro, pida al Señor que realice en nosotros las maravillas de un nuevo Pentecostés. Como pastor vuestro, de un tiempo a esta parte, voy intuyendo que necesitamos crecer en estas tres dimensiones, que ahora en forma de súplica presento al Señor.

DISCIPULOS

Le pido al Señor que nos envíe su Espíritu para que seamos una Iglesia de discípulos, con una fe personalizada, convertidos y adheridos totalmente al Señor, atentos al Evangelio, uniendo evangelio y vida, siendo coherentes para manifestarnos en el mundo como auténticos fieles al crucificado que en-

tregó su vida y alegres por la presencia del resucitado que nos da vida.

. Esta iglesia de discípulos nos ha de llevar a replantearnos con gran seriedad la iniciación cristiana de las jóvenes generaciones: de los niños, de los adolescentes y de los jóvenes, y a integrar a las familias en este proceso de acompañamiento de sus hijos en un proceso que desemboque en la adhesión sincera a Jesucristo y en la inserción real en la comunidad eclesial.

HERMANOS

Pido al Señor nos conceda su Espíritu para que seamos una Iglesia de hermanos. Sí. Esta palabra no es sólo una palabra hermosa para iniciar el saludo de nuestras celebraciones litúrgicas. Esta palabra lleva en sí misma la fuerza de una cultura del compartir, de aceptar al otro, de trabajar con el otro de ofrecer al otro el carisma que yo he recibido, de reconocermelo insuficiente sin el otro y de sentirme contento cuando el otro comparte lo mío y yo puedo recibir lo suyo.

Esta Iglesia de hermanos nos ha de hacer estrechar mucho más las relaciones entre las parroquias más pobres, en personas, en medios materiales, y las parroquias que tengan más personas y recursos que poner al servicio de los demás; nos ha de abrir más a nuestras Iglesias hermanas del tercer mundo y de la misión "ad gentes". No podemos tener la visión reducida de una Iglesia que sólo mira a lo suyo, sin mirar a otros hermanos de fe o simplemente hermanos hijos de Dios de otras culturas y de otros pueblos que nos necesitan. Es necesario que establezcamos unas corrientes más fuertes de solidaridad y de búsqueda de la justicia, preguntándonos por la raíz de esas desigualdades que hay en nuestro mundo y también en nuestra Iglesia.

TESTIGOS

Pido al Señor la fuerza del Espíritu Santo para que seamos una Iglesia de testigos, con un laicado formado y asociado; una Iglesia en la que de tal manera maduremos en nuestra fe que podamos impregnar la sociedad en que vivimos de los valores del Evangelio: el mundo de la cultura, el mundo del tra-

bajo, el mundo de la familia, del ocio y de todas las realidades humanas. Cristianos que, donde quiera que estén, a través de su trabajo secular y precisamente por su talante secular, puedan transparentar al mundo el rostro y la vida de Cristo, que quiere una sociedad en la que los hombres compartamos todos los bienes que hemos recibido del Creador.

Una Iglesia especialmente servidora de los pobres más pobres, atenta a las nuevas pobreza; una Iglesia generosa en el acercamiento y en la acogida de los que en nuestro mundo son más desfavorecidos.

Que el Espíritu Santo, queridos hermanos y hermanas, haga, que en nuestra Iglesia, todos nos sintamos evangelizadores. Y, por eso, una Iglesia que potencie la Acción Católica, el apostolado seglar y toda forma de servicio para estar más cerca de aquellos que en nuestra sociedad padecen más y tienen menos.

Amigos y hermanos, es verdad que la mirada sobre la realidad de nuestro mundo, nos hace ver sombras, ante las cuales nos sentimos impotentes. Pero la mirada de la fe nos permite introducirnos en esa misma realidad y vislumbrar signos nuevos, brotes nuevos que el Espíritu Santo hace crecer en medio de nosotros. Hay corrientes de solidaridad entre parroquias, entre jóvenes que promueven un voluntariado cada vez más generoso. Hay inquietud por formarse en las instituciones de nuestra diócesis; hay ganas de trabajar unidos y por eso buscamos fórmulas de cooperación y participación. Amigos y hermanos, hay gente buena que mantiene la fe y es coherente con la fe en los hogares, en los hospitales y en los lugares donde se sufre tanto, donde la fe, puesta a prueba, brilla más, especialmente en los hermanos que dan testimonio de fe en la resurrección.

Queridos amigos, DOS encontramos esta noche aquí, porque estamos convencidos de que el Espíritu del Señor puede hacemos revivir. Nosotros somos conscientes como decía un hermano nuestro ortodoxo, que "sin El, Dios está lejos, Cristo se encuentra en el pasado, el evangelio es una lectura muerta, la autoridad un despotismo, la misión una propaganda, el culto una evocación y el actuar cristiano una moral de esclavos. Pero en El, el cosmos se levanta y gime en el alumbramiento del Reino, el hombre lucha contra la carne,

la Iglesia significa comunión trinitaria, la autoridad un servicio liberador, la misión un Pentecostés, la liturgia memorial y anticipación, la actuación humana es deificada... El es el Señor y dador de vida" (I. Haizim).

SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI

El pasado 14 de junio, nuestra ciudad de Santander vivió con alegría la solemnidad del Corpus Christi.

La misa estacional presidida por el Sr. Obispo dio comienzo a las siete de la tarde en el templo catedralicio abarrotado por los fieles. Concelebraron Mons. Juan Antonio del Val, el Cabildo Catedral, además de sacerdotes y religiosos de la ciudad y de algunos pueblos de la región. Asistieron diversos miembros de la corporación municipal y representantes de instituciones civiles y militares, así como niños que este año han hecho su Primera Comunión.

En su homilía Mons. Vilaplana comienza diciendo que «esta tarde es una tarde de alegría. Este día es un día de acción de gracias, porque celebramos el memorial de la muerte y resurrección del Señor. El sacramento que nos manifiesta constantemente el amor que Cristo ha tenido por nosotros porque nos ha entregado su cuerpo y su sangre».

«Celebrar el memorial de la muerte y resurrección del Señor, prosigue el Sr. Obispo, no es sólo celebrar el recuerdo... Cuando celebramos la Eucaristía no lo hacemos sólo para recordar que Jesús nos entregó su vida, sino para celebrar que nos la sigue ofreciendo cada día, que El está realmente presente en medio de nosotros... y nos alimenta con su cuerpo y con su sangre». «Esta es la gran tradición que ha recibido la Iglesia».

«Quisiera subrayar también, continúa D. José, la presencia del Espíritu Santo que hace posible que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y en la sangre del Señor, y que nosotros, que somos diferentes y distintos, nos reunamos en un solo cuerpo, en el cuerpo místico de Cristo». «Un momento antes de que coja en mis manos el pan y el cáliz, veréis que extendiendo mis manos sobre la ofrenda y le pediré al Señor que derrame el Espíritu Santo para que

este pan y este vino se convierta en el cuerpo y en la sangre del Señor. Y después de la consagración veréis que elevo también mis manos y le pido al Señor, de nuevo, que derrame el Espíritu Santo sobre nosotros para que los que nos alimentamos del cuerpo y de la sangre del Señor seamos un solo cuerpo y un solo espíritu».

«Este es el misterio precioso de la Eucaristía. El pan y el vino están hechos de granos de trigo y racimos de uvas dispersos por los campos, pero unidos y amasados con la acción del Espíritu Santo son para nosotros el cuerpo y la sangre del Señor. Y nosotros, venidos de familias diferentes, de edades diferentes, alimentados por el cuerpo y la sangre del Señor y bajo el impulso del Espíritu Santo formamos la Iglesia, el cuerpo del Señor, unidos todos en un solo corazón y una sola alma por los lazos del amor".

Termina el Sr. Obispo diciendo que "la Eucaristía es siempre una llamada a abrir nuestra mirada y nuestro corazón a los hermanos necesitados". "Cuando celebramos la Eucaristía, cuando nos unimos a Jesucristo, tenemos que amar como Cristo y amar con predilección a los más necesitados como lo hacía el Señor. Si honramos el cuerpo de Cristo presente en la Eucaristía, hemos de servir, honrar y ayudar a nuestros hermanos necesitados en su cuerpo o en su espíritu. Por eso, hoy es también el día de la caridad. El día en que todos tomamos conciencia de que si amamos a Cristo, si nos alimentamos de la Eucaristía, tenemos que servir a nuestros hermanos pobres y necesitados, porque ahí también se esconde el Señor, y tomar conciencia para participar en todas aquellas iniciativas que, sobre todo, nuestra Cáritas diocesana realiza en favor de los más necesitados".

FIESTA DE LOS SANTOS MÁRTIRES

Con gran solemnidad y la presencia numerosa de fieles, el pasado 30 de agosto se celebró en Santander la fiesta de los Santos Mártires Emeterio y Celedonio, patronos de la ciudad y de la diócesis. A las 11,45 de la mañana, se procedió al traslado de las reliquias de los mártires, en una solemne proce-

sión, desde la iglesia baja o parroquia del Santísimo Cristo hasta la S. I. Catedral, donde quedaron expuestas en el presbiterio para su veneración. A continuación dio comienzo la celebración eucarística, que estuvo presidida por el Sr. Obispo Mons. José Vilaplana y concelebrada por los miembros del Cabildo Catedral y diversos sacerdotes, y a la que asistieron el Sr. Alcalde y la Corporación Municipal.

En su homilía, Mons. Vilaplana comienza diciendo que "celebramos con alegría la fiesta de los Santos Mártires y damos gracias a Dios, porque en los cimientos, en las raíces de la historia de nuestra ciudad, encontramos el testimonio de San Emeterio y San Celedonio. Nuestra ciudad tiene unas raíces cristianas que debemos siempre revitalizar, para que nos proporcionen la sabiduría, la fuerza que necesitamos para vivir nuestra fe en la situación actual".

"La fiesta de los Mártires, continúa el Sr. Obispo, debe ser siempre para nosotros un motivo para reforzar nuestra fe y el testimonio de nuestra fe... La situación de la fe en el momento actual presenta un cuadro de crisis. Hay crisis de fe entre nosotros, en nuestras familias. Pero todos sabemos que las crisis, si se resuelven bien, pueden ser crisis de crecimiento, crisis que nos purifican, crisis que nos pueden hacer salir fortalecidos. Por eso, la fiesta de los Mártires, en esta situación actual, debe suponer para nosotros ese impulso y esa invitación a revitalizar nuestra fe".

"Son muchos y complejos los motivos que llevan a esta crisis de fe", prosigue Mons. Vilaplana y se fija en dos de ellos: "El llamado pensamiento débil nos está influyendo negativamente. Cuando muchas veces decimos que la verdad como que se diluye en las opiniones, y encuentra una expresión, diríamos popular, en el que todo da igual. Los mártires nos dicen que todo no da igual. Ellos reconocen a Cristo como verdad, verdad sobre Dios y verdad sobre el hombre". "También influye en nosotros... una cierta concepción inadecuada de la tolerancia. Pensamos que ser tolerante es abdicar de las propias convicciones y no es así. La tolerancia no supone renuncia a las propias convicciones, sino respeto a los que tienen convicciones diferentes. Precisamente el vivir en una sociedad plural y tolerante, nos invita a no perder nuestra propia identidad, nuestros propios convencimientos, para decir nuestra palabra precisamente en el concierto de esta sociedad. El mártir cristiano tiene

una convicción de fe tan profunda, que está dispuesto a perder la vida antes que renunciar a Cristo y al Evangelio... El mártir propone y confiesa abierta y públicamente la fe, pero no la impone".

Termina el Sr. Obispo pidiendo a los Santos Mártires "que nos ayuden a renovar nuestra fe, con un contacto más personal, más íntimo con Jesucristo en la oración personal y en los sacramentos, principalmente de la Penitencia que nos renueva y de la Eucaristía que nos fortalece, atentos a la palabra del Señor, el alimento que vigoriza nuestra fe"... "que nos ayuden a transmitir la fe en el seno de nuestras familias... lo que supone una fe convencida, formada capaz de ser correctamente formulada"... "que nos ayuden a mantener la fe, sobre todo, cuando experimentamos la dificultad, el sufrimiento, la incompreensión".

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

Con el templo catedralicio lleno de fieles, el pasado 24 de diciembre a las doce de la noche, el Sr. Obispo, Mons. José Vilaplana, presidió la solemne celebración de la Natividad del Señor, acompañado por miembros del Cabildo Catedral.

En su homilía Mons. Vilaplana comienza diciendo que el nacimiento de Jesús en Belén tiene un significado tan profundo que es necesario redescubrirlo cada vez". "En este año, ya cercanos al Jubileo del año 2000, Juan Pablo II nos invita a mirar a Dios Padre y podemos decir que lo que hoy celebramos es el mejor regalo que Dios Padre ha hecho a la humanidad, porque El nos ha regalado a su propio Hijo. Dios nos ama tanto que nos ha regalado a su propio Hijo, para que sea nuestro Salvador y nuestro Hermano... y este regalo no lo podemos acoger sino con sentimientos de humildad y de sencillez como los pastores".

"En esta noche santa, prosigue el Sr. Obispo, hagamos sitio a Cristo en nuestro corazón... que en nuestra vida sea Jesús el mejor regalo". Y "¿cómo podremos corresponder al amor de Dios que nos ha dado a su propio Hijo?". Haciéndole donación de nosotros mismos, dándole nuestro corazón, la vida entera. Y este admirable intercambio da como fruto esa vida santa, a la que el apóstol San Pablo exhorta en la carta a Tito, una vida de amor a los hermanos, de entrega y servicio a los pobres, de ir sembrando paz y alegría y haciendo el bien.

"Pidamos a la Virgen María, termina D. José, que nos dé un corazón tierno, sensible para acoger a Dios... para que en nuestra vida sembremos siempre Navidad, hagamos presente este amor incondicional a Dios".

Al día siguiente, 25 de diciembre, a las doce y treinta horas, Mons. José Vilaplana celebró con gran solemnidad la misa estacional de Navidad, que contó con la presencia del Obispo emérito Mons. Juan Antonio del Val y los miembros del Cabildo. La orquesta Europa alternó con el pueblo.

Al inicio de su homilía, el Sr. Obispo deseó a todos los presentes la alegría y la paz de Jesucristo en estas fiestas de Navidad. "Hoy debe resonar en

todos los corazones la paz, porque el Señor, el Hijo de Dios, es nuestra paz".

La palabra de Dios, prosigue Mons. Vilaplana, nos dice hoy que Jesús es la Palabra definitiva que Dios ha dado al mundo, y Jesús niño nos habla del amor que Dios nos tiene.

"En este año, ya cercano el Jubileo del 2000, Juan Pablo II quiere que resaltemos, sobre todo, a Dios como Padre, que nos fijemos en El, y que aprendamos a decirle Padre nuestro. ¿Y quién nos ha enseñado a decirle a Dios, Padre, sino su Hijo? El Hijo eterno de Dios, que se ha hecho nuestro hermano y nos ha enseñado a ser hijos de Dios y hermanos unos de otros. Quien ve a Jesús, ve al Padre. Quien acoge a Jesús como la Palabra del Padre, experimenta la ternura de Dios en su corazón y vive la confianza que le permite ser para siempre una persona capaz de mantener la esperanza en medio de las dificultades y tener una fuente de amor en su corazón para sembrar alegría por donde pasa".

"Acojamos a Jesús en nuestro corazón, pide el Sr. Obispo, porque El es para nosotros vida y luz... En Cristo Jesús la palabra vida resuena para nosotros como vida eterna, como garantía de que Dios nos llama a la vida... no puede haber tristeza cuando la Vida ha nacido en medio de nosotros... seamos hombres y mujeres de alegría y esperanza, porque hemos acogido la Vida en nuestro corazón".

"El hombre necesita siempre la luz, necesita una orientación en el camino, descubrir el sentido de la vida. Y Cristo Jesús es nuestra luz... este niño pequeño, que es tan Dios como el Padre y tan niño como tú, quiere ser tu guía y tu camino... acógelo en tu corazón y El será para ti el mejor compañero de camino". "Acerquémonos a El, que es pobre de bienes materiales, pero rico en amor, y nosotros que andamos tantas veces carentes de amor, pero sobrados de cosas, podemos encontrar en Ella fuente del amor y de la alegría".

Termina el Sr. Obispo diciendo que el próximo año, en esta misma hora, tendremos la alegría de abrir la puerta de la Catedral, convertida en Puerta Santa para el Gran Jubileo del Año 2000.

Al finalizar la misa, el Prelado impartió a todos los presentes la Bendi-

ción Apostólica con indulgencia plenaria.

SEMANA SANTA EN LA CATEDRAL

Los actos de la celebración de la Semana Santa en nuestra Catedral comenzaron en torno a la procesión de la Borriquilla, que precedió a la bendición de palmas que el Sr. Obispo, Mons. José Vilaplana, realizó en la plaza de la Asunción el Domingo de Ramos, el pasado 28 de marzo. A continuación, y después de que el numeroso gentío que acompañó a la procesión entrara en el templo catedralicio, dio comienzo la celebración eucarística. Fue presidida por Mons. Vilaplana que estuvo acompañado por Mons. Juan Antonio del Val y sacerdotes del Cabildo. Destacó la presencia de la Junta Mayor de las Cofradías de Semana Santa de la ciudad y de los niños y jóvenes miembros de las citadas Hermandades y Cofradías.

En la homilía, el Sr. Obispo saludó especialmente a los niños y jóvenes, "que con vuestra presencia continuáis en nuestra historia contemporánea aquellas voces que aclamaron a Jesús cuando entró en Jerusalén". Se fija después en una doble lección que nos da el Señor en su pasión: "Jesús nos ha enseñado a orar y a obedecer a Dios Padre... obedecía, porque sabía que Dios Padre le amaba y podrá ponerse en sus manos. Obedezcamos a Dios y a sus mandatos, aunque nos resulte costoso, y podremos obedecer si sabemos que Dios nos ama más que nosotros mismos".

Y el Señor nos ofrece una segunda lección en su pasión: Los discípulos, en el momento en que lo prenden, lo abandonan y huyen. Pero Jesús se mantuvo hasta el final; en ese momento de prueba suprema levantó su mirada a Dios Padre para decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Hasta en el momento de máxima oscuridad, Jesús mira al Padre. Dirigiéndose especialmente a los adultos, el Sr. Obispo les dice: "En los momentos sombríos cuando la enfermedad, la cruz, las dificultades familiares hacen todo oscuro a nuestro alrededor, elevemos nuestra mirada a Dios nuestro Padre, porque El nos mira siempre con amor".

El miércoles santo se celebró la Misa Crismal, que dio comienzo a las once de la mañana en el templo catedralicio y que convocó a una gran mayoría de los sacerdotes diocesanos en torno a su Obispo. Una ceremonia en la que fueron bendecidos los

santos óleos y consagrado el Crisma. El Obispo emérito, Mons. Juan Antonio del Val, también estuvo presente, además de numerosos religiosos y religiosas de la diócesis.

Comienza el Sr. Obispo su homilía afirmando que "el jubileo definitivo, el que da al hombre la posibilidad de nacer de nuevo, se da en Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre... El, ungido por el Espíritu Santo, ha proclamado en medio del mundo el amor incondicional de Dios nuestro Padre... nos ha hecho partícipes a nosotros sus discípulos de su misma unción". "En la Misa Crismal la Iglesia toma conciencia de esta participación en la unción de su Señor y no puede sino cantar eternamente las misericordias del Señor".

Pasa después Mons. Vilaplana a subrayar estas tres dimensiones:

* "La Misa Crismal nos hace pensar en la iniciación cristiana, que en estos momentos es motivo de preocupación pastoral para todos los obispos, como hemos expresado en el reciente documento, y para todos vosotros presbíteros en el ejercicio pastoral de cada día". "En la iniciación cristiana hemos de tener presente, en primer lugar, la acción de Dios que toma la iniciativa de llamar y de tocar el corazón del hombre invitándolo a participar en su vida divina... hemos de tener en cuenta al hombre concreto... y la Iglesia, como madre, ha de saber realizar este proceso pedagógico adecuado a la persona que se inicia". "El documento de los obispos es una llamada a que nos planteemos el tema en profundidad y que no nos precipitemos". "Rehacer hoy la iniciación cristiana va a ser una tarea ardua y larga, pero para todos nosotros puede ser apasionante... abordar bien la iniciación cristiana supone interrogamos sobre cómo hablamos de Dios y cómo vivimos la experiencia de Dios hoy, cómo damos protagonismo al Señor en nuestras propias acciones".

* "Con este Crisma van a ser ordenados nuevos diáconos, una buena cosecha este año, gracias a Dios...; quisiera hacer un llamamiento a todo el presbiterio diocesano para que renovemos con entusiasmo una genuina pastoral vocacional... avivemos el carisma sacerdotal de tal manera que seamos capaces de proponer con alegría y de acompañar pacientemente los procesos vocacionales en aquellos jóvenes en los que el Señor ha sembrado indicios de vocación... es una tarea que afecta a todo el presbiterio diocesano y a la futura evangelización de nuestra Iglesia".

* "Con el óleo de los enfermos, serán ungidos aquellos que sufren la enfermedad. Esta Misa Crismal es una llamada a acercarnos al mundo del dolor, al mundo de los enfermos... es un día también para pedir vocaciones a la vida consagrada, para que no falten esas personas que saben servir y estar cerca de los que en nuestro mundo quedan excluidos". "Y quiero pedir de una manera especial al Señor por nuestros hermanos sacerdotes enfermos, en estos últimos días estamos viviendo con preocupación la enfermedad de algunos de ellos". Y termina el Sr. Obispo con unas palabras a los laicos presentes.

El Jueves Santo, por la tarde, Mons. José Vilaplana presidió la Misa de la Cena del Señor, en una Catedral abarrotada de fieles, acompañado por Mons. Juan Antonio del Val y los sacerdotes del Cabildo. Los alumnos del seminario mayor y los jóvenes que vivieron con ellos durante la Semana Santa, se sumaron a estas celebraciones, participando también en el rezo del Oficio de Lecturas y Laudes durante el Triduo Pascual. También se hallaban presentes en la celebración, un año más, un grupo de sordos con sus monitores.

En su homilía el Sr. Obispo comienza diciendo que "al celebrar esta tarde la cena del Señor, se enternece nuestro corazón al ver el gesto de servicio y de entrega del Señor por nosotros; al escuchar sus palabras en esa noche, en que nos dejó el mandato del amor, en que instituyó la Eucaristía y el sacerdocio; la noche en que lavó los pies de los discípulos dándonos ejemplo de un amor que llega hasta el extremo".

Invita a continuación Mons. Vilaplana a contemplar la vida de Jesús en un doble movimiento; movimiento descendente: desde Dios se hace uno de nosotros para comunicarnos que Dios es amor y enseñarnos el camino del amor auténtico; y movimiento ascendente: Jesús entregado por nosotros vuelve al Padre, pero ya no vuelve solo, con El nos arrastra a nosotros para introducimos en la intimidad del Padre.

"Cada Jueves Santo debemos sentir el estremecimiento de cómo Cristo nos ha manifestado el amor de Dios, de cómo Cristo nos ha dejado como testamento esas palabras "amaos como Yo os he amado"... no os améis de cualquier manera, sino "como Yo os he amado". Y El no ha amado entregando su

vida por nosotros, quedándose con nosotros en el sacramento de la Eucaristía, instituyendo el ministerio presbiteral... El ha caminado delante de nosotros siendo el modelo, el ejemplo que debemos seguir si queremos aprender a amar de verdad".

"Y junto con el mandato del amor, Cristo nos dice: 'Tomad y comed, esto es mi Cuerpo'. Ahí está la respuesta. Lo que no podemos hacer con nuestras solas fuerzas, lo podemos hacer identificados y unidos con Cristo... alimentados por el amor del Señor podremos amar con un corazón semejante al suyo". Termina el Sr. Obispo recordando aquellas palabras de San Juan de la Cruz: "Pon amor donde no hay amor y encontrarás amor"; amor hecho servicio, gesto, entrega, cercanía, compañía.

La celebración de los oficios de la Pasión, el Viernes Santo, congregó un día más a una gran multitud de fieles que llenaban el templo catedralicio en una celebración que contó además con la presencia del Obispo emérito y sacerdotes del Cabildo.

El Sr. Obispo se centra en su homilía en la última palabra de Jesús: "Está cumplido". "Toda la vida de Jesús es un envío por parte del Padre que El ha cumplido perfectamente... "Está cumplido" quiere decir que El ha llevado a término el encargo del Padre; que ninguna cosa, ni los azotes, ni las afrentas, ni la corona de espinas lo han echado atrás. El ha llegado hasta el final, El ha pasado por la puerta de la cruz, El ha sido elevado sobre el patíbulo. Pero en San Juan ser elevado en el patíbulo de la cruz quiere decir también ser glorificado. Porque quien cumple la voluntad del Padre, es precisamente el que triunfa, el que participa de la gloria del Padre, el que manifiesta al mundo hasta donde llega el amor de Dios. Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su propio Hijo". Termina Mons. Vilaplana invitando a cumplir la voluntad de Dios. Al finalizar la celebración de los oficios del Viernes Santo, los fieles pudieron pasar a adorar la cruz.

La solemne Vigilia Pascual que se celebró en la noche del Sábado Santo en la Catedral dio comienzo con la tradicional hoguera en el claustro, donde tuvo lugar el inicio de la celebración, encendiendo ese fuego el cirio pascual, para después realizar

una solemne procesión hasta el interior del templo.

"Alegraos, Cristo ha resucitado". Con estas palabras comienza Mons. Vilaplana la homilía. "La característica de la vida cristiana, si creemos firmemente en la Resurrección del Señor, ha de ser la alegría. Los cristianos no podemos dejar de decir al mundo que el mal y la muerte están vencidos en Cristo, y que con alegría luchamos y trabajamos, porque estamos convencidos de que el amor es más fuerte que la muerte". "Impresionadas y llenas de alegría salieron a comunicar la noticia a los hermanos", dice el Evangelio refiriéndose a las mujeres. "Que no nos acostumbremos a esta gran noticia que nos puede transformar, que la fe en la Resurrección de Cristo cada día nos haga estremecer y sentir esa profunda gratitud de haber tenido la suerte de encontramos con Cristo resucitado en nuestra vida". "Si estamos viviendo siempre en un encuentro auténtico con el Resucitado, la alegría nunca faltará en nuestra vida".

"Todos estamos llamados a participar en la evangelización. Todos los que somos miembros de Cristo estamos llamados a hacer llegar a los que están cerca de nosotros... esta buena noticia. Y ¿cómo hacerlo? Llevando una vida nueva; si vivimos libres de pecado y revestidos de Cristo, si quien nos ve a nosotros ve a Cristo, si quien ve nuestra vida, la ve cargada de amor, justicia, fraternidad, bondad, podremos decir: Es lo que Cristo resucitado ha hecho en mí" .

Finalmente el Sr. Obispo tiene unas palabras llenas de cariño para los padres, padrinos y familia de la niña que va a ser bautizada.

La última de las celebraciones de la Semana Santa fue la solemne misa del Domingo de Resurrección. Una celebración en la que participaron Mons. Juan Antonio del Val y el Cabildo Catedral, y congregó a la Juan Mayor de Cofradías y niños y jóvenes de las Hermandades y Cofradías, juntos a los demás fieles.

En su homilía el Sr. Obispo comienza diciendo: "Os deseo feliz Pascua de Resurrección y os doy de nuevo esta gran noticia que ha recorrido estos dos mil años de historia sembrando esperanza y alegría en los corazones: 'Cristo ha resucitado'. El que por nosotros entregó su vida, ha resucitado, está vivo, está en medio de nosotros". "Esta noticia de la Resurrección del Señor, central en nuestra fe cristiana, ha de dar un colorido de alegría y de esperanza

a toda nuestra vida".

Recuerda después Mons. Vilaplana nuestro bautismo y dice: "Por" el bautismo hemos compartido sacramentalmente la muerte de Jesús y hemos resucitado con El... que os sentáis con alegría hijos de Dios en Cristo resucitado y que llevéis siempre con dignidad el nombre de cristianos... que el nombre de cristiano se note en toda nuestra vida, que nuestro bautismo sea constantemente una llamada a la santidad... cada uno de vosotros, desde el día de vuestro bautismo, estáis llamados a ser santos, porque estáis incorporados a Cristo... la vida de Jesús se ha de manifestar en vuestra propia vida, en vuestra manera de tratar a los padres, en vuestra profesión, en vuestra diversión, en la relación con vuestros vecinos... si vivimos como bautizados, viviremos como hombres nuevos, sembrando paz, alegría y amor... contribuiremos a que nuestro mundo sea la gran familia de los hijos de Dios.

Termina el Sr. Obispo afirmando que "viviréis vuestro bautismo, si os mantenéis siempre unidos a Cristo en las tres formas que el Resucitado tiene para hacerse el encontradizo con nosotros: en la Palabra de Dios... en la Eucaristía... en las personas que vamos encontrando por la vida, especialmente en los más pobres, en los más necesitados" .

Al finalizar la Eucaristía, Mons. Vilaplana impartió a todos los presentes la bendición apostólica con indulgencia plenaria.

EN EL 1700 ANIVERSARIO DEL MARTIRIO DE LOS SANTOS EMETERIO Y CELEDONIO

Estoy profundamente agradecido y contento, porque hoy junto al Cabildo Catedral de Santander, nos acompañan el Deán y algunos miembros del Cabildo Catedralicio de Calahorra. Ayer estuvieron acompañados de muchos fieles de la ciudad donde fueron martirizados San Emeterio y San Celedonio.

y han tenido con nosotros esta deferencia, que les agradecemos profundamente, de portar las reliquias que ellos guardan allí en Calahorra. Compartimos las reliquias de los Mártires. Allí fueron ellos martirizados. Aquí, siglos después, parte de esas reliquias fueron el cimiento de nuestra Iglesia Diocesana. Hoy nos alegramos en este abrazo fraterno en la Eucaristía, compartiendo la misma fe en Jesucristo. Agradezco mucho vuestra presencia, queridos hermanos de Calahorra.

También he querido que esta fecha quedara grabada en los nombramientos de unos nuevos Vicarios episcopales, para la Diócesis de Santander, y en los nombramientos de los nuevos sacerdotes que han sido ordenados este año; algunos de ellos están también aquí presentes entre nosotros. Que esta fecha de la fiesta de los Mártires acompañe su ministerio para que tengan la fortaleza de la fe en el desempeño de su labor pastoral. Agradezco también la presencia de los demás sacerdotes de la ciudad de Santander que nos acompañan.

Muy agradecido también al Excmo. Ayuntamiento de Santander, presente en esta celebración como ayer en la recepción de las Reliquias; porque los Santos Mártires son Patronos de la ciudad y de la diócesis. y cómo no, os acojo a todos cordialmente con mucha alegría, queridos hermanos y hermanas, porque he visto que esta fecha sí ha removido en vosotros el afecto y la gratitud por tener entre nosotros esta "memoria" de los Mártires. La Iglesia siempre ha querido guardar la memoria de los Mártires, para recordar que fueron sus mejores hijos; aquellos que no sólo imitaron a Jesús en su vida, sino también hasta en su muerte, porque derramaron por El su sangre.

Después de estos saludos a todos vosotros, yo quisiera apropiarme de unas palabras de San Cipriano, que escribía a unos futuros mártires que estaban en la cárcel. Yo quisiera dirigíselas a nuestros Santos Mártires San Emeiterio y San Celedonio. En esta carta decía San Cipriano: "Os saludo, queridos hermanos, y desearía gozar de vuestra presencia, pero la dificultad de entrar en vuestra cárcel no me lo permite. Pues, ¿qué otra cosa más deseada y gozosa pudiera ocurrirme que no fuera unirme a vosotros, para que me abrazarais con aquellas manos que, conservándose puras, inocentes y fieles a la fe del Señor, han rechazado los sacrificios sacrílegos? ¿Qué cosa más agradable y

más excelsa que poder besar ahora vuestros labios, que han confesado de manera solemne al Señor, y qué desearía yo con más ardor sino estar en medio de vosotros para ser contemplado con los mismos ojos, que, habiendo despreciado al mundo, han sido dignos de contemplar a Dios?".

Felicitemos a los Mártires, en ellos se ha cumplido la bienaventuranza de Jesús: "Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos". San Emeterio y San Celedonio dieron testimonio valiente de la fe, fueron perseguidos por causa de su fe y ahora participan de la gloria del Señor. Nosotros miramos su ejemplo y queremos sentirnos estimulados también en el testimonio de su fe.

La Palabra de Dios que hemos escuchado hoy, nos ha dicho que su fe fue probada como oro en el crisol. La fe siempre está puesta a prueba. La fe siempre la vive un creyente peregrino. La fe tiene que saber descubrir cuáles son, en cada momento, los desafíos de la época en la que tiene que ser vivida y proclamada.

Los Santos Mártires, quizás en ese año 299, no podían intuir que unos treinta y tantos años más tarde el Cristianismo sería la religión oficial del Imperio. Cuántos que les verían morir se preguntarían: ¿Estamos acabando? Cuántos, vista esa dura persecución que se dirigió a los que participan en cargos de responsabilidad, -concretamente dentro del ejército, comenzó una depuración de cristianos muy grande-. Cuántos pensarían: ¿estamos llegando al final?, ¿qué va a ser de nosotros? Ellos tuvieron que asumir la prueba de la persecución. Poco tiempo después, inesperadamente la fe tuvo que asumir un nuevo desafío. Ya no había persecución violenta, pero la fe podía diluirse en las ambiciones de poder y de prestigio. Y entonces en la Iglesia surgió con fuerza la valoración de la virginidad y de la vida monástica, y de la entrega radical a Cristo como un nuevo martirio. Posteriormente, vino la invasión de los pueblos bárbaros así llamados, y la Iglesia y la fe tuvo que confrontarse de nuevo con una nueva situación.

Queridos amigos, podríamos recorrer así la historia del Cristianismo, la fe puesta a prueba. En todas esas épocas ha habido personas que han sentido añoranza de las etapas anteriores, y se han dormido en la añoranza. Como ha

habido siempre personas que han tenido la novedad del futuro y se han refugiado en el miedo de la cobardía. Los mártires de todos los tiempos, como nuestros Mártires Emeterio y Celedonio han sido, son y serán los hombres de la confianza. Los hombres que saben que la fe está puesta a prueba y que cada época, cada situación que vive la Iglesia, la purifica y la hace brillar como el oro cuando pasa por el crisol. Se queda la escoria y la fe brilla. La fe siempre está puesta a prueba. Por eso, la memoria de los Mártires no nos lleva ni a la añoranza ni al miedo, sino a acoger con confianza la Palabra de Jesús en el Evangelio: Si vuestro Padre celestial cuida de los pajarillos, cuánto más de vosotros. Y si vosotros sabéis dar testimonio de mí ante los hombres, también yo daré testimonio de vosotros ante mi Padre celestial.

La memoria de los Mártires nos ayuda a conservar la fe en la confianza, sabiendo asumir la época, el momento en el que nos ha tocado vivir.

Queridos hermanos y amigos, estamos a la entrada del tercer milenio y el Papa en la carta que nos prepara para esta entrada, ha puesto como objetivo principal el fortalecimiento de la fe y del testimonio de la fe de los cristianos. No sintamos añoranzas, la fe es también para el hombre de hoy. No tengamos miedo, la fe encontrará nuevos caminos si vivimos la fortaleza de la fe y la belleza del testimonio en la coherencia de nuestra vida. Pero hoy precisamente, en la fiesta de los Santos Mártires, cuando miramos el pasado y cómo ellos han acompañado la fe de este pueblo que ha crecido como ciudad sobre su tumba y ha crecido como Iglesia diocesana en este mismo lugar donde reposan sus reliquias, si ellos han acompañado a la ciudad en momentos de peste y de dificultad, si han animado a los hombres de la mar cuando se han sentido sacudidos por la galerna, cómo no va a ser su testimonio un estímulo para nosotros para afrontar los nuevos desafíos del tercer milenio. Jesucristo muchas veces a los apóstoles les decía: "No seáis hombres de poca fe". Y o pienso que es el mensaje que hoy nos da en la fiesta de los Mártires y permitidme que, sobre todo, subraye la mirada en el futuro.

San Pablo en la segunda lectura nos ha dicho: "Calzaos bien los pies para estar dispuestos a anunciar el Evangelio de la paz". El cristiano tiene una fe que se comunica y, posiblemente, la dificultad más grande que hoy sentimos los cristianos es la transmisión de la fe a las nuevas generaciones. El saber po-

ner la fe de siempre en un lenguaje -nuevo, en unos signos nuevos, en un nuevo estilo que ha de marcar el camino de la fe en el nuevo milenio. No tengamos miedo, calzaos las sandalias para anunciar el Evangelio de la paz. La convicción de que el Evangelio puede dar alegría al corazón del hombre, del hombre de hoy, tan aturdido muchas veces en una sociedad consumista, con unos marcados rasgos individualistas, con la presencia del secularismo. Para este hombre de hoy el Evangelio de Jesús es buena noticia, y es Evangelio de paz que puede sanar tantos corazones desgarrados que buscan sentido a su vida. ¡Tengamos esa convicción! El Evangelio es para el hombre de hoy también. Y preguntémosnos, como dice un teólogo de nuestro tiempo, estas tres cuestiones: ¿Quién es ese oyente?, ¿cuál es el mensaje?, ¿quién es el mensajero? Quien quiera ser testigo de la fe ha de plantearse estas tres preguntas en la casa y en la sociedad, en la Iglesia y en el mundo: ¿Quién es el hombre que ha de escuchar este Evangelio?, ¿cuáles son sus preocupaciones?, ¿qué características tiene?

Hemos de aprender el lenguaje de los hombres de hoy, precisamente para conocer los latidos de su corazón y ofrecerles el Evangelio como respuesta a sus inquietudes. Y también para crear inquietudes que dejen crecer el corazón del hombre, abriéndose al amor y a la trascendencia de Dios. ¿Quién es nuestro interlocutor? ¿Quién es el hombre que ha de escuchar el Evangelio? El cristianismo ha de crecer en humanidad, en cercanía, en tener los oídos abiertos para ver cómo palpita el corazón de los hombres de hoy y, especialmente, las nuevas generaciones.

¿Cuál es el mensaje? Ahí, queridos hermanos, tenemos que hacer un esfuerzo para presentar lo fundamental, los núcleos de nuestra fe. Ese mensaje que manifieste el rostro amoroso de Dios Padre que ama a los hombres incondicionalmente. El rostro de Cristo hecho hombre encarnado, cercano a los hombres, hecho siervo humilde hasta entregar su vida por nosotros en la cruz y resucitado y glorioso para ser nuestra esperanza. El Espíritu Santo y la Iglesia, Cuerpo de Cristo que asume la misión. Los Sacramentos, la gracia y el perdón, la alegría de ser cristiano, las verdades fundamentales, para que sean comprendidas y acogidas por los hombres que ya no conocen el Evangelio.

Y finalmente el mensajero. No es indiferente el mensajero en la transmi-

sión del Evangelio. El mensajero en la transmisión del Evangelio se llama "Testigo", y Mártir significa Testigo. El Evangelio no se transmite como si nosotros fuéramos una pura máquina que lo hiciera sonar en cada época. El Evangelio para ser anunciado de manera convincente ha de pasar por nuestra vida, se ha de sentir en nuestra vida, se ha de manifestar en nuestro comportamiento. El testigo es aquel que hace vida el Evangelio y lo propone con convicción en medio de la sociedad.

Queridos hermanos, miramos el pasado, diecisiete siglos desde el testimonio de los Mártires Emeterio y Celedonio. Una fe que ha traspasado la historia; pero miramos el futuro con la confianza de los Mártires. A nosotros nos toca ser mártires, es decir, los testigos de la fe, para que el Evangelio alegre el mundo en el que nos ha tocado vivir.

Que así sea.

**MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS
POR LA CANONIZACIÓN
DE LOS BEATOS ROMÁN MARTÍNEZ Y MANUEL SECO**

El domingo 21 de noviembre pasado, solemnidad de Cristo, Rey del Universo, Juan Pablo II canonizó en la basílica de San Pedro a los religiosos Cirilo Bertrán y ocho compañeros mártires, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y al P. Inocencio de la Inmaculada, pasionista, que habían sido beatificados el 29 de abril de 1990.

En el grupo de Hermanos de las Escuelas Cristianas se encuentran dos nacidos en nuestras tierras: San Román Martínez, natural del mismo Santander y San Manuel Seco, nacido en Celada Marlantes.

Con este motivo se celebró el pasado día 3 de diciembre en la S. I. Catedral una Eucaristía de acción de gracias presidida por nuestro Obispo Mons. José Vilaplana y concelebrada por un grupo numeroso de sacerdotes. El templo estaba lleno de fieles y de las columnas del presbiterio colgaban dos grandes tapices con las efigies de los santos. Entre los presentes destacaba la presencia de dos hermanos de los mártires, con sobrinos y familiares, y los Hermanos de la Salle del colegio de Santander.

En su homilía el Sr. Obispo comenzó diciendo: "Pocas veces se puede saludar a un hermano o a una hermana de un Santo en una celebración. Yo lo hago hoy por primera vez y siento la satisfacción de saludar a María, hermana de San Román Martínez y a Florencio, hermano de San Manuel Seco y, al mismo tiempo, como el Hermano de la Salle".

Saluda después a los demás familiares de los mártires, a los párrocos de las parroquias donde fueron bautizados, a la comunidad de Hermanos de la Salle y a toda la comunidad lasaliana, de manera especial a los alumnos del colegio.

"Nos toca la gran suerte, continúa Mons. Vilaplana, de poder invocar a unos santos tan cercanos a nosotros en el tiempo, en la tierra y en la experiencia. Quizás uno se estremece cuando piensa: 'Alguien que era de Santan-

der, en una casa que todavía existe, y en otra casa que aún se conserva en Celada Marlantes; y sus hermanos y familiares viven entre nosotros'. Ellos fueron santos, lo cual nos recuerda que los santos son hombres de esta tierra y de este mundo, y que nosotros estamos llamados a imitarles, si sabemos como ellos amar y servir a Jesucristo y estar dispuestos a dar nuestra vida por El".

Para que la memoria de estos santos mártires prenda en la memoria de nuestra Iglesia, el Sr. Obispo enumera una serie de actividades a las que se irá poniendo calendario: Dedicarles un altar en la S. I. Catedral, organizar una peregrinación a Bujedo donde reposan sus cuerpos y traer unas reliquias para incorporarlas a ese altar; celebrar una Eucaristía en Celada Marlantes y otra en la parroquia de San Francisco, habituarnos a su fiesta anual que habrá que celebrar con especial solemnidad "para tomar conciencia de que de la misma manera que en el segundo milenio los santos mártires Emeterio y Celedonio acompañaron con su testimonio e intercesión a esta Iglesia que peregrina por tierras de Cantabria, junto a ellos también, al entrar en el tercer milenio, nuestra fe se vea acompañada asimismo por el testimonio, la intercesión, el estímulo y el ejemplo de estos mártires San Román y San Manuel".

"Jesucristo es el grano de trigo por excelencia, prosigue el Sr. Obispo, que fue muerto y sepultado, pero que resucitó glorioso para darnos vida a todos. Y los mártires como Cristo son también el grano de trigo... Pensemos en una noche llena de dolor, en que estos Hermanos jóvenes, con otros Hermanos de la Salle y un P. Pasionista, caían en una fosa y eran cubiertos como granos de trigo. ¿Qué pensarían ellos en aquel momento? Vivían sin duda la esperanza, porque San Román, cuando les preguntaron: ¿Saben Uds. dónde van?, contestó: 'Donde Uds. quieran. Nosotros estamos dispuestos a todo'. Estaban dispuestos a dar la vida por Cristo, porque sabían que quien da la vida por Cristo la recupera. Y hoy nosotros estamos viendo cómo su ejemplo, su testimonio, nos llena de alegría, de esperanza y de coraje".

"Los mártires no son superhombres, son hombres con todos los temores, con todas las limitaciones que tenemos nosotros, pero con una diferencia, que saben llenarse de Dios. Y es Dios el que les da la fortaleza; y es Dios el que les llena de amor y les llena su vida para que reflejen a Cristo en su

servicio. Como reflejaba esta alegría de sentirse lleno de Dios y de compartir esta vida con los niños San Manuel Seco, en sus cartas a su hermano aquí presente. Se sentía plenamente feliz de dar catecismo a los niños y enseñarles a amar a Jesús y a la Virgen María".

Y termina el Sr. Obispo: "Recojamos esta antorcha encendida de la fe de nuestros mártires. Seamos nosotros hombres y mujeres de nuestro tiempo, que nos dejemos llenar de Dios, para que evangelicemos en la familia, en la escuela, en la parroquia, en los grupos, donde quiera que estemos".

EN LA APERTURA DEL "JUBILEO DE LA SANTA CRUZ"**30 abril 2000**

«Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo». Nuestra alegría es desbordante, nuestro gozo es profundo, porque el Señor no sólo nos permite, celebrar el gran Jubileo del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo unidos a toda la Iglesia, sino que nos regala -«gracia tras gracia»-, el poder inaugurar hoy solemnemente, en las fiestas de Pascua, el Jubileo de la Santa Cruz en el Monasterio de Santo Toribio de Liébana.

¡Cómo no sentir una profunda alegría y cómo no dar gracias a Dios de todo corazón! En nombre de todos los que estamos aquí reunidos para dar gloria y alabanza a Dios, quiero decir: Señor, gracias porque nos reúnes, gracias por concedernos el privilegio de entrar por la Puerta Santa en este año 2000, gracias porque nosotros hemos tenido la suerte de pertenecer a esta generación que pasa por la Puerta con la esperanza de caminar en un nuevo milenio, siguiendo tus pasos.

Y ¡cómo no dar gracias a Dios por veros aquí, mis queridos hermanos Arzobispo y Obispos que, junto a este altar, dais fe de la comunión de las Iglesias hermanas en la comunión de la única Iglesia de Cristo! Os agradezco sinceramente el testimonio de vuestro amor fraternal. ¡Cómo no alegrarme de poder concelebrar con vosotros, mis queridos hermanos sacerdotes, entre los que estáis los Vicarios de la Diócesis, que representáis a todas las zonas de nuestra querida Cantabria y Mena, y también todas las actividades de nuestra Iglesia particular, y con vosotros Padre Provincial y Comunidad de Franciscanos, que custodiáis la Cruz y vais a llevar especialmente el peso del servicio de este Año Jubilar! Doy gracias a Dios asimismo de poder concelebrar con todos vosotros, queridos hermanos sacerdotes de Liébana.

¡Cómo no dar gracias a Dios y saludar cordialmente al señor Presidente del Gobierno de Cantabria y a todas las autoridades presentes, que nos indicáis con vuestra presencia que este acontecimiento jubilar repercute en todos los hombres que caminamos por estas benditas tierras; al alcalde de Camaleño y a los demás alcaldes de Liébana; y a la muy venerable Cofradía de la

Santa Cruz, que durante siglos representa el amor y la devoción sincera a la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, que con tanto celo conserva como corazón nuestra querida Liébana!

¡Cómo no alegrarme de esta multitud de fieles y de peregrinos reunidos para celebrar el encuentro con el Señor! Amigos y hermanos presentes y los que estáis fuera, y algunos en una situación incómoda! A todos os abrazo y os acoyo. A través también de las ondas de radio, os abrazo a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, que estáis siguiendo esta celebración, especialmente a los enfermos.

Hoy es día de júbilo y esperanza, porque el Señor está en medio de nosotros. Los jubileos se refieren siempre a Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre que ha caminado por nuestros caminos y se ha acercado a nosotros, para comunicarnos la gracia y el amor de Dios. ¡Qué impresionante es decir: El Hijo de Dios, hace 2000 años, caminó con pies de hombre, amó con corazón de hombre, trabajó con manos de hombre y sufrió y sintió con sentimientos de hombre! Por eso, el amor de los que creen en Jesús, ha querido peregrinar y acercarse siempre a esos caminos que El pisó, a ese lago que El cruzó, y se ha acercado también con devoción profunda a esas cosas que tocaron su cuerpo: el sudario, el sepulcro vacío y la santa cruz. El que ama, quiere acercarse y ver la casa de los que ama, el amigo quiere visitar la casa del amigo, los que han nacido fuera quieren ver el lugar de origen de sus padres y los cristianos queremos peregrinar hacia los lugares y las cosas que nos hablan del Señor. El, hombre como nosotros, vivía nuestra propia vida y ha dejado signos y huellas de su presencia, para que nosotros nos acerquemos a El con amor y lo conozcamos mejor.

Amigos y hermanos: Todos los peregrinos que han venido y vendrán a este Santuario de Santo Toribio, quieren acercarse a la Cruz del Señor, porque entienden que en ella se dio el amor más grande. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos, y El en la cruz dio su vida por nosotros. Por eso la queremos besar, la queremos tocar, porque ella nos habla de El, ella nos habla de la Madre. Pero los signos no son para quedarse en ellos; los signos son trampolines que nos permiten dar el salto de la fe para sumergirnos en la profundidad del amor. El que se pone en un trampolín no

se instala en él, coge fuerza para saltar y para sumergirse. Nosotros peregrinos no nos quedamos solamente mirando la cruz. La cruz es un signo que despierta nuestra fe. La cruz es un signo que nos anima a dar el salto de la confianza total, correspondiendo a Aquel que nos ha amado hasta entregar su vida por nosotros. La cruz es un trampolín que nos permite saltar para profundizar más en el misterio de amor que encierra la cruz, en el misterio del amor del que en ella dio la vida por nosotros.

Nosotros, como el apóstol Tomás, tantas veces incrédulos y dubitativos, tenemos la oportunidad de acercarnos a un signo. Tomás vio el signo de las llagas en el cuerpo glorioso del Señor y desde ahí dio el salto de la fe: ¡Señor mío y Dios mío! Entendió que Dios en la debilidad de la carne, pasando por la muerte, resucitó glorioso para permanecer en medio de nosotros.

Queridos amigos, permitidme que en la presencia de la Santa Cruz os invite a celebrar este jubileo, con estas cuatro sencillas recomendaciones que, os hago como pastor. Vivamos el jubileo como tiempo de fe, adentrémonos en el misterio de la cruz de Jesucristo, comprendamos lo que entendió el apóstol: El me amó y se entregó por mí. Pidamos que todos los que crucen esta Puerta Santa que hoy solemnemente hemos abierto, experimenten que son amados por Alguien que dio la vida por nosotros. Este acto de fe, ese fortalecimiento de la fe, es el objetivo primero que debemos buscar en este año jubilar.

No podemos tocar, como Santo Tomás las llagas gloriosas del Señor, pero sí podemos tocar las llagas sangrantes en aquellos miembros de la Iglesia o del mundo, con los que Cristo se ha querido identificar. El jubileo nos invita a comprometernos más decididamente, a acercarnos a las cruces de nuestros hermanos, a los enfermos y a los que sufren, a los marginados y a todos aquellos que llevan las marcas del crucificado. Lo que hagamos por ellos, lo haremos por Cristo. Por tanto, la segunda recomendación, queridos hermanos, es que ninguno de nosotros salga de este acto jubilar y también todos los peregrinos, sin estar más comprometidos en el servicio y ayuda de aquellos que comparten la cruz del Señor.

Una tercera recomendación: El Señor fue elevado en la cruz, para reu-

nir a los hijos de Dios dispersos. El fue levantado para atraernos a todos hacia El. La cruz es una llamada a la unidad, a la vida comunitaria, a compartir sinceramente con los hermanos cuanto somos y tenemos, por eso nuestras parroquias, nuestras comunidades cristianas, todos hemos de comprometernos a buscar siempre la unidad, la reconciliación, la oferta leal y sincera colaboración con otros. La cruz es signo de unidad, es el imán que nos hace uno en torno a Cristo. Así lo hemos escuchado en la primera lectura: la primera comunidad, era una comunidad que sabía compartir.

y por último, queridos amigos, este encuentro masivo que hoy estamos celebrando y las previsiones para este año jubilar, nos hacen pensar que esto va a ser frecuente, que muchos hermanos y hermanas van a acudir aquí, creyentes y no creyentes. Hagamos todos un esfuerzo para salvaguardar esta dimensión espiritual del jubileo. Esta dimensión que nos acerca al misterio del amor, unas veces creído, otras veces buscado, a veces hasta con paso de indiferencia; pero hagamos todos lo posible, para que quien aquí se acerque, se encuentre con el Señor y vislumbre los rayos del amor que a todos nos pueden dar esperanza.

Que así sea.

PROCESIÓN DEL CORPUS CHRISTI

El pasado 25 de junio nuestra ciudad de Santander vivió con alegría la solemnidad del Corpus Christi. La misa estacional, presidida por el Sr. Obispo, dio comienzo a las siete de la tarde en la S. I. Catedral abarrotada de fieles. Concelebraron los miembros del Cabildo y sacerdotes y religiosos de la ciudad y de algunos pueblos de la región. Asistió un grupo de niños que en este año han hecho su Primera Comunión.

En su homilía Mons. Vilaplana comienza dando gracias al Señor, con la Iglesia, por el don inmenso de la Eucaristía "de una manera especial en este

Año Jubilar cuando tomamos conciencia de que durante dos mil años hemos podido vivir y alimentarnos de la presencia del Señor en este sacramento".

Da gracias después a Dios por los dones que el Señor le ha concedido esta misma semana en que ha tenido la suerte de celebrar la fiesta del Corpus con el Santo Padre en Roma, al lado de Obispos del mundo entero. Allí pudo escuchar palabras preciosas sobre el sacramento del amor y oír un testimonio que quiere transmitimos.

"Tuve la suerte, dice, de conocer a un arzobispo vietnamita, monseñor Francisco Javier Van Thuan, hoy presidente de la Comisión Pontificia "Justicia y Paz", que estuvo trece años encarcelado, de esos trece años nueve completamente incomunicado. ¿De dónde sacó él la fuerza para vivir la fe en esa situación tan dramática? Hizo traer por la familia, con la excusa de que le dolía el estómago, una pequeña botella de vino y también formas escondidas en la ropa. Y así con tres gotas de vino y una de agua puestas en el cuenco de su mano cada noche celebraba la Eucaristía. Más tarde, ya libre de la incomunicación, en una cajetilla de tabaco repartía las formas a los demás cristianos que estaban en la cárcel para que no les faltara el alimento del Cuerpo del Señor en esa situación tan difícil. Mientras nos explicaba estas cosas, comenzó a cantar el Ave Verum y otros cantos eucarísticos que, en voz baja, él y los demás compañeros cristianos cantaban en la cárcel por la alegría de tener con ellos al Señor. Y nos dijo esta frase 'Gracias a la Eucaristía aquella cárcel se convirtió en una escuela de fe'. Hablando de la Eucaristía, dando testimonio de la fuerza que les daba la Eucaristía, otros iban descubriendo a Jesucristo y se iban convirtiendo al Señor".

"Que cada Eucaristía sea para nosotros escuela de fe. Que salgamos siempre de la celebración de la Eucaristía con una fe más intensa de adhesión a Jesucristo, con un amor más vivo entre nosotros, con un compromiso más firme de dar testimonio del Señor en medio de nuestro mundo".

"El Papa decía en su homilía del Corpus: 'Ahora el Señor, después de esta Eucaristía, va a pasar por las calles de Roma. Va a pasar por medio de los edificios donde los hombres sufren, trabajan, se alegran, conviven. El Señor está cerca, está con nosotros'. Esta es la buena noticia que nos transforma

a los cristianos, la presencia del Señor en medio de nosotros, y esa presencia produce estos frutos que yo he podido constatar estos días de una manera especial y que quiero desearos para todos vosotros. La Eucaristía nos reúne, si la celebramos bien, como los granos de trigo dispersos se hacen uno en la masa del pan".

"El Papa dio la comunión a un grupo de fieles. Dio la comunión a la reina Fabiola que estaba allí, pero detrás de la Reina subió una mujer sencillísima con su hijo, con sandalias y una camisa a cuadros. No hay diferencias ante la Eucaristía. Cristo es para todos, Cristo nos hace uno, Cristo nos hace familia. La Eucaristía nos reúne y nos fortalece ante los problemas de este mundo. Si nuestra fe es firme en la Eucaristía, si nos alimentamos de ella, cómo dudar. De nosotros sí podemos dudar, pero no del Señor que está con nosotros para hacernos fuertes en nuestra debilidad".

"El Señor es nuestra alegría, una alegría que no podemos ocultar, que queremos proclamar al mundo. Por eso salimos esta tarde a la calle acompañando al Señor".

Y termina Mons. Vilaplana: "Que nos comprometamos de verdad a amar y amar a los más pequeños y a los más pobres. Aquí están, en primer lugar, estos niños y niñas que representan a tantos niños que han recibido a Jesús por primera vez. Los pequeños, todos los que sufren, todos los débiles han de ser para nosotros los preferidos, porque la Eucaristía nos enseña a crear fraternidad entre todos los hombres".

Al término de la Eucaristía, tuvo lugar la procesión por las calles de la ciudad, en la que el Sr. Obispo portaba bajo palio el Santísimo Sacramento. Una inmensa muchedumbre participó en ella.

EN LA CLAUSURA DEL "JUBILEO DE LA SANTA CRUZ"**29 abril 2001**

Una profunda emoción y sobre todo, una inmensa gratitud siento en estos momentos y comparto con todos vosotros. Os saludo con alegría a todos: a vosotros hermanos obispos, especialmente D. Juan Antonio que ha hecho el esfuerzo de estar con nosotros en esta solemne celebración, a los hermanos Vicarios Generales y Episcopales que representáis a toda la diócesis que ha vivido tal'. intensamente el Jubileo; a vosotros Vicarios Generales de las diócesis hermanas de Oviedo y León, a los sacerdotes de Liébana y de otros lugares que estáis compartiendo con nosotros esta gran fiesta, a usted, señor Presidente del Gobierno de Cantabria, a las autoridades presentes, al señor Teniente Alcalde de Camaleño y a la Cofradía de la Santa Cruz y a tantos y tantos peregrinos y fieles reunidos para celebrar esta clausura del Año Jubilar. Comparto con todos vosotros estos sentimientos especialmente de acción de gracias al Señor por este don inmenso que nos ha concedido para celebrar este Jubileo, visagra entre dos milenios, que ha puesto en medio del tiempo el signo de la Cruz como señal de vida, gracia y amor.

Estamos celebrando esta clausura en la fiesta de Pascua. Cristo resucitado está presente en medio de nosotros como el cordero que en esta Cruz fue degollado y que ahora presidiendo nuestra asamblea, recibe todo honor, toda gloria y toda gratitud. Nos sentimos felices y contentos porque la fe nos dice que el que murió en la Cruz vive en medio de nosotros. Por eso, mi primera palabra de exhortación, queridos hermanos y hermanas, quiere ser una invitación a que repitamos la expresión del Evangelio que acabamos de escuchar. El discípulo al que Jesús tanto quería, después de la pesca infructuosa y de una noche remando, con su mirada de fe exclamó "¡Es el Señor!". Descubre al Señor en medio de sus trabajos, en medio de sus fatigas, en medio de sus sufrimientos. Que todos sintamos hoy en esta fiesta de Pascua esta gran alegría: El Señor está en medio de nosotros. El es nuestra vida, en El está nuestra esperanza.

En este encuentro Pascual del Señor, hay unos signos preciosos a los que hoy también, en esta celebración de clausura, debemos remitirnos.

No es casual que Juan diga que estaba Pedro, Tomás, Natanael, los dos Zebedeos y dos discípulos más. Son siete y el siete es un número que indica totalidad. Es la Iglesia, toda la Iglesia, todos los miembros de la Iglesia, representados en esta solemne asamblea, la que percibe y proclama esa afirmación de fe: "Es el Señor" .

Estamos unidos, en este Monasterio en el que cada uno de nosotros con distintas vocaciones, distintas culturas, distintas edades formamos el pueblo del Señor. ¡Qué alegría! Hoy aquí, obispos, presbíteros, diáconos, vida consagrada, laicos, todo el pueblo de Dios proclama: "¡Es el Señor resucitado el que está en medio de nosotros! Pero un pueblo que tiene una misión: echar la red. A pesar de que tantas veces el trabajo ha sido infructuoso, la palabra poderosa del Señor nos indica que hemos de echar la red, una red llamada a hacer una pesca abundante. No es tampoco casual ese número de los peces contados en la red. Según los comentaristas de la Sagrada Escritura, indica el número de los pueblos, de las naciones entonces conocidas; indica la totalidad de los pueblos llamados a reunirse en el encuentro festivo en torno al Señor, en una red que no se rompe, que es amplia, la Iglesia, para abrazar a toda la humanidad. La Iglesia de Jesucristo llamada a anunciar la buena noticia a todas las culturas.

Queridos amigos y hermanos, ¡qué alegría poder clausurar este Año Jubilar, que nos invita a mirar, por una parte, con gratitud el pasado, pero que nos abre con tanta esperanza al futuro!

Júbilo y esperanza han marcado este Año Jubilar. Año Jubilar, bendecido por el Señor en primer lugar, con una multitud extraordinaria de peregrinos. Los datos que nos han dado nos hablan de un millón doscientos mil y quisiera subrayar, que a pesar de tan gran número, aquí en esta iglesia, se ha vivido siempre un ambiente de austeridad, de silencio, de profunda oración, de conmoción honda al mirar el Lignum Crucis, este fragmento de la Cruz donde murió el Señor. Hemos sido muchos, pero hemos guardado este ambiente de recogimiento y de oración, de profunda experiencia espiritual que

ha hecho salir a muchos peregrinos diciendo: "Algo me ha tocado el corazón". Quisiera destacar esta experiencia que me han transmitido muchos obispos y sacerdotes en nombre de los peregrinos que nos han visitado.

Quiero subraya. especialmente dos peregrinaciones: la que hizo el Obispo de Osma-Soria con 500 peregrinos recordando que hace más de mil años el Obispo de Osma S. Eterio estaba aquí en este Monasterio y la que hace muy poco celebraron los mayores de Liébana, de estos pueblos que durante más de mil años han guardado el santo Leño.

Queridos amigos, pertenecemos a una historia de fe, hemos recibido testimonios de fe y el gran desafío que ahora asumimos, al clausurar este Jubileo, es precisamente la transmisión de la fe.

Este Jubileo ha estado asimismo marcado por una cálida acogida que fundamentalmente ha realizado la querida comunidad de hermanos franciscanos. Quiero agradecer públicamente y sinceramente al P. Provincial, al P. Victoria y a toda la comunidad el tesón con que han acogido a tantos miles de peregrinos día a día, haciendo que se encontraran en su casa, que pudieran cantar, que pudieran sentir, sobre todo, el tierno abrazo de la misericordia de Dios. Ha sido un año de misericordia.

Quiero agradecer, sobre todo, al Santo Padre, que precisamente para la clausura de este Jubileo, haya accedido a nuestra petición y nos haya mandado un mensaje que será leído inmediatamente antes de cerrar la Puerta del Perdón. Gracias a Juan Pablo II que ha querido con este gesto unirse también a nuestro Jubileo y darnos unas palabras de ánimo y esperanza.

Pero no podemos mirar sólo con gratitud al pasado; miremos con esperanza al futuro. Quiero dejaros como mensaje cinco afirmaciones sobre la Cruz.

* Debemos ser testigos de la fe, si tenemos ante nosotros el gran desafío de la fe, los creyentes hemos de unir la fe a la vida. Ese será nuestro testimonio y en ese testimonio podemos profundizar mirando a la cruz del Señor. La miramos como signo de amor para caminar en presencia de Dios en el nuevo milenio en humildad, en obediencia y en confianza. Tanto nos ha amado

Dios que nos ha regalado a su propio Hijo.

* Profesando la fe en Dios Padre, aprendamos a caminar unidos mirando el signo de la Cruz como signo real. Miremos la Cruz como pacto ya en camino, porque Cristo ha dicho toma mi cruz y sígueme. El ha caminado delante y nosotros entraremos en el nuevo milenio profundizando en la fe, si sabemos seguir las huellas del Crucificado que vive; y caminamos con El en actitud de servicio, en misericordia, en entrega a los demás. La cruz será nuestro pacto.

* Miremos la Cruz como árbol de vida y profesemos nuestra fe en el Espíritu Santo que nos fue regalado por Cristo desde la cruz. Expiró, entregó su espíritu, lo regaló a la Iglesia. Cristo el Señor nos invita a acoger el don del Espíritu Santo. y a entrar en el nuevo milenio con mucha confianza en esa presencia del Espíritu, dejándonos impulsar por El, profundizando en nuestra vocación a la santidad y en la oración y con una enorme creatividad para asumir los retos que la nueva sociedad nos ofrezca. Con la fuerza del Espíritu mirando a la Cruz, árbol de vida, daremos frutos de santidad.

* Queridos amigos, también hemos de ver la Cruz como punto de encuentro para caminar juntos, para remar juntos, para vivir como Iglesia, para caminar como hermanos que nos ayudamos mutuamente avanzando en el camino de la vida, una Iglesia que quiere ser evangelizadora, y una Iglesia que quiere ser testigo de amor, una Iglesia en la que, a pesar de nuestras debilidades, sabemos que estamos llamados con Cristo a ser sacramento en medio del mundo. El nos dijo: "Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" y también se nos dice en la Escritura que Cristo murió para reunir a los hijos de Dios dispersos. La Cruz es signo de encuentro, cruce de dos líneas, la vertical y la horizontal, señal de nuestra unión con Dios y de nuestra unión con los hermanos. Caminemos como Iglesia, caminemos fraternalmente unidos.

* Queridos amigos, caminemos mirando a la cruz como escala al paraíso. Nuestra fe acaba afirmando que creemos en la vida eterna, esa verdad que tantas veces olvidamos. Somos peregrinos, somos caminantes, pero hacia la casa del Padre. La Cruz es la escala, la Cruz es el acceso al paraíso,

porque Cristo lo ha abierto para nosotros, para que esperemos, confiemos y vivamos la esperanza en la vida eterna, que Cristo nos consiguió derramando su sangre por nosotros en la cruz y llamándonos a la vida para siempre. Así sea.

**CLAUSURA DEL IV CENTENARIO
DE SAN JUAN DE LA CRUZ**

15 de diciembre 2001

Parroquia de El Carmen y Santa Teresa –

PP. Carmelitas- de Santander,

Queridos hermanos sacerdotes. Queridos hermanos y hermanas de esta parroquia de Nuestra Señora del Carmen y Santa Teresa.

Me alegro mucho de visitaros en un día tan significativo para esta parroquia y para la Iglesia.

Celebramos el tercer domingo de Adviento. Pero celebramos también hoy la clausura del IV Centenario de la muerte de san Juan de la Cruz. Por eso mi saludo especial a los Padres Carmelitas que viven con sentimientos de gratitud al Señor este acontecimiento. Y mi saludo, también, a toda la familia carmelitana. Tercer domingo de Adviento y clausura del centenario de san Juan de la Cruz.

Juan el Bautista, en el Evangelio, describe lo que tenemos que dejar si queremos avanzar por el camino de la disposición y la preparación para recibir al que nos bautizará con Espíritu Santo. Al que nos llenará de Dios. Al que nos hará vivir esa filiación divina. Juan el Bautista prepara los caminos del Señor. Indica que hemos de desprendernos de aquello que nos ata y de aquello que nos impide tratar auténticamente a los hermanos. Juan el Bautista dice que hay que compartir; que no hay que hacer extorsión; que hay que evitar esa maldición del tener y del exigir más. Es un don de Dios el testimo-

nio de Juan el Bautista. Fue el hombre elegido para preparar los caminos del Señor.

Pero también, después de la venida del Señor, cuando la Iglesia se pone a caminar para seguir los pasos del Maestro, Dios no deja solo a su pueblo y le envía hombres de Dios. Testigos de Dios, que enseñan al pueblo a continuar desprendiéndose y negándose a sí mismos para tener el alma libre, ligera, amante y creyente para vivir una vida de unión íntima con el Señor. Y un hombre de Dios, un testigo excepcional, un maestro de oración para la Iglesia fue, y sigue siendo, JUAN DE LA CRUZ. Un hombre lleno de Dios. Un hombre que aprendió lo que era negarse a sí mismo para no desear nada sino sólo a Dios. Para tener el alma desnuda y vacía de sí mismo. Para poder ser todo de Dios. Un alma que, dejada en las manos del Amado, se transformara en él en una unión íntima, perfecta de amor. Este hombre excepcional, este hombre que supo caminar por nuestra tierra y, en un día de diciembre, con toda sencillez y naturalidad decir: "he de cantar maitines en el cielo", haciendo que su paso por la tierra fuera ese caminar recto hasta introducirse en el misterio de Dios, como aquel que está deseando ese momento y que quiere vivido con toda naturalidad; este hombre de Dios continúa enseñando a la Iglesia y a nosotros. Y en este domingo de Adviento, queridos hermanos, debemos recoger su testimonio y debemos dar gracias a Dios de corazón por el regalo que, en Juan de la Cruz, Dios hizo a su Iglesia.

Permitidme que, con sencillez, os subraye algunos rasgos de su vida y de su doctrina que pueden ser especialmente útiles para nosotros los cristianos de este final del siglo XX. Y para que preparemos ese tercer milenio, para que apreciemos este futuro que tenemos delante de nosotros, con aquellas palabras de un teólogo de nuestro tiempo que decía: "el cristiano del futuro o será un místico o no será". El cristiano del futuro o será un hombre de Dios o no podrá decir nada a este mundo.

Un místico, no significa una persona rara, mojjigatamente raro. Un místico es un hombre, o una mujer, que sienten ese ardor y ese amor por vivir unido a Jesucristo, su único Señor. Es la persona que no simplemente dice: "¡Jesucristo es Señor!", sino "¡Jesucristo es mi Señor!" Y deja que su Señor vaya transformando y tomando toda su vida para ser totalmente de El.

Si hemos de abordar una nueva evangelización, si hemos de ser testigos de Dios en medio de nuestro mundo, nuestras palabras sonarán como palabras vacías. Por eso, recojamos el testimonio de Juan de la Cruz.

Yo subrayaría estos aspectos de su doctrina.

En primer lugar: el concepto de Dios. Cuántas veces cerramos a Dios en nuestros pequeños esquemas. Pensamos que ya lo sabemos todo de Dios. Pensamos que podemos formularlo todo con nuestras pobres palabras. Juan de la Cruz nos indica que el conocimiento de Dios trasciende toda ciencia. Y que en el conocimiento de Dios hemos de caminar, constantemente, en la Noche oscura, buscando, iluminados sólo por la fe y movidos por la fuerza de la gracia, descubriendo a ese Dios que es siempre más grande que lo que podemos conocer de él. A este Dios cuyo abismo nos desborda.

Cuántas veces una pobre imagen o un pobre concepto de Dios es motivo de crisis de muchos cristianos. ¡Cuántas veces creemos que podemos comprender y tratar a Dios desde nuestra pequeña inteligencia, o cuántas veces pensamos que podemos tener la experiencia de Dios en unas simples emociones! No. Buscar a Dios por el camino de la fe y del amor, ese Dios siempre más grande que sólo podemos comprender o ir comprendiendo "toda ciencia trascendiendo", como decía Juan de la Cruz.

En segundo lugar: Ese Dios grande, inmenso, amoroso; ese Dios grande que ha hablado a través de la historia de la salvación de muchas maneras ya través de muchos signos, dice Juan de la Cruz: ya te ha dicho la Palabra definitiva. ¡Cuántas veces buscamos signos extraordinarios, pruebas de la existencia de Dios, revelaciones inmediatas para saber qué quiere Dios de nosotros y qué palabra nos quiere decir! Juan de la Cruz dice: Esa Palabra ya está dicha. Es JESUCRISTO. Esa Palabra ya la ha dicho Dios Padre.

En Jesucristo tenemos todo lo que Dios ha querido comunicarnos. Por esto no tendremos más tarea en este mundo que ir adentrándonos en el conocimiento y en el seguimiento de Cristo Jesús. ¿Por qué camino? Por el camino de la cruz.

y aquí, el mensaje de San Juan es muy importante para nuestro mundo.

El dice muy acertadamente: Cuántos quieren llegar al final del camino, a gozar de la dulzura del Señor, pero sin pasar por la espesura y por el camino estrecho que conduce hacia El. Ahí estamos todos nosotros. ¡Cómo nos gustaría llegar al premio sin pasar por el trabajo. Cómo nos gustaría llegar hasta Dios sin pasar por ese proceso que es un camino de cruz y de vía estrecha, de camino pequeño y sacrificado! Por esto, aprendamos a seguir a Jesucristo por el camino de la cruz. Por el camino del desprendimiento. "Que el que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

Y por último. Todo esto se expresa en el amor. En la caridad. La persona que avanza en la experiencia de Dios y en el seguimiento de Jesucristo llega un momento en que puede preguntarse: Pero ¿qué es lo más importante? Y Juan de la Cruz llega al Evangelio y nos responde: amando. "Ya sólo en amar es mi ejercicio". Cuando el alma está en manos de Dios, se deja conducir por Dios; ya sólo en amar es su trabajo, su ejercicio, su tarea. Porque sólo en el amor nos examinará Dios al final de la vida.

Al final, al atardecer, seremos examinados por el amor. Por eso, con la intercesión de san Juan de la Cruz, estimulados por su ejemplo, adentrémonos, por este camino que conduce a la fuente de agua viva... "aunque es de noche". Vamos ahora, "aunque es de noche". Aunque es de noche, quizá en nuestro corazón, por nuestras dudas, por nuestros sufrimientos, por nuestra debilidad. Aunque es de noche "¡qué bien sé yo la fuente que mana y corre!", dice Juan de la Cruz. Aunque es de noche. Y esa fuente la vamos a encontrar ahora en el altar, en la eucaristía donde Cristo, escondido en el pan y el vino será para nosotros el Amado que se entrega, para que nosotros, unidos a El, seamos transformados en el Amor. Que así sea.

EN EL FUNERAL DE D. JUAN ANTONIO DEL VAL GALLO

Mis queridos hermanos, Sr. Cardenal de Toledo, Arzobispos, Obispos y sacerdotes.

Queridos Sres. Presidente del Gobierno de Cantabria, Presidente del Parlamento, Delegado del Gobierno, Alcalde de Santander, Autoridades Civiles, Militares y Académicas.

Queridos hermanos y familiares de D. Juan Antonio y personas que le habéis cuidado en su enfermedad.

Queridos hermanos y hermanas todos en Jesucristo nuestra vida.

Muchas gracias a todos por vuestra presencia hoy aquí en esta Celebración Eucarística y por todas las muestras de afecto con que habéis correspondido al cariño entrañable que nos brindó siempre nuestro querido D. Juan Antonio que descansa ya en el Señor.

Agradezco al Señor Arzobispo D. Carlos Osoro que haya aceptado presidir esta Eucaristía, por los estrechos vínculos que le han unido a D. Juan Antonio y que son de todos sobradamente conocidos y sinceramente valorados. En esta Celebración ostenta la representación del Presidente de la Conferencia Episcopal Española que no ha podido acompañarnos.

Mis palabras iniciales en esta Celebración, quieren ser una invitación a la acción de gracias a Dios nuestro Padre, por el regalo que nos hizo en la persona y en el Ministerio Episcopal del que fue Pastor de esta Iglesia Diocesana durante 20 años.

Los numerosos testimonios de condolencia, especialmente de los obispos tan queridos por él, dibujan la figura de un pastor *"bueno de verdad... de honda espiritualidad y sereno ante las dificultades"*. *"Humilde, sencillo, fiel, servidor de Cristo y de su Iglesia"*, en el que brilló el *"testimonio de entrega y abnegación en el trabajo apostólico"* *"y en la fraternidad"*. *"Su sencillez, su gran sentido evangélico y pastoral, con inquietudes sobre la misión de la Iglesia en nuestro tiempo... nos dejan las huellas de un verdadero seguidor de Cristo"*.

¡Demos gracias a Dios, de quien procede todo bien, por este hombre que ha dejado entre nosotros esta estela de bondad y delicadeza, de testimonio de fe y confianza en el Señor!.

El Santo Padre ha querido también unirse a nosotros enviándonos este hermoso telegrama, que, con emoción y gratitud, tengo la satisfacción de leer:

"Ante la triste noticia del fallecimiento de monseñor Juan Antonio del Val Gallo, obispo emérito de esa diócesis Cántabra, el Santo Padre expresa su sentido pésame a Vuestra Excelencia y a sus diocesanos, así como a los familiares del difunto prelado, por cuyo descanso eterno ofrece sufragios, a la vez que les imparte con afecto la confortadora bendición apostólica, como signo de fe y esperanza en el Señor resucitado".

Muchas personas que no han podido asistir a estas exequias, me piden las haga presentes; no puedo nombrar a todos; me limito a citar al Nuncio de Su Santidad en España, al Secretario de la Conferencia Episcopal, al Cardenal Suquía, a Monseñor Cirarda y también al Pastor de la Iglesia Evangélica Española, que ha mostrado para con nosotros un gesto hermoso de sensibilidad ecuménico.

¡Demos gracias a Dios, fuente de unidad y de paz, que, con motivo de la muerte de nuestro querido D. Juan Antonio, nos permite saborear la belleza de la comunión eclesial!

Además de esta invitación a la Acción de Gracias a Dios, deseo también recoger tres pinceladas de D. Juan Antonio, que podrían constituir su testamento espiritual.

Sabéis que él decidió llenar el tiempo de su jubilación con la oración y con la publicación de algunos libros. Hay uno que no ha terminado, lo estaba trabajando. Un libro sobre la que podríamos decir la Santa amiga de D. Juan Antonio: Santa Teresa del Niño Jesús. Él era consciente de que, quizás, no podría terminar este libro; pero un día me dijo: "Aunque no lo termine, será la preparación que yo tendré para pasar de este mundo al Padre".

Efectivamente, Teresa de Lisieux es una "Santa de la Confianza", de la

infancia espiritual. Y las palabras que la Santa pronunció en su muerte: «¡Dios mío, te amo!», hemos intentado que fueran las palabras que acariciarán el oído de D. Juan Antonio en los momentos de su agonía.

También conocéis todos, que el día en el que cumplía las Bodas de Plata de su Ministerio Episcopal, me pidió solemnemente, aquí, en esta misma Catedral, con estas palabras: "que cuando entierres mi cuerpo en esta Catedral, pongas sobre mi tumba estas palabras: "Esperó en el Señor'.

Nuestro mundo está necesitado de Esperanza. Don Juan Antonio conoció la dificultad, pero supo apoyarse siempre en Aquel que nunca defrauda.

En estos últimos días, mientras sufría las molestas convulsiones del párkinson, en uno de sus momentos duros, me miró, y me dijo: «¡Por la Diócesis!».

Hermanos, la fidelidad de un buen pastor se mide por su cercanía al único y supremo Pastor que es Cristo; y Cristo nos dejó dicho que "*el Buen Pastor da /0 vida por sus ovejas*".

Con esta expresión: "*¡Por /0 Diócesis!*", D. Juan Antonio acababa su vida ofreciendo el dolor de su enfermedad por nosotros, por esta grey a la que él tanto ha cuidado y tanto ha amado. Que Jesucristo, el Buen Pastor, recompense esta entrega de toda una vida.

Descanse en Paz.

BODAS DE ORO SACERDOTALES

Queridos hermanos y hermanas todos: En el centro de esta Eucaristía me gustaría que viviéramos un momento de cenáculo, que espiritualmente nos situáramos en el cenáculo conscientes del gran don que se nos ha hecho de podemos sentar a la mesa del Señor, de haber escuchado sus palabras «permaneced en mi amor», «amaos como yo os he amado», «no me habéis elegido vosotros a mí», «os llamo amigos».

Sé que especialmente la generación de sacerdotes que celebra las bodas de oro ha sido quizás una de las generaciones de sacerdotes que, a lo largo de la historia de la Iglesia, ha podido vivir momentos de muchos contrastes dentro de la Iglesia, y por eso me gustaría entrar en lo que ha sido y es el corazón de su ministerio. Muchas cosas han cambiado, incluso se han podido vivir momentos de tensión y dificultad, pero qué hermoso poder vivir y poder decir: "pero yo amo a Jesucristo", como me decía uno de estos sacerdotes. Y por Jesucristo, y con Él por los hombres y mujeres que se nos han encomendado, estos hombres se han jugado la vida a una única carta: la de Jesucristo.

Los humanos somos frágiles, y podemos tener aciertos y desaciertos, pero sólo Dios puede juzgar lo que es una vida entregada al servicio de Cristo y el Evangelio, y sin duda Dios mira con un gran amor a estos hombres que han querido seguir las huellas de su Hijo Jesucristo, y en su nombre cuidar al pueblo de Dios, acompañándole en todos esos avatares. Por eso mis queridos hermanos sacerdotes que cumplís hoy vuestras bodas de oro y de plata, renovad ese acto de amor a Jesucristo, aquí y ahora, como Pedro: "Señor tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero".

Al renovar esa profesión de amor al Señor, Él os sigue diciendo: "pues apacienta a mis corderos". Los que cumplen las bodas de plata están en un momento de plenitud de su vida, los que cumplís las bodas de oro entráis en una etapa distinta, pero que continúa siendo una etapa para continuar entregando vuestra vida; y entregada con esos rasgos que hemos contemplado en la primera carta de Pedro: sirviendo al pueblo de Dios de buena gana, generosamente, y como modelos de la grey.

Ser modelos de la grey es precisamente estar en camino en ese proceso de acercamiento a Jesucristo en cualquier circunstancia de la vida, aprendiendo a vivir a sufrir y a morir como Cristo. Es ser caminante con los peregrinos que formamos la Iglesia, es tomar conciencia de que nosotros no sólo decimos "haced" sino "hagamos"; no solo decimos "id", sino "vamos"; y precisamente en el momento en que quizás las actividades se aminoran, tienen que aparecer con más fuerza los que son los valores fundamentales sobre los que se sustenta la vida cristiana: el amor, la entrega, la misericordia, la confianza, el abandono a las manos de Dios, el encajar las dificultades de la vida sin que se pierda la esperanza, y en poder decir a quienes están a nuestro lado: "mi único tesoro ha sido y es Jesucristo". De esto no nos podemos jubilar, y de esto no nos debemos dispensar nunca. Dondequiera que estemos, como quiera que estemos, que se note que aquí está nuestra vida, puesta en las manos de Dios como signo de que vale la pena vivir entregados a Jesucristo y al Evangelio.

Las cosas que quedan reflejadas en los relatos de nuestra vida se dejan siempre en lo oculto lo que ha sido lo mejor de nuestra vida. Queridos amigos, queridos hermanos de este presbiterio de la diócesis; detrás del corazón de estos hermanos que hoy celebran sus bodas de oro y de plata hay todo un tesoro de humanidad, y hay todo un tesoro de testimonio evangélico que no queda reflejado en nuestros libros, pero sí está registrado en el libro de la vida, que solo Dios conoce.

Yo quiero hoy unirme especialmente a vuestra acción de gracias por esos momentos que sólo la mirada bondadosa de Dios ha podido descubrir. Porque ahí os habéis manifestado reflejando la misericordia de Dios Padre, ahí es donde os habéis acercado como signo visible de Cristo Buen Pastor que continúa el cuidado de su grey; ahí es donde, con la fuerza del Espíritu Santo, vuestras palabras, vuestros gestos, vuestra cercanía, ha podido tocar el corazón del hombre. Ahí es donde realmente habéis manifestado lo más hermoso del Evangelio, que es reflejar el amor de Dios por cada criatura, es manifestar el amor de Dios por cada hombre y mujer, sea cual sea su situación; es ahí donde habéis podido sentir que las renunciadas a tener una familia, las renunciadas que hicisteis por el Evangelio os descubrían una nueva forma

de paternidad que daba vida a quienes acudían a pedir el perdón o a buscar una palabra de esperanza o de misericordia.

Mis queridos hermanos, demos gracias a Dios, y en este momento tengamos la mirada también de Simeón. Simeón en el templo había gastado su vida, y tuvo la esperanza de saber mirar lo que nacía de nuevo en aquel niño. José y María presentaron en el templo a Jesús y Simeón dijo: "aquí está el salvador de los hombres y la luz de las naciones". No cabe duda de que vivimos en un momento difícil en nuestra cultura, como un cierto apagamiento de la presencia de Dios, pero seguimos contando con vosotros, para que podáis señalar a la Iglesia y al mundo dónde está la fuente de la esperanza. Cristo muerto y resucitado presente en medio de nosotros.

Esa presencia amorosa de Cristo en medio de nosotros es la fuente de la luz, de la esperanza y de la energía que permite a la Iglesia, su esposa, seguir caminando. Contamos con vuestro testimonio. Habéis mantenido vuestro sí haciéndolo fidelidad, con el paso del tiempo y con la superación de crisis y sufrimientos. Nos alegramos y os agradecemos vuestra fidelidad. Que María os ayude y os acompañe en esta acción de gracias.

Al término de la celebración eucarística, tuvo lugar una comida fraterna en el Seminario de Monte Corbán.

XXV AÑOS DEL PONTIFICADO DEL PAPA

16 octubre 2003

Mis queridos hermanos sacerdotes, seminaristas, queridos hermanos y hermanas todos:

Hace un momento, coincidiendo con el inicio de la celebración de la Eucaristía en la Plaza de San Pedro, he enviado en nombre de toda la diócesis un telegrama al Santo Padre, en el que le manifestaba que estamos unidos a su acción de gracias y que también pedíamos al Señor que fecundara

abundantemente lo que él ha sembrado en el mundo entero con tanta generosidad. Le manifestaba nuestra adhesión filial y nuestra sincera gratitud.

Con estas palabras he intentado unirme a tantas personas que, en toda la Iglesia, nos reunimos hoy para dar gracias a Dios por el regalo que nos ha hecho en la persona y en el ministerio del Papa Juan Pablo II. Todos los discursos, las homilias, los artículos, no pueden expresar lo que han sido los veinticinco años de una tarea de un hombre infatigable que ha publicado numerosos escritos, que ha hecho miles de visitas. Yo recuerdo, siendo estudiante en Roma, cómo todos los domingos por la tarde nos asomábamos a una de las rejas de las salidas del Vaticano para ver cómo el Papa salía a visitar una parroquia de Roma. Tuve la suerte de vedo salir la primera tarde después del atentado y todos teníamos curiosidad, ¿cómo saldría el Papa? Salía en coche blindado después de aquel momento tan duro, y el Papa hizo que el coche se descubriera como había hecho antes del atentado que había sufrido.

Miles de signos y de acontecimientos imposibles de resumir en unas pocas palabras, pero yo, esta tarde con vosotros y con vosotras, quiero dar gracias a Dios por tres características que me admiran profundamente del Papa Juan Pablo.

La primera por su vigor apostólico. El Papa ha tomado conciencia de que apóstol significa «enviado», enviado al mundo entero, y enviado a anunciar la Buena Noticia a todos los hombres de la tierra. El Papa Juan Pablo desde el primer momento en que asumió ser el sucesor del apóstol Pedro, hace veinticinco años, ha hecho de toda su vida un acto apostólico; siempre ha vivido y ha trabajado con conciencia de enviado. Como estamos reunidos en familia conviene ilustrar estas afirmaciones con alguna anécdota familiar. Hace unos meses, cuando ya comenzaban a verse en su persona los signos especialmente fuertes de su debilidad, él tenía que ir a uno de los países de la antigua Unión Soviética, en el que hay muy pocos católicos; tuvo una reunión en la que le desaconsejaron ese viaje porque suponía mucho esfuerzo para su salud ya frágil, porque había pocos católicos y porque era una situación mundial complicada. El escuchó estos consejos y cuando terminaron de hablar sus consejeros, dijo: «Jesucristo no me ha pedido que esté sentado en

el Vaticano, Jesucristo me pide que anuncie el Evangelio a todas las gentes. Iré». Este vigor apostólico, esta conciencia de su misión de hacer de su vida y de su persona un anunciador y un pregonero del Evangelio, es lo que quiere hacer mientras tenga un poco de aliento de vida. Demos gracias a Dios porque le ha infundido este coraje, esta energía apostólica que ha hecho que el mundo perciba que la Iglesia está para evangelizar, y que la Iglesia existe para ir al encuentro del hombre y de los pueblos, y para hacer de los pueblos una gran familia como sacramento de salvación y de unidad de los hombres con Dios y de los hombres entre sí.

Un segundo aspecto por el que esta tarde, con vosotros, quisiera dar gracias a Dios es porque el Papa Juan Pablo II ha sido un defensor de la dignidad de la persona humana y de toda la humanidad. El Papa Juan Pablo en sus escritos, en sus viajes, en sus mensajes ha manifestado una exquisita sensibilidad en la defensa de la persona humana: desde antes de nacer, en cualquiera de las circunstancias que viva y hasta el final de los días cuando Dios le llame a su presencia. Y lo ha hecho con la mirada fija en cada persona, en cada niño, en cada anciano, en cada enfermo. Ha subrayado que el hombre es una criatura que vale por sí misma a los ojos de Dios lo que no se puede pagar con dinero, pero al mismo tiempo esta mirada no le ha cerrado las perspectivas de buscar el bien en la humanidad entera, de trabajar por la justicia y por la paz, de reclamar los derechos humanos para todos los hombres, de establecer diálogo no sólo entre las confesiones cristianas sino entre las distintas religiones, como expresó tan bellamente en aquella convocatoria de Asís. Un hombre que ha defendido la paz y que ha proclamado que en la guerra siempre perdemos; un hombre que no ha ahorrado esfuerzos diplomáticos y de cercanía para lograr que los hombres formemos una comunidad humana y que entre todos podamos realizar frente a la cultura de muerte una civilización del amor. ¡Cómo no dar gracias a Dios por un hombre que en medio de tantos conflictos ha sabido dar siempre ese gesto de esperanza, esa búsqueda de la paz, sin ceder a las tentaciones de lo que puede uno a veces pensar que la violencia o la imposición puede resolver! El siempre ha renunciado a ese camino como equivocado y ha buscado profundizar en las raíces de los conflictos para poderlos curar desde el fondo.

Demos gracias al Señor por este testigo, por este defensor de la divinidad humana y de la humanidad entera.

Pero sobre todo, el secreto más profundo del Pontificado del Papa Juan Pablo II es que es un enamorado de Jesucristo; que contempla a Cristo con los ojos de su Madre, María; que quiere servir a Cristo con la disponibilidad de la Virgen; que quiere anunciar a Cristo como luz del mundo desde sus primeras palabras, hace ahora veinticinco años, cuando dijo: «No tengáis miedo. Abrid de par en par vuestras puertas a Cristo». Son las mismas palabras que hace un momento ha repetido en la Plaza de San Pedro, con una voz frágil pero al mismo tiempo fuerte. El nos ha invitado a todos los que formamos la Iglesia y al mundo entero a no tener miedo de acoger la Buena Noticia de Jesucristo en nuestro corazón, y descubrir la maravilla de nuestra vocación a la santidad, siendo fieles a Jesucristo y sin rebajar las exigencias del Evangelio.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, en esta tarde, el mejor reconocimiento al ministerio del Papa Juan Pablo es que, en esta celebración, cada uno de nosotros abramos de verdad las puertas de nuestro corazón a Cristo y le dejemos entrar en nuestra vida, para que la oriente, para que le dé luz, para que nos enseñe a amar, a entregarnos y a descubrir que la vida vale la pena vivida para dada. Por eso, unidos al Papa Juan Pablo y siguiendo el testimonio de Pedro, renovemos esta tarde nuestra profesión de fe y de amor; profesión de fe cuando Cristo nos dice: «y vosotros quién decís que soy Yo». Que en cada uno de nuestros corazones brote con alegría, con convicción, esa respuesta de Pedro que es la respuesta de Juan Pablo II y ha de ser la de todos los cristianos «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». y en medio de nuestras debilidades, de nuestra fragilidad, que con Pedro y con el Papa esta tarde renovemos también nuestra profesión de amor. Aquellas palabras de Pedro después de la negación: «Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero». Así saldremos rejuvenecidos de esta celebración.

El Papa Juan Pablo nos ha invitado a entrar en el nuevo milenio contemplando a Cristo, viviendo desde Cristo, siendo testigos del amor de Cristo en un doble sentido: testigos del amor por nuestra comunión eclesial, para que descubriendo nuestra vocación bautismal, cada uno de nosotros desarro-

llemos la vocación a la que hemos sido llamados. Y, partiendo de nuestra comunión eclesial, testigos del amor de Cristo que se abre al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo, creativo y concreto con cada ser humano, especialmente con los más pobres, en quienes descubrimos el rostro de Cristo. Recordemos que el Papa nos ha escrito a todos una carta: a los seglares «Christi Fideles Laici»; a los religiosos y religiosas «Vita Consecrata»; a los sacerdotes «Pastores Dabo Vobis»; y hoy mismo a los Obispos también «Pastores Gregis». Con estas cartas el Papa Juan Pablo nos ha recordado lo que nos decía Pablo en la lectura primera. Que, desde una sola fe y un solo bautismo, cada uno de nosotros sepamos desarrollar la vocación a la que el Señor nos llama para bien de todos, para edificación del Cuerpo de Cristo.

Que la Virgen María, a la que tanto ama el Papa Juan Pablo, a la que se ha entregado desde siempre, a la que invoca constantemente, nos ayude esta tarde a dar gracias a Dios con un Magnificat que brote de nuestra fe y con una respuesta en la vida, que haga que lo que ha sembrado el Papa en nuestros corazones el Espíritu Santo lo fecunde en una vida fiel.

Que así sea,

500 AÑOS DEL VOTO A SAN MATÍAS

13 mayo 2003

Mis queridos hermanos sacerdotes del Cabildo Catedral, queridos hermanos concelebrantes, querido señor Alcalde, queridos miembros del Excelentísimo Ayuntamiento de Santander, queridos hermanos y hermanas:

La persona humana siempre se encuentra con el misterio. Ninguno de nosotros se conoce bien a sí mismo. Hay aspectos de nuestra personalidad que desconocemos y que nos sorprenden y hacen que con frecuencia nos preguntemos ¿quién soy yo? La vida humana, el hombre, se encuentra en situaciones en el que el misterio se manifiesta de forma positiva; quizás cuando una madre da a luz a su hijo, contemplando al fruto de sus entrañas, se

siente sobrepasada por la admiración de esa criatura que ya tiene entre sus brazos; también nos sobrecoge ver actos heroicos en personas que saben hacer el bien y nos sorprenden con un corazón que es un manantial de bondad; otras veces el misterio se hace presente en la vida humana de manera trágica, dramática, la muerte de un ser querido prematuramente, el drama de una enfermedad larga nos hacen preguntarnos qué es el hombre, qué es la vida, y más allá de estos interrogantes inmediatos nos preguntamos muchas veces sobre el sentido del mundo y de la historia.

La ciudad de Santander hace quinientos años vivió un momento dramático: la peste diezmaba a su población. Durante varios años se vivió la angustia de ver una pequeña ciudad que estaba amenazada de desaparecer. En los momentos en que el hombre se encuentra con el misterio, aparece el interrogante de quién está detrás de la historia, y los creyentes creemos que en el centro de la historia está la mano amorosa de un Dios providente, aunque pasemos por situaciones dramáticas y difíciles.

Cuando se siente esta confianza radical en medio de la desesperación, en medio del desconcierto surge un grito de súplica cargado de esperanza. En nuestro caso, la fe cristiana del pueblo de Santander de hace quinientos años elevó esa súplica buscando ser acompañado en su oración por el protector que le indicara la Divina Providencia. Lo hicieron a su estilo, en una cultura que tenía unas formas concretas que ayudaban a la fe a buscar discernimiento, y bastó este signo de una vela encendida ante el apóstol Matías para que el pueblo recuperara esperanza, se sintiera acompañado y sacara fuerza de su fe para afrontar esa situación sin caer en el desespero, y desde esa fe recobraron también el amor y la solidaridad para rehacerse como ciudad. La ciudad se sintió agradecida y durante quinientos años esta gratitud se ha manifestado en el voto de San Matías.

San Matías es precisamente un signo de esperanza en una situación muy comprometida para los Doce. El Señor había elegido a Doce hombres para decir que la Iglesia era el nuevo Israel, pero uno falló, Judas. Sin duda esto fue también un golpe para el grupo de los Once que quedaron, y Matías vino a suplir ese hueco poniendo la esperanza de su testimonio, porque él había acompañado al Señor desde el principio y podía ser testigo de su

Muerte y su Resurrección. Apóstol significa "enviado", y enviado a dar buena noticia para que los hombres no perdamos nunca la esperanza.

Queridos amigos y hermanos, nosotros hoy somos herederos de esa misma fe aunque la expresamos en una cultura nueva donde la ciencia, gracias a Dios, ha liberado al hombre de tantas enfermedades que entonces eran insuperables. Pero siempre le quedan al hombre interrogantes; siempre el hombre necesita la compañía y la confianza radical para caminar con esperanza. Mirando al pasado demos gracias porque nuestra ciudad superó esa situación dramática mirando al futuro, pidamos la intercesión del Apóstol para que la fe en Jesucristo nos ayude a aceptar los interrogantes de nuestra época. Esa dificultad de la indiferencia, del individualismo, de cualquier tipo de corrupción, de cualquier tipo de insolidaridad, del drama que a veces sentimos al no saber compartir con las generaciones jóvenes los valores que quisiéramos transmitirles. Pero no perdamos la esperanza y la fe cristiana; el testimonio de los apóstoles nos recuerda siempre que la muerte ha sido vencida por la vida, que participamos de la victoria de Cristo que nos permite sacar del manantial de la fe coraje para vivir, fuerza para esperar, ánimo para seguir amando.

Que el Señor con la intercesión de San Matías siga bendiciendo por siempre a esta bonita ciudad, para que mantenga siempre encendida la llama de la fe.

Que así sea,

**PRIMER ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE
MONS. JUAN ANTONIO DEL VAL**

Querido hermano Carlos, queridos hermanos sacerdotes y seminaristas, queridos familiares de don Juan Antonio, queridos hermanos y hermanas:

Hace exactamente un año nuestro querido don Juan Antonio, Obispo emérito, pasaba de este mundo al Padre. Su muerte conmovió a toda la diócesis y creó una corriente de afecto y de oración, que se expresó espléndidamente en el solemne funeral que ha sido una de las experiencias más significativas que yo he vivido entre vosotros. El pueblo de Dios, llenando esta Iglesia Catedral, estaba en oración, estaba en paz, estaba recordando con gratitud la labor de un pastor que generosamente había servido a la diócesis durante veinte años, y todos convertimos aquel momento de dolor en un momento de gozo, de serenidad. Muchas personas me dijeron después del funeral que habían experimentado una gran paz al encomendar a nuestro querido don Juan Antonio a las manos del Padre. Yo también lo he vivido así y ha quedado para siempre entre nosotros esa frase y ese testamento que reza sobre su tumba "Esperé en el Señor", como alentándonos a los que vivimos y peregrinamos en este momento difícil para la fe y para la Iglesia, para que apoyemos nuestra vida en el Señor y para que, apoyados en El, nunca quedemos defraudados.

Después de un año del funeral, con motivo del primer aniversario de su muerte, los cristianos nos reunimos en torno al altar del Señor, junto a su tumba, para recordar su presencia entre nosotros, para continuar dando gracias a Dios por él y para dejamos alumbrar por la palabra del Señor. Los cristianos, ante la experiencia de la muerte, nos reunimos en torno a Cristo y buscamos aún en su palabra. Los cristianos, cuando algún hermano nuestro se separa de nosotros, recurrimos a Cristo y nos insertamos en el misterio de su Muerte y de su Resurrección y desde esa experiencia lemos nuestra vida. Si morimos con Cristo, viviremos con Cristo. Esta es la experiencia que esta tarde vamos a tener aquí juntos, reunidos como Iglesia, unidos a la familia

de don Juan Antonio y a tantos amigos y personas que estuvieron muy cerca de él.

En esta tarde, queridos hermanos y hermanas, la palabra del Señor nos habla del grano de trigo que se entierra para ser fecundo. En una época en la que muchas veces estamos obsesionados por la eficacia, por los resultados inmediatos, es importante considerar la vida como Cristo definió siempre su tarea. El con su muerte era grano enterrado que brotaría en el día de la Resurrección para dar esperanza a toda la humanidad, y el cristiano, cuando comparte enfermedad, sufrimiento, silencios y muerte, encuentra esperanza, porque sabe que la fecundidad humana no se mide por los parámetros de la sociedad.

Esta tarde nosotros podemos contemplar también, a la luz de esta Palabra que acabamos de escuchar, la vida de don Juan Antonio. Un Obispo en su servicio pastoral no es sólo eficaz cuando puede predicar, cuando puede visitar; su muerte puede ser fecunda para nosotros, porque su ejemplo, su palabra, lo que sembró en nuestros corazones, regalo por la gracia de Dios, puede florecer; algunas veces, el bien que experimentamos en nuestros corazones, lo experimentamos después de que muchas personas hayan sembrado el evangelio en nuestro corazón. Así, la vida, queridos amigos, no se mide sólo por resultados inmediatos, sino por los parámetros de Dios, y muchas veces los momentos de dolor, de sufrimiento y de muerte, cuando se viven en cristiano, pueden ser más fecundos incluso que cuando la vida está brillante y puede manifestarse de alguna manera en las actividades más vistosas.

Aceptamos esta tarde en nuestro corazón esta palabra de Cristo. Todos los que han querido servirme, dice el Señor, "que me sigan y donde estoy Yo, allí estará también mi servidor". ¡Qué consoladoras resultan estas palabras cuando leemos la vida de un hermano nuestro que se dedicó a servir al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo! Jesucristo quiere que su servidor esté cerca de El, que estemos cerca de El. Cuando nosotros leemos nuestra vida, debemos leerla como una llamada a seguir de cerca al Señor ahora y para siempre.

La muerte de nuestros hermanos nos permite renovar nuestra fe en la Resurrección y en la llamada a la vida que no acaba. Cuando tenemos tantas veces la mirada puesta en lo inmediato, celebrar la oración en conmemoración de nuestros hermanos difuntos, esta tarde en memoria de nuestro querido don Juan Antonio, nos alienta a mirar la vida con esperanza. Así nos lo dejó él subrayado. El vivió el discipulado de Jesucristo de la mano de Santa Teresa del Niño Jesús, la santa de Liseux, la santa de la confianza, la santa del pequeño camino espiritual que vive la vida como un niño pequeño abandonándose en los brazos de su padre. D. Juan Antonio, que vivió su espiritualidad inspirado en el ejemplo de esta santa tan actual, nos dijo que esperaríamos en el Señor; que las tareas que muchas veces realizamos en este mundo que experimenta como dolores de parto, las viviéramos con esperanza, porque la tensión de nuestro mundo, guiado siempre por el Señor, nos permite pasar por momentos de prueba pero vividos siempre con la esperanza de un parto que desemboca en la vida.

Amigos y hermanos, recordando con gratitud el ejemplo de don Juan Antonio seamos hombres y mujeres de esperanza, así nos lo ha recordado el Papa Juan Pablo a todos los cristianos de Europa. En un continente desorientado y desesperanzado don Juan Antonio se adelantó a esta Exhortación Apostólica del Papa, recordándonos la clave para vivir este momento, no con añoranza, no con lamentos, no con quejas, sino acercándonos al manantial de la esperanza que es Jesucristo, que nos permite vivir en medio del mundo reflejando a los hombres y mujeres de hoy el rostro del Señor. Los hombres y mujeres de hoy, nos recuerda el Papa, aun sin saberlo, nos dicen a los cristianos: "queremos ver a Jesús; y nosotros en medio de los sufrimientos, debemos reflejar el rostro del Resucitado, el rostro del que ha vencido el pecado y la muerte, el rostro del que nos invita, unidos a El, a participar de su gloria para siempre.

La Eucaristía es el memorial de esta Pascua del Señor a la que nosotros nos incorporamos cada vez que celebramos esta presencia de Cristo en medio de nosotros. En el corazón de Dios, acercándonos a Dios, es como mejor podemos acercarnos a nuestros hermanos difuntos; esta tarde, al acercarnos a Cristo, nos acercamos y abrazamos especialmente a nuestro querido don

Juan Antonio en este misterio del acontecimiento de su alma.

Que Santa María, la Virgen, Madre del Señor y Madre de la esperanza, nos permita vivir esta experiencia alimentando nuestra vida cristiana para que, donde quiera que estemos, seamos una señal que indique a Cristo, una señal que marque siempre la Vida, que haga de nosotros testigos de esa esperanza que, aun pasando por medio de las dificultades, sabe que está apoyada en la firmeza del Señor.

Que así sea,

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA

28 diciembre 2003

La fiesta de la Sagrada Familia -domingo, 28 de diciembre de 2003- se celebró en la S. I. Catedral con gran solemnidad.

La eucaristía, a las 20,00 horas, fue presidida por nuestro Obispo Mons. José Vilaplana y concelebrada por los capitulares, el consiliario de la Delegación de Familia y consiliarios de Movimientos familiares. La asistencia de familias fue muy numerosa.

Al término de su homilía, Mons. José Vilaplana formuló esta petición: "Que Dios, nuestro Padre, nos conceda a todos, por mediación de Jesús, María y José, la entrañable familia en la que el Hijo de Dios fue uno de nosotros, vivir una familia cristiana con auténticos perfiles que nos marquen como discípulos de Jesucristo: Presencia de Dios, apertura a la comunidad eclesial austeridad y capacidad para compartir y, especialmente, capacidad de perdón para renovarnos".

Ofrecemos la transcripción de los dos últimos perfiles considerados en la homilía por el Sr. Obispo:

"La familia cristiana tiene que ser una familia austera y abierta a la caridad con todos y, especialmente, con los más pobres. Tenemos que recuperar algunas de las tradiciones que vivieron nuestros antepasados, que tenían, incluso, en las casas una habitación donde podía dormir un peregrino o un huésped, o un plato preparado siempre, por si alguien necesitaba compartirlo; todo ello, no sólo como un símbolo, sino como un estilo de vida en la que, al recibir los dones de Dios con agradecimiento, nos preguntamos: ¿qué necesidades tendrán los hermanos que están más cerca o más lejos?, ¿cómo podremos compartir los dones que Dios nos ha dado? Esto, a parte de ser una preciosa vacuna contra el capricho egoísta que tantos problemas crea, es expresión de que en la familia Cristo es el Maestro que nos enseña a abrir los ojos, con María que tiene ojos de misericordia, a todos aquellos hermanos que pueden necesitar un gesto de solidaridad, un gesto de ayuda.

Pero me parece que siendo tan importante lo que hemos comentado, que se vivía en la familia de Nazaret y que se debe vivir y expresar en nuestras familias, creo que todavía hay un perfil que nos identifica a los cristianos y que es muy necesario en medio de nuestro mundo: el perdón, los cristianos somos una familia en la que nos sabemos perdonar. No hay paz sin perdón, no hay armonía sin perdón, no hay crecimiento sin perdón. El Señor Jesús nos ha enseñado un estilo de amor que es capaz de perdonar, y éste es un tesoro que tenemos los cristianos, que no se conoce en otras religiones. La religión cristiana es la religión del perdón porque no nos consideramos perfectos, porque todos podemos fallar en un momento o en otro, y el perdón es decir "puedes comenzar de nuevo y cuentas conmigo para conseguirlo", porque Dios así lo hace con todos nosotros.

Una familia cristiana no es una familia idílica o extraterrestre; somos hombres y mujeres de carne y hueso, tenemos dificultades y nervios como los demás, y en cualquier momento podemos fallar, unos de una manera y otros de otra, pero si en la familia, en la familia cristiana, aprendemos a perdonamos dentro de ella y con quienes nos rodean, no lo dudéis, brillará en vuestras familias el resplandor del Evangelio, brillará el resplandor de la buena noticia de que es posible que las personas nos podamos recuperar. Cuando se acumulan rencores o resentimientos, el crecimiento queda blo-

queado, y nuestro mundo es, muchas veces, muy poco capaz de perdonar entre las personas, entre las naciones, entre las grandes comunidades. Las familias cristianas hemos de ser testigos de perdón para ser testigos de esperanza".

**EN EL FUNERAL POR LAS
VÍCTIMAS DEL ATENTADO DE MADRID**

13 marzo 2004

Queridos hermanos y hermanas todos:

Ayer, por la tarde, tuvimos la ocasión de participar en la manifestación más multitudinaria de nuestra ciudad y también de las capitales y pueblos de España. Un clamor humano decía un ¡No! rotundo al terrorismo y mostraba su solidaridad con las víctimas del tremendo atentado perpetrado en Madrid el pasado jueves, día 11.

A) Estupor ante la magnitud de la masacre

En este momento, 199 muertos (el último fallecido un bebé de siete meses), y mil cuatrocientos heridos, manifiestan la magnitud de una masacre que ha producido un profundo estupor en los ciudadanos, como no habíamos conocido hasta ahora.

El dolor de las familias y de los amigos de tantas víctimas se ha hecho nuestro dolor. Sentimos, como nuestra, la muerte de tantas personas, jóvenes, niños, madres gestantes, estudiantes y trabajadores que iniciaban su jornada laboral, cuando les sorprendió El zarpazo ciego e irracional del terror.

La contemplación de esas imágenes han hecho saltar lágrimas en nuestros ojos sin ninguna duda. Nuestro pueblo ha sentido la aflicción, la amargura, el abatimiento que se reflejan en el Libro de las Lamentaciones y que ahora hemos escuchado.

B) Recuperar la esperanza

Hoy estamos aquí, en la Iglesia Catedral, buscando la luz de la fe para recuperar la esperanza. En estas circunstancias es difícil encontrar palabras adecuadas para expresar lo que sentimos. Pero, al menos, necesitamos balbuceadas para unir nuestros corazones que anhelan paz y necesitan aliento.

El mismo Libro de las Lamentaciones nos recuerda: "...estoy abatido;

pero hay algo que traigo a la memoria y me da esperanza: que la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión; antes bien, se renueva cada mañana". Y concluye: "es bueno esperar en silencio la salvación del Señor".

Sí, hoy necesitamos esperar en silencio, en la presencia del Señor. Este silencio no nos deja pasivos. Al contrario, nos pone ante el Dios de la Vida, que recupera nuestra esperanza y nos empuja a seguir trabajando por una sociedad fraterna. Porque decide a Dios, Padre Nuestro, supone poder mirar a los ojos a todas las personas para decides: "hermanos míos", reconociendo su dignidad inviolable.

Recuperar la esperanza supone afirmar que la vida es más fuerte que la muerte; que el amor es más fuerte que el odio, que la construcción de una sociedad en democracia y paz es más fuerte que todas las amenazas y todas las violencias, que podemos vencer el mal a fuerza de bien.

El Dios de la Vida nos ha regalado a su Hijo Jesucristo, que se hizo solidario con nuestros sufrimientos, incluso pasando por la muerte. Su resurrección es la fuente de nuestra esperanza, incluso para los que han muerto, porque El es la Resurrección y la Vida. Los que comparten su muerte están llamados a compartir con Ella gloria de su resurrección.

Avivemos, pues, nuestra fe en El, queridos hermanos y hermanas, que se hace presente entre nosotros en esta Eucaristía.

C) Signos de esperanza en medio del dolor

La eucaristía es acción de gracias. Y hoy también, en medio de tanto dolor, debemos dar gracias por los signos de esperanza que han brotado en esta situación tan dramática: no podemos olvidar en esta Eucaristía a tantas personas que se han esforzado por aliviar y confortar a los heridos y a sus familias:

- Los donantes de sangre.
- Los cuerpos de seguridad, los bomberos. - Los médicos y enfermeros.
- Los sacerdotes y psicólogos.
- La unidad de tantas personas, que han creado un ambiente de repulsa a la violencia y han mostrado el anhelo de una convivencia armónica y pací-

fica, en la que nunca un hermano mate a otro hermano.

Y no podemos olvidar tampoco el gesto de ternura que tuvo el Santo Padre llamando al móvil del cardenal Rouco, para decirle una vez más que estaba conmovido y unido a nuestra oración.

Queridos hermanos y hermanas, que la Virgen María, madre del consuelo, nos acompañe en la construcción de esa sociedad fraterna que anhelamos, si cabe más, cuando la vemos amenazada.

Que Dios nos conceda a todos los que estamos celebrando esta eucaristía, ser también signos de esperanza para todos los demás. Amén.

MISA CRISMAL

7 abril 2004

Mis queridos hermanos sacerdotes, diáconos, seminaristas, religiosos, religiosas y fieles laicos:

Vuestra presencia hoy en la Iglesia Catedral adquiere, de una manera especial, un simbolismo de unidad, porque a través de vosotros está presente, de alguna manera, toda la comunidad diocesana, todas las pequeñas comunidades que dan testimonio del Señor en medio de nuestro mundo.

Este momento, al escuchar el canto con fuerza, quisiera como retenerlo cada año. Es uno de esos momentos entrañables en los que estamos juntos físicamente viéndonos los rostros, poniendo nuestra voz, para dar gracias a Dios y alabarle, para suplicarle su Espíritu, compartiendo al unísono esta alegría de que el Señor está en medio de nosotros para darnos luz y fuerza en la misión, en la tarea difícil que tenemos encomendada por El mismo. Momento para vivirlo con interioridad, con intensidad, porque tocamos el cimiento de nuestro ser y de nuestra fe.

Hemos escuchado las palabras del Profeta: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque El me ha ungido y me ha enviado»; y las palabras de Jesús, el Ungido y el Enviado, que dice: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír». Y ese «hoy» se perpetúa en su cuerpo que es la Iglesia. Ungidos y enviados hoy, para vendar los corazones desgarrados, para anunciar el

Evangelio a los pobres, para consolar a los afligidos, para libertar a los oprimidos, para abrir ojos de ciegos. Hoy se cumple esta palabra, porque el Señor continúa regalando su Espíritu, ungiendo a su pueblo y enviándole para que el mundo de hoy, a través de nuestro testimonio, de nuestra misión, siga abriendo los ojos a la misericordia de Dios, manifestada en Cristo Jesús que nos amó y nos ha hecho por su sangre su Pueblo y su Reino.

Todo el pueblo de Dios es ungido, participa en esta misión; por esto, en esta Eucaristía en la que se bendicen los Oleos y, especialmente, se consagra el Crisma, que acompañará la iniciación cristiana, tomamos conciencia de que somos pueblo ungido y enviado para anunciar las maravillas de Dios en medio de nuestro mundo. Todo el pueblo de Dios ungido y enviado.

Dentro de este pueblo el Señor, con amor de hermano, ha querido escoger a los presbíteros, a los sacerdotes, para que a este pueblo no le falte el pan de la Eucaristía, el perdón de Dios y la convocatoria que nos permite vivir la experiencia comunitaria en torno al altar del Señor. El Señor a nosotros, sin ningún mérito de nuestra parte, nos ha hecho servidores de este pueblo, servidores de esta comunidad, para que pueda crecer y vivir alimentada en la Palabra de Dios y, especialmente, por el Sacramento de la Eucaristía. No hay Iglesia sin Eucaristía y no hay Eucaristía sin sacerdocio.

El Papa Juan Pablo, en la Carta que nos ha escrito para este Jueves Santo y que luego os distribuiremos, nos llama de nuevo a asombrarnos ante el Misterio, el Misterio de la Eucaristía, ya que nosotros somos servidores y ministros del Señor para actuar en su persona. Es una llamada no sólo a que realicemos bien este servicio al pueblo de Dios, sino para que nosotros mismos no nos acostumbremos a esta maravilla. Y sintamos hoy con gratitud, con profunda gratitud que el Señor nos haya llamado a prestar, entre otros, este servicio admirable de celebrar la Eucaristía, para que el pueblo de Dios se alimente de la presencia viva de Cristo en medio de nosotros. «La Iglesia vive de la Eucaristía».

En ese sentido, queridos hermanos sacerdotes, en esta homilía de la Misa Crismal, quisiera exhortaros a vivir siempre con una profunda fe, con un singular esmero y sensibilidad la Eucaristía, no nos acostumbremos a celebrarla, que se note que, cuando nosotros tomamos en nuestras manos el humilde pan y un poco de vino, nuestro espíritu se conmueve, porque po-

demos decir con autoridad, que no proviene de nosotros ni de la comunidad sino del mismo Señor: «Esto es Mi cuerpo y esta es Mi sangre».

Vivamos pues siempre con un profundo espíritu contemplativo y de adoración este Misterio de la Eucaristía.

Pero, al mismo tiempo, con una coincidencia que me ha animado, quiero hablaros hoy de la pastoral vocacional, pues el Papa lo hace también en esta Carta que nos dirige para que no falte la Eucaristía al pueblo de Dios. Necesitamos reavivar una pastoral vocacional seria. Plantear bien la pastoral vocacional es plantear bien toda la pastoral de la Iglesia, porque toda acción pastoral vocacional tiene que partir de la llamada al pueblo de Dios para que descubra su vocación bautismal a la santidad y a la misión. No podemos cultivar las vocaciones al ministerio sacerdotal sin tener en cuenta esta invitación y este trabajo serio, para que todo el pueblo de Dios descubra con alegría su vocación a la santidad que ha recibido por el bautismo y la despliegue en todas las posibilidades que el Señor nos ofrece. No hay una pastoral vocacional seria, si no hay un trabajo con una comunidad cristiana viva, en la que todos experimentemos la riqueza de las distintas vocaciones y la complementariedad de todas las vocaciones, en la que todos podamos descubrir con gratitud cómo el Señor reparte sus dones generosamente para bien de todos, para el bien común.

Sólo en una Iglesia que vive intensamente su misterio de comunión en la alegría, en la gratitud y en el esfuerzo, para que ningún bautizado deje de desplegar los dones que el Señor le ha concedido y los ponga al servicio de los demás en una comunidad fraterna y entrañable, tendremos hoy un campo de cultivo adecuado para la vocación y para la vocación sacerdotal en concreto. Vocación bautismal, vocación a vivir en la comunidad y testimoniar nuestro entusiasmo a pesar de las dificultades. Sí, es verdad que no puede haber una pastoral vocacional seria sin esos dos aspectos. Es verdad que faltaría algo para la pastoral vocacional específica, para el ministerio sacerdotal. Que no falte al pueblo de Dios, en el servicio de la Eucaristía, nuestro testimonio alegre, servicial y de unidad.

Queridos hermanos, cuando las dificultades son fuertes, es más fuerte la llamada que Dios hace a sus amigos para que confíen y se entreguen. Abraham, Moisés, los Apóstoles todos han vivido la llamada de Dios en me-

dio de la dificultad y en medio de una conciencia de su absoluta pobreza. Abraham, mayor y con una mujer estéril, es llamado a ser padre de un pueblo numeroso. Moisés, en el silencio del Horeb, cuando ha fracasado en Egipto, es llamado a volver, por el clamor de sus hermanos, a ser el mediador de esa liberación que hace pasar al pueblo de la esclavitud a la libertad. Los Apóstoles, después de la crucifixión, cuando han experimentado, incluso, no sólo su debilidad sino la contemplación del que «atravesaron», reunidos en la Resurrección del Señor y con la fuerza del Espíritu, se lanzan a anunciar las misericordias de Dios a un mundo que le resulta hostil.

Queridos amigos, no puede faltar para una pastoral vocacional seria el testimonio de nuestra alegría confiada, sabiendo que el Señor es nuestra fuerza, y el Señor es el que nos llama a juntar a la comunidad y a garantizar que el nacimiento de un pueblo, renovado por el bautismo y alimentado por la Eucaristía que brota del costado del Señor, está llamado a renacer y a continuar esa misión en la sociedad que nos ha tocado vivir. Confianza y alegría que se debe manifestar en toda nuestra vida, pero al mismo tiempo disponibilidad y entrega, capacidad de sacrificio y de ofrenda, capacidad de acogida y diálogo, hombres que no viven para sí mismos sino que vivimos por los demás. Cercanos a los sufrimientos, a los interrogantes, a las angustias, a las dificultades del hombre de hoy, olvidándonos de nosotros mismos para ser sólo servidores del Evangelio. Ojalá el Señor nos conceda ese don, que es una misión preciosa, capaz de entusiasmar a jóvenes y niños y adolescentes que nos contemplan como hombres entregados y también como hombres de la unidad.

Vamos a celebrar un Año Diocesano y Mariano, una fecha de la andadura de nuestra diócesis. Vivamos este tiempo como un tiempo de unidad; como un tiempo para sumar esfuerzos; como un tiempo de perdón, de reconciliación mutua; como un tiempo para superar etiquetas que nos bloquean; como un tiempo que el Señor nos ofrece para decir: «podemos comenzar de nuevo», porque el Señor tiene capacidad de renovar, de perdonarnos y de ofrecernos su Espíritu, Espíritu de comunión, porque sólo desde esa alegría, desde la entrega del servicio, podremos cumplir bien la misión que anuncia a los hombres de nuestro tiempo esta vida nueva que brota del costado abierto del Señor.

Que Santa María, nuestra Madre, nos ayude a orar, a decir sí, a vivir este acontecimiento de la Misa Crismal como un acontecimiento de renovación, de rejuvenecimiento en el espíritu, porque hoy se cumple también esta Escritura que hemos escuchado. Por la gracia de Dios somos ungidos y enviados.

Que así sea,

BODAS DE ORO Y PLATA SACERDOTALES

10 mayo 2004

Mis queridos hermanos sacerdotes, especialmente los que celebráis estas Bodas de oro y de plata.

Queridos hermanos y hermanas todos, en particular, los que estáis más vinculados por familia, feligresía o amistad a estos sacerdotes que hoy celebran su fiesta.

Si a un sacerdote le pidiéramos que escogiera el momento más entrañable de su vida y de su ministerio, posiblemente a todos nos sorprendería la respuesta, porque estoy convencido de que no escogería los momentos que serían más publicables en la prensa, en el boletín oficial. La vida de un sacerdote está entretejida de una relación tan rica y abierta, con tal variedad de personas y de situaciones, que creo que el tesoro más importante de lo que constituye la vida de un sacerdote queda sólo visible a los ojos de Dios y a algunas personas que han podido contemplar, en estos sacerdotes concretos de carne y hueso, un reflejo de Cristo el Buen Pastor. Y esos acontecimientos no coinciden siempre con aquellas cosas que nuestra sociedad más valora, sino que el sacerdote, en el diálogo personal, en la cercanía a personas que sufren, a personas que piden un consejo, una ayuda, es testigo de cómo en la vida cotidiana se dan esos destellos de luz en los que Cristo Buen Pastor se hace presente para la vida de alguna persona. En nuestras vidas, queridos amigos, hay mucho tesoro de este tipo, invisible a los ojos del mundo, pero que forma parte de la mejor riqueza del testimonio y del servicio que habéis prestado a la Iglesia.

Esto me parece muy importante, porque vivimos en una sociedad en que constantemente se nos invita a mirar con otras perspectivas; pero nosotros servimos a Cristo desde la entrega personal, que se hace visible y patente a las personas que se cruzan con nosotros a lo largo de nuestra vida y que requieren nuestro servicio pastoral.

Esta celebración debe estar marcada por la gratitud profunda de lo que podemos ver en la vida de estos sacerdotes, de lo que ha ocurrido en su servicio sin que nosotros hayamos podido ser testigos de ello. Es mucho más lo que no se ve que lo que se ve en la vida de un sacerdote. Y en esta celebración para alentar nuestra acción de gracias y vuestra acción de gracias, para vosotros, mis queridos hermanos sacerdotes que cumplís estos cincuenta y veinticinco años de fidelidad y de trabajo apostólico, simplemente quisiera subrayar tres dimensiones que están siempre presentes en nuestra vida y que no pueden faltar nunca, ni siquiera con el paso de los años, ni con la jubilación.

En primer lugar, habéis sido elegidos. Pablo se reconoce siempre llamado, elegido; vasijas de barro, sí, pero no sabemos por qué ese amor creativo de Dios os ha llamado a este servicio eclesial, a configuraros con Cristo Cabeza y Pastor para el servicio de la comunidad. No hay ningún motivo, no hay ningún título que nosotros podamos poner ante Dios para esa llamada; pura gratuidad. Y por eso, queridos amigos, ante la llamada solamente podemos corresponder con pura gratitud. El corazón del sacerdote ha de ser un corazón siempre sinceramente agradecido, humildemente agradecido, entrañablemente agradecido. Habéis sido llamados sin ningún mérito por vuestra parte para llevar en vuestra vasija de barro esa presencia de Cristo Pastor en medio de la comunidad y del mundo.

Habéis sido también consagrados. Precisamente después de la historia de la vocación y de la llamada que cada uno sabéis muy bien cómo el Señor os la hizo llegar, hace cincuenta años, hace veinticinco años, fuisteis consagrados presbíteros de la Iglesia por la imposición de las manos, por la oración de la Iglesia, por la efusión del Espíritu Santo, para anunciar la Palabra, para celebrar los Sacramentos, para animar el servicio de la caridad y para reunir a la Iglesia en ese misterio de comunión que nos une a Dios y nos une a las personas entre nosotros. Consagrados, sí, a pesar de vuestras debilida-

des y vuestra fragilidad, consagrados para ese ministerio. ¿Y cómo se puede corresponder a la consagración? Con fidelidad. Ser consagrado es no pertenecerse, es pertenecer a Dios, ser totalmente para Dios, ser invitado a entregar totalmente la vida, siguiendo el ejemplo de Cristo el Pastor que dio su vida, se dio enteramente por nosotros para darnos vida.

Por eso, mis queridos hermanos sacerdotes, todos, especialmente los que hoy celebráis esta fecha tan significativa, os invito a renovar vuestra consagración. Reconociéndoos consagrados al Señor, renovad ante el Señor esa donación total de vosotros mismos con Cristo para la vida del mundo. A la consagración se corresponde con total fidelidad, sin pertenecerse. Ya sabéis que me gusta decir que nuestra consagración, pensando cómo nos la pide la Iglesia Católica en el celibato, nos debería poner un cartelito con esta expresión «expropiado para utilidad pública». Sí, no nos pertenecemos, estamos expropiados para la utilidad pública. Me agrada comentar esto, porque algunas veces nosotros experimentamos el invierno de esa entrega. Igual que una ciudad que se compone de casas, pero no sólo de casas, porque sino sería una ciudad muy atiborrada, necesita espacios verdes, así a nosotros nos han escogido para ser un espacio verde. No tenemos el techo de nuestra familia, no tenemos el techo de lo nuestro, pero somos un parque abierto, un espacio verde para todos, donde puedan pasear los ancianos, los niños y los novios. Qué hermoso poder decir estoy expropiado con Cristo, para ser signo de unidad y de entrega para todos. La consagración se vive con esta fidelidad.

Y en tercer lugar, enviados. La llamada y la consagración Dios las realiza siempre para la misión. Habéis sido y sois y estáis enviados a un mundo que nosotros no hemos elegido ni hemos diseñado, y que vosotros habéis visto cambiar tanto. Os preparasteis para ser sacerdotes en un ambiente determinado y ahora tenéis que seguir sintiéndoos enviados a este mundo con tantos interrogantes que nos desconcierta, pero es el mundo que Dios ama y al que El nos envía para ser testigos de amor.

Este mundo, a veces, parece que vive en una noche, pero cuanto más fuerte es la noche, más necesarias son las estrellas, más necesaria es la luna. Sabemos que nosotros no somos la luz, la luz sólo es Cristo, pero que estamos llamados humildemente a reflejar esa luz, precisamente, en medio de

tanta oscuridad y de tanto interrogante. Y es preciso vivir esto siempre con amor, con confianza y con total disponibilidad. Somos sacerdotes hasta que entreguemos el último aliento de nuestra vida. Y hasta ese último paso, sea cual sea el que Dios nos pida a cada uno, podemos ser testigos, debemos ser testigos y apóstoles.

Nos sentimos enviados. Es admirable el testimonio de los sacerdotes que, quizás con motivo de alguna enfermedad, han sido testigos y apóstoles en el hospital, testigos y apóstoles al lado de otros ancianos, testigos y apóstoles viviendo el sentido de providencia de Dios, cuando tantas cosas parecen derrumbarse y cambiar. Gratitud sincera, pues, fidelidad total y entrega confiada al servicio apostólico en el testimonio de una vida que se entrega con alegría, para ser una transparencia, en medio de nuestro mundo, de Cristo el Buen Pastor.

Juan de Avila lo vivió esto apasionadamente. Juan de Avila con su fiesta nos recuerda que esta misión nos llama a la santidad y la santidad no conoce ni edades ni fechas ni circunstancias adversas, ha habido santos de todas las edades y en todas las épocas.

Queridos amigos, a nosotros nos toca con cincuenta, veinticinco o los años que el Señor nos conceda, ser santos sacerdotes al servicio de un mundo que necesita ver en nuestra vida una transparencia del rostro de Cristo el Buen Pastor, rostro compasivo, rostro cercano, rostro servicial que alimenta y que da vida. En nuestra acción de gracias tengamos todos un recuerdo para los sacerdotes del mismo año que vosotros, que han fallecido. Que el Señor premie su entrega y fidelidad. Que la Madre del Señor que es maestra de fidelidad, de gratitud y de entrega, os ayude hoy a renovar vuestro sí.

Que así sea.

VIGILIA DE PENTECOSTÉS

29 mayo 2004

Hoy es la Vigilia de Pentecostés, el día del Apostolado Seglar en vuestras parroquias, en vuestros lugares de trabajo, dondequiera que el Señor os ha puesto para que deis testimonio de su presencia. Os saludo a todos con afecto y con alegría en esta Vigilia en la que, año tras año, revivimos la experiencia del Cenáculo. Estamos reunidos con María, la Madre del Señor, esperando la fuerza del Espíritu Santo para cumplir la misión que el Señor nos ha encomendado.

El Señor puso muchas veces a los apóstoles en situaciones desproporcionadas. Recordad, por ejemplo, cuando les dice, mostrándoles a una multitud hambrienta y cansada: "Dadles vosotros de comer". Ellos no tienen con qué sufragar ni obtener alimento para tanta gente. El Señor pide un gesto de confianza Y hay un signo, un pequeño signo, del niño que pone en las manos del Señor los panes y los peces, y el Señor dice a los apóstoles "repartidlos". Pienso que, al verse ante aquella pequeña cantidad de pan y ante aquella multitud, seguramente se sintieron un poco sobrecogidos y casi avergonzados: ¡qué vamos a repartir! Pero se fiaron del Señor, y repartieron y sobró. Repartieron lo poco confiando en el Señor.

A los mismos apóstoles que le habían abandonado en la noche en que fue prendido, incluso a Pedro que lo había negado, les dice el Señor a los pocos días: "Id al mundo entero, y llevad la Buena Noticia a toda la creación". La desproporción era inmensa. La cultura de este grupo, pobre. Los medios de transporte en aquel tiempo, escasos. Y ellos hicieron un gesto de confianza, porque esperaron como Jesús les había dicho: "Aguantad a que se cumpla la promesa del Padre... Recibiréis una fuerza, el Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, para ser testigos míos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo".

Año tras año, en esta Vigilia de Pentecostés, nosotros tomamos conciencia de esa desproporción, de nuestra fragilidad, de las dificultades; pero tomamos asimismo conciencia de la misión que el Señor nos ha encomendado. Y sabemos que El cumple su promesa, y que si nosotros nos ponemos en sus manos y sabemos partimos y repartimos lo poco que somos y tenemos,

sin duda Ello multiplica y hace llegar la Buena Noticia a muchos corazones.

Nosotros tenemos que escuchar esta tarde la palabra de Dios para dejarnos transformar por ella, y la primera palabra que hemos escuchado es que, muchas veces, somos huesos secos, que andamos diciendo: nuestra esperanza se desvanece, aquí no hay nada que hacer... como decía el pueblo de Israel. Y esta noche, en presencia del Señor, y unidos a los hermanos, reconocemos que muchas veces en nuestro corazón somos ese hueso seco. Porque no esperamos que el Señor pueda hacer mucho más en nosotros, en cada uno de nosotros. Desconfiamos de la vocación a la santidad a la que el Señor nos llama ¿Yo santo? ¿Yo como Jesús? ¿Con mis límites, con mi debilidad, con mi fragilidad? El Espíritu del Señor, el Espíritu de Santidad nos puede transformar y renovar a ti y a mí, y no podemos poner excusa, cerrándole las puertas a su empuje en cada uno de nosotros.

A veces podemos pensar que somos huesos secos en los grupos, en los movimientos, en las parroquias donde trabajamos. ¿Podrá haber una comunidad viva, con nuestras divisiones, con nuestros protagonismos, con nuestros celos y desconfianzas, con lo mayores que somos, con los pocos que somos? ¿Podrá haber una comunidad cristiana? Sí, puede haber una comunidad cristiana. Cuando un pequeño grupo confía en el Señor y pone en común los dones que ha recibido de Dios, puede ser en medio de nuestro mundo un signo de esperanza, de reconciliación y de humanidad nueva, un signo de que es posible la fraternidad.

Muchas veces somos huesos secos, pero el Espíritu puede ponernos en pie en medio de las plazas, como a los apóstoles, para dar testimonio valiente, convencido y entusiasta de Jesús. En el lugar donde trabajamos, estudiamos, nos relacionamos, a veces en medio de nuestra propia familia, de nuestros barrios, de nuestra sociedad podemos ser una comunidad viva, con la fuerza del Espíritu. Y a nuestro mundo, tantas veces hueso seco, sangre esparcida, insolidaridad e injusticia... lo podemos convertir con la fuerza del Espíritu, con la corriente de solidaridad y amor que Él genera en nuestros corazones, de desierto en estanque. Aquí estamos, para decir "Ven Señor; ven Espíritu Santo, y transfórmanos". Confiamos en Ti, no en nosotros. Pero sí en tu fuerza, en la presencia de tu fuerza en nosotros, y en nuestra pequeñez.

La segunda palabra que hemos escuchado es el dolor de la humanidad

entera que gime con dolor de parto. Queridos amigos, el alumbramiento de una nueva criatura supone el paso del parto doloroso. Jesús en el discurso de despedida lo dijo a los apóstoles: "Lloraréis, os lamentaréis... pero vuestra alegría se convertirá en gozo. Cuando una mujer va a dar a luz, siente angustia porque le ha llegado la hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que un hombre haya venido al mundo". Muchas veces quisiéramos conseguir las cosas sin pasar por esa prueba de la cruz, (lo decía san Juan de la Cruz: "Todos quisiéramos llegar a la espesura del gozo, sin pasar por la espesura del Calvario"), y, en este momento de la historia, debemos aprender a vivir con alegría el dolor de parto de lo que Dios quiere hacer de nuestra sociedad; está claro que vivimos una época de cambio, por tanto algo nuevo se alumbrará.

Pero, muchas veces, nosotros vivimos el dolor como dolor de muerte, como si nos llevara a la nada; y el cristiano debe vivir el dolor siempre con la perspectiva de parto, porque desemboca en vida, como el Crucificado Resucitado. Y en ese sentido, queridos amigos y hermanos, tenemos que saber encajar lo humilde, lo pequeño, la contradicción, el comenzar de nuevo, los aparentes fracasos de nuestras acciones.

Esta noche quisiera citar ante vosotros un ejemplo que, hace muy pocos días, tuve ocasión de leer en la vida de la M. Matilde, fundadora de las Hermanas que atienden nuestra Catedral. Ellas han tenido la alegría de veda beatificada hace dos meses, y la semana pasada, cuando dábamos gracias por la beatificación, tuve que leer la vida de la M. Matilde, una mujer extremeña. Ella tuvo un proyecto, varias chicas se apuntaron al proyecto, parece que siete ya estaban a punto de hacer el compromiso, ¡Y el día mismo del compromiso no apareció más que una! Y la M. Matilde no se echó atrás, sólo, con esa que vino, puso en marcha la congregación, que ha llegado hasta nosotros.

Quizás, muchas veces, nosotros estamos acostumbrados a trabajar en momentos en que las cosas obtenían un resultado muy inmediato. Tenemos que saber encajar el dolor de parto, con esperanza, Esa es la palabra clave que esta noche queremos subrayar en esta Vigilia. Espíritu que nos mueve a la esperanza. Con uno, con dos, con tres, con vuelta a comenzar, con pequeños pasos, con pequeños grupos, como sal, que ni se ve, como levadura, que parece que se disuelve en la masa, como el grano de mostaza, que es muy

pequeñito cuando se siembra. El Señor nos ha puesto esos ejemplos delante de los ojos. ¿No aprenderemos esta pedagogía de lo pequeño, en una esperanza que atraviesa el sufrimiento, con una esperanza inquebrantable, sabiendo que el Señor bendecirá y dará vida? Pidamos este Espíritu de esperanza en esta Vigilia.

La palabra del Evangelio nos habla de "sed" y de "fuente". Hace unos días teníamos también una oración ecuménica con nuestros hermanos de las iglesias evangélicas y leímos este mismo evangelio. Yo decía entonces que estamos aquí porque somos hombres y mujeres con sed. Tenemos sed. No estamos satisfechos. Sed de paz, de justicia, de fe, de unidad, de testimonio, tenemos sed. Y Jesús dice: Pues si tenéis sed, venid a mí, y creed en mí. Esta situación que estamos viviendo, queridos amigos, es una llamada a que nos acerquemos más a Jesús, a que nos identifiquemos más con Él, a que entremos más en sintonía con Él. Y Jesús dice que si creemos en Él y vamos a Él, no sólo saciaremos nuestra sed, sino que Él hará brotar un manantial en nosotros, para que otros puedan beber. Nos dará su Espíritu que se convertirá en manantial, en fuente de testimonio. Nosotros no sólo queremos beber el agua que el Señor nos da, sino queremos repartirla en un testimonio coherente, en un testimonio que a otros les ayude a encontrarse con el Señor, a convertirse a El, y a encontrar en Él el gozo que a todos nos puede hacer hombres y mujeres más plenamente felices, más plenamente hermanos, en un mundo más perfectamente armonizado y reconciliado.

El testimonio, he ahí otra palabra clave, para la Vigilia de esta noche. Que el Señor nos dé su Espíritu para que seamos sus testigos. Si no somos testigos, no podemos evangelizar. Si no somos testigos, ya podemos tener los mejores planes pastorales, las mejores organizaciones... se quedarían en un esqueleto frío. Pero donde hay un testigo lleno del fuego del Espíritu, amando como Cristo nos ha enseñado, en una vida coherente y apostólica, ahí hay una persona que difunde luz, que difunde calor. Pedimos, pues, también al Señor en esta noche que nos dé su Espíritu para que seamos testigos.

EN LAS ORDENACIONES SACERDOTALES**27 junio 2004**

Mis queridos hermanos sacerdotes, especialmente queridos señor rector y equipo de formadores y sacerdotes compañeros de los ordenandos que habéis venido de otras Iglesias hermanas a compartir esta solemne celebración. Queridos hermanos y hermanas todos reunidos para dar gracias a Dios por este regalo que el Señor nos hace a la diócesis de cuatro nuevos sacerdotes. A todos os saludo con alegría, y especialmente a vosotros, padres, hermanos, familiares y amigos de los ordenandos. Y, cómo no, os saludo con afecto entrañable y con corazón agradecido y emocionado a vosotros: Oscar, Pedro, Luis Manuel y Juan.

El Señor esta tarde ha hecho resonar en nuestros oídos una palabra que encierra toda vocación: *Sígueme*. Es decir, vive conmigo y vive como yo. El seguimiento de Jesús nos llama a convivir con El, a vivir desde El y en El. Y a ir aprendiendo a mirar el mundo con la perspectiva del reino de Dios y con los ojos del amor y de la misericordia con que Dios nos ama. Vosotros, como todos los que estamos aquí, en el momento en que somos bautizados ya recibimos esa invitación del Señor. Y, aunque no nos dimos cuenta, ya vivíamos en El, y en la medida que la comunidad cristiana, la familia y la parroquia nos arropaban, aprendíamos a vivir como El. El nos comunicó su Espíritu, para que diéramos testimonio en el nivel de cada etapa de nuestra vida. El nos invitó a su mesa para que alimentados con su Cuerpo y con su Sangre, nos fuéramos vinculando más a El, y tomando conciencia de que somos su cuerpo. *Sígueme, vive conmigo y como yo*.

Esta vocación, queridos amigos, ha ido madurando hasta el día de hoy en que el Señor os pide un paso más en vuestra identificación con El. A vosotros cuatro os pide que os configuréis con El como Pastor, Cabeza y Esposo de la Iglesia, para que deis vuestra vida al servicio de vuestros hermanos cuidando de la grey del Señor. Es una llamada exigente a la que hay que anteponer cualquier sagrado deber humano, como nos ha recordado hoy el Evangelio, una llamada de totalidad que incluye toda vuestra vida, sin mirar hacia atrás. Es una invitación a tener el corazón y el estilo de vida disponible

para no tener un lugar fijo, ni nido, ni madriguera, sino ir por los caminos del Evangelio a los que el Señor os llame.

El Señor por la imposición de mis manos y de mis queridos hermanos presbíteros os va a conceder su Espíritu, os va a dar ese carisma del presbiterado que os hará capaces de vivir esta santa misión. Esta tarde el Señor os regala este nuevo don, que os vincula más estrechamente a El, de manera especial, para que, como El, cuidéis del pueblo de Dios reuniéndolo, sobre todo, en la Eucaristía, fuente y culmen de toda vida cristiana. El Señor os pide que entreguéis vuestra vida por los hermanos en un acto supremo de libertad. Vuestra vocación es la libertad, así nos lo ha recordado san Pablo. Hay que ser muy libres para dar la vida, y es lo que el Señor os pide esta tarde: que libremente y por amor a vuestros hermanos os hagáis esclavos de todos para servirles y entregar vuestra vida siguiendo los pasos de Cristo, Buen Pastor. El Buen Pastor da la vida por sus ovejas.

Permitidme que en esta tarde y compartiendo la alegría y la acción de gracias de todo el pueblo de Dios que os acompaña, os dé tres sencillos consejos: Vivid vuestro ministerio siempre desde Cristo, con la Iglesia y para el mundo. Nunca olvidéis ninguna de estas tres dimensiones.

Vivir el ministerio desde Cristo. El nos lo ha dicho: "Sin mí no podéis hacer nada", "permaneced en mi amor". En la medida que viváis insertos en Cristo, El será siempre para vosotros la fuente de la caridad pastoral, que os llevará a pasar por momentos luminosos y por momentos oscuros, por éxitos y por fracasos, por incomprensiones y también por momentos cargados de esperanza. Pero si vivís desde El, nunca os faltará esa fuente que os hará vivir los momentos oscuros vinculándoos al misterio de la cruz de Cristo, y los momentos gozosos con la conciencia de ser humildes servidores que ofrecen al pueblo de Dios los regalos que el Señor le da constantemente.

Vivid una profunda espiritualidad de encuentro permanente con el Señor, y así podréis resistir la gran tentación de la desesperanza en la que tantas veces nuestro mundo intenta sumergimos. Si estáis junto a esta fuente y bebéis constantemente de ella, no os faltará nunca la capacidad de convertir las dificultades en retos y desafíos, y unidos al Señor echaréis constantemente la red.

Con la Iglesia. Unidos a vuestro Obispo y a vuestros hermanos presbí-

teros, unidos a vuestros hermanos y hermanas religiosos y consagrados, unidos a los laicos, fieles de Cristo, con sus carismas propios, viviréis la Iglesia de comunión desde la cual podremos anunciar de manera creíble el Evangelio al mundo de hoy. Recordad las palabras de Jesús: "que sea uno para que el mundo crea". Sentid siempre la pasión de la unidad, que significa la capacidad de sumar, de complementarse, de no ceder a la tentación de protagonismo, sino de sentirse siempre formando parte del pueblo de Dios, en la alegría de los carismas distintos armonizados por el mismo Espíritu que nos empuja a todos. Pero dentro de esta comunión de la Iglesia tendréis una función bien hermosa: tejer y retejer tantas veces a la comunidad cristiana. En un momento en que a muchos de nuestros hermanos les falta descubrir la dimensión comunitaria de la fe, vuestra tarea será, como recordábamos hace pocos días en el retiro que compartimos, descubrir los carismas, ayudarlos a crecer y llevarlos a la unidad del bien común, para que todos experimenten la alegría de la fraternidad cristiana, y la presencia de Cristo, que siendo distintos a todos nos hace uno, especialmente en el sacramento de la Eucaristía.

Queridos amigos, vivid siempre desde Cristo con la Iglesia y para el mundo. Este mundo que Dios ama, en el que nos ha tocado vivir. Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único. Recordad siempre las palabras del Señor: "como el Padre me ha enviado así también os envío yo". Os envía el Señor a ser en medio de nuestro mundo signos de esperanza. Cuando hay, tantas veces, como callejones sin salida y oscuridades que nos ofuscan a todos, sembrad el Evangelio en el nombre del Señor, poned luz, dad esperanza al hombre de hoy. Sed iconos de misericordia en un mundo roto, en un mundo tantas veces desconcertado; manifestad el rostro misericordioso de Dios y los gestos serviciales de Jesucristo que hacen que cada persona se sienta querida, restaurada, recuperada y nunca perdida. Y esta maravilla la realizaréis especialmente en el Sacramento de la Reconciliación, cuando ayudéis al hombre a reconciliarse con Dios, con los hermanos, y hasta consigo mismo, creciendo en la armonía y la belleza de la dignidad humana que Dios quiere para todos los hombres, para todos sus hijos.

Y seréis en medio de nuestro mundo no sólo signos de esperanza e iconos de misericordia, sino también hombres cercanos a los más pobres.

Los últimos, los que no son miradas ni considerados por nadie, tienen que ser por vosotros más queridos, más acogidos, más aproximados hasta que se encuentren en la Iglesia como en su propia casa. Y así crearéis corrientes de solidaridad, que ayudará a que nuestro mundo recupere esa dimensión de familia a la que Dios nos llama, para que todos podamos compartir los dones que Dios ha dado para todos.

Queridos amigos: Que la Virgen María, la Virgen fiel, os ayude y os acompañe en este camino. Que, con el testimonio de vuestra entrega y la alegría con la que ofrecéis vuestro ministerio pastoral, muchos jóvenes, entre los cuales os encontraréis muchos, sin duda, en esta catedral, os sintáis también implicados en ser tan libres que un día, como estos hermanos, podáis entregar vuestra vida por Cristo y por el Evangelio. Que así sea.

**EN LA APERTURA DEL
AÑO DIOCESANO Y MARIANO
15 septiembre 2004**

Mis queridos hermanos sacerdotes, querido Sr. presidente y autoridades de Cantabria, Sr. Delegado del Gobierno, autoridades de Ampuero, autoridades presentes, queridos hermanos y hermanas todos venidos de todos los lugares de la diócesis y queridos hermanos y hermanas que estáis siguiendo esta celebración desde vuestras casas, a través de radio COPE, especialmente enfermos y ancianos. A todos, mi cordialísimo y afectuoso saludo.

Todo había sido preparado con mimo para poder celebrar fuera en la campa; se trajo la cruz de la Catedral, están presentes los Vicarios General y Episcopales, Arciprestes de la diócesis y sacerdotes venidos de todas partes, el P. Provincial de los Trinitarios y la comunidad Trinitaria de este Santuario, hay seis familias de toda nuestra geografía que después presentarán ramos de flores para que toda la diócesis se sienta hoy unida, está el Rector con los Formadores del Seminario y los seminaristas, estamos todos nosotros formando esta asamblea litúrgica, para continuar la que, desde las seis de la

mañana ha ido llenando cada hora, este templo, esta casa de la Virgen Bien Aparecida.

Y solemnemente inauguramos el Año Diocesano y Mariano en la fiesta de nuestra Patrona. Yo pienso que quizás la lluvia puede tener para nosotros un doble mensaje: el primero que nos ha hecho entrar hacia el interior. A veces, en la fiesta, pensamos que es muy importante preparar todo lo exterior, pero la fiesta más importante es la que se da en el corazón, y quizás podríamos sacar hoy esta buena conclusión.

El Año Diocesano y Mariano no es un año para grandes exterioridades, sino para crecer hacia dentro en el corazón y en lo más profundo de nuestra fe y de nuestros sentimientos, como María que guardaba todo en su corazón y tenía un corazón agradecido y abierto. En Ella todo era sencillo, pero en Ella todo rebosaba amor. Que vivamos este año desde el corazón, desde dentro, como un año de profunda renovación espiritual, como un año en que pidamos al Señor que se afiance nuestra fe, que se consolide nuestra esperanza, que crezca nuestro amor, que seamos de verdad más cristianos al final de este año de gracia que el Señor nos concede.

El segundo mensaje: La lluvia, el riego es importante en el momento de la siembra, pero lo más importante de la siembra es el fruto. Hemos comenzado con lluvia, con agua, ojalá tengamos una cosecha abundante de frutos espirituales en la clausura de este Año.

¿Por qué este Año? Todos lo sabéis bien, pero lo vamos a recordar con gratitud. Hace 400 años, en esta colina de Hoz de Marrón, unos muchachos encontraron la pequeña imagen de La Bien Aparecida. Desde hace 400 años, María ha estado aquí recibiendo a todos los que han venido a peregrinar hacia Ella, a exponerla sus dificultades, a buscar esperanza y consuelo y aprender sus lecciones de Madre. ¡Qué importante es pensar, que durante 400 años, este lugar, donde nosotros estamos, ha sido un lugar de encuentro de tantas generaciones que nos han antecedido con María.

Hace 250 años se creó nuestra Diócesis. La Diócesis llamada de Santander, porque allí tiene la sede el obispo. Pertenece antes a Burgos, pero todas las tierras de aguas vertientes al Cantábrico constituyeron una nueva Diócesis. Por eso, nuestra Diócesis ahora es prácticamente todo el territorio de Cantabria y también el Valle de Mena, porque el río Cadagua, vierte sus

aguas al Cantábrico.

Formamos una Iglesia particular, una Iglesia diocesana; 250 años de andadura que nos llaman a tomar conciencia de que nuestra generación ha de recoger la antorcha que nos han dejado las anteriores y la hemos de avivar y pasar a las generaciones futuras. Esta Iglesia particular está cuajada toda ella de ermitas y santuarios marianos con títulos preciosos de la Virgen María, pero hace 100 años se pusieron de acuerdo para que una de esas advocaciones fuera la que identificara el patronazgo de María en nuestra Diócesis y se optó por La Bien Aparecida. Entonces, este lugar que era un santuario mariano como tantos otros, se convirtió como en la plaza mayor, el punto de encuentro de la Diócesis en torno a María.

Y hace 50 años, el Obispo Bueno, D. José Eguino y Trecu, un gran devoto de La Bien Aparecida, impuso canónicamente la corona que expresa el amor y el cariño de todo nuestro pueblo por Jesucristo y por María su Madre. Muchos acontecimientos que hemos querido abarcar dentro de un año.

Hemos de tomar conciencia de que María, invocada de tantas formas distintas, es la misma. Me lo habréis oído decir algunas veces, las advocaciones de la Virgen son como un álbum de fotos de nuestra madre. Todos veis fotos de vuestra madre cuando era joven o cuando era niña, fotos de la madre cuando nos tiene a nosotros en brazos, fotos de cuando quizás ya era muy mayor, la misma madre y fotos distintas. Nosotros todos, cuando invocamos a la Virgen con distintas advocaciones, nos referimos siempre a la que fue Inmaculada en su concepción, a la que dijo "Sí" a Dios para albergar en su seno al Hijo de Dios hecho hombre, a la que lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, a la que estuvo escuchando su Palabra y meditándola en el corazón, la que estuvo atenta a las necesidades como hemos escuchado en el Evangelio de las Bodas de Caná, la que estuvo de pie junto a la Cruz, siendo virgen fiel, la que acompañó los primeros pasos de la Iglesia esperando el Espíritu Santo; María, la Madre del Señor, y nuestra Madre, ella nos acompaña en el camino y como dice el Concilio Vaticano II: "es modelo y figura de la Iglesia". Lo que Ella es, estamos llamados a ser nosotros. Que el Año Santo Mariano nos ayude a revisar nuestra vida cristiana para que se pueda decir de nosotros, lo mismo que se dijo de Ella, "dichosa Tú porque has creído, lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". Ojalá seamos hombres y

mujeres de fe. "Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen". Ella escuchó y cumplió la Palabra de Dios. Ella es madre de misericordia, y nosotros en nuestro Año Jubilar, en este Año Diocesano y Mariano, hemos de crecer en misericordia.

Quiero terminar mis palabras, invitándoos a orar por los que más sufren. En la casa de la Madre y con la mirada de la Madre, se mira siempre a los últimos. El Año Santo ha de ser un estímulo para una generosa solidaridad con aquellos que más nos necesitan. Y una solidaridad que hemos de vivir unidos. El Año Santo nos va a hacer sentir una familia unida con María en favor del mundo, en favor de la sociedad y, especialmente, en favor de los más pobres. Quiero recordar, en este momento, a las dos personas fallecidas en Ampuero, en el encierro último. Quiero recordar a las personas que han muerto víctimas de violencia doméstica, quiero recordar, especialmente, a los niños y a las madres de los que han muerto en el atentado de Rusia y en cualquier atentado. Quiero recordar a nuestros enfermos, a los que se encuentran en la marginación por cualquier causa. Quiero recordar a los inmigrantes. Quiero pedirlos, queridos hermanos y hermanas, que este Año Jubilar se pueda decir de nuestra Diócesis que tiene ojos y corazón de misericordia, que nos parecemos a nuestra Madre, que tenemos ojos de profundidad para ver dónde hay un corazón que sufre. Que tengamos manos disponibles para servir, colaborar y ayudar, que estemos todos en una creatividad constante para consolar y acoger a los que más cariño necesitan.

Un Año Santo vivido así será un año que nos dejará rejuvenecidos, un año que nos hará sentir con gratitud lo que han hecho los que han vivido antes de nosotros, pero que nos hará sentir responsables y unidos de la antorcha de la fe, que hemos de presentar a nuestro mundo, y de la siembra de amor que hemos de hacer para el futuro, porque el futuro siempre se siembra con amor. El amor es lo que tiene futuro. Todo lo que hagamos con amor, permanecerá, no lo dudéis, y si lo hacemos juntos como una familia que se siente feliz de hacer el bien y de pasar por este mundo sembrando el amor y la paz, como hizo Jesucristo de la mano de María, cuando clausuremos este Año, nos sentiremos de verdad dichosos.

Que el Señor bendiga nuestra Diócesis, bendiga toda Cantabria y Meina, bendiga al mundo entero, porque la alegría que sentimos es para compartida con todos.

partida con todos.
Que así sea.

EN LA FIESTA DE SAN ROMÁN Y SAN MANUEL
9 octubre 2004

Mis queridos hermanos sacerdotes, queridos Hermanos de las Escuelas Cristianas y antiguos alumnos de La Salle, querida familia de los santos Román y Manuel, queridos profesores de religión, queridos hermanos y hermanas todos:

Como el leproso que se echó a los pies de Jesús para darle gracias, siento yo esta tarde la necesidad de ponerme así, ante el Señor, con toda nuestra Iglesia Diocesana, para agradecerle el regalo de estos dos santos, hijos de esta Iglesia. Si todo el Año Diocesano tiene como principal objetivo que demos gracias a Dios por nuestra fe, por pertenecer a la Iglesia, por haber conocido el amor de Dios y haberlo experimentado cada día en la historia concreta que nos toca vivir, no cabe duda que hoy, dentro de este Año, la celebración del martirio de san Román y de san Manuel constituye para nosotros, juntamente con las lecturas de este domingo, un motivo para la acción de gracias intensa y continuada.

La fiesta de los mártires y el domingo se han encontrado en este atardecer. El domingo para recordar, celebrar, lo que nos decía Pablo: haz memoria de Jesucristo resucitado. Todos los domingos hacemos memoria del Señor resucitado, fundamento de nuestra Iglesia, cuya presencia nos alienta, nos ilumina, y nos alimenta. Y en esta misma carta, y en esta memoria del Señor resucitado, se dice que si morimos con El, viviremos con El.

Como hemos recordado al comienzo de esta celebración, hace hoy exactamente setenta años un grupo de Hermanos de La Salle daba la vida por Cristo. Entre ellos san Román, que fue bautizado en la parroquia de san Francisco, muy cerca de nosotros, y san Manuel, que fue bautizado en Celada Marlantes. Veinticuatro y veintidos años, plena juventud.

Profesores entusiastas, llenos de capacidad, de apertura, de servicio y

de entrega a sus alumnos.

De san Manuel Seco tenemos una carta dirigida a su hermano, que todavía vive, fue el que hace unos años tuvo el gesto tan hermoso de entregarnos la reliquia de su propio hermano con la de san Román. El Hermano san Manuel en esa carta le decía a su hermano: "No te puedes imaginar el gozo que siento por poder enseñar el catecismo a los niños, que son tan amados por Jesús y María".

Y san Román, en la madrugada en que fueron martirizados, cuando quienes les iban a matar les preguntaron "¿saben ustedes a dónde van?", en medio del silencio del grupo, él levantando la voz dijo: "Adonde ustedes quieran, estamos preparados para todo". ¿No resuena en esta respuesta la voz de los mismos apóstoles? ¿La voz de los testigos de la fe, que han sabido dado todo por Cristo y por su Evangelio?

Providencialmente nuestra Diócesis, en este Año Diocesano y Mariano reconoce con agradecimiento que en sus raíces hay dos mártires, san Emeterio y san Celedonio. y hoy podemos ver que en el florecimiento y el crecimiento de la Diócesis, los dos frutos más preciosos, los dos hijos que primero han sido canonizados, son precisamente estos dos jóvenes mártires que entregaron su vida por Cristo en la educación de las nuevas generaciones. Cuánto ánimo debe damos esta fiesta a todos nosotros.

Hemos querido celebrada con particular solemnidad, porque este año la Iglesia quiere dar gracias por todo lo que somos, y entre los dones preciosos el Señor nos ha bendecido con estos dos mártires; por eso hemos pensado que era importante dedicarles un altar en la Catedral. En la iglesia baja estarán las reliquias de san Emeterio y san Celedonio, recordando los cimientos. Aquí, en la Catedral, muy cerca de la puerta, estarán las reliquias de san Román y de san Manuel, recordando los frutos que ellos dieron y que nosotros tenemos que continuar dando a través del testimonio de nuestra vida.

El altar estará forrado de madera de olivo. Las reliquias quedarán empotradas con unos cristales que llevarán esculpidos sus rostros, pero hoy no está terminado. Sin embargo, sí hay cuatro pinturas que formarán parte de ese retablo. Son de Teresa Peña, una pintora que habéis conocido mucho estos últimos meses por la exposición que se hizo en el claustro, pero quizás no sabéis que esta pintora nació un año después de su martirio, y ha muerto

después de que ellos han sido canonizados. Es, diríamos, una contemporánea de los santos la que ha plasmado la Pasión de Cristo en cuatro láminas que nos recordarán siempre que si morimos con El viviremos con Él.

Esos cuadros serán siempre, junto a las reliquias de los mártires, esa llamada a identificarnos con Cristo como ellos se identificaron. Porque la Iglesia valora siempre a los mártires, no sólo porque han sabido vivir como Cristo, sino porque el Señor les ha concedido la gracia de morir como El, amando y perdonando, sabiendo dar la vida a favor de los demás.

Queridos amigos, me falta subrayar un aspecto que, en la contemplación de estas dos reliquias, me ha sugerido siempre una pequeña reflexión que os dedico, especialmente a los profesores de religión. Cuando solicitamos una reliquia insigne a los Hermanos de la Salle ellos tuvieron la delicadeza de darnos el hueso del brazo de cada uno de ellos. Uno de los huesos del brazo. El brazo del profesor dibujando y enseñando en la pizarra, el brazo del profesor señalando hacia el cielo para que el alumno crezca, ese brazo orientador del testigo de la fe que señala a Jesucristo. Que este sea el proyecto de nuestra vida, queridos hermanos y hermanas.

Nuestra época está necesitada de Evangelio. La Buena noticia del amor de Dios ha de llegar a nuestros niños y a nuestros jóvenes, para que les llene el corazón de esa alegría que nadie ni nada les podrá quitar, para que la semilla del Evangelio en el corazón de las nuevas generaciones desarrolle lo mejor de ellas mismas. Es una tarea difícil, pero apasionante. Es una tarea que a todos nos estimula a formar parte de ella: padres, abuelos, educadores, religiosos, sacerdotes, familias, todos. Nadie puede quedar al margen de la evangelización. Pero todos convencidos que no habrá evangelización sin un testimonio firme y coherente de nuestra vida cristiana. No habrá nueva evangelización si no se nota que nuestros corazones guardan como el mejor tesoro la perla preciosa del evangelio, la persona misma de Jesús a quien amamos, a quien intentamos seguir, a quien queremos anunciar para que en El todos encuentren la vida.

Que la intercesión de san Román y san Manuel nos acompañen en este compromiso. Que así sea.

EN LA ORDENACIÓN DE DIÁCONOS

12 octubre 2004

Queridos hermanos sacerdotes, queridos Daniel, José Vicente, Daniel y José María que vais a ser ordenados diáconos, queridos familiares de los que van a ser ordenados, queridos hermanos y hermanas todos:

"Dichoso el vientre que te llevó (...) Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen". En este brevísimo evangelio que hemos escuchado aparecen estas dos afirmaciones: un piropo a Jesús, "Dichoso el vientre que te llevó", un piropo a su madre: "más bien dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen". En este breve evangelio, como luz que ilumina esta celebración, podemos decir que la que tuvo que ser madre, la que tuvo el oficio de madre, aprendió a ser discípula. Y esto es lo que más le gustó a Jesús.

Queridos hermanos que vais a ser ordenados diáconos: El Obispo va a imponeros las manos y a orar por vosotros para que recibáis el sacramento del orden en el grado de diáconos, y seáis en medio del mundo signos de Jesucristo servidor acompañados por la oración de toda la Iglesia. Una hermosa tarea; una tarea que supone una gran responsabilidad y que sólo podréis realizar bien, en la medida que permanentemente os hagáis discípulos del Señor.

La Palabra que tendréis la misión de anunciar como proclamadores del evangelio tiene que hacerse vida en cada uno de vosotros precisamente por una escucha atenta y sincera que transforme vuestra vida, porque como dicen los Santos Padres constantemente, la mejor predicación será la que hagáis con vuestra propia vida, aunque siempre la Palabra y el anuncio del Evangelio pondrá de manifiesto que vuestra vida es siempre mucho más pequeña en comparación con la grandeza de la Palabra que anunciaréis.

La Virgen María es maestra para vosotros en esta tarea de evangelizadores, como lo es para toda la Iglesia. La Iglesia, que tiene que anunciar la Palabra de Dios en medio del mundo, debe hacerse permanentemente discípula en la humildad de la acogida de la Palabra en el corazón, para que vaya transformando nuestra forma de pensar, nuestras relaciones, nuestra forma

de vivir.

"Dichoso el vientre que te llevó". Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen". Dichosos vosotros que habéis sido elegidos para ser testigos del Señor como servidores del Evangelio y de los pobres. Pero dichosos, si sabéis acoger la Palabra de Dios y guardada siempre en vuestro corazón. Grabad bien en vuestra memoria y en vuestro corazón las palabras que os diré cuando os entregue el Evangelio: "Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; conviérte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva, enséñalo, y cumple aquello que has enseñado". Un programa precioso para los que recibís esta misión tan importante hoy en la Iglesia de ser testigos de la Palabra.

En segundo lugar es importante que tomemos conciencia de que hoy celebramos esta ordenación de vuestro diaconado en la fiesta del Pilar y en el Santuario de nuestra patrona, la Bien Aparecida, santuario jubilar dentro de este año santo, Diocesano y Mariano. La Virgen del Pilar y su fiesta nos evoca las dificultades de la evangelización y la presencia maternal que apoya al apóstol, que le reanima y es para él símbolo de firmeza en una columna que nos hace pedir seguridad en la fe, en la esperanza y crecimiento constante en el amor.

Es precisamente esta fiesta de María la que nos recuerda que ella acompañó los primeros pasos de los que querían dar en el mundo testimonio del Señor. Sólo con la fuerza del Espíritu Santo, que ella invocó con la comunidad cristiana, es posible esa misión.

Que esta tarde este santuario de la Bien Aparecida sea un cenáculo, donde los discípulos, tantas veces acobardados, desanimados, cansados, nos abrimos al don del Espíritu Santo, conscientes de la tarea difícil que tenemos los evangelizadores hoy, todos los que formamos la Iglesia, no sólo los que hemos recibido la ordenación, sino también vosotros, padres y madres cristianos, jóvenes cristianos, los que estáis en medio del campo del trabajo, de la cultura. Todos los que llevamos esta responsabilidad de reflejar la bondad del Señor en medio de nuestro mundo sabemos la dificultad del momento, pero precisamente la presencia maternal de María, Virgen orante, Madre de la esperanza, es signo para nosotros de firmeza y ánimo para no decaer hasta estar de pie junto a la cruz de Jesús, como ella, manteniendo el "sí" que hoy,

de una manera especial, vosotros cuatro vais a dar a Dios.

Que ella, la Virgen fiel, os ayude a mantener siempre este "sí" de la evangelización, ese "sí" de una tarea apasionante: de mostrar el rostro misericordioso de Dios a los hombres más necesitados de nuestro mundo. Y quizás cuanto más punzantes sean los interrogantes, cuanto más amargos sean los gritos, e incluso a veces cuanto más fuertes sean los desprecios, interpretad siempre que detrás de esos gritos, detrás de esos desprecios, posiblemente haya siempre una petición de ternura. El corazón del hombre es así. A veces no sabemos pedir adecuadamente las cosas y las tenemos que expresar dramáticamente a través de gritos o de expresiones que pueden resultar hasta hirientes, pero un evangelizador tiene que saber escuchar el corazón del hombre y ver cuál es la demanda y el anhelo más profundo que hay en el corazón.

Invocamos a María como madre de misericordia. Cuántas veces hoy se habrá repetido "vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos"... y "muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre". Queridos amigos, pedidle prestados a María esos ojos de misericordia, porque vais a ser servidores de los pobres. La Iglesia os encarga hoy como diáconos que viváis siempre esa pasión por el que está siempre en el último lugar, haciéndoos imagen de Jesús que no vino a ser servido sino a servir y a dar la vida. Y a pedirle también a la Virgen que tengáis una vida tan nítida, tan transparente que podáis mostrar el rostro de Jesús al hombre de hoy.

Queridos amigos, todos nos sentimos contentos y agradecidos a Dios por este momento que vamos a compartir. La Iglesia, nuestra Iglesia Diocesana, y en este Santuario de su patrona, va a recibir hoy el regalo de cuatro jóvenes que se ponen en manos del Señor dispuestos a dar la vida por Cristo y por el Evangelio. Que en todos nuestros corazones haya una profunda acción de gracias a Dios, y que todos pidamos para ellos que sean hombres llenos de Espíritu Santo y de fe. Que así sea.

**EN LA CELEBRACIÓN DEL
250 ANIVERSARIO DE LA CREACIÓN DE LA DIÓCESIS
12 diciembre 2004**

Querido Sr. Nuncio,

Queridos Hermanos Arzobispos y Obispos,

Queridos Sr. Presidente del Parlamento de Cantabria, Sr. Delegado del Gobierno, Sr. Alcalde de la Ciudad de Santander, Sr. Rector de la Universidad de Cantabria Sr. Presidente del Tribunal Superior de Justicia de Cantabria,

Queridos hermanos y hermanas todos de la Diócesis de Santander, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y fieles laicos.

El 12 de diciembre de 1754, hoy exactamente hace 250 años, S. S. el Papa Benedicto XIV firmaba la Bula "Romanus Pontifex" por la que eregía la Diócesis de Santander, nuestra Diócesis, nuestra Iglesia particular.

El territorio de la nueva Diócesis se desmembraba de la Archidiócesis de Burgos, que podemos considerar como nuestra "Iglesia madre"; por eso, deseo manifestar mi gratitud al Sr. Arzobispo de Burgos que ha querido compartir con nosotros esta celebración.

Desde su inicio como Diócesis hasta hoy hemos sido 16 obispos, sucesores de los Apóstoles los que hemos cuidado esta porción del Pueblo de Dios; entre ellos se encuentra D. José María Cirarda, Arzobispo emérito de Pamplona, que hoy se ha hecho presente en nuestra fiesta; se lo agradezco sinceramente. También Mons. Rafael Torija, que fue su obispo auxiliar, ha querido hacerse presente por medio de un mensaje lleno de afecto fraterno.

De esta Iglesia particular de Santander han salido para anunciar el Evangelio a otros lugares numerosos sacerdotes y religiosos misioneros, y también Obispos que han pastoreado la grey del Señor en otros lugares: entre ellos nuestros queridos Arzobispos D. Pablo Puente y D. Carlos Osoro con cuya compañía hoy nos congratulamos y alegramos.

En esta Iglesia Diocesana, a lo largo de los 250 años de su andadura, muchos sacerdotes religiosos y fieles laicos han trabajado con sencillez y entrega para que la fe se mantenga y se transmita para que el amor se difunda y crezca.

Hoy estáis aquí manifestando vuestra pertenencia a la Iglesia. Me alegra de veros aquí, pero quiero mirar más allá reconociendo a todos los que en la sencillez de nuestras parroquias a lo largo y lo ancho de nuestra geografía de Cantabria y Mena, hacéis presente a la Iglesia con el testimonio humilde de vuestra fe.

Hoy estamos aquí en nuestra Catedral con un objetivo primordial: Dar gracias a Dios juntos. En esta fecha conmemorativa queremos dar gracias al Padre de todo corazón, en Cristo por el Espíritu Santo y queremos expresar nuestra gratitud sintiéndonos familia, compartiendo la alegría de ser Iglesia, en una fiesta de alabanza a nuestro Dios, en una fiesta de comunión. Comunión que encuentra su mejor expresión y su fuente más fecunda en la Eucaristía, de la que vive la Iglesia la que nos hace Iglesia. En comunión con Cristo, como sarmientos unidos a la Vid, que nos comunica su savia y nos permite fructificar. En comunión con el Sucesor de Pedro, S. Santidad Juan Pablo II, representado en esta celebración por el Sr. Nuncio, a quien agradecemos cordialmente su compañía en esta fiesta, y a través del cual queremos mostrar nuestra adhesión y cariño al Papa. En comunión con toda la Iglesia representada por los Obispos de las Iglesias de la Provincia Eclesiástica de Oviedo, con el Sr. Arzobispo Emérito, y los Obispos de Astorga y León y los Obispos vecinos de Bilbao y los Vicarios Generales de Oviedo, Astorga, León y Palencia, cuya presencia fraterna nos hace sentir la belleza y el calor de la comunión católica.

Esta experiencia de fe compartida de amor mutuo, de jubilosa alegría nos permite vivir hoy de manera especial, el gozo de pertenecer a la Iglesia y de sentirnos inmersos en su tradición, en el sentido paulino: la gracia de haber recibido el tesoro del Evangelio que, a su vez tenemos que transmitir a otros.

La tradición que en expresión del Papa en la carta "Orientale lumen", nunca es nostalgia de cosas o formas pasadas, o añoranza de privilegios perdidos, sino *memoria viva de la Esposa, conservada eternamente joven, por el Amor que habita en ella.*

Nos sentimos hoy una Iglesia:

+ que ha sido evangelizada y quiere ser evangelizadora;

+ una Iglesia alegre y rejuvenecida por la presencia y el amor de Cristo

que la sostiene y vivifica, y dispuesta a compartir esta alegría con todos los hombres y mujeres, nuestros contemporáneos;

+ una Iglesia que ha recibido la misericordia del padre y quiere ser misericordiosa;

+ una Iglesia agradecida por los dones recibidos y diligente para compartirlos con los más pobres;

+ una Iglesia que se siente acompañada por la protección de María, a la que invocamos como la Bien Aparecida, dispuesta a aprender de su Madre a decir "sí" y a ser fiel;

+ una Iglesia, en fin, que siente la suerte de haber conocido a Cristo y la responsabilidad de darlo a conocer.

JOSÉ VILAPLANA, Obispo de Santander

EN LA MISA CRISMAL

Bienvenidos hermanos sacerdotes y diáconos, seminaristas, religiosos y religiosas, y fieles laicos, mis queridos hermanos y hermanas, que habéis acudido a esta celebración de la Misa Crismal.

Esta Eucaristía comenzó no sólo cuando hacíamos la entrada solemne en la Catedral, ha comenzado cuando cada uno de vosotros y de vosotras, desde los valles más alejados de nuestra diócesis iniciabais el camino con el fin de acudir a esta convocatoria, para manifestar la "ecclesia", la asamblea de los fieles convocados por el Señor para reunimos en su nombre.

Desde los caminos y de las parroquias de la geografía diocesana, habéis escuchado esta llamada y os habéis puesto en camino para reunimos como asamblea: Los sacerdotes, llevando en vuestro corazón y en vuestra vida a las comunidades cristianas, todos vosotros, hermanos y hermanas, religiosos y seglares representando a todo el Pueblo de Dios. Aquí, como dice tan bellamente el Papa en su carta sobre la Eucaristía, hay una epifanía de la Iglesia, aquí está la Iglesia de Dios que peregrina en Cantabria y Mena, reunida como Pueblo Santo: Obispo, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos, hombres y mujeres, todo el Pueblo de Dios en tomo a Cristo, nuestra Cabeza.

Es una manifestación de nuestra Iglesia Diocesana que se reúne para dar gracias a Dios, de manera especial, en este Año en el que tomamos conciencia de este recorrido de 250 años, en los que tantas Semanas Santas han congregado al Pueblo de Dios en este mismo lugar para la misa en la que se bendicen y consagran los óleos para los sacramentos.

Queridos hermanos y hermanas: ¡Qué hermoso que en este momento, viendo esta epifanía de nuestra Iglesia Diocesana! Sintamos nuestro corazón lleno de gratitud, sintámonos formando parte de este Pueblo y, sobre todo, reconozcámonos Iglesia, Cristo total, Cabeza y miembros, misterio precioso; no Cabeza sin cuerpo, ni cuerpo sin Cabeza. Aquí y ahora podemos saborear y degustar ese maravilloso misterio al que hemos sido convocados, para formar un solo cuerpo en Cristo por el Espíritu Santo en torno a la celebración de la Eucaristía.

Pero, al mismo tiempo, esta alegría, esta Eucaristía, que ha comenzado

cuando se iniciaba vuestra peregrinación, se está prolongando también ahora más allá de nuestros límites. Pienso en todos los fieles de toda la Iglesia y, especialmente, en nuestros hermanos sacerdotes mayores y enfermos, al frente de los cuales está el sucesor de Pedro, también enfermo; la Eucaristía irradia y acoge a todos los hombres y mujeres del mundo con sus sufrimientos, con sus oscuridades, con sus esperanzas. Todo el orbe está bañado por la Eucaristía, por el misterio de redención de Cristo que se actualiza en este momento, y que llega a todos los hombres como un manantial de vida. Unimos nuestros corazones también a ellos porque están presentes. Incluso, también a algunos sacerdotes que me han llamado esta mañana, quienes sienten no poder estar físicamente entre nosotros porque les reclaman otras tareas, pero espiritualmente están unidos a esta fiesta.

Amigos, demos gracias a Dios. Me gustaría, sobre todo, en la celebración de este Año Diocesano y Mariano, que disfrutáramos, que gozáramos, que saboreáramos estos momentos que el Señor nos concede. La Eucaristía, en medio de los sufrimientos, de las tareas, a veces con esos toques de cansancio y de esperanza, es para nosotros la mesa que nos nutre, reconforta y nos alegra. Gocemos, pues, intensamente de este momento de encuentro con el Señor y de encuentro fraternal.

Yo quisiera en esta mañana, para degustar este misterio con vosotros, insistir en dos principios muy hermosos que nos permitan valorar la Eucaristía en el misterio de la Iglesia. Es la Iglesia la que hace la Eucaristía, pero es la Eucaristía la que hace la Iglesia. Cómo es nuestra Eucaristía, indica cómo es nuestra Iglesia. Trabajar por una Eucaristía celebrada con dignidad, es trabajar por una comunidad consciente que acoge los dones de Dios, y los celebra y participa de ellos con viveza y coherencia. Por eso, queridos hermanos, especialmente queridos sacerdotes, en este día en que renovamos nuestras promesas sacerdotales y en este día en que asistimos a la bendición de los óleos, que fundamentalmente acompañan al nacimiento de los nuevos miembros de la comunidad cristiana, sobre todo con la unción del Santo Crisma, comprometámonos a trabajar por unas comunidades que celebren de manera significativa la Eucaristía y por la dignidad de una Eucaristía que vaya construyendo y manifestando a una comunidad cristiana.

En la relación Eucaristía-Comunidad, encontramos un filón de servicio

pastoral insustituible en este momento en que nos ha tocado vivir. Preparar bien una Eucaristía, supone trabajar por una comunidad consciente, y una comunidad consciente sabe que tiene su centro y su fuente en la Eucaristía, en el encuentro con el Señor. Una Eucaristía en la que todos los carismas y ministerios estén vivos. Una Eucaristía no monopolizada por nosotros, sino una Eucaristía en que todos los miembros de la Iglesia realicen cada uno sus propias funciones. Una Eucaristía que sea epifanía de la comunidad que deseamos, de la comunidad que pide al Señor. La Iglesia hace la Eucaristía, pero es la Eucaristía la que hace a la Iglesia, porque cuando la comunidad se reúne para alimentarse de la Palabra y del Cuerpo del Señor, se va transformando en lo mismo que recibe, una comunidad que al participar de la Eucaristía se cristifica, se hace semejante a Cristo, Cuerpo de Cristo en que todos sus miembros, llenos de vitalidad, expresan el amor de Dios al mundo en el lugar en que cada uno de nosotros está.

Revisemos, especialmente este año, todas nuestras actividades pastorales para ver si se está produciendo esta maravilla y este misterio entre nosotros. Para ello, como dice el Concilio Vaticano II, y nos ha recordado el Papa en sus recientes cartas sobre la Eucaristía, la Eucaristía es la fuente, el centro y la cumbre de toda la vida cristiana.

Hagamos que todas nuestras actividades, compartidas con los fieles, - con los catequistas, con el grupo de liturgia, con el coro, con quien trabaja en Cáritas, con los niños, con los jóvenes-, confluyan hacia la Eucaristía como cumbre. Que nuestras actividades, nuestros corazones, nuestros mismos sentimientos conduzcan a ese encuentro con el Señor, con todos los hermanos y con todos los que formamos la Iglesia. Y revisémonos también para ver si de esa cumbre se produce una fuente de coherencia, que se manifiesta después en toda la vida cristiana, como recordaba San Pablo a la comunidad de Corinto; si participamos de manera viva y consciente de la Eucaristía, nuestra vida será eucarística, será entregada, nuestra vida será servicio humilde y sencillo como el del Señor, en favor del hermano y, especialmente, lavando los pies de los últimos. Si vivimos la Eucaristía con coherencia, lo mismo que es nuestro alimento el Cuerpo del Señor, será el estímulo para que nosotros nos entreguemos como prolongación del Cuerpo de Cristo en el servicio a los hermanos.

Estas son realidades que sabemos, son realidades que necesitamos revitalizar para que no sean letra muerta; para eso en esta celebración invocamos especialmente el Espíritu. "El Espíritu del Señor está sobre mí, El me ha ungido". El mismo Espíritu que empuja a Jesús a su misión de servicio y de entrega, el mismo Espíritu que resucitó al Señor de entre los muertos, es el que alienta sobre la Iglesia, el mismo que vamos a invocar sobre estos óleos, con que serán ungidos los que van a ser bautizados, confirmados, ordenados y también los enfermos. Es el Espíritu que necesita la Iglesia, para que lo que el Señor nos ha comunicado y nosotros sabemos, se haga vida en nosotros. El gran desafío que tenemos los cristianos en este momento es dar vida y color a nuestra fe, dar vida y autenticidad a todo lo que llevamos entre manos. No se trata de hacer cosas distintas, sino de hacer bien y de manera coherente lo que tenemos que hacer, especialmente, ser una comunidad eucarística que testimonie la eucaristía en el servicio en medio de nuestro mundo.

Queridos hermanos y hermanas: Con esta confianza nos reunimos para invocar el Espíritu del Señor sobre estos óleos, que, en definitiva, es invocar el Espíritu para que la Iglesia siga siendo fecunda. El mismo Espíritu, que fecundó las entrañas de María Virgen, es el que fecunda a la Iglesia de la que tienen que nacer nuevos hijos, que formen parte de este Pueblo Santo y sacerdotal. Por eso, no quisiera terminar esta celebración sin hacer una alusión a María, invocada por nosotros como la Bien Aparecida, mujer eucarística, tal como nos la ha presentado también el Papa este año, en el que estamos celebrando el misterio de la Inmaculada. Y no he encontrado mejor expresión y más tierna que un recuerdo, de cuando yo era seminarista, y que Últimamente me ha venido a la memoria. Nosotros, todos los sábados, por ser aquel un seminario dedicado a la Inmaculada, nos reuníamos para cantar el misterio de la Inmaculada Concepción. Pues bien, había una estrofa en aquel canto, que quizás, en aquel momento, yo no le di demasiada importancia, pero que este año, ante esta expresión de María como mujer eucarística, me ha venido a la memoria y al corazón, y que quiero compartir con vosotros, como se comparte una fotografía ante la que uno sonríe. Decía esta estrofa dirigiéndose a María:

"De la harina sois la flor para el pan sacramentado, que nunca tuvo salvado la masa del Salvador; si para formarse amor, la previno candel, sois concebida María

sin pecado original.

María, como la harina para el pan de la eucaristía: "De la harina sois la flor para el pan sacramentado". Ella le dio nuestra carne, para que el Señor la pudiera ofrecer al Padre, como sacrificio de redención, y ofrecerla a nosotros como alimento.

Esa estrofa me ha recordado la experiencia de tantos mártires, especialmente de los primeros mártires, que en su martirio veían su cuerpo como trigo triturado para prolongar la eucaristía.

El Señor necesita también nuestra carne, nuestras manos, nuestros gestos. Nuestra pobre carne, nuestra humilde harina, para hacer de nosotros prolongación del pan eucarístico en medio del mundo. María dijo sí y se ofreció, como trigo sin salvado, como harina completamente limpia. Pues nosotros, con nuestra pobre harina, tocada por la debilidad y por el pecado, pero puesta en las manos del Señor, hagamos que cada uno de nosotros, los que formamos el Pueblo de Dios, seamos pan eucarístico en el servicio y en el amor a los hermanos.

Que ésta sea hoy nuestra acción de gracias, nuestro disfrute y también nuestro compromiso, que ahora expresamos en la renovación de nuestras promesas sacerdotales.

BODAS DE DIAMANTE, ORO Y PLATA SACERDOTALES

10 mayo 2005

Mis queridos hermanos sacerdotes, especialmente queridos hermanos sacerdotes que celebráis vuestras bodas de plata, de oro y de diamante.

Queridos hermanos y hermanas todos, especialmente familiares, amigos, feligreses y colaboradores de este grupo de sacerdotes a cuya acción de gracias nos unimos hoy con profunda alegría.

Estamos celebrando el año de la Eucaristía y en esta fiesta de San Juan de Avila, que tanto amó este admirable Sacramento, y en esta acción de gra-

cias en la que celebramos la entrega de Cristo el Señor por nosotros, la misma celebración, y sobre todo, las palabras centrales de la plegaria eucarística me inspirarán estas humildes palabras que, como hermano, os ofrezco para ayudarlas en vuestra acción de gracias, y para compartirla con vosotros. Son palabras que he recogido, sobre todo, de la última carta que nuestro querido papa Juan Pablo II nos dedicó en este último Jueves Santo y lo hago también como un sencillo homenaje de gratitud en su ministerio sacerdotal.

Que celebremos esta Eucaristía como en el cenáculo, donde los amigos de Jesús escucharon sus últimas palabras, vieron sus últimos gestos, y comprendieron, en la expresión de Juan, que nos había amado hasta el extremo.

No podemos contemplar el ministerio sacerdotal sino como un "ministerio de amor", como decía san Agustín. Pero como un ministerio de amor que viene como respuesta a haberse sentido tan profundamente amados. El sacerdote sólo puede realizar bien su oficio de amor cuando se ha sentido tan amado por Jesucristo, tan identificado con él, que ha acogido en su corazón esas palabras tan entrañables: "no os llamo siervos, os llamo amigos, porque yo os he elegido"; y sabemos que nos ha elegido sin ningún mérito por nuestra parte, que nos ha elegido conociendo nuestros límites y nuestras debilidades, pero que eso de ninguna manera ha frenado su amor por nosotros.

Queridos amigos, nuestra vida tiene esta clave: el amor. Amor que hemos recibido, y amor que hemos entregado, y que queremos seguir entregando hasta el último aliento de nuestra vida. En ese contexto del cenáculo donde los discípulos son testigos de esos signos y de esas palabras de Jesús, especialmente de la fracción del pan, lo que ellos observan es que Jesús al tomar el pan en sus manos, como recordamos en el momento de la Consagración, "dio gracias". Siguiendo la tradición israelita, en esa cena de Pascua, el Señor da gracias por las maravillas que Dios ha hecho en el pueblo de Israel, manifestaciones de su amor a lo largo de la historia. En cada Eucaristía nosotros nos asociamos a Cristo dando gracias al Padre por todas las maravillas que realiza en nosotros.

Hoy nos centramos para dar gracias por las maravillas que Dios ha hecho a lo largo de vuestro ministerio sacerdotal. Demos gracias por el inicio de vuestra vocación; cada uno recordará esas anécdotas, esos momentos, sencillos, entrañables, a lo mejor la conversación con aquel sacerdote mien-

tras erais monaguillos. ¡De qué cosas se sirve Dios para decimos que nos ama y que nos llama!

Dar gracias por vuestra respuesta; cada uno en su momento, a su edad, en su ambiente, pudo decide "Señor, quiero ir contigo". ¡Qué hermoso, cuántas ilusiones, cuánta entrega en aquel momento de la respuesta! Dar gracias por tantos formadores, por tantos amigos. Dar gracias por vuestra ordenación, que a pesar de que pasen sesenta, cincuenta, veinticinco años, es un momento que está siempre tan presente entre nosotros. Y ese momento en que estrenasteis vuestro ministerio. Ahí sí, cuántos rostros, momentos en que habéis consolado a los tristes, momentos en que habéis compartido tantas alegrías, momentos en que habéis acercado la luz del Evangelio a tantos corazones. Yeso para los sacerdotes tiene nombres, apellidos, casas, pueblos y lugares concretos. En todo momento entregabais lo mejor que Cristo había puesto en vuestras manos: su Cuerpo y su Sangre, entregado por los demás.

Os acompañamos en esta acción de gracias. Porque sabemos que Dios ha hecho muchas maravillas en vosotros y a través de vosotros. Maravillas que el mundo muchas veces no capta, que no saldrán como titulares en los periódicos, pero que ahí están. En vuestro corazón, en el de vuestros fieles, y sobre todo, en las manos de Dios.

"Tomando el pan dio gracias. Y después lo partió y dijo: Tomad, comed, esto es mi cuerpo entregado". El papa nos recuerda, en esa bellísima carta, que esta expresión no es sólo la fórmula consagradoria, sino una forma de vida. La fórmula de la Consagración, que con tanto respeto y con tanta admiración pronunciamos, es una forma de vida. Porque ser sacerdote es decir "aquí me tenéis, tomad, comed mi cuerpo, mi vida entregada por vosotros". A imagen de Cristo, Buen Pastor, el sacerdote va desgranando su vida, entregándose, dándose, y sabe que a través de esa donación quiere hacer presente la donación de Cristo. Aprendiendo siempre del Maestro, que nos ha dado ejemplo hasta entregarse hasta la muerte, y muerte de Cruz. Por eso, la entrega sacerdotal y el valor de la vida sacerdotal no se mide con parámetros de éxito, sino por parámetros de entrega, y esa solo Dios la conoce. Porque nos entregamos y nos identificamos con Cristo en la cruz cuando, a veces, pasamos momentos amargos, difíciles, precisamente por entregar la vida, por donar la vida, por desposeernos a nosotros mismos como un trozo de

pan que se ofrece y se parte para la vida del mundo, como Cristo en la Eucaristía. No sólo es fórmula de Consagración sino forma de vida.

"Entregado por todos". ¡Qué misión más bonita la del sacerdote también, como la de Cristo! Por la muchedumbre; esa expresión hebrea "por muchos" significa "por la muchedumbre", por todos los hombres, es decir, sin límites. Porque el ministerio sacerdotal no se reduce sólo a los que están en casa, sino que, como padre y pastor, se busca a los que están fuera, a los que están lejos, incluso a los que se consideran enemigos. La misión del sacerdote no es una misión reducida, sino expansiva. A veces sentir esta gran misión nos sobrecoge porque no sabemos cómo hacer ni cómo acertar, pero sí sabemos que nuestro corazón no está tranquilo mientras no llega, precisamente, al que está más alejado. Nos identificamos con Cristo buscando a todos los hombres para acercarles la buena noticia de que Dios les ama, y de que Cristo ha entregado la vida para ser el Salvador de todos los hombres y de todo el hombre. "Todos los hombres y todo el hombre" es la expresión bellísima del Concilio Vaticano II: al hombre en todas sus dimensiones; cuando hay hambre de pan o de palabra, cuando hay hambre de amor y de afecto, cuando el hombre está en soledad o es menospreciado, allí estará el sacerdote intentando partirse y repartirse para todos. Misión preciosa que cada uno de vosotros en vuestra vida también habéis podido experimentar, y experimentáis.

Este es un momento en que estamos en el cenáculo con María; ella ha estado presente en vuestra vida como madre y como maestra enseñándoos a contemplar los misterios de Cristo. Que esté siempre con vosotros el espíritu contemplativo de María. Que os sepáis acompañados por ella, porque la Iglesia, nuestra Iglesia, está siempre esperando un nuevo Pentecostés.

Quisiera compartir con vosotros una pequeña reflexión que me hacía estos días. Vosotros, queridos hermanos sacerdotes, especialmente los más mayores, habéis podido vivir el momento en que intentabais hacer vivir la Eucaristía al pueblo de Dios reunido en torno al altar. Quizás la gran tarea que tenéis las nuevas generaciones de sacerdotes -y para ellos pedimos también vuestra colaboración y vuestra oración- es saber invitar a todas las personas a que se acerquen al altar y lo descubran como fuente de vida. Vuestro trabajo, quizás, se ha desarrollado durante mucho tiempo ayudando a abrir

los ojos para contemplar el Misterio que tenían delante las personas. En este momento la labor pastoral tiene una urgencia de cómo saber convocar a ese Banquete en el que todos tenemos sitio preparado por el Señor.

Que la Virgen María nos ayude: a vosotros que habéis peregrinado durante tanto tiempo prestando este servicio, y a los que ahora estamos ocupados y preocupados para saber decir al hombre de hoy, con gestos y con palabras, con gestos adecuados y con palabras auténticas, que están invitados a esta fuente de vida que puede colmar de gozo sus corazones. Esperamos ese nuevo Pentecostés, en el que los hombres de ideas distintas, de sensibilidades distintas, como hacía el padre de la parábola del hijo pródigo, se puedan sentar en la misma mesa de la unidad y de la esperanza. Que así sea.

EN LAS SAGRADAS ÓRDENES

26 junio 2005

Hermanos sacerdotes, especialmente querido Sr. Rector, formadores del Seminario y párrocos de los ordenandos. Queridos hermanos ordenandos, queridas familias, amigos de estos jóvenes que van a ser ordenados, queridos seminaristas, queridos hermanos y hermanas todos.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor. Ha resonado fuertemente en esta Santa Iglesia Catedral este canto que, pienso, expresa muy bien lo que todos sentimos en esta solemne celebración. Dios tiene misericordia de nosotros, porque cuanto más oscuro se hace nuestro mundo, más necesitamos de la luz. Cuanto más dispersas van las ovejas del Señor, más falta hacen pastores que las congreguen y las alimenten. Cuanto más heridos están los corazones de nuestros hermanos los hombres, más falta hacen quienes, en el nombre del Señor, expresen la misericordia de nuestro Dios para sanarles. Y esto es lo que estamos experimentando esta tarde. En un mundo necesitado de Palabra de Dios, va a ser ordenado un diácono, heraldo del Evangelio y servidor de los pobres. En un mundo necesitado de reunirse en

unirse en torno a la mesa del Señor para percibir la luz de su Palabra y el consuelo y la fuerza de su presencia en la Eucaristía, van a ser ordenados estos cuatro hermanos nuestros, que serán presbíteros del Pueblo de Dios, pastores en medio de nuestra Iglesia diocesana.

Por eso, hermanos y amigos, demos gracias a Dios, porque la misericordia del Señor se manifiesta grande con ellos y con todos nosotros. La celebración de esta tarde va a ser un poco más larga por esta doble ordenación. Por eso, mis palabras van a ser muy breves y, ante todo, quieren ser una invitación para que estemos atentos y orantes, de manera que todas las palabras, que diga en el momento de la ordenación, resuenen en vuestros corazones como súplica y susciten la acción de gracias. Estas palabras os descubrirán el significado profundo de este acontecimiento en el que estamos participando.

La Palabra de Dios que hoy hemos escuchado, nos permite hacer estos sencillos y humildes subrayados.

Al escuchar la Palabra de Dios, si hoy nos hemos preguntado cómo deben ser los servidores del Señor, hemos escuchado palabras preciosas, "hombres de Dios", "santos, llenos de fe y de Espíritu Santo", "llenos de sabiduría", hombres que sepan amar a Cristo más que a nadie, hombres que estén dispuestos a entregar su vida, hombres que estén dispuestos a ir por el mundo anunciando a todos la salvación de Dios.

Queridos amigos ordenandos, este perfil es el que esperamos que el Señor os conceda en el ejercicio de vuestro ministerio. Sacerdotes santos, hombres de Dios, llenos de Espíritu Santo y de fe, llenos de la sabiduría del Evangelio, amantes de Jesucristo con toda radicalidad, hombres que estén dispuestos, a ejemplo del Señor, a regalar y a entregar la vida para comunicarla a otros.

Pero también, queridos amigos, ha aparecido un perfil de comunidad. Una comunidad que acoge a los enviados de Dios, que prepara para ellos una humilde habitación o un vaso de agua fresca. Hombres y mujeres de la comunidad cristiana que están dispuestos a escuchar sus palabras y recibir sus bendiciones. Comunidades que estén dispuestas, en medio de las dificultades, a hacer un discernimiento desde la oración, desde el reparto de tareas, para que los enviados de Dios, los pastores de Dios, puedan centrarse en su propio ministerio, en el servicio de la Palabra, en la oración por los diáconos

al servicio de los pobres, dentro de una comunidad en la que se comparten los carismas en un misterio de comunión, de manera que, en medio del mundo, son un signo que hace crecer a la Iglesia.

Amigos y hermanos: acojamos así a nuestros sacerdotes. Son nuestros hermanos y serán vuestros pastores. No dejarán nunca de ser discípulos, necesitados de vuestra ayuda y de vuestra compañía, pero serán para vosotros los enviados del Señor para discernir, unir y animar a la comunidad, de forma que crezcan todos los carismas en la armonía de la unidad y pueda crecer la Iglesia en medio de nuestro mundo.

Pero si hay que hacer un subrayado especial en la Palabra de Dios que hoy hemos escuchado, es esa expresión que Cristo repite de varias maneras: "por mí", "más que a mí", "a mí". En el Evangelio Jesucristo aparece como el que quiere ser amado por encima de todo. Aparece como el que nos enseña a tomar la cruz con El y a entregar la vida por El. A poder emprender un camino de peregrinación en medio del mundo, como enviados que necesitarán también la acogida de los hermanos.

La clave de todo lo que estamos celebrando y la clave de vuestra vida, queridos ordenando s, es Cristo. Amadle intensamente, sólo con El podréis ser los sacerdotes que la Iglesia necesita. Sin El no podréis hacer nada. Abrazaos fuertemente a su Cruz, que es un aprendizaje para dar la vida, es un aprendizaje para desprenderse de sí mismos, y entregarse al servicio de los demás, sin mirarse ni buscar nunca el propio interés o el propio egoísmo. Amad a Cristo de tal manera que vuestra vida, como la suya y unida a la de El, pueda decirse que es una entrega para que el mundo viva. Y vivid siempre en la disponibilidad de que ese amor que Cristo ha querido comunicar a todas las personas, no encuentre límites. No pongáis nunca límites a mostrar hasta qué punto la misericordia de Dios ama a todos los hombres, a todos nuestros contemporáneos. Nadie está excluido de ese amor. Y la gente percibirá ese amor de Dios, en la medida que vosotros reflejéis su misericordia entrañable para con los más necesitados de luz, de orientación y de cariño.

Sobre todo, vividlo en la comunión de la Iglesia. No emprendéis una tarea individualista, vais a entrar a formar parte de un presbiterio, presidido por vuestro Obispo, y en una Iglesia particular en la que trabajaréis como viña del Señor. Sed hombres de la comunidad y para la comunidad, nunca un

sacerdote sin entrega a la comunidad, nunca una comunidad sin referencia a los sacerdotes. Sacerdote y comunidad, pastor y grey, forman un conjunto inseparable y cualquier ruptura, cualquier grieta en esta relación, supone una pérdida irreparable para el Pueblo de Dios y para el propio ministerio. En la Palabra de Dios que hemos escuchado, aparece una comunidad que comparte carismas, aparece una comunidad en que se acogen los hermanos y se ayuda a pesar de los problemas, que busca siempre la luz de la oración y la Palabra de Dios y la docilidad del Espíritu. Sed hombres de comunidad y de comunión.

Esa comunión se entreteje, queridos hermanos, en la mesa de la Eucaristía. Sois ordenados en el año de la Eucaristía. Y el sacerdote es el hombre de la Eucaristía. Una Eucaristía bien celebrada refleja una comunidad bien formada y supone, para la comunidad cristiana, la fuente y la cumbre de toda la actividad evangelizadora de la Iglesia. Una celebración eucarística, donde los fieles participan consciente y activamente, una comunidad eucarística en la que se ponen en juego los distintos ministerios, una comunidad eucarística donde el Pueblo reunido alaba a su Señor y se alimenta de su Palabra y de su Cuerpo y Sangre, una Eucaristía que retorna fuerzas para salir y expresar en la vida que celebra el encuentro gozoso con Jesucristo, será siempre el signo y la referencia a través de la cual tendréis que hacer vuestro examen de conciencia, como sacerdotes entregados a la Iglesia en una presidencia de la Eucaristía, que significa al mismo tiempo que os entregáis a Cristo, que estáis dedicados a hacer crecer a la comunidad.

Queridos amigos, quiero tener un pensamiento para la Virgen María en este año también Diocesano y Mariano. Ella es mujer de la Eucaristía. Porque de ella tomó el cuerpo Cristo Jesús, que después lo entregó en la Cruz y nos lo sigue ofreciendo en el sacramento del altar. Mirándola a ella, sed también vosotros una transparencia de ese cuerpo entregado de Jesucristo, que vive entregándose a los demás para que tengan vida, y así contemplando el Cuerpo de Cristo entregado, nacido de la Virgen María, sed una transparencia de Cristo el Buen Pastor.

Grabaría en vuestros corazones de diácono y de futuros sacerdotes -ya dentro de un momento-: vivid siempre de este Cristo, con la Iglesia, para el mundo, el mundo os necesita para recibir la Buena Noticia del Evangelio, la

presencia del Señor que puede dar la alegría auténtica, que todos los hombres de la tierra buscan, aún sin saberlo.

Que el Señor os conceda repartir abundantemente esa alegría de Cristo a todos.

Amén.

EN LA CORONACIÓN CANÓNICA DE LA VIRGEN DEL MAR, PATRONA DE SANTANDER

Señor Alcalde y Corporación Municipal de Santander, Señor Presidente del Gobierno de Cantabria y autoridades presentes, distinguidas personalidades que ostentáis la medalla de oro de la Virgen del Mar. A todos os saludo con alegría, de manera especial, al orfebre que ha confeccionado la corona de la Virgen del Mar. Se la encargó hace 30 años D. Abrahán y hoy tiene la alegría no sólo de haberla hecho, sino de ofrecerla. Te damos nuestra más cordial enhorabuena y manifestamos nuestra gratitud. Queridos enfermos que estáis aquí presentes, y hermanos y hermanas enfermos y mayores que nos escucháis a través de la radio. Hermanos y hermanas todos que, llenos de alegría, os habéis reunido en esta isla para presenciar este momento solemne y entrañable, la Coronación Canónica de la Virgen del Mar.

Sintamos el eco de todas las generaciones que llaman dichosa a la Virgen María. Ella, humilde y sencilla, dijo un día: "dichosa me llamarán todas las generaciones". Ya lo largo de los siglos así ha sido y así es y así será. Porque María ha sido regalada como Madre al Pueblo de Dios, como modelo y figura de la Iglesia. Nosotros hoy queremos decir también: "bendita Tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre". Y queremos poner sobre sus sienes una corona, que significa, ante todo, amor, gratitud y reconocimiento; apertura de corazón para seguir su ejemplo, y actitud filial, porque la consideramos como un tesoro en nuestra vida.

Cuando Jesús regaló su madre a Juan desde la Cruz, dice el Evangelio que él la acogió en su casa, pero una lectura más atenta de la expresión grie-

ga que utiliza san Juan, no quiere decir solamente que la acogió en su casa para cuidada, sino que la acogió como uno de sus tesoros más preciados. Así se lo queremos expresar hoy también a la Virgen, en esta solemne coronación.

Amigos y hermanos, tres cosas quisiera subrayar en esta tarde. La primera, recordando las palabras de Pablo que, ante su muerte, resumía su vida diciendo que había corrido bien la carrera, que había mantenido la fe, que había llegado a la meta y que ahora sólo aguardaba la corona de gloria que Dios le tenía reservada, contemplemos así también a la Virgen María, que ha hecho el camino de la fe con fidelidad. Un camino de fe lleno de dificultades, compartiendo los dolores, la pobreza y los sufrimientos de su Hijo Jesucristo, pero que, al final del camino, participa de su gloria. Es coronada por Él y sentada junto a Él. Qué hermosos, porque son numerosísimos los cuadros, sobre todo, de tradición bizantina y de los grandes ábsides de las basílicas romanas, por ejemplo, Santa María la Mayor o Santa María de Trestévere, qué hermosos digo, esos mosaicos espléndidos, que dibujan, presentan a María sentada junto al trono con Cristo, que corona a su Madre o que, después de coronada, la abraza entrañablemente. Esto es lo que esta tarde queremos hacer. Festejar ese triunfo de María que es el triunfo de la fidelidad y de la fe, y contemplarla así también como ánimo en nuestro camino, porque nosotros que participamos también del misterio de la vida de Cristo, sabemos que, a pesar de estar muchas veces sometidos a dificultades y oscuridades, tenemos el mismo destino, compartir la misma corona.

Pero hay otro aspecto, el segundo, que quiero subrayar también esta tarde y que podía sintetizar en esta palabra puesta en los labios de María; ella, como San Pablo a una comunidad, nos dice: "Vosotros sois mi corona". La mejor corona que podemos ofrecerle a María es la vida de la comunidad. Una comunidad, una familia creyente reunida en torno a María como una diadema, en la que cada uno de nosotros, con nuestra vocación y con nuestras cualidades, somos como las perlas de esa corona que adornan a la madre. Nada mejor que nuestros corazones unidos, amándonos unos a otros, sirviéndonos unos a otros, para expresar, de la mejor manera posible, esa corona que Pablo, cuando guiaba a la comunidad que crecía en la fe y en la unidad, decía "vosotros sois mi alegría, vosotros sois mi corona". La Virgen

María nos dice a todos nosotros "vosotros sois mi corona" y, al coronarla, nosotros queremos decirle que sí, que queremos estar agrupados como pueblo, como comunidad, como Iglesia, como familia en torno a Ella, porque nada alegra más a la madre, que la unidad de la familia.

Y en tercer lugar, nosotros también queremos decirle "nuestro amor es tu corona". Nuestro amor hecho servicio y predilección hacia los más pobres y los más necesitados. Como os dije el día de la fiesta de la Virgen del Mar, en las coronaciones canónicas de la Virgen María, no sólo se ofrece una corona que adorna las sienes de la Virgen, se le regala también una corona social -como se dice últimamente-. Es una corona solidaria, una corona de amor, una corona de servicio a quienes más lo necesitan y, nosotros hoy queremos ofrecerle a la Virgen esta corona de doce estrellas. Hemos escuchado el Apocalipsis que habla de "una mujer coronada con doce estrellas". Sabéis muy bien que nos hemos dirigido a Sri-Lanka, una zona del sudeste asiático muy azotada por aquel maremoto que ha dejado tantos huérfanos. Allí, en ese lugar están las religiosas de la Sagrada Familia, las mismas que están en nuestro Seminario y en la Obra San Martín. Puestos en contacto con ellas, hemos pedido que nos den los nombres de las doce niñas huérfanas más pobres que haya en ese entorno y hemos recibido la lista. La colecta y las ofrendas que queramos hacer para honrar a la Virgen en su corona, irán destinadas a la educación y a la promoción de estas doce niñas huérfanas, cuyos nombres como doce estrellas vaya pronunciar en presencia de la Virgen del Mar y en presencia vuestra. Esas doce niñas, a través de nuestra expresión solidaria, podrán sentir el apoyo y la protección de la Virgen del Mar. Nuestro amor quiere ser esa corona de doce estrellas que adorne hoy a la Virgen, por estas doce chispas de esperanza.

Lejos de nosotros, unidos por el mar, unidos en la misma fe y amparados bajo el manto de la Virgen María.

Hermanos y hermanas, María es dichosa porque ha creído y ha sido coronada de gloria, es la "toda santa" que ha participado en la vida de Dios. Nosotros somos su corona, nuestro amor es su corona. Vivamos con devoción, con alegría, con intensidad este momento de la coronación.

MISA RETRANSMITIDA POR RNE DESDE
EL SANTUARIO DE LA BIEN APARECIDA

Is 55, 6-9

Sal 144, 2-3.8-9.17-18

Flp 1, 20 c-24.27 a

Mt 20,1-16

Mis queridos hermanos y hermanas: Desde el Santuario de la Bien Aparecida, Patrona de la Diócesis de Santander y de Cantabria, os saludo con todo afecto a todos los que seguís esta retransmisión de la Santa Misa, especialmente a los enfermos y ancianos, y a todos lo que estáis aquí presentes.

El pasado jueves (15 de septiembre de 2005) celebrábamos aquí la fiesta de nuestra Patrona multitud de fieles y clausurábamos el Año Diocesano y Mariano. Hoy estamos aquí de nuevo, dando gracias a Dios por todos los dones recibidos y os invitamos a todos los que nos escucháis a uniros a nuestra acción de gracias. Nosotros, por nuestra parte, acogemos también todos vuestros gozos y esperanzas; vuestros sufrimientos y preocupaciones, para presentarlos a Dios en esta Eucaristía, junto a nuestra Madre y Patrona.

La Iglesia es un misterio de comunión en el que todos sentimos, como propio, lo de los demás. Durante este Año hemos sentido la alegría de pertenecer a la Iglesia que peregrina siempre sostenida por el Señor y acompañada por su Santa Madre la Virgen María. Hemos recobrado ánimos y hemos tomado conciencia de la misión que tenemos en el mundo actual: mostrar a todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo el Amor de Dios, manifestado en Cristo. Cada domingo celebramos este amor; cada domingo la Palabra proclamada nos ayuda a descubrirlo: ¿Cómo es el Amor de Dios?

La parábola de los trabajadores de la viña, que acabamos de escuchar, nos ayuda a comprenderlo. Se trata de una parábola que de entrada nos desconcierta, nos descoloca, diríamos hoy. Acostumbrados a calcular y a medir el jornal por las horas trabajadas, sorprende que el propietario tenga un trato de favor con los que han llegado los Últimos: "quiero darle a este Último igual que a ti". ¿Qué quiere decimos esto? Pues que Dios no es un patrón, si-

no un Padre.

Cuando nos sentamos a la mesa de los padres, todos recibimos el mismo plato y si alguien recibe algo especial, es precisamente el débil, el frágil, el enfermo. Se trata, pues, de otra medida que supera las leyes del mundo laboral y nuestras relaciones sociales medidas por el intercambio. Se trata de un amor incondicional y gratuito; un amor que llega hasta el extremo: Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Único Hijo.

Dios nos da más de lo que podemos merecer; como el cielo es más alto que la Tierra, mis caminos, mi amor -dice de alguna manera el Señor- son más altos que los vuestros.

Esta parábola de hoy, refleja la tensión que vivían los que observaban el comportamiento de Jesús que se sentaba a comer con publicanos y pecadores y que acogía a los pequeños. Refleja también la actitud de los que en las primeras comunidades cristianas recibían con recelo a los paganos que se convertían y que entraban a formar parte de ellas, y se resistían a que fueran tratados por igual. De la misma manera, el hijo mayor, en la parábola del Hijo Pródigo, como todos recordáis, se negaba a participar en el banquete preparado por el padre para acoger al pequeño que había vuelto a casa.

Esta parábola, queridos hermanos y hermanas, nos ofrece luz a los cristianos de hoy, porque puede suceder también que los que hemos sido cristianos desde pequeños, los de siempre, podríamos decir, nos podemos resistir a compartir con los nuevos, con los que regresan, con los que vienen de lejos, todos nuestros dones, responsabilidades y servicios de la comunidad cristiana. Es frecuente esta resistencia a lo novedoso, a la acogida del hermano que llega el Último.

La Palabra que hemos escuchado, nos invita a tener un corazón grande y generoso como el de Dios; a saber agradecer sus dones que sobrepasan siempre lo que nosotros hagamos. Alegrémonos de que Dios reparta bondadosamente sus dones y ame a todos con generosidad desbordante. No pretendamos que Dios siga nuestros caminos, tratemos nosotros de seguir los suyos: es Él el que sabe amar de verdad. Nosotros ante El, siempre somos aprendices.

¡Ojalá que en nuestro corazón, resuene siempre este bello himno de la Liturgia!: "Al romper el día, nos apalabraste; cuidamos tu viña del alba a la

tarde; ahora que nos pagas, nos lo das de balde, que a jornal de gloria no hay trabajo grande".

Ahora el Señor nos sienta a la mesa de la Eucaristía; en ella nos ofrece a su Hijo entregado por nosotros, muerto y resucitado para darnos Vida. ¿Cómo podremos pagar este don admirable? Pues como María; alegrémonos, demos gracias, adoremos.

CELEBRACIÓN DE NTRA. SRA. BIEN APARECIDA

Queridos hermanos y hermanas todos: Os saludo con alegría y afecto.

Al Sr. Presidente del Gobierno de Cantabria, al Sr. Delegado del Gobierno, a la Sra. Alcaldesa de Ampuero y a los miembros del Ayuntamiento, a todas las autoridades presentes.

A vosotros hermanos sacerdotes concelebrantes, al P. Ministro General de los Trinitarios, al Provincial y a los que forman la comunidad y atienden el Santuario.

Al Sr. Vicario General y Vicarios Episcopales de la Diócesis y en particular Alejandro Canales.

A todos vosotros religiosos y religiosas y fieles cristianos que como peregrinos habéis acudido al Santuario y a todos los que a través de los medios de comunicación seguís desde vuestras casas esta celebración, especialmente a los enfermos y ancianos.

Permitidme, queridos hermanos y hermanas, que comience esta homilía, recordando los acontecimientos que hemos celebrado durante el año diocesano y mariano, que hoy clausuramos:

a) Hace 400 años se encontró aquí la imagen de Ntra. Sra. La Bien Aparecida. Escuchamos un fragmento de un relato antiguo; en él se narra que unos niños se entretenían en este lugar donde estamos, y reprendidos por sus padres "manifestaron que la causa de su demora consistía en estar mirando una pequeñísima imagen de Nuestra Señora, que con un hermoso niño en su mano derecha se les había aparecido en la ventana de la Ermita de S.

Marcos" ... "cerciorado el Sr. cura del suceso convocó al pueblo y a las justicias, y procesionalmente llegaron a la ermita, pidiendo todos a Dios con la mayor devoción, se dignase manifestarles lo que en sí encerraba, y al punto descubrieron sobre la ventana una pequeñita imagen, de una tercia, de linda hechura y materia tan primorosa, que sirve de admiración..., su rostro grave y majestuoso, con un hermoso niño en su mano derecha, reclinado hacia el rostro de la Santa Imagen, en todo agraciada y en pie, cual firmísima columna de luz inestinguible para norte seguro de los fieles.

b) Hace cien años el Obispo Vicente Santiago Sánchez de Castro la proclamaba Patrona de nuestra Diócesis, que incluye a Cantabria y al Valle de Mena. Decía: "Pongamos en Ella nuestra confianza e invoquémosla en todas nuestras necesidades: que su dulcísimo nombre de María Bien Aparecida salga a menudo de nuestros labios, brotando de nuestro corazón, y Ella será bien aparecida espiritualmente a todos, Bienaparecida, como radiante estrella, que disipando la oscuridad... nos muestra la segura senda que nos lleva hasta Jesucristo, Sol de justicia, luz del mundo".

c) Hace 50 años, el día de la Coronación de nuestra Patrona, el anciano Obispo José Eguino y Trecu hablaba así: "Alegrémonos, regocijémonos. Yo estoy como enajenado de alegría... Esa corona tiene para mí un significado que pocas palabras pueden expresar... ¡Qué historias pueden contar sobre esa corona, amadísimos hijos míos! Un joven simpático, robusto, deportista, que manejaba la "moto" y jugaba al fútbol, se acercó a la Virgen y le dijo: "Madre, toma este oro para fabricar tu corona. Es ese oro fruto de todos mis entusiasmos, de todos mis afanes, de todos mis amores, y te lo entrego a Ti por completo, Madre mía queridísima"... Se acercó una pobre mujer y dijo a la Virgen: "Toma, Madre, este pequeño óbolo. Es pobre; no puede ser más, porque yo soy una pobre viuda, y en mi casa hay infortunio. Tengo, como sabes, una hija tuberculosa. Ella también te quiere ofrecer su óbolo; te ofrece sus dolores, su vida, si hace falta"... Y también se acercó un hombre diciendo a su madre Santísima: "Yo quiero contribuir a tu corona y te ofrezco un don, pero en ese don va encerrado el perdón supremo que yo ofrezco a todos mis enemigos, hasta a aquellos que dieron muerte en lucha fratricida a mi querido hijo. . .".

Nuestra Diócesis, como bien sabéis, ha cumplido (este año sus) 250

años. y esta referencia a nuestra historia muestra cómo se ha sentido acompañada, iluminada, protegida, estimulada, por la protección maternal de la Virgen, Bien Aparecida. Pero este río de nuestra historia, en el que estamos inmersos tiene un manantial, al que permanentemente nos hemos de referir.

Un acontecimiento, del cual son un eco, los tres momentos que hemos recordado: Hace 2000 años, Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, poco antes de morir en la Cruz nos regaló a su Madre como Madre nuestra. La Iglesia, a lo largo de los años ha acogido siempre a María como Madre, entre sus tesoros más preciados.

Este acontecimiento, tan antiguo es siempre nuevo, porque Jesucristo resucitado sigue presente en medio de nosotros bendiciéndonos con todos sus dones, también el de su Madre. No vivimos de recuerdos, sino de la presencia, siempre joven y actual de Cristo Jesús, a cuyo lado encontramos siempre a María su madre. Así lo vemos con los ojos de la fe.

Ella, María, la joven de Nazaret, acogió la propuesta de Dios y con su "sí" permitió que el Verbo de Dios tornara nuestra carne en sus entrañas y se hiciera el Dios-con nosotros

Ella, envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, al mismo Cristo que hoy, escondido en el pan y el vino de la eucaristía estará sobre este altar.

Ella, siendo su madre, se hizo su discípula, escuchando sus palabras de vida y quedando muchas veces admirada, sin entender del todo, la novedad sorprendente del Evangelio, que siempre guardó en su corazón.

Ella está presente hoy, como en el Evangelio que acabamos de escuchar, con una mirada de madre, penetrante y misericordiosa ("no tienen vino") y dirigida hacia nuestras carencias fundamentales, las que nos impiden la alegría; y Ella nos indica el camino para alcanzar aquello que da plenitud y sentido a nuestra vida ("haced lo que Él os diga").

¿Qué nos falta hoy en las sociedades de la abundancia? Nos falta fe. Nuestra fe es débil, está como apagada, adormecida; por eso quizás, no acertamos a transmitirla, a contagiarla, a nuestros niños y jóvenes.

No os digo esto, queridos hermanos y hermanas, para que os desaniméis, sino todo lo contrario. El relato del Evangelio, que hemos escuchado, termina con unas palabras que nos llenan de esperanza: los sirvientes de la boda acogiendo las indicaciones de María, contemplan el signo de Jesús: la

transformación del agua en vino. Y el relato acaba con estas palabras "y creció la fe de sus discípulos en él".

¿Cómo crecer en la fe? "Haced lo que Él os diga", nos dice la Virgen María. No se puede crecer sin alimento y sin entrenamiento. Un niño para desarrollarse necesita un alimento adecuado y aprender a caminar. La expresión tan frecuente "soy creyente pero no practicante" encierra una equivocación peligrosa. ¿De verdad se puede crecer así en la fe? "Haced lo que Él os diga". Y que dice El, Jesús? "Haced esto en memoria mía" dijo al instituir la Eucaristía, alimento de la vida cristiana. Sin la Eucaristía no podemos vivir.

Por ello es vital para los cristianos redescubrir el sentido de la Eucaristía dominical; no vivida como una fastidiosa obligación. ¡Así no se puede crecer! sino como el encuentro gozoso con Cristo, que nos alimenta con su Palabra, luz en el camino, y con su cuerpo que nos va transformando el corazón para que podamos vivir como Él. Estamos destinados a ser sus imágenes, como nos ha recordado san Pablo en la segunda lectura, y sólo podemos pareceros a Él, si estamos unidos a Él.

En la Eucaristía nos encontramos también con nuestros hermanos para crecer juntos, construyendo fraternidad.

¿Hay algo más hermoso que podamos ofrecer a nuestra madre la Virgen María? Ver crecer a los hijos en torno a la mesa familiar es el gozo de todas las madres. "Haced lo que El os diga".

Dice Jesús: "Amaos unos a otros como yo os he amado". Este es nuestro programa, que hemos de ir consultando en el día a día. Abarca toda nuestra existencia y todas nuestras relaciones. Ha de ser nuestra señal de identidad. El amor verifica nuestra fe, la hace fructificar. Nos da ojos de misericordia, abiertos y atentos a las necesidades de todo tipo de nuestros hermanos. Permitid me que señale dos pistas para crecer también en el amor: la compañía cariñosa a nuestros ancianos y la acogida fraterna a los inmigrantes. Sigamos trabajando generosamente en estos campos.

Concluyo: Llenos de alegría hoy damos gracias a Dios, como Iglesia Diocesana, por la presencia de la Virgen, Bien Aparecida, entre nosotros y por su maternal protección. De ella, como madre, queremos aprender sobre todo a crecer. Le pedimos que nos conceda una fe robusta que la sepamos transmitir con alegría a nuestros niños y proponerla con convicción, sobre

todo con nuestro testimonio, a nuestros jóvenes; una fe manifestada en la coherencia de nuestra vida y en el amor a los más necesitados; una fe celebrada y alimentada en la Eucaristía.

Así todos juntos, avanzaremos por el camino de la vida, de tal forma que, un día podamos compartir con María, nuestra madre y patrona, la corona de gloria que no se marchite. Amén.

**VIGILIA DE
LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA,
7 de diciembre de 2005**

Mis queridos hermanos sacerdotes, mis queridos seminaristas, queridos hermanos, hermanas todos. Especialmente, queridas familias, que habéis venido con vuestros hijos a participar de esta solemne Vigilia en honor a la Inmaculada Virgen nuestra Madre.

El motivo principal de esta reunión nuestra es dar gracias a Dios porque María desde el momento en que fue concebida fue llena de gracia, toda limpia, purísima, no la tocó el pecado.

Dios, en María, hizo una obra maravillosa, nos la presentó como lo que Dios quiere seamos siempre nosotros: limpios, inmaculados, irreprochables por el amor.

El Señor, en ella, se adelantó, como hace siempre con sus obras, para manifestar que sólo Dios es Dios, que sólo Dios es el que puede hacer las grandes maravillas que no somos capaces de hacer los hombres, pero Dios las hace en favor nuestro.

El primer motivo de reunión, de esta noche, es dar gracias a Dios porque María fue Inmaculada, y hace ciento cincuenta años que esta verdad de nuestra fe fue proclamada como dogma, con gran regocijo para toda la iglesia.

Coincidiendo con esta fecha, hace 40 años, se clausuró el Concilio Vaticano II. Un momento de gracia, un regalo de Dios para la iglesia, que nos dio mucha luz, y mucha orientación, para seguir a Cristo, precisamente entrando en el nuevo milenio, como lo recordó el Papa Juan Pablo II. Un Conci-

lio que reflexionó sobre la iglesia, para que la iglesia reflejara siempre el rostro de Cristo al mundo de hoy. Precisamente la Constitución sobre la Iglesia comienza con estas palabras: La Luz de Cristo, que es Luz para todos los hombres resplandece en el rostro de la iglesia. En María Dios brilló, porque Ella no le puso sombras a la luz. Nosotros, en nuestro peregrinar, a veces ponemos sombras a esa luz. Somos como esos cuadros bonitos, llenos de color, pero con el paso del tiempo, el humo, la humedad, el polvo del camino, oscurecen ese cuadro, no dejando exactamente ni el color, ni la figura, y necesitamos restaurarlos. El concilio fue un gran esfuerzo para pedir al Señor que, con la fuerza del Espíritu, renovara su iglesia, de tal manera que todos nosotros, que somos iglesia, reflejáramos la luz de Cristo al mundo de hoy. El mundo ha seguido caminando. Los conflictos han seguido produciéndose, las guerras, la justicia, la incredulidad, el laicismo, nos hacen a los cristianos vivir un momento en el que experimentamos la necesidad de gritarle, otra vez, al Señor: ¡ven, Señor Jesús!.

Pero, como familia nos hemos reunido esta noche, precisamente para saborear lo que Dios hizo en María, lo que Dios quiere hacer en la iglesia, confiando en que él nunca defrauda a los que ponen en El su confianza. Podemos pasar momentos oscuros, los pasó la Virgen María, peregrina de la fe. La iglesia ha pasado momentos difíciles, pero siempre ha resultado una Madre fecunda, porque la impulsa el mismo Espíritu que formó en las entrañas de María a Cristo, el Hijo de Dios, como hombre, para que naciese como hermano nuestro. El Espíritu Santo continúa derramándose sobre la iglesia, para que nosotros, reproduzcamos en este momento la imagen de su Hijo en medio del mundo.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, esta vigilia es una vigilia de esperanza. Es una vigilia de fe. Es una vigilia de amor. Hoy, nosotros, necesitamos recuperar estas tres virtudes teologales que son regalo de Dios. La fe es la que vence al mundo. Fiarse de Cristo, apoyarse en El, no fiarse tanto de nuestros propios proyectos sino de los suyos, y poner en el Señor toda nuestra confianza, y dejar que lo que El nos ha dicho impregne nuestro corazón y nuestra vida a pesar de las oscuridades, nos hará presentarnos ante el mundo dichosos, por haber creído. Cuantas veces, yo creo que os he repetido en las fiestas de la Virgen María, que Ella fue una mujer de fe, pero con una fe

puesta a prueba. El ángel le dice que su hijo será Hijo del Altísimo, que heredará el trono de su Padre, que reinará en la casa de Jacob para siempre, y que su reino no tendrá fin. Y que es lo que vio María: a un pobre niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre, porque no había lugar para él. ¿Cómo fue la vida de ese niño que crecía en un humilde taller de un pueblo pequeño y desconocido en Nazaret? ¿Cómo fue el triunfo de su hijo? Apenas un momento en que la población le aclama, pero que inmediatamente grita que lo crucifiquen, y lo ve morir en una cruz. La vida pareció desmentir las promesas de Dios, pero María se fiaba de Dios, y continuaba como virgen fiel. Le había dado un Sí a Dios, en la sencillez de Nazaret, y mantuvo ese sí a lo largo de las pruebas, del tiempo y del sufrimiento, hasta estar de pie junto a la cruz de Jesús. En María se cumplió aquel saludo que le dijo su prima Isabel: dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá. Hoy, después de dos mil años, cuantas iglesias, cuantas catedrales, cuantas comunidades cristianas a lo largo de todo el mundo, estamos diciéndole: dichosa tú que ha creído, lo que te ha dicho el Señor se ha cumplido. Te llamarán dichosa todas las generaciones, porque el Señor ha hecho en ti maravillas. Las hizo desde el instante de su concepción, las hizo hasta llevarla con Él gloriosamente al cielo. El Señor ha hecho en María obras grandes. Pero Ella fue la virgen fiel que se fió de Dios en medio de la oscuridad, del silencio y de la prueba. Esa es nuestra condición, queridos amigos. Al creyente no se le ahorran las pruebas. La fe se aquilata en el momento de la prueba. Abraham, Pablo, los grandes amigos de Dios, han sido probados. Pero la fe, en ellos, ha vencido. Pidamos a la Virgen María que la fe venza en nosotros. Y si esa fe está arraigada, y si esa fe impregna todo nuestro estilo de vida, viviremos la esperanza y saldremos por los caminos del mundo a encontrarnos con los jóvenes, con los hijos dentro de la familia, para decir: mirad a nuestro Dios, cuanto nos ama; mirad los caminos de Dios, que son caminos de auténtica felicidad, no caminos engañosos que prometen y no dan, como tantas cosas en la vida que son como un espejismo: nos prometen la felicidad, y el hombre de hoy va alocado intentando arañar esa felicidad que se le va escapando. No, nuestro corazón está hecho para Dios, y sólo se llenará de auténtica alegría si se llena de Dios.

Queridos amigos: transmitamos la fe con esperanza, como el sembrador, como el que sabe que la semilla y el grano quedan hundidos en la tierra, pero que el Señor tiene su tiempo para que esa semilla florezca. Hace pocos días, pocas semanas fue beatificado Carlos de Foucauld. Era un hombre vicioso, del ejercito y en el desierto, mirando como oraban los árabes, seguramente los beduinos del desierto, él sintió como un anhelo de Dios. Fue a hablar con un sacerdote, y le dijo: vengo a hablar de Dios. El sacerdote le dijo: antes de hablar de Dios, pídale perdón. El respondió: No, no he venido a pedirle perdón. Le dijo el sacerdote: pídale perdón y hablaremos bien de Dios. Este hombre fue humilde, y este que era tan vicioso y tan caprichoso, después era capaz de alimentarse con unos pocos dátiles, adorando al Señor en medio del desierto, y dando testimonio de El ante los beduinos. Intentó por tres veces hacer una orden religiosa. No encontró ni un solo discípulo, y murió. Le confundieron como un espía. Estaba adorando al Santísimo, y por el suelo cayó el Santísimo, cayó Foucauld, cayeron sus cuadernos y sus proyectos. Todo parecía que terminaba en un desastre, y unos años después, desde aquellos cuadernos, ha nacido en el seno de la iglesia una nueva orden religiosa, la que él había diseñado: semilla

Padres, abuelos, jóvenes: hablemos de Dios con pasión. Hablemos de Dios con alegría. Hablemos de Dios, sabiendo que El siempre nos sobrepasa y que nuestras palabras son siempre pequeñas. Sembremos. El Señor sabe cuando es el momento de florecer. El almendro en el invierno parece que está muerto, rugoso y seco. No hay árbol que se llene más de flores, en primavera, que el almendro. Por eso era signo profético. Cuando el Señor le pregunta Jeremías: qué ves. Veo una rama de almendro florecida.

Amigos sembremos. Seamos testigos de la fe, con la misma fe y la misma esperanza de María. Ahora bien, con una fe y una esperanza que se manifieste en el amor. No hablemos de Dios sin amarle. No hablemos de amor a Dios sin amor al hermano. No digamos palabras de Dios que no vayan acompañadas por gestos humildes y sencillos de servicio, de compañía y de interés por el otro. No profanemos el nombre de Dios, dejando que nuestra vida no refleje lo que pronuncian nuestros labios.

María, nuestra Madre, la Inmaculada, la que dejo que Dios hiciera en Ella maravillas, fue Madre de misericordia, como acabamos de ver en el

evangelio que acaba de ser proclamado. Ojos abiertos, corazón atento a las necesidades de los hermanos: No tienen vino. Que todos los cristianos sepamos ver que es lo que falta al hombre de hoy, a esa dignidad de la persona humana, tantas veces vituperada, ridiculizada; a esa dignidad de la persona humana herida por el hambre, por la guerra, por las desuniones, por los insultos. A esa dignidad de la persona humana tantas veces en soledad y en tristeza, porque no encuentran un hermano que se ponga a su lado.

Hermanos y amigos, en esta vigilia de la Inmaculada, abramos los ojos como Ella. Que ella nos de ojos claros, y ojos de misericordia, para descubrir toda miseria humana, y para que nos inspire el gesto y la palabra oportunos, el servicio y la caricia. La misma corrección, cuando la tengamos que hacer, hecha con cariño; y la capacidad de desprendernos para compartir con los demás, incluso lo que es necesario para nosotros.

Queridos amigos, María es modelo de fe, de esperanza, y de amor. Dios hizo maravillas en ella, desde el instante de su concepción. A lo largo de toda su vida, el Concilio Vaticano II nos lo recordó, ella es modelo y figura de la iglesia, porque lo que Dios ha hecho en ella es lo que quiere hacer en cada uno de nosotros. Que así sea.

DEDICACIÓN S.I. CATEDRAL

12 diciembre 2005

Queridos seminaristas, queridos hermanos hermanas:

Cristo es el nuevo y definitivo templo que tenemos los cristianos, roto y destruido en la tarde del viernes Santo. Dios Padre lo reconstruyó al tercer día, cuando resucitándolo, como primogénito de entre los muertos, es ya para siempre el único y definitivo templo, desde el cual con el cual podemos ofrecer a Dios el culto que le agrada. Esta afirmación sobre Jesucristo, como templo nuevo, es importante subrayarla en este día de la consagración de la Iglesia Catedral.

Cristo, el nuevo templo, nos ha hecho a nosotros, por la gracia del bautismo, piedras vivas de este mismo templo, porque nos ha hecho miem-

bros de su Cuerpo, y la iglesia, la comunidad cristiana, es templo del Espíritu Santo. En él cada uno de nosotros, como piedras vivas, distintas, enriquecidas por distintos carismas, embellecemos y hacemos presentes.

El pueblo de Dios, en medio del mundo, hacemos presente a la Iglesia como sacramento universal de salvación, como gran sacramento que manifiesta la unión con Dios y de los hombres. Pero esta comunidad cristiana se reúne en edificios para celebrar los sagrados misterios. La comunidad cristiana se reúne en lugares para orar en común. La comunidad cristiana se cobija bajo techo para ir creciendo, por su vinculación a Cristo, y entrelazando los lazos de la Caridad Cristiana. Por eso a las casas donde se reúne la Iglesia, la comunidad, según hemos acabado de hablar llamamos iglesias. Pero estos edificios materiales son un símbolo, un recuerdo permanente de lo que somos nosotros, la comunidad recreativa.

Y desde estas iglesias, la Iglesia Catedral es el signo de unidad, lugar desde el cual el sucesor de los apóstoles predica la palabra de Dios, preside los sagrados misterios y da las directrices para ayudar al pueblo cristiano. Así la Iglesia Catedral, la que guarda la cátedra del Obispo, tiene una significación especial de unidad y de signo de presencia de la Iglesia en medio de la diócesis.

Por eso hoy, queridos amigos, después de las circunstancias que se han explicado en la monición de entrada, nosotros tenemos el gozo de dedicar esta Catedral, en la que ya nos venimos reuniendo, a Dios nuestro Señor. Lo hacemos para tomar conciencia de que este lugar es un lugar, como diría Jacob, santo porque es un lugar de encuentro con Dios y con los hermanos. Esta es una casa de oración. Esta es la casa de la gran familia de la iglesia que peregrina por tierras de Cantabria y de Mena. Por eso sentimos hoy alegría por pertenecer a la Iglesia, por pertenecer a Cristo, y por estar incorporados a El para dar gloria a Dios, y desde El, pedir por nuestros hermanos los hombres.

Pero además, como hemos escuchado en el evangelio Jesucristo, en las Iglesias de nuestros edificios, en la comunidad, nos recuerda que El se adelanta siempre a nosotros. Es un Dios que nos dice: quiero entrar en vuestras casas, quiero entrar en vuestra vida, como le dijo a Zaqueo. Zaqueo era un publicano mal visto por sus paisanos, mal considerado en su sociedad.

Era un hombre que además, nos dice el evangelio, era bajo de estatura, que necesita subirse a un árbol para dislumbrar a Jesucristo que pasaba cerca de El. Su sorpresa es que Cristo quiere hospedarse en su casa. La Iglesia Catedral, en medio de nuestra ciudad, es un signo de que Cristo quiere habitar entre los hombres, de que Cristo quiere ser luz para nuestra vida, de que Cristo quiere ser salvación para que, como Zaqueo, se sientan necesitados de salvación, buscando la verdad que Cristo, buscando y ansiado, aun muchas veces sin saberlo, esta alegría que solo puede venir de Dios. Jesús en casa de Zaqueo dijo unas palabras que llenan de consuelo, porque ha venido a buscar lo que estaba perdido, El ha venido a curar lo que está enfermo, El ha venido a salvar al hombre al que tanto ama. Por tanto, en medio de la ciudad, en medio de nuestra diócesis, la Catedral es un signo del amor de Dios que quiere ser Dios con nosotros, que quiere vivir en medio de nosotros, porque viene a aliviarnos de nuestras angustias, a poner luz en nuestras oscuridades y hacer de nosotros un pueblo santo,

Por eso mis queridos hermano y hermanas, sacerdotes, seminaristas, religiosos, religiosas y laicos, el participar en esta sagrada acción que celebramos esta tarde nos compromete a todos a hacer de la Catedral un centro de espiritualidad que manifieste la presencia de Cristo como el que ama a todos los hombres y mujeres que por aquí pasen. Es importante que caigamos en la cuenta de que la Consagración tiene un signo: la unción con el Crisma que se ha derramado sobre el altar y con los que surgieran los muros del altar. Nosotros hemos sido ungidos por el Santo Crisma, nosotros hemos sido ungidos por el Espíritu Santo para manifestar en medio del mundo esta gran maravilla de Dios, que es su amor eterno e incondicional por todos los hombres. Hagamos todo lo posible para que esta Catedral, hoy consagrada y dedicada a nuestro Señor, sea siempre para todos un lugar santo, un lugar en que todos nos sintamos llamados a la Santidad. Que vengamos a la Catedral siempre con ganas de crecer en el seguimiento de Jesucristo. Que renovemos en la Catedral nuestro compromiso a anunciar las maravillas de Dios donde quieras que estemos y que, con todos los servicios que podemos prestar en este lugar, resuene sobre todo la alabanza y la gratitud a Dios nuestro Padre por lo que nos ama. Y todos los hombres y mujeres que por ella pasen puedan experimentar cuanto son amados por Dios.

Cristo, el Señor, en este día a través de nuestros corazones nos dice las mismas palabras que dijo en casa de Zaqueo: hoy la salvación ha llegado a esta casa. Porque Cristo, el Salvador, se hace presente aquí ahora y para siempre en favor nuestro, para que unidos a Él, hijos en el Hijo, adoremos al Padre en Espíritu y en verdad.

Que Santa María, la Virgen titular de esta Iglesia Catedral, que fue el primer templo que tuvo el Verbo encarnado en nuestra tierra, y en este tiempo de adviento, nos ayude a acoger siempre a Cristo en todas nuestras vidas, para que donde quiera que estemos, como hizo Ella en la visita a su prima Isabel, siendo portadora de Cristo, discreta humilde, pero portadora de Cristo y portadora de alegría, haga también de nosotros portadores de Cristo y alegría donde quiera que estemos.

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR.

Misa de medianoche,
25 de diciembre de 2005

Os saludo con todo afecto mis queridos hermanos sacerdotes: Sr. Vicario General, Sr. Deán de la Catedral, hermanos del Cabildo Catedral, sacerdotes de las parroquias del centro de Santander y hermanos sacerdotes que os habéis incorporado a esta solemne concelebración. Os saludo con todo afecto, mis queridos hermanos y hermanas todos, especialmente a los que formamos esta Unidad Pastoral del centro de Santander, comprometidos en hacer significativa nuestra presencia en medio de nuestro mundo, de una manera humilde y sencilla, para proclamar la alegría de la Navidad, a vosotros, hermanos y hermanas todos los que, de distintos lugares, habéis acudido a la iglesia Catedral por formar esta gran familia, en la que nos alegramos de acoger también a los hermanos y hermanas, que han venido de otras naciones y que comparten la misma fe y la misma alegría. Bendigamos al Señor de todo corazón. Démosle gracias por estar aquí reunidos.

Esta es una noche, que podríamos o desearíamos detener y saborear como un dulce de navidad, porque no hay nada más dulce que el mismo Señor que se nos ofrece: *gustad y ved qué bueno es el Señor*.

Hoy tenemos la alegría de gustar su presencia, de disfrutar de su amor, de sentirnos acompañados por Él, de estar iluminados por su luz, de estar reunidos como la familia de los hijos de Dios.

Permitidme unas breves palabras, pero quisiera que llegaran a vuestros corazones, simplemente para que resuene con fuerza este evangelio tan hermoso que acabamos de escuchar.

Si hace unos dos mil años una humilde muchacha daba a luz en un lugar que era un sencillo pesebre, porque no había lugar para esta familia en Belén, y esa noche, en que todo parecía que seguía el ritmo normal, ocurrió algo tan importante porque el hijo de María era el mismo Hijo de Dios que toma nuestra carne, ¡cómo podemos callar en esta noche sin proclamar esa Buena Noticia! Nuestro corazón estalla de alegría.

Es una noche de alegría. La alegría es posiblemente el sentimiento que mejor caracteriza la Navidad de los cristianos, porque a pesar de que vivamos momentos de oscuridad, a pesar de que añoremos la compañía de seres queridos, a pesar de que sintamos el mordisco de la enfermedad, a pesar de todas nuestras noches y oscuridades, se nos da una Buena Noticia para todos: "Nos ha nacido el Salvador". El Hijo de Dios ha venido a compartir nuestra humanidad, para que nosotros podamos ser partícipes de la misma vida de Dios. El Hijo de Dios ha venido a vivir en medio de nosotros, ofreciéndonos el mayor regalo que ha podido recibir nunca la humanidad: la salvación, la esperanza, la luz, la vida eterna.

Todo lo que para el hombre quedaba cerrado, quedaba obnubilado, se iluminó, porque el Hijo de Dios tomó nuestra misma naturaleza en el seno de María Virgen y nació como Luz del mundo.

Por tanto, queridos hermanos y hermanas, alegraos. El ángel les dijo a los pastores: "mirad que os traigo una buena noticia, una gran alegría, que lo será para todo el pueblo..., os ha nacido el Salvador". Sí, para ti, para mí, para los que están más cerca y para los que están más lejos, ha nacido el Hijo de Dios.

El Papa ha escrito un documento importante que empieza con estas palabras: "Despierta hombre, pues por ti Dios mismo se ha hecho hombre". Que cada uno de nosotros reciba esta noche esta buena noticia y estalle siempre nuestro corazón de alegría.

Pero además, esta Nochebuena es una noche de adoración. Ante este misterio no podemos sino adorar. Nuestras figuras del belén, en torno a la cueva, siempre ponen a los reyes, a los pastores en actitud de adoración. Esta noche nuestro corazón debe estar, también, en esta misma actitud. Y para entender esta palabra, yo quisiera subrayar la explicación que dio a los jóvenes, precisamente en Colonia, el Papa Benedicto.

Adorar, en griego, pone de relieve, sobre todo, la postración. Ante un misterio, que nos desborda, el hombre se siente débil, pequeño y se abandona a la voluntad de Dios, humillándose delante de Él, porque sólo Dios es Dios, y sólo Dios nos puede sorprender de esta manera, como lo hizo en esta Nochebuena, que dura todos los siglos, porque para siempre su Hijo es para nosotros.

Adorar significa, por tanto, ponerse en las manos de Dios y en la providencia de Dios, reconociendo su dignidad y nuestra pequeñez. Pero, adorar, en latín, pone de relieve, sobre todo, la palabra "besar", que significa acercarse, "sí" al misterio, pero a un misterio que se nos hace tan cercano, tan entrañable, que lo podemos besar esta noche. Dios tomó nuestra carne, nosotros lo podemos besar. Porque el Hijo de Dios tomó nuestra carne, nosotros podemos tener un encuentro personal con Él; nosotros, al que era invisible, lo hemos podido ver, no con nuestros ojos de carne, pero sí con nuestros ojos de la fe. Y esta noche, queridos amigos y hermanos, acerquémonos al Niño para adorarlo, porque ese Niño es Hijo de Dios; para besarle, porque ese Dios se nos ha hecho el Dios cercano.

En tercer lugar, la Nochebuena es noche de compañía. ¿Por qué? Porque ya nunca podemos estar solos. Nunca está solo el que cree, porque "el que cree" sabe que Dios se ha hecho tan cercano que, aun viviendo los momentos más oscuros de la vida, nunca podremos decir que Dios se olvida. El Hijo de Dios se hace Dios con nosotros, nos acompaña en el camino de la vida, nos acompaña en nuestra existencia y nos acompaña con nuestro amor. Por eso, queridos amigos, este misterio de la Navidad, de la cercanía de Dios.

¿Qué Dios se ha hecho más cercano que nuestro Dios? ¿Qué Dios se ha hecho tan Niño como Cristo? Los cristianos vivimos la compañía y la cercanía de Dios. Y, por eso, porque está tan cerca de todos nosotros, nosotros tenemos que estar cerca unos de otros, porque Dios nos ha enseñado a hacernos próximos, porque Él se ha aproximado a nosotros y nos ha enseñado que el hombre es verdaderamente hombre cuando sabe hacerse próximo a su hermano. Y, por eso, acercarnos al Niño Dios y sentir su cercanía nos da un corazón grande, un corazón abierto, un corazón cercano para que nada de los que ocurra a cualquier hermano nuestro, por muy lejos que esté, lo sintamos con indiferencia. Al contrario, su dolor, sus miedos y sus esperanzas los sentimos como nuestros propios anhelos y esperanzas.

Esta noche, queridos amigos, debemos sentir en nuestro corazón resonar toda la humanidad. Por eso debemos pedir pan para los que no lo tienen, por eso tenemos que pedir paz para los horrores de la guerra, por eso, tenemos que pedir cultura para los niños y los jóvenes que no tienen oportunidades para aprender; por eso, queremos pedir la fe, para que todos los hombres puedan descubrir este misterio; por eso queremos pedir solidaridad, para que todo el mundo sea esta gran familia que el Hijo de Dios ha venido a hacer en medio de nosotros.

Hermanos y hermanas: ¡Alegraos! ¡Un Niño nos ha nacido! Amigos y hermanos, adoremos, porque este Niño es el Hijo de Dios. Amigos y hermanos, acompañémonos, porque Dios se ha hecho el Dios con nosotros. Que así sea.

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR**25 de diciembre de 2005,****Misa del Día**

Mis queridos hermanos sacerdotes del Cabildo Catedral, queridos hermanos y hermanas todos:

Reunidos para celebrar esta solemnidad del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, a todos os deseo una Feliz Navidad en la paz y en la alegría de Nuestro Señor, que es nuestra vida. A todas vuestras familias deseo que llegue esta luz que siembra esperanza y gozo en los corazones. Esta luz que nos permite caminar en el amor estrechando cada día, pero si cabe mas en estos días tan entrañables, nuestros lazos de amor y de unidad.

Bien sabéis que la iglesia en esta solemnidad tiene tres celebraciones de la Eucaristía. Una en la media noche, que celebramos ayer por la noche, con la proclamación del Evangelio de Lucas en la que se contempla a Jesús Niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre, el anuncio a los pastores como anuncio de la una gran alegría porque nos ha nacido el Salvador y el canto de los ángeles en el cielo: “gloria a Dios y en la tierra paz”.

La iglesia propone también una celebración para el inicio del día, y en ella se proclama el evangelio de la vuelta de los pastores, los pastores que han contemplado al Niño, que han visto cumplidas las palabras del anuncio del ángel, vuelven dando testimonio de alegría y contando a todos lo que han visto y oído: la buena noticia de Jesús se difunde de boca en boca por toda la tierra

Y en medio del día, en esta misa solemne del día de Navidad a medio día, la iglesia nos invita a contemplar a Jesús como la Palabra que nos ha dicho el Padre. La Palabra hecha carne, que ha acampado en medio de nosotros.

En esta celebración, mis queridos hermanos y hermanas, se nos invita a despertar nuestra mirada de fe para que, viendo al Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre, nos sintamos sobrecogidos por el gran misterio que este Niño representa: es el Hijo de Dios, es la Palabra de Dios eterna por las que se hicieron todas las cosas, que ha venido a habitar en medio de nosotros, y también en esta contemplación constatar hasta que punto

la humanidad se equivoca cuando a esta Palabra que Dios nos ofrece le cierra las puertas: "vino a los suyos y los suyos no le recibieron".

Nosotros estamos aquí, mis queridos hermanos y hermanas, para acoger esta Palabra. De muchas maneras habló Dios antiguamente, pero Jesucristo, en su Hijo nos ha dado la palabra definitiva. Y ¿qué dice esta palabra?, ¿qué dice Dios en Cristo Jesús hecho hombre por nosotros?. Pues nos dice no sólo que nos ama de palabra, sino que esa palabra de amor se hace carne en medio de nosotros, para que lo que era invisible nosotros lo veamos, para que lo que era impalpable nosotros lo podamos tocar, para que el Dios eterno lo podamos ver entrando en el tiempo y en la historia de los hombres. Dios nos ha una palabra y esta palabra es una palabra de amor, amor encarnado, amor entregado. Un amor lleno de gracia y de verdad. Entonces si Dios nos ha dicho esta palabra tan importante, si Dios nos ha comunicado cuanto nos ama, en cada Navidad nosotros nos debemos preguntar ¿cuál debe ser la palabra de respuesta al Señor?. Si Dios nos ha dicho esta palabra de amor, en su Hijo Jesucristo ¿qué palabra tendrá que brotar de nuestro corazón dirigida a nuestro Dios como respuesta?.

Hace unas semanas en un encuentro de familia, en un retiro en que había muchos niños, recuerdo que la celebración de la Eucaristía en un grupo más reducido, les pregunte a los ni(os): ¿cómo podemos nosotros amar a Jesús que tanto nos ha amado? Un ni(o precisamente dijo: pues amando a los que están a nuestro lado. ¡Que bien!. Vuestra respuesta de amor a Dios tiene que pasar por la respuesta de amor a quienes están a nuestro lado. La acogida del Señor en nuestro corazón, que ha venido a habitar en medio de nosotros será auténtica cuando rebose de nuestro corazón ese amor que se difunden a quienes están a nuestro alrededor.

Por eso, mis queridos hermanos y hermanas, en estas Navidades reforzad el amor en vuestras familias. Que sean días de perdón, que sean días de proyectos nuevos, que sean días de recomenzar de nuevo esa tarea del amor de cada día. Si nos faltan fuerzas tomemos conciencia de que nuestra fuerza para amar nos viene de Dios. Si Dios ama siempre, sin limite, pongamos amor en nuestros puestos de trabajo, en el lugar donde estudiamos, en donde trabajamos, donde convivimos con nuestros vecinos. Pongamos amor. Que se note que en nuestro corazón habita Jesucristo, palabra hecha

carne, y que su amor se difunda a través de nosotros en estas relaciones de buena vecindad, de colaboración, de cercanía, especialmente al que sufre y al que esta solo. Y que nuestro amor a Dios vaya todavía más allá. Que nada humano nos resulte indiferente. Que donde quiera que sepamos que hay pobreza, que hay tristeza, que hay desolación, que hay incentivo, nosotros acogiendo a la palabra de Dios en nuestro corazón podamos decir, también en estas situaciones, una palabra de esperanza, una palabra de solidaridad, una palabra de testimonio cristiano.

Hermanos y amigos, la palabra se hace carne para que nosotros, humildes en nuestra carne, podamos ser amor. La palabra ha venido a nosotros para que nosotros podamos ser hijos de Dios. Que vuestra vida de santidad refleje vuestra dignidad de cristianos. Que vuestra vida de seguimiento de Jesucristo refleje ese intercambio que Dios ha querido hacer con nosotros tomando nuestra humanidad. Que haga reflejar en todas nuestras personas, y en nuestra manera de vivir, los signos también de la debilidad que Dios con Jesucristo se refleje a través de nuestras personas. Así podemos contribuir para que nuestro mundo viva siempre esa experiencia de una Navidad permanente,

Hemos de evitar que la Navidad solo produzca en nosotros unos sentimientos fugaces, como de fuego de artificio. No podemos dejar que la Navidad sea solo una peque(a decoración de nuestra vida. El misterio de la Navidad debe introducir una transformación profunda en nuestros corazones.

Que María la Virgen en cuyo seno la Palabra se hizo carne, porque Ella respondió y acogió con toda su persona la propuesta de Dios, nos enseñe a vivir esa Navidad permanente. Que así sea.

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR 2 de febrero de 2006

Mis queridos hermanos sacerdotes; queridos hermanos y hermanas consagrados; queridos seminaristas; queridos hermanos y hermanas todos.

La escena que el evangelio pone ante nuestros ojos es una escena humilde. Una mujer, que había dado a luz hacía cuarenta días, se presenta en el Templo para la purificación y para consagrar a su primogénito, ofreciendo por él un par de tórtolas o dos pichones. Es la ofrenda de una familia pobre.

Se encontró con un “pueblo” pobre, anciano, en el que la esperanza de Dios no se había agotado, a pesar de su larga espera, a pesar de las pruebas duras. En ese encuentro a María se le dice que una espada atravesará su alma, y que ese niño será signo de contradicción y bandera discutida en medio del mundo. Es una escena que podríamos llamar pobre, hasta dramática y, sin embargo, está bañada de una alegría, de una serenidad y de una esperanza desbordantes. Nadie como aquel Niño sabría ofrecerse a Dios. Él se ofrecería hasta el sacrificio de la Cruz, enseñándonos a ser en él hijos obedientes, porque su obediencia se hizo extrema, hasta la muerte y una muerte de cruz. Todo para el Padre. Todo entregado a la voluntad del Padre.

Una persona consagrada es una persona que reconoce que pertenece a Dios, y nadie ha pertenecido más al Padre que Cristo entregado totalmente a Él. En aquel Niño, los ojos cansados de aquellos dos ancianos se vuelven luminosos por la esperanza, porque ven que en aquel Niño hay un brote nuevo, hay una luz nueva que iluminará a todas las naciones. La esperanza de los pobres nunca queda defraudada.

Y Simeón y la profetisa Ana son el signo de que Dios cumple las promesas y al ver éstas cumplidas en aquel Niño pequeño y humilde, de nuestra misma carne y sangre, de nuestra misma condición, reconocen al Enviado de Dios para dar luz y salvación a todas las naciones. Y María que, acompañada por José, escucha esa profecía de dolor, asume la misión de asociarse a la vida de su Hijo, compartiendo con Él la ofrenda y la obediencia, la confianza sin límite, aunque pasando por las pruebas duras que la llevarán hasta estar de pie junto a la Cruz de su Hijo.

Mis queridos hermanos y hermanas, dentro de la fiesta de la Presentación del Señor, celebramos la fiesta de la "Vida Consagrada". Este año con este lema tan sugerente: "Buscando sólo y sobre todo a Dios", uniendo la contemplación al amor apostólico. ¡Qué más hermoso para una persona consagrada, y para todos los que hemos sido consagrados también desde nuestro bautismo a Dios nuestro Señor, que hacer de nuestra vida una búsqueda apasionada de Dios! No tengamos miedo de buscar a Dios, a Él sobre todas las cosas, porque en Él encontramos la clave de todas las cosas. Cuando buscamos verdaderamente a Dios, encontramos el camino para amar profundamente a los hombres, porque nadie nos ha amado ni nos ha mirado con más ternura que el mismo Dios. Por eso, adentrarnos en Dios, ofrecernos a Dios, buscar a Dios en la contemplación, nos devuelve a los hombres con un amor entrañable, incansable, que es capaz de asociarse a la ofrenda de Cristo en la entrega de la propia vida.

La fiesta de la Presentación del Señor, queridos hermanos y hermanas, en estas circunstancias en que estamos viviendo, nos invita a obedecer a Dios por encima de todo, ofreciéndonos a Él, a no sentirnos propietarios de nuestra vida. El hombre de hoy, ¡cuántas veces se siente protagonista total de la propia historia sin referencia a Dios! Nosotros sabemos que sólo con Dios participamos en una Historia de Salvación.

Nosotros, a pesar de ver personas mayores, a pesar de vivir la preocupación que, sin duda, estamos experimentando en muchas comunidades de nuestra Iglesia, tenemos que dar testimonio de que la esperanza de los pobres nunca queda defraudada. Y tenemos que pedir al Señor esa mirada de Simeón y de Ana, que nos permita ver en los pequeños brotes que el Señor pone delante de nuestros ojos, que Dios es grande para hacer florecer y fructificar allí donde nosotros no vemos más que callejones sin salida; que Dios es capaz de convertir el desierto en vergel; que Dios es capaz de transformar el corazón humano. Ahora, eso sí, pasando siempre por la prueba de la entrega, de la participación en la cruz, del sufrimiento, de la abnegación como María.

En esta fiesta de la Presentación del Señor y unidos al que se ofreció hasta la muerte de Cruz, renovemos nuestra ofrenda al Señor y reavivemos nuestra esperanza. Que así sea.

MIÉRCOLES DE CENIZA - 2006

Queridos hermanos y hermanas, todos, reunidos para celebrar juntos este inicio de la Cuaresma.

La Cuaresma es un tiempo de gracia; la Cuaresma es un tiempo fuerte, en el que debe resonar en nuestros corazones la invitación que nos hace el Señor de convertirnos hacia Él. La Cuaresma es tiempo de gracia, es tiempo de salvación. Y no porque los demás días no lo sean. Pero las personas necesitamos que haya tiempos que nos vayan recordando los ritmos de la vida. Cada día es importante para nosotros en nuestra vida, pero, el día de nuestro cumpleaños, tomamos conciencia de ese paso del tiempo; cada comida es importante en nuestros días, pero en un día de fiesta, cuando nos reunimos en familia y con los amigos, la comida de ese día especial queda especialmente resaltada como un momento de encuentro, para estrechar los lazos de nuestra familiaridad. Las personas necesitamos ritmos en la vida, para no caer en la monotonía y para no desviarnos del camino, porque, a veces, insensiblemente, nuestro corazón puede cerrarse a Dios y puede cerrarse a los hermanos.

La dirección de nuestra vida puede ir desplazándose hacia nuestros intereses, en vez de seguir los intereses de Dios. Nuestra existencia puede paulatinamente ir dando la espalda a Dios en vez de darle la cara. Así somos los humanos, somos frágiles, somos débiles, somos pecadores. Por eso necesitamos todos –el primero el que os está hablando– que Dios nos recuerde en este ritmo del año litúrgico: “Conviértete, ven a mí, endereza tu vida”. Podíamos decir: afina las cuerdas de tu guitarra, para que suene bien, a tono con lo que Dios espera de nosotros. Revisa la dirección de tu volante, para que no te salgas de mis caminos. Revisa tu corazón, para ver si mantienes el amor a mí y a mis hermanos. Esta es la invitación que nos hace el Señor. Por eso, queridos amigos, permitidme esta sencilla reflexión.

El tiempo de Cuaresma es tiempo de Dios y es tiempo para Dios. Es tiempo de Dios, porque Él nunca se cansa de corregirnos, de ayudarnos, de darnos la mano, de levantarnos de nuestras humillaciones y de nuestros fracasos. Dios es siempre el Padre tierno, que se inclina hacia nosotros para le-

vantarnos y a quien podamos mirar cara a cara, como el padre se inclina al niño pequeño y lo levanta hasta su propia altura. No porque el niño pueda, sino porque el amor del padre lo eleva.

La Cuaresma es este tiempo que Dios nos ofrece para que nos abandonemos a sus manos y a su misericordia una vez más. Para que nos dejemos reconciliar con Él, para que podamos aprender de nuevo a llamarle Padre, para que podamos tener tiempo y escuchar de nuevo su Palabra, que nos invita a convertirnos, a reconocer, sí, nuestra pequeñez. Hoy se nos recordará, con una doble fórmula que podemos utilizar los sacerdotes, cuando imponemos la ceniza. Una tradicional que es: "Recuerda hombre que eres polvo"; es para que reconozcamos nuestra fragilidad. Pero está la otra fórmula que nos dice: "Conviértete y cree en el Evangelio". Porque ese polvo humilde, ese barro que somos los hombres, en las manos de Dios estamos llamados a ser una obra de arte, porque Él nos quiere trabajar como un alfarero trabaja el barro y saca una pieza preciosa.

La Cuaresma es tiempo para dejarnos trabajar por Dios, para dejar que Dios intervenga en nuestra vida, para que Dios haga de nosotros lo que espera y sueña que seamos. Nos acoge en nuestra debilidad, pero Él es misericordioso entrañablemente, con capacidad de perdonar para permitirnos nacer de nuevo.

Acojamos como gracia, como regalo, este tiempo de Dios. Pero hagamos de la Cuaresma un tiempo nuestro más fuerte para Dios. Quizás una de las grandes tentaciones que tiene el hombre de hoy, que tenemos es decir: "No tengo tiempo para nada". Porque a veces lo urgente nos hace olvidar lo importante; porque a veces las prisas no nos dejan ver lo fundamental, y la Cuaresma es tiempo para Dios.

La oración, la limosna y el ayuno, estas tres prácticas que nos recomienda Cristo, y nos recuerda la Iglesia durante la Cuaresma, podemos contemplarlas desde el punto de vista del tiempo.

La oración es tener tiempo para Dios. ¿Qué le vamos a decir? A veces casi pocas palabras, pero sí ponernos ante su mirada para decir: "Aquí estoy, Señor, enséñame tus caminos. Aquí estoy, Señor, habla, que tu siervo escucha. Aquí estoy, Señor, para presentarme ante Ti como soy, para que Tú me vayas haciendo lo que Tú quieres que sea". Tiempo para Dios. Tiempo de

oración. Tiempo para los hermanos. Tiempo para las personas. Tiempo para escucharnos. Tiempo para hablar. Quizás es una de las limosnas que el Señor nos pide hoy, en este momento que nos ha tocado vivir.

Y el ayuno. Tiempo para lo importante. ¡Cuántas veces, queridos hermanos y hermanas, nos distraemos en mil cosas, y no sabemos cortar, no sabemos desengancharnos de tantas cosas que nos van atando, nos van quitando libertad, nos van quitando independencia de nuestro pensamiento, nos van adocenando, nos van “enganchando”! El ayuno es la recomendación que Dios nos hace, para que nos privemos de todo aquello que vemos que nos ata, que nos quita dignidad o libertad, que nos quita generosidad o nos desvía de Dios.

Vivamos esta Cuaresma como tiempo para Dios, en nuestra oración, en nuestra limosna y en nuestro ayuno. Y vivamos la Cuaresma, sobre todo, como tiempo que nos ayude a preparar la Pascua. La Cuaresma es un camino, es una peregrinación para compartir con Cristo su pasión y resucitar con Él a una vida nueva, porque la Pascua del Señor nos dará la oportunidad de vivir de nuevo la renovación de nuestra iniciación cristiana. De reconocer que nuestra dignidad de cristianos está en vivir la vida nueva, que Cristo nos ofreció en el bautismo y que nunca debe quedar desfigurada por el pecado, para que aparezcamos siempre como imágenes de Cristo en medio de nuestra sociedad.

Que Santa María, la Virgen fiel, nos ayude a vivir este tiempo de Dios y este tiempo para Dios.

DOMINGO I DE CUARESMA - 2006

Mis queridos hermanaos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas:

Con la imposición de la ceniza, el pasado miércoles, y hoy, especialmente, en este primer domingo de Cuaresma, tomamos conciencia de un camino que Dios nos invita a recorrer. El camino entero de la vida, en el que hay etapas fuertes en las que debemos recordar cuál es nuestra meta, y al mismo tiempo reconocer cuales son los frenos o los obstáculos que nos impiden avanzar en este camino.

En la Palabra de Dios, que hoy hemos escuchado, la meta está clara. Jesús, nos ha dicho la carta de Pedro, siendo inocente murió por nosotros para conducirnos a Dios. En el Salmo responsorial, le hemos pedido a Dios que nos enseñe sus caminos, que son misericordia y lealtad.

En la Palabra de Dios se nos recuerda que este Dios, al que nos dirigimos, camina con nosotros, hace pacto de vida con nosotros, porque quiere conducirnos a la Vida. En la primera lectura, la palabra "vida", viviente, se repite con frecuencia. Es un pacto de vida, es un compromiso que hace Dios a favor de sus criaturas. Y nosotros sabemos que este camino arrancó para nosotros cuando fuimos incorporados a Cristo y a la Iglesia por el Bautismo. A través de esas aguas, nosotros dejamos el camino de muerte y comenzamos el camino de vida.

Por eso, en la Cuaresma, queridos amigos, debemos tener en cuenta, sobre todo, la meta. La meta no son nuestros ayunos, ni nuestras mortificaciones y privaciones; la meta es Dios mismo, la meta es vivir de acuerdo con esa gracia que recibimos en el Bautismo y que renovaremos en la Vigilia de Pascua.

Pero es verdad que la Iglesia nos recuerda que ese camino es combate. En este primer domingo de Cuaresma, los cristianos contemplamos a Cristo mismo en la tentación, en el combate, que es siempre nuestra vida espiritual, y en el que se da, sobre todo, una especie de confrontación entre vivir para nosotros mismos o vivir para Dios. Servirnos de Dios o servir a Dios.

En este sentido, queridos hermanos y hermanas, la Cuaresma nos ayuda a ser realistas, a tomar conciencia, no sea que, adormecidos, insensibles-

mente nos vayamos apartando de los caminos de Dios y andemos buscando sólo nuestros propios intereses.

La Cuaresma es un tiempo de realismo y es un tiempo de esperanza. Nos recuerda que Dios camina con nosotros, que Dios es nuestra meta. Pero, al mismo tiempo, nos recuerda que nosotros, desde nuestra libertad, podemos pararnos en el camino, o bien por las dificultades del mismo o bien por las seducciones que nos invitan a no avanzar más.

Quizás, en este Primer domingo de Cuaresma, podíamos preguntarnos: ¿Qué es lo que me detiene, me frena, en mi vida cristiana? ¿Por qué Dios no está más presente en mi vida? ¿Por qué el Evangelio, que Cristo nos ha propuesto, no está enraizado en nuestra forma de vivir, en nuestra forma de pensar, en nuestra forma de actuar? ¿Por qué no me siento permanentemente llamado a la conversión, es decir, a mirar a Dios cara a cara, a no darle la espalda, a no vivir como si Dios no existiera? Porque ¿cómo plantearnos nuestra vida cotidiana como un camino que hacemos con Dios y en la presencia de Dios y hacia Dios?, o ¿Dios está en nuestra vida sólo en determinados momentos, en determinados oasis, pero no en todo el camino?

La Cuaresma hace que resuenen con fuerza las palabras de Jesús en nuestro corazón: "Convertíos y creed en el Evangelio", es decir: Caminemos con Dios y caminemos al estilo de Dios, que nos ha manifestado en Cristo Jesús. Por eso, tomar conciencia del combate, tomar conciencia de los riesgos, de cómo se puede enfriar nuestra fe, de cómo se puede apagar nuestra esperanza, de cómo puede ser poco ardiente nuestro amor, está en este momento como diciéndonos: ¡Despertad!

La Cuaresma es una invitación a despertar. La Cuaresma es una invitación a avanzar. La Cuaresma es una invitación a ser libres con la libertad de los hijos de Dios. ¿Qué nos impide avanzar? ¿Qué nos atasca en el camino? ¿Qué lazos nos atrapan?

Por eso, queridos amigos, en este combate, en estas tentaciones que tenemos todos en la vida, tenemos que abrir los ojos y hemos de ser conscientes de que Dios pone también en nuestras manos unas armas para ese combate: la oración, la limosna, el ayuno...; pero vividos, la oración, como un encuentro cálido y vivo con el Señor; el ayuno, como una lucha, para tener siempre nuestro corazón libre de tantos apegos y de tantos intereses, que

hacen que miremos la vida de tejas para abajo; la limosna, no como el repartir lo que nos sobra, sino como el abrir nuestro corazón a nuestro hermano.

Por eso, un año más, hoy en todas las Parroquias de nuestra Diócesis, al final, haremos ese gesto de Cuaresma, esos proyectos y esa invitación de la Campaña: "Ayuna, comparte y ora", para que, en medio de nuestras familias, esa pequeña hucha de cartón sea como un reclamo, que nos recuerde que es tiempo de conversión, y que sea un signo que una también a los miembros de la familia. Que padres, hijos y abuelos, todos nos pongamos en actitud de conversión, de ayudarnos a acercarnos más a Dios y, a través de nuestras privaciones voluntarias, hacernos más cercanos a esos proyectos, a través de los cuales nos hacemos solidarios con tanto sufrimiento de hermanos nuestros, unos cercanos en el Hogar Belén, donde están los enfermos de Sida, y otros, donde están nuestras misiones haciendo presente a Cristo en medio de tantas dificultades.

Que María, la Virgen del "Sí", la Virgen fiel, la Virgen en camino, la que, después del anuncio, se puso en camino corriendo para servir a su prima Isabel, nos ayude a recorrer con generosidad, con esperanza, este camino de la Cuaresma que acabamos de iniciar.

DOMINGO II DE CUARESMA

2006

Mis queridos hermanos sacerdotes del Cabildo Catedral, queridos seminaristas, queridos hermanos y hermanas:

En este segundo domingo del tiempo de Cuaresma, la Iglesia pone ante nuestros ojos esta página del Evangelio de la transfiguración del Señor en la montaña alta, acompañado por los tres discípulos que estuvieron a su lado en los momentos más importantes.

Jesús, que iba camino de Jerusalén, les hablaba de que allí sería despreciado, crucificado y muerto, y resucitaría al tercer día. Como ellos no entendían lo que les decía, para prepararles a aquella prueba tremenda, que iba

a poner a prueba su fe en aquel a quien habían querido seguir, les muestra su gloria. Les muestra que Él es el Hijo de Dios, por la voz del Padre que dice: "Este es mi Hijo, el amado, escuchadle"; y ellos, al que tendrían que ver después despreciado, colgado en una cruz, lo contemplan ahora resplandeciente como el sol, blanco como la nieve.

Queridos amigos, esta escena del Evangelio está muy bien resumida en el Prefacio, en la acción de gracias que hoy daremos a Dios, porque nos dice que la pasión es el camino de la resurrección. Intentemos adentrarnos en este mensaje.

Desde el primer día de Cuaresma, la Iglesia nos recuerda que estamos en camino, en camino hacia la Pascua., en camino hacia la vida eterna. Que este camino es largo. Sólo lo recorreremos bien, cuando lo recorreremos con la fe de Abraham, fiándonos de Dios.

La Iglesia nos recuerda que este camino está lleno de pruebas, de dificultades, de paralizaciones, que intentan retener nuestra mirada en lo inmediato y no nos dejan mirar el mundo y la historia con los ojos de Dios. Precisamente, nuestra época vive muy intensamente esta tentación. Queremos tenerlo todo, aquí y ahora. Somos una sociedad consumista, una sociedad, que queremos tener las cosas inmediatamente. Nos olvidamos del pasado, muchas veces no queremos mirar al futuro y sentimos muchas veces aquella tentación de Esaú: preferimos el plato de lentejas a las promesas de Dios.

Y la Cuaresma, queridos amigos, nos recuerda que sólo Dios es el que nos conduce hacia la plenitud de la vida. Pero es verdad que nos conduce por medio de unas pruebas, en las que nosotros tenemos que manifestar que nos fiamos de Él.

Sólo en la medida que tengamos en cuenta el camino a largo plazo, podemos entender muchas cosas del presente. Me explico: Un niño pequeño, a quien los padres apagan el televisor para que haga sus deberes, igual no entiende por qué. Sólo después, de mayor, sabrá la importancia que tuvo aquel momento de aprender las primeras letras. Sólo un niño, a lo largo de su historia, comprenderá por qué un día sus padres le pusieron delante de un enfermero que le inyectó una vacuna; él pateó y lloró, pero mas tarde entendió que sus padres le defendieron de una enfermedad.

Sólo cuando tenemos esta mirada larga, bajo la poderosa protección paternal de Dios, podemos ir entendiendo la Historia. Sólo desde la resurrección, entendemos bien la cruz. Sólo desde la vida eterna, que Dios nos promete, podremos entender las oscuridades del camino, si nos fiamos de Dios.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, procuremos aprender de Cristo Jesús y de los grandes personajes de la Biblia, como hoy de Abraham, a fiamos de Dios, a no quedarnos confundidos en los momentos de oscuridad, a no quedarnos atrapados por las desesperanzas en un momento presente. Hay momentos en la vida, en que no entendemos ciertas cosas. Pero sí estamos seguros, que, si nos fiamos de Dios, es Él el que conduce la Historia. Y si seguimos los pasos de Jesús, aunque tengamos que compartir su pasión y su muerte, lo hacemos siempre con la esperanza de la resurrección.

Él, en medio de nuestro camino cuaresmal, nos pone delante esta página tan hermosa. Los vestidos de Jesús deslumbraban como el sol y sus cabellos como la nieve. El, que iba a ser crucificado resucitaría al tercer día. Los apóstoles sólo después lo entendieron, y nosotros lo vamos aprendiendo día a día.

Pero esto también quiere decir, queridos hermanos y hermanas, que, si Cristo apareció resplandeciente, nosotros que somos miembros de su cuerpo, también estamos llamados a resplandecer como Él. En primer lugar, porque hemos sido transformados por el bautismo. En el bautismo recibimos una vestidura blanca, para que vivamos siempre revestidos de Cristo, y para que, en el tiempo de Cuaresma, nos preparemos para renovar los compromisos bautismales, en la noche pascual.

Vivamos como hijos de la luz. Mantengamos blanca nuestra vestidura, y si hemos perdido esa blancura por el pecado o por nuestras debilidades, el Señor nos ofrece siempre un tiempo de renovación y un tiempo de gracia, para que la luz de Cristo se refleje también en nuestra vida, y nuestra vida, paso a paso, vaya teniendo y experimentando esa transformación. Estamos llamados a ser imágenes vivas de Cristo, en medio de nuestra sociedad.

En este sentido, quisiera hacer un pequeño anuncio para que ya, en esta semana, oremos mucho por los seminaristas. Aquí están los seminaristas del Seminario Menor y algunos del Mayor. El próximo domingo, con motivo de la fiesta de San José, será el "Día del Seminario".

Muchas veces los jóvenes, hoy, no se atreven a dar un paso, porque tienen que arriesgar toda la vida. Aquí tenemos unos jóvenes que, porque han conocido a Jesucristo y quieren amar más a los demás, quieren dar su vida por el Evangelio, haciéndose sacerdotes. Pidamos que el Señor les ayude a madurar la vocación y a ser fieles a la vocación que han recibido, y que muchos jóvenes de nuestra sociedad puedan percibir también esa llamada, para que no falten pastores al pueblo de Dios, que les ayuden y nos ayuden por el camino de la vida. Así sea.

DOMINGO III DE CUARESMA

2006

Mis queridos hermanos sacerdotes del Cabildo Catedral, queridos hermanos y hermanas todos:

La Iglesia celebra hoy el tercer domingo de Cuaresma. Es un tiempo fuerte, por eso, la fiesta litúrgica de San José, la celebrará la Iglesia mañana, aunque hoy nos felicitamos y nos acordamos de los padres, del seminario, de los que llevamos su nombre.

Nuestra atención hoy debe centrarse en esta subida hacia Jerusalén; en esta proximidad de la Pascua. Podríamos decir que la Cuaresma es siempre esa subida a Jerusalén para participar de la muerte y de la resurrección del Señor. Que toda Cuaresma es una preparación para la Pascua.

Y en este Evangelio, el tema, que podría ayudarnos a reflexionar, a renovar y vivir nuestro tiempo cuaresmal, estaría centrado en el templo. El templo, que Jesús encuentra hecho un mercado y ante el que reacciona en una de sus acciones más fuertes, para corregir lo que tiene que ser casa de Dios y no un centro de otros intereses.

El Señor, con esta purificación del templo, nos está llamando a la conversión. Las cosas de Dios hay que tratarlas con una profunda reverencia y respeto, porque debemos amar a Dios sobre todas las cosas, respetar su

nombre y celebrar los días santos, especialmente, y los lugares sagrados, con esa conciencia de que sólo Dios es Dios, y que cuando nos acercamos a Él, es para servirle y para buscar su voluntad, no la nuestra.

Es, por tanto, la purificación del templo de Jerusalén un signo que nos debe interpelar. Mi corazón, que está destinado a ser templo del Espíritu, ¿cómo está? ¿Qué llena mi corazón? ¿Mis propios intereses o la búsqueda de la voluntad de Dios? Es un camino de reflexión para este tercer domingo. Pero no es esto lo más importante.

Jesús habla de un templo nuevo. “Destruid este templo, dice, y en tres días lo reedificaré”. Y San Juan dice: “Se refería a su propio cuerpo”. No al templo de piedra, sino a su propia persona, que en Jerusalén, precisamente, sería destrozada en la cruz, pero que, al tercer día, sería para siempre ya el templo definitivo, el cuerpo de Cristo resucitado, en el cual nos reunimos todos los creyentes para dar culto a Dios en espíritu y en verdad. Cristo es el nuevo templo y nosotros formamos parte de su cuerpo. Somos piedras vivas de ese templo santo.

Por eso, queridos amigos y hermanos, este domingo de Cuaresma nos llama a la santidad, una vez más. A tomar conciencia de que Cristo es ya el templo indestructible, el templo completamente puro y limpio, porque Él siempre cumplió la voluntad del Padre y no buscó otra cosa que agradarle. En Cristo encontramos el templo definitivo, donde Dios se ha hecho Dios con nosotros, y la presencia del Señor está garantizada, porque Él ha dicho: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”.

Cuando nosotros queramos agradecer al Padre, preguntémonos siempre si nos acercamos a este templo vivo, que es Jesucristo. Pero no sólo eso. Él, como piedra angular de este edificio, nos ha llamado a todos nosotros a ser piedras vivas de ese templo, a ser templos del Espíritu Santo. Preguntémonos, por tanto, si nosotros, dondequiera que estemos, hacemos presente a Dios, reflejamos la santidad de Dios con el cumplimiento de sus mandatos, y con el deseo de agradarle siempre y de ofrecernos con ese sacrificio, que a Dios le agrada, que es el sacrificio de nuestro corazón, muchas veces quebrantado y humillado; pero, que si se ofrece a Dios sinceramente, es el sacrificio que le agrada. A Dios no le agradan los sacrificios, que quedan fuera de nosotros, las ofrendas, que no suponen ofrendas del corazón. A Dios le agra-

da que nosotros, personalmente unidos a su Hijo Jesucristo, aprendamos a obedecer y a cumplir siempre su voluntad.

Seamos templos nuevos, pidamos al Señor esa limpieza del corazón, renunciando a los ídolos, que intentan, muchas veces, enseñorearse de nuestro propio corazón, para que éste sea siempre y para siempre del Dios vivo.

Queridos amigos, al servicio de la construcción de este templo, que somos la comunidad cristiana, Dios ha puesto a los pastores, y nuestra Iglesia necesita pastores. Por eso, al recordar a San José, al que Dios encomendó lo más importante que ha habido en el mundo, su propio Hijo y su santa Madre, la Virgen María, al recordar a este hombre justo, sencillo y humilde, a quien la Iglesia ha hecho su patrono y le ha encomendado, especialmente, la protección de nuestros seminarios, acordémonos en este día, por su intercesión, de pedir vocaciones para la Iglesia. Que él, con su protección, acompañe a estos jóvenes, que, milagrosamente, en medio de nuestro mundo tan centrado en otros intereses, quieren ofrecer su vida por Jesucristo. Acompañemos, con nuestra oración y con nuestro afecto, a este grupo de jóvenes de nuestro seminario, que es un signo de esperanza. Pidamos que a ellos se agreguen otros más, para que no falten pastores al pueblo de Dios. Que nuestra oración constante por las vocaciones, se haga hoy más intensa y también nuestra colaboración más generosa, para poder sostenerles y acompañarles en sus necesidades.

Y, ¡cómo no! En este día vamos a pedir especialmente por los padres de familia, sobre todo, para que el Señor les conceda la sabiduría y la fuerza para educar a sus hijos en una etapa tan delicada como la nuestra. Para que sean testigos de la fe ante sus hijos, como San José, que fue un símbolo de fidelidad a Dios, y para que el Señor les conceda que, en esa sabiduría y en ese servicio, alienten también la vocación de sus hijos, a la que Dios les llame, tengan generosidad también, si algún hijo quiere ser sacerdote.

Que el Señor bendiga vuestras familias en este domingo y en el contexto de la fiesta de San José.

FIESTA DE NTRA. SRA. DE LOURDES
DIA DEL ENFERMO – 2006
11 febrero 2006

Queridos hermanos y hermanas que habéis venido con vuestros equipos parroquiales de ayuda y atención a los enfermos, queridos enfermos, familiares de los mismos, religiosos, religiosas, seculares de la Hospitalidad de Ntra. Sra. de Lourdes, de los distintos equipos de las parroquias, o de los centros hospitalarios que estáis junto a los enfermos, y también, queridos médicos, enfermeras, personas que trabajáis en los centros de salud.

La verdad es que siento una gran alegría al poder saludaros y vernos juntos en este día del enfermo y en esta Iglesia Catedral. Me alegra mucho que os podáis sentir como familia en esta Iglesia; no podemos estar muchas veces juntos, pero, al menos, en algunas ocasiones durante el año, a veces sólo una, podemos vernos las caras, podemos abrazarnos, podemos orar juntos, nos podemos animar... y esto es muy hermoso. Es muy hermoso porque el Señor Jesús ha sabido estar siempre cerca del enfermo.

Hoy no hemos buscado las lecturas, son las que se leerán en toda la Iglesia universal en este día, en este domingo que ya estamos comenzando, en las que se nos presenta una enfermedad que, a lo largo de la Historia, ha sido considerada terrible, y es terrible en los sitios donde todavía no está controlada: la lepra.

Como habéis visto, suponía una separación de estos enfermos del resto de la sociedad, y, sin embargo, Jesús rompe esta barrera. Nada impide a Jesús vivir tan tiernamente y tan cerca de todos los enfermos. Recordemos aquel sordo que se encontró Jesús, cómo lo pone aparte para tocarle el oído; vemos cómo le da la mano a la suegra de Pedro, para que se levante y pueda prestar el servicio y continuar su vida familiar; vemos cómo el leproso se siente curado, y no sólo de la enfermedad del cuerpo, sino también del espíritu, porque no existe sólo la enfermedad corporal, existe también la enfermedad del espíritu. Vemos cómo Jesús perdona a aquel enfermo paralítico y le permite caminar; y cómo se hospeda en casa de Zaqueo, que estaba atrapado por sus riquezas y parecía que lo tenía todo, pero tenía el corazón va-

cío, para devolver la alegría... y cómo se pone a caminar con aquellos discípulos de Emaús que, se marchaban de Jerusalén después del drama de la pasión, desanimados y desesperanzados con el corazón roto, para reanimarles y devolverles la esperanza, para que vieran que Él continuaba a su lado, que el crucificado vivía, y vive junto a los que tenemos tanta necesidad de Él.

Por eso, mis queridos hermanos y hermanas, en este día, ante todo, debemos sentir la presencia de Jesús cerca de nosotros. Y, muchas veces, aunque el Señor permita que nuestra enfermedad física y tantas limitaciones continúen, lo que está claro es que, si dejamos que el Señor se acerque a nosotros, no saldremos igual de esta Eucaristía. Tocaré nuestro corazón para reanimar nuestra esperanza, nos descubrirá las posibilidades de hacer el bien, nos hará más sensibles al hermano que tenemos al lado, nos dará más fortaleza para unirnos a su misma cruz, nos animará para que nosotros, en medio del mundo y en medio de las dificultades, podamos ser testigos de su presencia y evangelizadores de esta sociedad. Cuando dejamos que Jesús nos toque el corazón, siempre salimos renovados, siempre salimos fortalecidos, siempre salimos iluminados, llenos de su luz, de su paz y de su presencia. Por eso, es tan importante, queridos hermanos y hermanas, especialmente, enfermos, que cuidemos nuestra espiritualidad.

Vosotros sabéis que, en este día del enfermo, que coincide con la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes, se abre una etapa, que consideramos siempre muy importante y que concluirá en la Pascua, y que nos ayuda cada año a reflexionar sobre algún aspecto de nuestra vida cristiana. Pues bien, este año, precisamente el lema de la Pastoral de los enfermos es: "La espiritualidad del enfermo", y recordamos cómo Jesús caminaba con ellos, con los discípulos de Emaús y con cada uno de nosotros, y es un llamamiento a que nos dejemos acompañar y a que sepamos acompañar.

El Papa Benedicto XVI en su primera homilía dijo: "El que cree nunca está solo", y es verdad, porque la luz de la fe, la mirada de la fe nos ayuda a descubrir a Jesucristo siempre cerca de nosotros, especialmente en los momentos más duros, ya que Él se inclina siempre, con particular predilección, cuando las personas experimentamos nuestra fragilidad.

Pero el Señor ha querido también que su presencia nos la reflejemos unos a otros. El Señor cuenta con nosotros para que nos acompañemos, pues

los que estamos sanos en el cuerpo podemos estar ayudando a los enfermos, pero vosotros, enfermos, también nos podéis acompañar. En la vida cristiana nos acompañamos todos. Y es importante que nos acompañemos animándonos en nuestra vida espiritual. A veces hablamos de muchas cosas y de cosas muy importantes – y hay que hacerlo con delicadeza y sensibilidad – pero, tenemos que saber hablar también de Dios y tenemos que ayudarnos a caminar con Él. Y tenemos que descubrir, escuchando todos con mucha atención, qué nos pide el Señor en este momento.

Es importante que nos acompañemos, que nos pidamos acompañamiento también y que aceptemos el acompañamiento, porque la vida cristiana no es una vida de personas que viven aisladas, sino de personas que vivimos la comunión; además, sabemos que el Señor cuenta con nosotros para reflejarse en cada uno de nosotros a favor de nuestros hermanos.

El Señor ha querido que los pastores reflejemos su rostro de Buen Pastor para todos vosotros. El Señor quiere que reflejen su rostro de samaritano todas las personas que os atienden en los centros y en las familias. El Señor os pide a vosotros que nos reflejéis ese rostro de Cristo crucificado, que, incluso en medio de sus dolores, confía en el Padre, perdona y ama... Reflejémonos el rostro de Cristo unos a otros. Y para eso, queridos amigos, pidamos la intercesión de la Virgen María.

Para reflejar el rostro de Dios hay que ser transparentes, sinceros, sencillos, humildes, como Ella. Como Ella, en la que Dios se reflejó tan bien, porque fue totalmente para Dios, porque fue sencilla, pura, humilde, disponible: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Es como decir: “yo me pongo delante de Ti, Señor, para que seas Tú el que te reflejes en mi vida”. Sin protagonismos, con una disponibilidad total, queriendo servir.

¡Qué hermoso, queridos amigos, que podamos descubrir que Dios cuenta con nosotros para esto tan importante! Y nadie puede decir: yo no sirvo para reflejar el rostro de Dios a los demás. No. Todos podemos reflejar el rostro de Dios a los demás. Si nos dejamos llenar de su Palabra y de su presencia, ¡cuánto nos podemos ayudar unos a otros, para caminar juntos, para avanzar juntos, para crecer juntos...!

Queridos amigos, especialmente vosotros, queridos enfermos, en este año en que va a haber un encuentro de familias junto al sucesor de Pedro, para plantearnos todos la transmisión de la fe dentro de la familia, dentro de nuestras familias y dentro de esta gran familia, que forma nuestra sociedad, cuento con vosotros como transmisores de la fe. Dad testimonio de vuestra fe, acompañadnos con vuestro testimonio. ¡Qué fortalecidos salimos, muchas veces, cuando al visitar a un enfermo o a una enferma, éstos reflejan para nosotros con paz y fortaleza la confianza en el Señor!

Necesitamos que reflejéis al Señor y que deis testimonio de vuestra fe a todos los que se encuentren con vosotros. Nunca penséis que en la Iglesia sólo podéis recibir ayuda. No. Dentro de la Iglesia tenéis una misión. Todos tenemos una misión a favor de los demás. Por eso, pidamos a la Virgen María que, en este día del enfermo, y al inicio de esta etapa, de este proyecto, que cada año nos ayuda a avanzar un poco más a todos, nos conceda experimentar que, en el camino, estamos acompañados por Él y por los hermanos, y siempre con la protección maternal de María, su Madre, nuestra Madre. Que así sea.

DOMINGO DE RAMOS

2006

Vamos a vivir los misterios de la muerte, sepultura y resurrección del Señor. Y en este domingo hay como un contraste muy fuerte: muerte-vida, triunfo y humillación.

Hemos comenzado nuestra celebración uniéndonos al grito del pueblo de Israel: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! Pero, en cuanto hemos entrado a la iglesia, hemos escuchado la Palabra de Dios, que nos habla de Jesús como el Siervo sobre el cual cae la violencia y el desprecio. Hemos escuchado la Palabra de Dios, que nos ha recordado que Jesús, aun

siendo Dios, se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. Y ahora hemos escuchado la Pasión en la que el pueblo gritaba: ¡Crucifícalo!

Queridos amigos, especialmente queridos niños y queridos jóvenes, sabéis que el recordado y querido Papa Juan Pablo ha querido que el Domingo de Ramos sea un día especial de la juventud, una jornada de la juventud. Cada tres años, esta jornada se celebra en verano junto al Papa en un país, pero, los otros años, el Papa invita a que los jóvenes unidos a su Obispo y, en Roma, unidos a él, celebremos juntos este día.

Pues bien, mi reflexión hoy es muy breve. En nuestra vida, en nuestra sociedad, también se oye este doble grito del pueblo. Unas veces: “Bendito el que viene en nombre del Señor” y otras veces un grito, que podemos llamar “silencioso”, de “¡Crucifícale, olvídate de Él ¡”

En estas últimas semanas, una encuesta nos ha desvelado que el cincuenta por ciento de los jóvenes de España ya no se consideran católicos. Sin embargo, estoy seguro que la mayoría de ellos están bautizados. Esto es lo que está ocurriendo en nuestra sociedad y en nuestro corazón. Como Pedro, nosotros muchas veces decimos: Señor, por ti lo haré todo. Pero ante una dificultad, una burla, una sonrisa irónica, quizás decimos: No conozco a Jesús.

La Semana Santa, queridos amigos, especialmente queridos jóvenes, nos invita a adherir nuestro corazón a Jesucristo a pesar de nuestras debilidades, a poder repetir como Pedro: “Señor, Tú lo sabes. Tú sabes que te quiero”. Nos invita, aunque le hayamos negado, a renovar nuestra fidelidad a Él; aunque constatemos nuestra debilidad, a saber mirarle a Él, a saber decir a otros compañeros: En Él está la vida; en Él está el amor; en Él encontramos la felicidad que vamos buscando.

Queridos amigos, en nuestras familias trasmitamos este amor y esta fe a Jesús. En este día hay una palabra preciosa en la Pasión que hemos escuchado. Es la voz de un hombre, precisamente la del Centurión. ¿Habéis entendido, queridos niños, lo que ha dicho el Centurión, cuando otros insultaban a Jesús y le desafiaban? Aquel centurión, viéndole morir, dijo: “Realmente este Hombre es el Hijo de Dios”. Hizo un acto de fe. Todos nosotros estamos llamados hoy a hacer ese acto de fe. Jesús, creo en Ti. Creo que eres el Hijo de Dios. Creo que eres la manifestación de amor a este mundo. Por eso, quiero seguirte, a pesar de que muchas veces experimento la debilidad,

a pesar de que muchas veces te niego. Pero en esta Semana Santa, en estas celebraciones, Tú, Señor, nos das la oportunidad de decirte de nuevo: Creo en Ti y te amo.

Que la Virgen María que estuvo tan cerca de Jesús nos ayude a vivir así estos días santos.

MISA CRISMAL 2006

Mis queridos hermanos sacerdotes, queridos seminaristas, queridos hermanos y hermanas, religiosos, religiosas, fieles laicos: ¡Qué hermoso estar los hermanos unidos, qué hermosa celebración, cuando vemos a todos los sacerdotes que atienden a las distintas comunidades de la diócesis, reunidos en torno al altar de Cristo, junto a su Obispo, para celebrar esta Eucaristía, en la que conmemoramos especialmente este: “Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”.

Porque Jesús, el Ungido por el Espíritu Santo para dar consuelo, libertad y alegría a los pobres, encarcelados y necesitados, cumple, sigue cumpliendo esta misión a través de su Cuerpo, que es la Iglesia, a la cual enriquece siempre con sus dones, y la envía constantemente su Espíritu, significado en estos óleos que hoy vamos a bendecir, y que servirán para consolar a los enfermos, para fortalecer a los catecúmenos, para santificar a los fieles, de manera que, unidos a Cristo e impulsados por el mismo Espíritu, podamos decir: “Hoy se cumple esta Palabra que acabamos de escuchar”.

El Cuerpo de Cristo, la Iglesia, ungida como el Señor, es enviada a este mundo para manifestar el rostro amoroso de Dios. Y ¡qué hermoso poder palpar esta realidad, poder vivirla, mirándonos los rostros unos a otros, abrazando con nuestra mirada y con nuestro corazón a toda nuestra Iglesia particular y a toda la Iglesia universal!

Queridos hermanos, especialmente queridos sacerdotes, que vais a renovar en esta celebración vuestro compromiso sacerdotal. Soy consciente de la dificultad con la que hoy tenemos que ejercer nuestro ministerio. Soy consciente de las características de nuestro mundo, que afectan a la Pastoral y a la valoración de nuestra persona y de nuestra misión. Sin embargo, venimos a esta celebración, para tomar fuerzas; venimos para apoyarnos en Quien nos puede sostener; venimos a la fuente de la que podemos beber y de la que podemos servir el agua viva para bien de nuestro pueblo.

Quisiera, en esta celebración tan entrañable, deciros una palabra que os pudiera alentar, y no he encontrado mejor palabra que la que el Papa Benedicto ha querido decir a la Iglesia y al mundo, en su primera encíclica, que: "Dios es amor". No por repetida, menos importante. Tomemos conciencia en qué situación y en qué mundo hemos de decir y vivir esta palabra.

Voy a fijarme en dos características de nuestra sociedad, que hacen particularmente urgente nuestra misión y nuestro mensaje en torno a Dios. En primer lugar, vivimos en una sociedad desorientada y confusa, porque hay una auténtica revolución del lenguaje. Utilizamos las mismas palabras, pero no todos decimos lo mismo. Se está haciendo presente esta realidad de Babel, en la que utilizando un mismo lenguaje, no acabamos de entendernos. La palabra "amor", es una palabra muy usada, con significados tan distintos, que es necesario aprender a decirla de nuevo. Y así otras muchas palabras. Vivimos, por tanto, esa especie de desorientación, esa especie de situación ambigua, en la que nos sentimos inseguros a la hora de utilizar el lenguaje.

Pero hay otra realidad, entre otras muchas, que es el vivir como si Dios no existiera. El prescindir de la referencia "Dios" en el horizonte de mi vida.

La cuestión más fundamental, que tiene que afrontar hoy la Iglesia, es la cuestión de Dios, porque, entre otras, también la palabra Dios está sometida a tanta confusa interpretación, que incluso vemos que se asocia a situaciones de violencia, a situaciones de odio. Nosotros necesitamos recuperar, encontramos con el Dios vivo, que se ha manifestado en Cristo como amor. Pero, ¿con qué amor? Esta es la asignatura fundamental que debemos aprender, enseñar y vivir en nuestras comunidades cristianas. Porque la cuestión de Dios es la cuestión del hombre. Cuando Dios desaparece del horizonte humano, el hombre queda sin fundamento. Cuando Dios desaparece del

horizonte de la vida, el hombre queda sin estar armado moral y espiritualmente, queda tan frágil su persona, que muchas veces está convertido en puro consumidor inmediateista. Aparece la figura de Jacob, el Jacob que no quiere la promesa, sino el plato de lentejas. Y el hombre de hoy, muchas veces, atrapado por lo inmediato, prescinde del horizonte de su libertad, de su dignidad y de su crecimiento.

Pero si os digo esto, queridos amigos, para compartir preocupaciones de fondo, que afectan a nuestro ministerio, no es para invitaros al desánimo, sino para que tomemos conciencia de que, en esta situación, se hace más urgente y más necesaria nuestra presencia y nuestro testimonio, para decir: Dios es amor y está a favor de ti, querido hermano, hombre, estés como estés y estés donde estés. Porque Dios ha manifestado que es amor en la cruz y en el costado abierto de su propio Hijo, enviado para ti, para darte vida, para enseñarte lo que es amar, lo que es el auténtico amor de entregar la vida por los hermanos. "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus hermanos".

Si somos conscientes de la situación difícil de nuestro mundo, no es ni para amargarnos, ni para desanimarnos, ni para quejarnos, sino para pedirle al Señor que nos de estímulo y fuerza, y podamos presentar al mundo este rostro bondadoso de Dios, que se define como el Dios-amor, como el Dios-misericordia, como el Dios a favor y garantizador de la dignidad humana.

Queridos hermanos, recuerdo que en el último encuentro con el Papa Juan Pablo, con motivo de la visita "*ad limina*", apenas unos meses antes de su muerte, él nos entregó un discurso en el que decía: La tarea más urgente de la Iglesia, en este momento de cambio y transformación, que nos ha tocado vivir, es hacer de la comunidad cristiana el lugar donde se viva y la escuela donde se aprenda el misterio del amor divino. Ésta es nuestra tarea, ésta es nuestra misión. Hacer que nuestras comunidades cristianas puedan vivir, experimentar y aprender en esta escuela, que Cristo nos ofrece con su costado abierto. "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida". La palabra "amor", para nosotros, queda definida, concretada, tocada y palpada en este Cristo, que se ha entregado por nosotros y que ha manifestado precisamente al Dios vivo, porque quien le ve a Él, ve al Padre. El amor de Dios es amor de donación y de entrega.

Y, ojalá, que podamos estar en medio del mundo como testigos de Cristo, que, en las palabras del Apocalipsis de hoy, se nos define como "Aquel que nos ha amado". Nada mejor podemos desear que se pueda decir de nosotros, de todos los miembros del pueblo de Dios: "Este es alguien que ha amado". Que el epitafio de nuestra vida y el resumen de nuestra vida pudiera se éste: "Una persona que ha pasado por el mundo amando". Y cuanto más difícil es el momento y más oscura la realidad, más urgente es que haya enviados para anunciar y comunicar este misterio del amor de Dios.

En las palabras de Isaías y en el Evangelio que hemos escuchado, se habla de corazones destrozados, de pobres, de encarcelados, de oprimidos... Y Cristo es enviado para dar buena noticia, para dar curación, para dar libertad, para anunciar la gracia.

Así es el amor, un amor que se hace concreto y servicial. Y ese amor concreto y servicial tiene una fuente: Desde la Cruz, Cristo inclinando la cabeza entregó su espíritu. Nos ha regalado su Espíritu, nos ha ungido con su Espíritu para que nosotros podamos continuar realizando esa misma misión. Y esa misma misión queda plásticamente puesta delante de nosotros en los santos óleos, porque indica salud para los enfermos, fortaleza para los débiles, santificación y empuje para todos los que participamos en la misión misma de Jesucristo.

Queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas, aprendamos en estos días santos a contemplar ese costado abierto del Señor.

Yo quiero simplemente decirlo con las palabras tan hermosas y tan claras del Papa Benedicto: Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan, ayuda a comprender lo que ha sido el punto de mira de esta carta encíclica "Dios es amor". Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad, y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar. En el amor nos jugamos todo, porque el que ama acierta y el que no ama, aunque lo tenga todo, queda vacío. Cristo ha venido precisamente para que tengamos Vida, es decir, para que podamos vivir y servir como Él nos ha amado.

JUEVES SANTO 2006

Mis queridos hermanos sacerdotes, mis queridos seminaristas, mis queridos hermanos y hermanas todos, diocesanos, y los que habéis venido de otras diócesis a celebrar estos días santos con nosotros.

La celebración de la Cena del Señor, en esta tarde, siempre nos sobrecoge, en primer lugar, por el recuerdo de la Pascua y del sacrificio del cordero pascual, cuya sangre fue la señal para que el pueblo de Dios fuera liberado. Nosotros sabemos que ese paso del Señor, paso liberador, se repite cada Pascua entre nosotros, pero con un Cordero distinto, completamente nuevo, Cristo mismo sacrificado en la Cruz, para darnos una libertad que ningún hombre puede dar: la del salir del pecado y de la muerte, para entrar en la libertad de los hijos de Dios y en la participación de la vida de Dios.

Es la Pascua un gran acontecimiento por el que los creyentes percibimos que Dios pasa a nuestro lado, y es el Dios salvador el que, por la sangre de Cristo, nos salva constantemente.

Hemos escuchado, con respeto, la institución de la Eucaristía narrada por Pablo. Lo que él ha recibido, lo trasmite, como nosotros, lo que hemos recibido, lo celebramos y lo transmitimos a las generaciones futuras, el gesto del Señor "Mi Cuerpo entregado por vosotros, mi Sangre derramada por vosotros". El Señor, con la institución de la Eucaristía, nos permite sentarnos a la misma mesa que los apóstoles, celebrar la misma cena, gozar de su presencia, tenerlo como alimento, adorarle como Señor.

En esta tarde percibimos con asombro este gran regalo de la Eucaristía, y queremos, al mismo tiempo, agradecer el don del sacerdocio, "Haced esto en memoria mía". No hay Iglesia sin Eucaristía y no hay Eucaristía sin sacerdocio. Por eso, esta tarde también agradecemos el ministerio de los sacerdotes, y pedimos insistentemente al Señor que siga llamando a hombres de este pueblo, para que en su nombre partan el pan de vida a favor de sus hermanos.

Pero nos sobrecoge, de manera especial, el mandato del amor y el signo con que Jesús le acompaña, el lavatorio de los pies. Jesús esta tarde nos dice a

nosotros, como dijo a los apóstoles: "Lo que he hecho con vosotros, hacedlo vosotros también". Es todo un programa, queridos hermanos. Lo que Cristo ha hecho por nosotros, estamos llamados a continuarlo y a hacerlo vida en nuestra propia existencia. Cristo nos ha dado ejemplo a sus discípulos, para que lo que Él ha hecho también nosotros lo hagamos, en este momento que nos toca vivir, en esta sociedad de la que formamos parte, en este mundo que sigue tan necesitado de la presencia de Dios. Por eso, en esta tarde, yo quiero invitaros a reflexionar brevemente, pero con todo el corazón, sobre esta expresión de Jesús: "Lo que yo he hecho por vosotros". ¡Cuánto ha hecho Jesús por nosotros! ¡Cómo poder resumir su vida en pocas palabras! Jesús nos ha dado a conocer el rostro amoroso de Dios; Jesús ha venido a proclamar que Dios es amor, como nos ha recordado recientemente el Papa Benedicto en su espléndida encíclica sobre el amor. Sí, Cristo, con toda su vida, ha venido a manifestarnos el rostro amoroso de Dios, a decirnos cuánto nos ama el Dios que está siempre cuidando de sus criaturas, y que nos dota, a cada uno de nosotros, de una dignidad inviolable. Dios nos ha hecho hijos suyos, cada persona tiene un valor extraordinario a los ojos de Dios. Nadie nos valora más que el que nos ama, y Dios en Cristo nos ha amado hasta el extremo, hasta el extremo de la Cruz. "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos". ¡Tanto valemos ante la mirada de Dios! Y cuando una persona nos ama tanto, nos hace renacer, nos hace revivir, nos funda en nuestra dignidad.

Pero, no sólo eso. Cristo Jesús ha manifestado el amor del Padre, y lo ha manifestado en la ternura con los niños, en la cercanía a los enfermos, en dar la mano a los humillados, en perdonar a los pecadores, en perdonar, incluso, a sus enemigos. Un amor sin fronteras, un amor sin barreras, un amor sin límites. Esto es lo que Jesús ha hecho por nosotros, y cada uno de nosotros, reconociendo nuestra debilidad, podemos saber cuántas veces Él nos ha perdonado, cómo nos estimula, cómo está siempre a nuestro lado, cómo nos hace valorar lo mejor de nosotros mismos.

Pues bien, mis queridos amigos, Jesús nos dice: "Lo que yo he hecho con vosotros, vosotros hacedlo también". Los cristianos tenemos un desafío grande en el momento, que nos ha tocado vivir: manifestar al mundo que Dios es amor. Ante tantas concepciones erróneas de Dios, unidas algunas ve-

ces a fundamentalismos y a violencia, los cristianos tenemos que manifestar, con nuestra vida y con nuestro testimonio, que Dios es amor, que Dios defiende la dignidad de toda persona, que Dios nos quiere familia suya, para compartir los bienes que generosamente nos ha dado, que Dios nos envía a cada uno de nosotros, para estar al lado de los niños, al lado de los enfermos, al lado de los pobres, rezando y perdonando a quienes nos ofenden. Este es el programa que Cristo ha ejecutado por nosotros y que nosotros, los discípulos, tenemos que hacer en el mundo de hoy.

Por tanto, en esta tarde de Jueves Santo, mientras yo lavo los pies a doce jóvenes, recordando el gesto del Señor, cada uno de nosotros, en este momento de silencio, pensemos: ¿Qué debo hacer yo en el seno de mi familia? ¿Cómo debo comprender, perdonar, poner ternura? ¿Qué debo hacer en esta sociedad en que me ha tocado vivir?. Poner verdad, defender la dignidad de la personas, no permitir que la personas sea manipulada, explotada, combatir toda clase de violencia, trabajar para que nuestro mundo sea un mundo más honrado y transparente. Dar la mano al que está hundido, acoger al que se siente deprimido. Hacer que cada persona que sea mirada por mí, sea mirada con tanta bondad, que redescubra su dignidad.

Queridos amigos, tenemos una responsabilidad muy grande, pero tenemos también un honor inmenso, porque Dios cuenta con nosotros para reflejar al mundo de hoy su rostro de amor.

Que la Virgen María, la que supo aprender a amar en la escuela de Nazaret, junto a Jesús; la que estuvo de pie junto a la Cruz de Jesús, nos enseñe esta tarde a decir: Señor, tú nos has amado hasta el extremo, enséñanos a corresponder a tu amor. Que así sea.

VIERNES SANTO

2006

Queridos hermanos sacerdotes, queridos seminaristas, queridos hermanos y hermanas. Las palabras que debo dirigiros esta tarde han de ser

breves y sencillas para no estorbar vuestra contemplación de la Pasión del Señor que acabamos de escuchar.

Hoy la Iglesia contempla la Cruz. En todo el mundo, las comunidades cristianas reunidas, como nosotros, escuchan la Palabra de Dios y miran al Crucificado. ¿Qué podemos ver en Él? ¿Qué debemos ver en Él? En primer lugar al Siervo sufriente, en el que podemos ver también todas nuestras cruces, todos nuestros sufrimientos, todos nuestros fracasos, y todas las cruces de las personas que conocemos y amamos, y todas las cruces que sufren nuestros hermanos del mundo entero, violentados por las guerras, el hambre, las catástrofes, la opresión... Cristo se ha hecho solidario con nuestros sufrimientos para transformarlos, Cristo se ha hecho semejante en todo a nosotros, menos en el pecado, para salvarnos. Cristo ha asumido esos rostros de dolor, para que en Él mantengamos siempre la esperanza y podamos decir con Él: "A tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu". Todos los sufrimientos del mundo están en la Cruz del Señor, porque Él carga con todos ellos, para introducir en el mundo una fuerza, que es la única que le puede transformar: el amor.

Contemplamos a Cristo, Sumo Sacerdote, como puente entre Dios y los hombres. Hombre como nosotros y verdadero Dios. Por eso, mirando al crucificado, avivemos nuestra fe y acerquémonos a Él con confianza. La Cruz es el puente que ha unido lo humano y lo divino; anclada en lo más profundo de la tierra apunta hacia el cielo, de donde nos vienen todas las gracias y bendiciones de Dios. Mantengamos, pues, la confianza, nos ha dicho la carta a los hebreos.

Pero sobre todo, en esta tarde, contemplemos a Jesús como Rey, como el Rey verdadero. ¡Qué paradoja! La pasión es un cúmulo de sufrimientos y menosprecios, de burlas y ofensas, de violencia que cae sobre las espaldas de Cristo: la bofetada, la corona de espinas, escupido en su cara, haciendo mofa, de quien, según ellos, se declaraba Rey de los judíos, crucificándolo entre malhechores, y, sin embargo ¡qué majestad la de Jesús! ¡qué señorío! . En esta pasión que nos describe Juan, Jesús es el que lleva la iniciativa. Aparece no como aquél a quien le quitan la vida, sino como aquél que la da libremente, y hace que, precisamente, los que descargan sobre él la violencia, aparezcan como los débiles y los frágiles.

La Cruz de Jesús desenmascara las apariencias de este mundo y nos encara con la verdad. Pilato, que representa un Imperio poderoso, aparece como el hombre dubitativo, el hombre presionado, el que no acierta y el que se desentiende. Y Jesús, que aparece coronado de espinas, azotado y escarificado, es presentado como: ¡El Hombre! ¡El auténtico Hombre! Y es crucificado con el título que describe con verdad lo que él es: El rey, nuestro Rey.

No es ocioso que pueda recordar entre vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en esta tarde, con estos textos tan profundos, un pequeño recuerdo que creo que os he comentado alguna vez. Cuando yo era un niño, y, en mi parroquia natal, llevaban la Cruz haciendo el Vía Crucis en torno al templo, recuerdo que el párroco decía en la estación en que crucifican a Jesús: "Todos los cetros se han roto, todos los tronos se han hundido, menos el de madera. Todos los reyes han muerto, menos el Crucificado". Jesús, aparentemente, es el desprecio del pueblo y, sin embargo, es el rey, y todos los que le llevan a la cruz aparecen como una máscara de humareda.

Queridos amigos, que la contemplación de Jesús como nuestro Rey nos ayude a ser auténticos, a seguirle en la verdad, a no vivir de apariencias. A saber vivir desde el amor que Él nos ha enseñado, aunque aparentemente recibamos menosprecios, críticas y burlas. Seguimos al Señor, seguimos su verdad. En Él encontraremos firmeza. De su costado abierto brota para nosotros un río de vida, que nos nutre y nos mantiene como discípulos suyos.

Que la contemplación de la Cruz del Señor afiance nuestra esperanza de que los que ponen en Dios su confianza, nunca quedan defraudados. Vivamos en la verdad, vivamos en la coherencia. Sigamos los pasos de nuestro Rey y no nos dejemos seducir por las apariencias de este mundo.

VIGILIA PASCUAL

2006

Mis queridos hermanos sacerdotes, queridos seminaristas, queridos hermanos y hermanas todos de nuestra Iglesia diocesana, y también queridos hermanos y hermanas venidos de otras Iglesias, que, en esta noche santa,

queréis compartir con nosotros la alegría de la resurrección del Señor, y especialmente querido Alejandro, que, acompañado de tu padrino, vas a recibir esta noche las aguas del Bautismo y el sacramento de la Confirmación, y por primera vez participarás en la mesa de la Eucaristía, incorporándote a Cristo y a esta comunidad, que se alegra de recibirte en esta noche de la resurrección de Cristo.

Después de escuchar la lectura de la Palabra de Dios, que nos ha hecho recorrer toda una historia de amor de Dios con nosotros, mis pobres palabras, en esta noche, sólo quieren subrayar que la maravilla más grande, la acción preciosa del amor de Dios por nosotros, no ha sido ni la creación, ni el paso del Mar Rojo, sino la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

La obra más hermosa, la obra más transformadora, que Dios ha hecho a favor nuestro, ha sido resucitar a su hijo Jesucristo de la muerte, haciéndole vencedor del pecado y de la muerte.

Y esto, queridos amigos, lo hemos escuchado en el relato sobrio y sencillo de Marcos, que ha sido proclamado. Las cosas grandes que Dios hace, las hace de manera discreta y sencilla. Las cosas maravillosas que Dios hace, las realiza de una manera suave, pero que nada es capaz de detenerla.

El evangelio, que hemos escuchado, nos habla de una nueva creación. Dice el evangelista que “era muy temprano, que era el primer día de la semana, y que estaba saliendo el sol”. Estas tres precisiones nos están haciendo pensar en la creación y en una novedad extraordinaria que Dios prepara. Él nos dice esta buena noticia a través del ángel: “El Crucificado, el Nazareno ha resucitado”.

Queridos amigos, esta noticia tan breve, que podemos resumir en una sola palabra ¡Resucitó!, es la noticia más importante que ha recibido la humanidad. Es la noticia con más capacidad de transformar el corazón del hombre y de la historia. Es la noticia que nosotros hemos tenido la suerte de recibir y de acoger. En nada hemos tenido más suerte que en conocer a Jesucristo resucitado y en tener fe en Él. Nada más importante nos ha ocurrido que estar insertos en Él, y en el misterio de su Cuerpo que es la Iglesia. Nada nos puede dar más esperanza, ni más capacidad de amar, que creer profundamente en nuestro corazón y profesar con nuestros labios, que Él ha resucitado y nos ha incorporado a su triunfo.

Queridos hermanos y amigos, vale la pena vivir, para anunciar esta Buena Noticia. Vale la pena vivir, para experimentar, en la propia experiencia y en la de nuestros hermanos, esta realidad transformadora. Hemos nacido de esta Buena Noticia. Los cristianos somos cristianos, porque creemos que el Crucificado vive, y que el Señor resucitado está en medio de nosotros, comunicándonos su vida.

Por eso, en esta noche, en que vamos a presenciar el bautismo de nuestro hermano Alejandro, y vamos a renovar nuestro propio bautismo, yo quisiera decirles a vosotros, hermanos y hermanas, a todos, y especialmente a vosotros queridos jóvenes, que no os dejéis robar nunca del corazón esta Buena Noticia. Que los ídolos de nuestro mundo no nos roben este tesoro, que las baratijas de nuestra sociedad no nos arranquen esta perla preciosa, que adorna nuestro corazón y que hemos tenido la suerte de encontrar.

La resurrección de Cristo es la fuente de nuestra alegría, es la fuente de nuestro amor, es la fuente de nuestra esperanza, que nada ni nadie nos podrá quitar. Por eso, vale la pena vivir para difundir y testimoniar, con nuestra vida nueva, esta Buena Noticia que puede traer la alegría y la salvación a todo el mundo.

Queridos hermanos: ¡Feliz Pascua de Resurrección! Renazcamos a esta nueva vida que Cristo nos ofrece.

DOMINGO DE PASCUA

16 abril 2006

Nuestra Iglesia exulta de júbilo por la solemnidad de la resurrección del Señor. ¡Cristo ha resucitado! Y esta buena noticia inunda al mundo de alegría. Y todo el mundo cristiano hace fiesta, pregonando este triunfo del Señor sobre el pecado y sobre la muerte.

Me alegro de saludaros a todos, reunidos para celebrar la Pascua. A mis queridos sacerdotes, mis queridos seminaristas, a mis queridos hermanos y hermanas de las Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Santander con su Presidente y la Junta Central, a quienes agradezco todos los esfuerzos por solemnizar estas fiestas de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, y a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas de la diócesis y venidos de fuera, para compartir con nosotros este gran día de fiesta y alegría.

La fiesta de la Resurrección de Cristo culmina la celebración del Misterio Pascual. Hemos acompañado a Cristo, contemplándolo crucificado y sepultado, y hoy lo proclamamos vencedor de la muerte y resucitado. Pero me gustaría insistir para todos vosotros en que esto no significa un final feliz. Significa el principio de una vida nueva.

Los discípulos, que acompañaron a Jesús y se quedaron desconcertados por verle prendido y humillado, se reúnen con Cristo resucitado para formar la Iglesia, que sale en misión para anunciar al mundo entero esta buena noticia, que puede llenar a todos los hombres del mundo de esperanza y de júbilo.

Mis queridos hermanos y hermanas, no miremos hoy esta fiesta sólo como un final, sino, sobre todo, como el principio de una vida nueva a la que Cristo nos invita a participar con Él. Los cristianos participamos de la muerte y de la resurrección de Jesucristo por nuestro bautismo. Hemos muerto al pecado con Cristo, para vivir una vida nueva de gracia y de amistad con Dios para siempre. Es un proyecto precioso en el que estamos todos embarcados.

Por eso, hoy, con la presencia de tantos jóvenes y niños como estáis aquí, en esta celebración, me gustaría dejar para vosotros un sencillo mensaje. Haced de vuestra vida una doble carrera. Hemos escuchado el Evangelio, y habéis visto una carrera entre dos apóstoles: Pedro, que, al recibir la noticia de que el sepulcro estaba vacío, ha ido corriendo a buscar aquel signo de esperanza, y Juan, aquel a quien el Señor quería tanto, también corrió con Pedro. Llegaron al sepulcro, vieron y creyeron. Y estos mismos apóstoles, en la tarde del primer domingo del día de la Resurrección, estando juntos, tuvieron la presencia del Cristo resucitado, que les dijo: "Paz a vosotros"

Queridos amigos, busquemos a Cristo resucitado. Hagamos de nuestra vida esa carrera apasionada, para buscar dónde está el Señor. Lo encontraremos en su Palabra, en los sacramentos, en el seno de la Iglesia, en los pobres, que caminan por el mundo necesitando hospedaje, como Jesús, cuando caminó con los discípulos de Emaús. Buscad al Resucitado. No os quedéis indiferentes ante esta buena noticia, como si Cristo resucitado estuviera escondido. Cristo resucitado es para nosotros, es para darnos vida. Y la vida cristiana comienza con el encuentro con su persona, con el encuentro con su mensaje, con el encuentro de nuestra vida con la suya. Buscad, pues, siempre al resucitado, con pasión, sin desánimo. Pero, haced también de vuestra vida otra carrera, que iniciaron los apóstoles y que no ha terminado. Es la carrera para ir al encuentro de los hombres, para darles esta buena noticia.

En los relatos de la resurrección del Señor, todos corren, todos sienten como una prisa de comunicar a los otros: "Es verdad, Cristo ha resucitado". Y nosotros los cristianos, a través de nuestra vida, estamos en una misión permanente en nuestras familias, en nuestras escuelas, en el lugar donde trabajamos o donde nos divertimos. Cada uno de nosotros, como el discípulo lleno de la alegría del Resucitado, tiene que comunicar a los otros esta buena noticia, y la haremos, queridos amigos, si vivimos la vida cristiana con coherencia y con alegría. Que se note que somos discípulos del resucitado, porque, como el Señor, estamos dispuestos a dar la mano a quien nos necesite. Porque iluminados por el Señor, estamos llamados también nosotros a poner luz donde hay oscuridad, a poner alegría donde hay tristeza, a aportar consuelo donde hay enfermedad y desgracia, a encontrarnos con la persona que está sola, para acompañarla. Somos testigos del Resucitado. Hagamos de nuestra vida el reflejo de esta buena noticia.

Amigos, carrera, pues, para encontrarnos con el Resucitado permanentemente, porque Él nos da vida, nos renueva. Carrera, para anunciar a todos los hombres esta buena noticia, que les puede dar el gozo, la alegría que todo hombre busca. En Cristo resucitado está la vida, en Cristo resucitado está la esperanza.

Que con la Virgen María, la Madre de Jesús y nuestra Madre, sepamos decir: El Señor ha hecho obras grandes, el Señor ha hecho la maravilla de la

resurrección, y todos nosotros estamos llamados a testimoniarla en nuestro mundo. Que así sea.

APERTURA AÑO SANTO LEBANIEGO

23 abril 2006

Os saludo a todos cordialmente, deseándoos la paz de Cristo resucitado. A vosotros, hermanos Arzobispos y Obispos, que vivís en esta provincia eclesiástica y, en particular, a nuestro Arzobispo Metropolitano D. Carlos Osoro y al Obispo Presidente de la Conferencia Episcopal Española, D. Ricardo Blázquez; a vosotros hermanos sacerdotes y religiosos concelebrantes, diocesanos y venidos de otras iglesias hermanas, especialmente a vosotros, comunidad de Franciscanos con vuestro P. Provincial, porque sois los que servís a este Monasterio y llevaréis el mayor peso de este Año Santo que acabamos de inaugurar; a usted, Sr. Presidente del Gobierno de Cantabria, a usted Sra. Ministra de Cultura, a ustedes autoridades y alcaldes de Liébana, a usted Sr. Presidente de la Cofradía de la Santísima Cruz con sus miembros, y a todos los lebaniegos que durante tantos siglos y con tanto amor habéis guardado y venerado el Lignum Crucis; a todos vosotros peregrinos, especialmente a vosotros los jóvenes, que anoche subisteis el icono que ha bendecido el Papa y celebrasteis esa preciosa vigilia de oración en la explanada, ante la puerta, antes de ser abierta para celebrar el sacramento de la reconciliación y contemplar la Cruz del Señor; a los que estáis aquí congregados, y a todos los que seguís esta celebración a través de la radio y la TV, especialmente a vosotros ancianos y enfermos, a todos os saludo. Paz a todos vosotros.

Llenos de alegría, en este Segundo Domingo de Pascua, hemos entrado por la puerta del perdón iniciando el Año Santo Lebaniego. Demos gracias a Dios que nos acoge siempre en su divina misericordia, para ofrecernos su perdón y renovarnos en nuestra vida cristiana.

Estamos aquí ahora reunidos para celebrar la Eucaristía. Sobre el altar está la apreciada reliquia del Lignum Crucis, meta de nuestra peregrinación y signo de vida, porque en la Cruz Jesucristo Nuestro Señor, muriendo, destruyó nuestra muerte y, resucitando restauró la vida. El mismo Cristo, el crucificado que vive, se hace presente en este altar y aquí, como en cada eucaristía, renueva la misma entrega que hizo de sí mismo al Padre en la Cruz, para salvarnos, para reconciliar al hombre con Dios y para destruir el muro que separa a los humanos, el odio, y hacer de todos nosotros el nuevo pueblo de Dios. ¡Qué gratitud y qué gozo debemos sentir!. En este momento se inundan nuestros corazones, porque aquí y ahora podemos participar del acontecimiento salvador de la Pascua de Cristo. Cristo muerto y resucitado se hace presente entre nosotros y Él es nuestra vida.

En el Evangelio que hemos escuchado, el Señor resucitado, que lleva las marcas de la pasión, sale al encuentro del incrédulo Tomás y le invita a tocar su costado abierto y a ser creyente. Tomás reconoce al crucificado vivo y le confiesa como su Señor y su Dios. “¿Porque me has visto, has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.”

Esta escena, mis queridos hermanos y hermanas, puede ser el programa para este año santo. Un año, para pedirle al Señor la mirada de la fe; un año, para suplicar la luz que nos haga salir de la oscuridad de nuestra incredulidad y de nuestra indiferencia; un año de gracia, para encontrarnos personalmente con el Señor, dejarnos convertir y transformar por Él y poder decir. “Señor mío y Dios mío”. Sí, pidamos esa mirada de la fe, que nos permite tocar y gustar el Cuerpo eucarístico de Cristo, el pan y el vino de la Cena del Señor, con el que nutre y fortalece nuestra vida cristiana y nos posibilita entrar en comunión con Él.

Pidamos esa mirada de la fe, que nos permite tocar y descubrir el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Santa Madre Iglesia, la comunidad de los creyentes, a la que pertenecemos como miembros desde el día de nuestro bautismo, y poder experimentar la alegría de la fraternidad en la que nadie llama suyo propio a lo que tiene, sino que lo comparte para que ninguno pase necesidad.

Pidamos esa mirada de la fe, que nos permite tocar el cuerpo sufriente de Cristo en los pobres, en los enfermos y en los marginados, porque en las

llagas y en las heridas de todos los que sufren, el Señor, se hace presente y reclama nuestro amor y nuestro servicio.

Pidamos esa fe, que nos permite contemplar el costado abierto del Señor como la Puerta Santa por excelencia, por la que podemos adentrarnos para comprender hasta qué punto Dios nos ha amado.

El Papa Benedicto XVI, que ha tenido para con nosotros la amabilidad de bendecir este icono de la pasión, y nos ha enviado su enjundioso mensaje para este día, él nos ha recordado, en su primero encíclica, que poner la mirada en el costado traspasado de Cristo nos ayuda a comprender que Dios es amor y es en la Cruz donde puede contemplarse esta verdad, y a partir de ahí definir qué es el amor. Desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.

A eso venimos, precisamente aquí, los peregrinos. A acoger ese amor y a aprender a amar como Cristo nos ha amado. Ser peregrino es ser sediento del amor de Dios y es ser aprendiz del amor de Dios. Con humildad, con sencillez nos acercamos a la Cruz como al libro del amor más grande. Dijo Jesús: "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos". Esta es la gracia jubilar: acoger este amor de Dios manifestado en Cristo. Un amor misericordioso, que nos perdona; un amor gratuito, que nos renueva; un amor desbordante, que nos dignifica y nos transforma haciéndonos semejantes a él.

Para profundizar en este misterio de amor, permitidme que cite la reflexión de un pensador contemporáneo. Una reflexión que se hace ante la pregunta de un padre, el padre de un muchacho discapacitado profundo. Se preguntaba este padre viudo: Cuando yo muera, ¿quién cuidará a mi hijo como merece? Dice este autor: Desde el amor que le profesa su padre, ese muchacho es la persona más digna, más persona del mundo. ¿Por qué? Porque le ama totalmente. He aquí una verdad táctica en la vida humana: Quien nos ama nos reconoce como persona, seamos quienes seamos y estemos como estemos. El amor dignifica y rescata del olvido y de la muerte, reconstruye lo deficiente, asume la deuda, enjuga el llanto y, por eso, quien es amado renace. Da más fuerza sentirse amado que creerse fuerte. Así de sencillo, pero así de verdadero es el amor. Y si esto ocurre con el amor humano,

¡ qué no hará el amor divino! Nadie nos ama tanto como Dios y, si quien es amado renace, Dios nos da la posibilidad de renacer siempre, porque nos ama incondicionalmente.

Acoger la gracia jubilar es experimentar este don de renovación radical, que Dios nos ofrece siempre. Precisamente, queridos hermanos y hermanas, estamos celebrando el domingo "in albis", llamado así, porque los que habían sido bautizados la noche de Pascua acudían a esta celebración dominical con las vestiduras blancas, que habían recibido como signo de su nueva vida en Cristo. Este domingo nos recuerda a nosotros que, por el bautismo, fuimos incorporados a Cristo y debemos mantener limpia esta vestidura llevando una vida cristiana coherente y auténtica. Hemos renacido del agua y del Espíritu.

Esta es una llamada que os hago en este Año Santo. Que la cruz, con que fuimos marcados el día de nuestro bautismo, nos recuerde siempre nuestra pertenencia a Cristo, nuestra pertenencia a la Iglesia, nuestra dignidad de cristianos y la vocación a la santidad. Vivir de acuerdo con el nombre de cristiano nos lleva a mostrar al mundo de hoy el rostro amoroso de Dios, tal como lo hizo Cristo. El nos ha dicho en el Evangelio: " Como el Padre me ha enviado así os envío yo". Por tanto, debemos regresar de nuestra peregrinación más dispuestos y animados a servir y a amar a todos, a reconocer la dignidad de toda persona humana y a defenderla en todas las etapas de su vida, desde su concepción hasta su muerte natural.

Los pobres y todos aquellos en los que se hace más patente la cruz de Cristo por sus sufrimientos, deben ser nuestros preferidos y recibir de nosotros todo nuestro cariño, toda nuestra ayuda. Para esta misión Cristo nos regala su Espíritu, "Recibid el Espíritu Santo", dijo soplando sobre los apóstoles.

María, la Virgen de la Luz, estuvo junto a la Cruz de Jesús y allí nos recibió como hijos a todos nosotros. Que como Ella sepamos creer, que como Ella sepamos amar y con Ella podamos alegrarnos, porque su Hijo, aquel que Ella mereció llevar en sus entrañas, ha resucitado y nos ha hecho partícipes de su vida. Amén

CONFIRMACIÓN DE ADULTOS

27-5-2006

Mis queridos hermanos sacerdotes, queridos jóvenes, que vais a recibir el sacramento de la Confirmación, queridos padrinos, padres, familiares y amigos de estos jóvenes, queridos hermanos y hermanas todos.

Es una gran alegría ver la Catedral tan llena de personas para recibir el don del Espíritu Santo. De la misma manera que un padre de familia se alegra el día de fiesta, cuando la casa se llena de los hijos, yo siento también hoy esa profunda alegría por encontrarme con vosotros y con vosotras, y le doy gracias a Dios de corazón. Al ser muchos, la celebración resultará, inevitablemente, un poco más larga, pero depende de cómo la vivamos, se nos hará más larga o más ligera. Si prescindimos del reloj, pensamos que estamos viviendo un momento importante de nuestra vida y lo queremos saborear bien; si cada uno de nosotros, hoy, nos sentimos responsables unos de otros y, en la medida en que los jóvenes vayan siendo confirmados rezamos por ellos, y pensamos que detrás de cada persona hay una historia, hay un proyecto –muchos de vosotros habéis pedido la Confirmación precisamente para afrontar cristianamente vuestro matrimonio–, no cabe duda de que en nuestro corazón sentiremos paz alegría y esperanza.

¡Qué bonito pensar que en vuestros corazones hay un proyecto de amor, de vida, de futuro! Y todos os podemos acompañar y rezar por vosotros, para que esto se cumpla. Porque, mirad, queridos amigos, todas las personas de este mundo queremos ser felices. Todos. Ahora bien, no siempre acertamos a encontrar los caminos que conducen a la felicidad. Y esta tarde, como Obispo vuestro, yo quisiera que vivierais este acontecimiento como un camino de felicidad, porque encontrarse con Jesucristo es encontrarse con la fuente de la verdadera alegría, y ésta es la clave que hoy quisiera subrayar.

Estoy seguro de que cada uno de vosotros y vosotras, más o menos, sabéis quien es Jesucristo. Sabéis que es el Hijo de Dios, que nació pobre y humilde en Belén, que vivió trabajando en una humilde carpintería de un pueblo pequeño durante tantos años, que pasó por el mundo haciendo el bien, predicando el amor a Dios y a los hermanos, acercándose a los niños, a los enfermos, a los despreciados, para dar siempre la mano y devolver la

dignidad a quien la había perdido... Y, en ese camino de amor auténtico, llegó hasta dar su vida por nosotros en la cruz. "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos". Y Cristo ha dado la vida por nosotros. Creemos que resucitó al tercer día y ascendió a los cielos y, sin dejarnos, aunque no lo veamos visiblemente, está siempre junto a Dios intercediendo por nosotros.

Y aquí viene, queridos amigos, algo muy importante para el día de hoy; Él nos dice a sus amigos, a los que queremos seguir sus pasos: Yo quiero continuar mi misión de amor a través de ti. Yo no te dejo, estoy a tu lado, pero eres tú quien me tienes que prestar tus labios, tus manos y tu corazón, para que yo siga hablando, amando y sirviendo en medio de este mundo.

Queridos amigos, dos mensajes quisiera dejaros en este día: El primero, que ser cristiano significa preguntarse: ¿Si Cristo estuviera en mi lugar, qué haría? Este es el trabajo, la responsabilidad y la alegría que tenemos los cristianos en el mundo, reflejar a Cristo, dejar que se haga presente en tus amigos, en tu familia, dentro del lugar donde trabajas, dondequiera que estés. Que Cristo se refleje en tu vida. Por eso, quizás la oración de las más bellas que yo he aprendido, después del Padre nuestro, por supuesto, es esta oración de un gran hombre que se convirtió y que le decía al Señor: "Señor Jesús, no te escondas tanto dentro de mí, mira por mis ojos, habla por mis labios, sirve con mis manos, camina con mis pies, de manera que quienes vean mi pobre persona, descubran tu divina presencia".

Queridos amigos, amad, seguid, conoced cada día mejor a Jesucristo y en Él encontrareis la fuente de la alegría y del amor.

Segunda mensaje. ¿Es posible realizar esto? Con nuestras solas fuerzas, no. Jesús prometió que nos enviaría el Espíritu Santo y que nos daría fortaleza, sabiduría y piedad para poder vivir de acuerdo con lo que Él nos ha enseñado. Y, precisamente, queridos amigos, esta tarde, a través de mis pobres manos, como sucesor de los apóstoles, vais a recibir el don del Espíritu Santo en el sacramento de la Confirmación, y el Espíritu Santo os hará fuertes y valientes testigos de Jesucristo en medio del mundo. Cada uno de nosotros es regalado por el Espíritu Santo con dones distintos, para que todos juntos, unidos como Iglesia, como comunidad, hagamos presente a Cristo en medio del mundo. Tened confianza.

Yo, ahora, voy a pedirlos a los que vais a ser confirmados, que renovéis públicamente la promesas de vuestro bautismo, que hicieron un día vuestros padres y padrinos. Pedidle a la Virgen María, la humilde joven de Nazaret, que es la que supo decir "Sí" y cumplir ese "Sí", que os ayude a decir de corazón este "CREO", y podáis mantener la fe. Una fe, queridos amigos, que no sólo tenéis que vivir vosotros, sino que tenéis que transmitir. ¡Qué hermoso que muchos de vosotros vais a comenzar un hogar! ¡Qué hermoso que, en ese hogar se hable de Cristo, se ame a Cristo y se aprenda a vivir como Cristo! No cabe duda de que, si esto es así nunca os faltará la paz, la alegría y la fortaleza, para que llevéis adelante el proyecto de vuestra vida.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

28 mayo 2006

Mis queridos hermanos sacerdotes del Cabildo Catedral, queridos hermanos y hermanas reunidos para celebrar la solemnidad de la Ascensión del Señor a los cielos.

En la fiesta de hoy hay dos aspectos que debemos vivir intensamente. El primero, un sentimiento de gozo, de esperanza, de exultación, porque, como hemos escuchado en el evangelio de Marcos, Jesús, el Señor, subió al cielo y se sentó a la derecha del Padre.

Y en la oración con que hemos comenzado la celebración eucarística, hemos dicho que la victoria de Jesucristo es ya nuestra victoria. Jesús, después de su muerte y resurrección, después de haber sembrado el Evangelio entre nosotros, después de haberse hecho uno con nosotros, de haber tomado nuestra naturaleza humana, el que bajó siendo Hijo de Dios y se hizo hijo del hombre, hoy toma nuestra humanidad y la introduce en el cielo como signo de nuestra esperanza. Él la cabeza, nosotros su cuerpo. Vivimos este día de la Ascensión del Señor, como día de nuestra victoria. La victoria de Jesucristo, sentado a la derecha del Padre, como señor del universo, es una victoria que

nos afecta a nosotros, miembros de su cuerpo. Él quiere hacernos partícipes de su victoria.

Por eso, queridos amigos, queridos hermanos, demos gracias a Dios por tener fe. Demos gracias a Dios, por haber sido llamados a esta esperanza, como decía S. Pablo en la segunda lectura.

Contemplemos a Cristo, que ha triunfado, después de sembrar el bien por nuestra tierra, y ha tomado nuestra humanidad para sentarla junto a Dios. Él, cuando vino a nosotros, no dejó al Padre, y ahora que está sentado junto al Padre, no nos abandona a nosotros. Mirando a Cristo sentado a la derecha del Padre, mantengamos siempre la esperanza, mantengamos siempre la alegría. En medio de nuestras luchas, de nuestras dificultades, de nuestras dudas, de nuestros fracasos, de nuestras zozobras, miremos a Cristo y repitamos muchas veces en nuestro corazón: Señor, tu victoria es mi victoria. Aunque pase por cañadas oscuras, por valles tenebrosos, estoy llamado a participar de tu gloria y de tu tiempo. Porque Tú me has llamado contigo. Tú me quieres contigo. Fiesta, pues, de un gozo profundo, de alabanza y de acción de gracias.

Pero también, queridos amigos, es fiesta de responsabilidad. Y éste es el segundo aspecto. El Evangelio de Marcos, después de esa frase breve y preciosa: "El Señor subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre", dice que ellos, los apóstoles -y también nosotros, los discípulos de Jesús,- se fueron a propagar, a proclamar el Evangelio a todas las gentes.

Cristo ha dejado en nuestras manos su propia misión. Cristo quiere continuar actuando, en medio de nuestro mundo, a través de nosotros, los miembros de su cuerpo. A nosotros nos ha encargado: "Id y anunciad la buena noticia a todas las gentes"; nos ha enviado a realizar en medio del mundo los signos del Reino de Dios: la curación de los enfermos, la liberación de los oprimidos, el ser testigos sin miedo para decir: esta humanidad puede cambiar. Lo humano, tan dramático a veces, puede ser transformado por la fuerza del amor.

Es el día de la Ascensión del Señor, el día de la responsabilidad de la Iglesia. Hemos escuchado la conclusión del Santo Evangelio, pero la primera lectura es el inicio de los Hechos de los Apóstoles, un libro, queridos hermanos y hermanas, en el que creo que todos tenemos una página que llenar. Es

como un libro no concluido, un libro en el que tú y yo tenemos una página para escribir, la página de nuestro propio testimonio.

En la historia de la Iglesia, todos los discípulos de Cristo tenemos la responsabilidad de anunciar el Evangelio y de realizar los signos de la presencia del Reino de Dios en medio de nosotros. Por tanto, en este día de la Ascensión del Señor, con este júbilo y esta alegría que decíamos, contemplando a Cristo preguntémosnos: ¿Se hace presente Cristo a través de mi vida? ¿Hablo de Cristo a mis hijos, a mis nietos, en mi familia? ¿Hablo de Cristo sin complejos, con sencillez, sin petulancia, pero con convicción, a mis compañeros de trabajo, a las personas con quienes convivo? ¿Me preocupo de conocer bien el Evangelio de Jesús, para disipar tantas dudas como se presentan en nuestra sociedad?

Tenemos esa responsabilidad de anunciar el Evangelio, queridos hermanos, pero no sólo con palabras, sino también con signos. ¿Me acerco a los enfermos, a los débiles? ¿Sé gastar mi tiempo al lado de la persona que necesita consuelo y apoyo? ¿Ayudo a liberarse de sus defectos a quienes están atrapados por mil cadenas, sutiles a veces, que quitan la libertad y la dignidad a tantos contemporáneos nuestros, por mil vicios, que acaban atrapando a la persona humana y no la dejan desplegar como hijo de Dios? Esta es nuestra responsabilidad.

En las Hechos de los Apóstoles todos nosotros tenemos esa página, y ojalá el Señor nos permita llenarla con sencillez; y se pueda decir que tú y yo estamos siendo testigos del Señor en medio de esta época, en la que tenemos también, como los apóstoles, que salir, propagar, pregonar la buena noticia del Evangelio a todos los que nos crucemos en esta vida.

Pero, quizá podríamos decir: Soy demasiado débil, soy demasiado frágil... Lo somos realmente, por eso a la Ascensión del Señor va unida siempre la promesa del Espíritu Santo: No os alejéis de Jerusalén, dice el Señor, seréis bautizados por el Espíritu, recibiréis el Espíritu Santo y seréis mis testigos

El próximo domingo celebraremos la fiesta de Pentecostés. Queridos hermanos y hermanas, que esta semana sea una semana de intensa oración con María, la Madre del Señor. Pensemos en Ella, oremos con Ella. Que ella interceda por nosotros. Debemos pedir: Señor, envíanos tu Espíritu, que nos

dará la fuerza y la sabiduría para poder ser tus testigos en medio de nuestro mundo. Que así sea.

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

4 junio 2006

Celebramos la solemnidad de Pentecostés, el día en que el Señor, cumpliendo su promesa, derramó abundantemente sobre María y los apóstoles, que estaban reunidos en oración, el Espíritu Santo, para que pudieran realizar a través del mundo la misión que el Señor les había encargado: Anunciar el Evangelio a todas las criaturas.

Aquellos hombres, frágiles como nosotros, aquellos hombres que estaban encerrados por miedo a los judíos, al recibir el impulso, la fuerza del Espíritu Santo, salieron por el mundo como pregoneros del Evangelio y fueron reuniendo a las gentes en la Iglesia, para que todos pudiéramos disfrutar de la presencia de Jesucristo, de las maravillas de Dios.

También nosotros hemos tenido esa dicha. Desde el día de nuestro Bautismo, hemos recibido el don del Espíritu Santo, se nos dio con mayor plenitud el día de nuestra Confirmación, y constantemente el Señor derrama su Espíritu sobre la Iglesia, para que podamos sostenernos en la misión que el Señor nos ha encomendado también a nosotros.

Llenos, pues, de la actitud de gratitud y alegría, yo quisiera subrayar, a la escucha de la Palabra de Dios que ha sido proclamada, tres grandes maravillas de Dios y, al mismo tiempo, suplicar con fuerza tres peticiones al Señor, para que, con la fuerza del Espíritu Santo, la Iglesia siga caminando hoy con fidelidad.

La primera maravilla es que la Iglesia ha aprendido a proclamar el Evangelio en lenguas distintas. En el día de Pentecostés, cada uno escuchaba a los apóstoles en su propia lengua. Los Santos Padres dicen: "Hoy también la Iglesia habla todas las lenguas, porque, a través del mundo entero, nuestros misioneros hacen presente el evangelio en las distintas culturas". Sin

embargo, a pesar de esta maravilla, que agradecemos, de esa posibilidad de hablar, sobre todo, el lenguaje del amor que es capaz de ser entendido por todas las personas, en Europa y, concretamente, en España vivimos la dificultad de que el lenguaje cristiano, el lenguaje de la fe no es percibido por los hombres de nuestro tiempo y de nuestra cultura. Muchas veces se nos identifica con la Iglesia que dice “no”, sin descubrir cuál es la propuesta y el “sí” que la Iglesia da a Cristo y al mundo. La moral de la Iglesia, los mensajes de la Iglesia, siempre se interpretan como un lenguaje negativo que quita libertad al hombre. No descubren la belleza del mensaje de Jesús, que puede dar al corazón del hombre tal amplitud y tanta generosidad para no vivir atrapados en su propio yo, sino para darse generosamente a Dios y a los hermanos.

Suplico con vosotros para nuestra Diócesis y para toda España, que el Espíritu Santo nos conceda ese lenguaje que sea capaz de ser entendido por nuestros hermanos los hombres, que necesitan luz, que aún sin saberlo, necesitan conocer a Jesucristo y captar la Buena Noticia de su Evangelio. Pidamos, insistentemente, que el Señor nos conceda ese don de un corazón nuevo, para poder proclamar a quienes están lejos y fuera de la Iglesia la Buena Noticia de Jesucristo Resucitado.

La segunda maravilla que realiza Pentecostés, y que quiero hacer también súplica para nuestra Iglesia, es la de la unidad y, al mismo tiempo, la variedad. La Iglesia somos un cuerpo, pero miembros distintos. El mismo Espíritu, como nos ha recordado San Pablo, reparte entre nosotros carismas diferentes, unos fáciles de captar: los catequistas, los que trabajan en Cáritas, los que celebran y animan los encuentros litúrgicos en la Iglesia, las personas que tenemos un ministerio ordenado para ser pastores del pueblo, los que tenéis el carisma de la vida familiar y el don del matrimonio, comunidades diferentes, comunidades religiosas distintas, que cumplen distintos servicios dentro de la Iglesia, comunidades nuevas que surgen por impulso el Espíritu Santo y que son reconocidas por la Iglesia...

No cabe duda de que esto es una riqueza, de que esta diversidad de dones es como un jardín con flores variadísimas y colores preciosos; pero, al mismo tiempo, queridos amigos, tenemos en la Iglesia un peligro de dispersión, de vivir estos carismas cada uno individualmente, o bien con protago-

nismos o con atomizaciones, como si unas cosas no tuvieran que ver con las otras. No, necesitamos agradecer la variedad de dones que el Espíritu del Señor ha sembrado en la Iglesia, pero, al mismo tiempo, descubrir que esos dones están para la construcción de la única Iglesia, de la comunidad, que son para el bien común. Nadie puede apropiarse de sus dones y vivirlos sólo para sí. Los tenemos para compartirlos, para vivirlos en la alegría de la unidad.

Como cabeza visible, aunque pobre y humilde de esta Iglesia diocesana, pido al Señor con todo mi corazón que siga dándonos esa variedad de carismas, que siga enriqueciendo nuestra Iglesia con todos esos dones, pero, al mismo tiempo, siembre en cada uno de nosotros esa pasión por la unidad, por ser una Iglesia unida, compacta, porque en medio de las dificultades de nuestro mundo resuena, con mucha fuerza, esa súplica de Jesús: "Que todos sean uno para que el mundo crea".

Finalmente, queridos amigos, quisiera subrayar una frase del Evangelio que ha sido proclamado y que es una maravilla. Jesús, el Señor, se hace presente en medio de los apóstoles y es dice: "Como el Padre me ha enviado, así os envío yo, recibid el Espíritu Santo", y sopló sobre ellos. Tomemos conciencia de esa maravilla que Dios hace en nosotros, constituyéndonos como imágenes vivas de Jesús en medio del mundo. Como el Padre lo envió a Él para que manifestara a todos los hombres cuánto Dios nos ama, Jesús cuenta con nosotros, para que, a través de nuestra vida, una vida santa, reflejemos el amor de Dios dondequiera que estemos: en el seno de nuestras familias, en el lugar donde trabajamos, entre nuestros amigos y vecinos... ; dondequiera que estemos, estamos enviados para ser testigos de Jesús, testigos del amor de Dios. Y el Señor nos regala el Espíritu Santo que nos hace capaces de vivir esta misión. Pero sabemos muy bien que sin Él no podemos hacer nada.

Pido con todo mi corazón que cada uno de nosotros, por la fuerza del Espíritu Santo, sea transformado, transfigurado por ese encuentro con Jesucristo. Que se note, dondequiera que estemos, que somos amigos del Señor, testigos y discípulos del Señor, para que así, en medio de nuestro mundo, que tantas veces está marcado por la oscuridad, cada uno de nosotros ardamos como lámparas, que ponen luz del amor al Señor en medio de nuestra sociedad. El Espíritu que Jesús nos prometió, nos lo sigue regalando.

Pidamos a la Virgen María, hecha presente hoy aquí, en esta imagen de la patrona de la ciudad de Santander, la Virgen del Mar, cuya fiesta celebraremos mañana, que Ella interceda por nosotros, que Ella nos enseñe a abrir las puertas de nuestro corazón, para que todos quedemos llenos del Espíritu Santo, y que el Señor pueda hacer en nosotros las mismas maravillas que hizo en su humilde sierva de Nazaret. Que así sea.

VIRGEN DEL MAR

5 junio 2006

Os saludo a todos con alegría y afecto, hermanos sacerdotes concelebrantes, Sr. Presidente del gobierno de Cantabria y Sr. Consejero, Sr. Alcalde y miembros del Excmo. Ayuntamiento de Santander, hermanos y hermanas todos, venidos como peregrinos a esta isla de la Virgen del Mar, para celebrar su fiesta en este lunes de Pentecostés.

Después de haber celebrado que el Señor nos ha comunicado su Espíritu, contemplamos a María, llena y empujada por el Espíritu Santo, que nos enseña a acoger en nuestro corazón los dones que Dios nos ofrece.

Mi mensaje hoy quiere ser breve, sobre todo, teniendo en cuenta a los que habéis venido caminando y ahora tenéis que estar toda la celebración de pie. Mi petición a la Virgen hoy es la alegría. Sé que todos, en nuestras familias, en nuestros trabajos, encontramos frecuentemente problemas, dificultades, inquietudes, dudas, sombras. No cabe duda que el ritmo frenético de nuestra vida, muchas veces nos hace sentirnos como cansados y agobiados por tantos problemas. Pero un día de fiesta, y un día de fiesta en torno a nuestra Madre, es una invitación a guardar, en lo más profundo de nuestro corazón, esa profunda alegría, que tiene el que sabe, como María, que Dios está en medio de nosotros.

Saber alegrar nuestro corazón, no dejarnos robar la alegría por nada, saber que el Señor, fuente de nuestra alegría, nos ama, y que ese amor, por

cada uno de nosotros, nos hace sentir la dignidad de ser hijos de Dios y contemplar que, en la vida, es posible trabajar, buscar luz y encontrar rendijas para cultivar la esperanza.

Esto pido al Señor, después de haber escuchado este evangelio, que podríamos llamar el evangelio de la alegría, porque María, portadora de Jesús en su seno, va a las montañas de Judá a visitar a su prima Isabel, y, en ese encuentro, Juan salta de alegría en el seno de su madre. Es un evangelio todo él que está bañado de sencilla alegría, de esa alegría que nada puede arrebatar al creyente.

Queridos amigos, con María os deseo que, en lo más profundo de vuestro corazón y de vuestra vida, sintáis siempre esa alegría que da fuerza par afrontar los problemas, que mantiene la esperanza para saber salir de toda oscuridad. Esa alegría que nos permite sonreír, incluso a veces, con lágrimas en los ojos. . Esa alegría que tienen, sobre todo, aquéllos que, como María, saben que el corazón está habitado por el Señor.

Que Dios, que es amor, nos permita mirar con esperanza el mundo, para buscar siempre en él lo bueno, lo positivo, lo que nos lleva al encuentro del otro, lo que nos lleva a compartir la alegría. Por que la alegría, lo sabéis bien, es el bien que, cuanto más se comparte, más aumenta. Por eso, la alegría es difusiva; cuando estamos contentos por algo, tendemos a comunicarlo a los demás, y a que compartan nuestra alegría.

Pues bien, amigos y hermanos, juntamente con la petición de que aliemente y despierte la alegría de nuestro corazón, debemos comunicar dicha alegría, sobre todo, de dos maneras, que aparecen también en el Evangelio que hemos escuchado. Isabel saluda a María como: "Dichosa tú, feliz tú" ¿Por qué? "Porque has creído, lo que te ha dicho el Señor se cumplirá".

La alegría cristiana se difunde en la transmisión de la fe. Dentro de un mes, aproximadamente, el Santo Padre nos visitará en Valencia, en el Encuentro Mundial de las familias. El lema de ese encuentro es: "La familia y la transmisión de la fe" Queridos hermanos y hermanas, los que sois padres, los que sois abuelos, no tengáis miedo de transmitir la fe a los niños y a los jóvenes, aunque parezca que ellos, de momento, no hacen demasiado caso. Lo que se siembra en el corazón con amor, con convicción, con testimonio de

vida, es una siembra que siempre produce fruto, aunque no es siempre cuando nosotros lo esperamos. Pero acaso en nuestras propias vidas, ¿no tenemos todos ese testimonio de fe que recibimos, quizás de nuestra madre, de nuestro abuelo, de una catequista sencilla y humilde de nuestro pueblo, que nos enseñó a conocer y a seguir los pasos de Jesús? Transmitámosla, sembremos la fe, testimoniemos la fe en el seno de nuestras familias, no como una teoría, sino, sobre todo, como la vivencia de un encuentro con Cristo, que nos lleva a una alegría que no podemos dejar de compartir. Transmitámosla en un cálido ambiente de amor, nunca de imposición, siempre de convicción, siempre como propuesta, siempre como ofrenda que hacemos, porque queremos ofrecer aquello que es el tesoro de nuestra vida.

Transmitamos la fe en las familias, como María, con María, al estilo de nuestra Madre.

Pero también la alegría se difunde por la caridad, el amor y el servicio a los que están más necesitados. La Virgen María, en este Evangelio que hemos escuchado, aparece como portadora de Cristo, que va a servir a su prima Isabel en los últimos meses de su embarazo. María ha descubierto que tiene necesidad de ella y se pone en camino para servir. La alegría se convierte en servicio, sobre todo, cuando la compartimos con aquéllos que están más desanimados, más solos, con los enfermos, con los que están tristes, con los que son más pobres, con aquéllos que se sienten en el mundo sin ser queridos o apreciados por los demás. Los cristianos no podemos guardar la alegría para nosotros mismos. Un cristiano es aquel que con fe y, unido a Jesucristo, trata de acercarse a quien sufre, a quien nos necesita, para que a través de una caricia, de una mirada, de una sonrisa, a través de compartir los bienes que Dios nos ha dado, podamos también hacer sonreír, esperar y encender una chispa de alegría en el corazón del que sufre.

Amigos y hermanos, que la Virgen del Mar, nuestra patrona, nos permita vivir una jornada de profunda alegría, de intensa alegría, ésa que está en lo más hondo del corazón. Que nos permita traducir, transmitir y difundir esta alegría con el testimonio de la fe y con el servicio generoso de quien necesita de nuestro amor. Que así sea.

SOLEMNIDAD DEL APÓSTOL SANTIAGO**25 julio 2006**

Mis queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas.

Celebramos la fiesta del Apóstol Santiago. En esta fiesta quisiera subrayar, ante todo, lo que significa la palabra “apóstol”. La palabra “apóstol” es una palabra griega que significa “enviado”. Y enviado, ¿a qué? A anunciar al mundo la alegría de la resurrección del Señor. Anunciar la presencia viva de Cristo que quiere reunirnos en torno a él, para que vivamos el misterio de la Iglesia: Anunciar a Cristo, para que su Palabra sea la luz que guíe nuestro camino y el manantial del que aprendemos para vivir en el amor.

La palabra “apóstol” hace referencia a que el Señor ha querido que la buena noticia de su muerte y de su resurrección llegue hasta el confín de la tierra. Por eso, la Palabra de Dios que hemos escuchado de los Hechos de los Apóstoles hace esta afirmación: “Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor, y realizaban en medio del pueblo signos y prodigios”, que ponían de manifiesto esa presencia victoriosa de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte.

Pues bien, a nosotros, según la venerable tradición, nos llegó la Buena Noticia del Evangelio a través del apóstol Santiago. Por eso, en este día debemos sentir una profunda gratitud, porque hemos sido dichosos de recibir esa noticia, de que haya llegado no sólo hasta nuestro suelo patrio, sino hasta cada uno de nosotros a través de la sucesión apostólica, y que todos nosotros hayamos podido sentir en el corazón esa noticia, que es capaz de transformar la vida del hombre: Cristo ha resucitado y vive para ti, y te llama a ti para que unido a Él y a tus hermanos, vivas la alegría de la vida cristiana. Nosotros hemos recibido el bautismo por el que hemos sido incorporados a la muerte y a la resurrección de Jesucristo.

Es un día, pues, de profunda gratitud, de valorar la fe y de sentir también la responsabilidad de transmitir esa fe a las generaciones que vienen detrás de nosotros. De ahí quizás que nos orienta mucho la segunda lectura que hemos escuchado. La transmisión de la fe y el testimonio de la fe suponen siempre la prueba, la dificultad, el martirio, de una o de otra forma. El após-

tol Pablo nos recuerda que estamos acosados, pero no derribados; que estamos apurados, pero no desesperados; que, por todas partes, notamos en nuestra vida la muerte de Cristo, para que también se manifiesta en nosotros la vida de Cristo.

Día del apóstol Santiago, día para que le pidamos a él valor, fortaleza para afrontar las pruebas de nuestra fe, especialmente en esta época en la que nos ha tocado vivir. Sentimos muchas veces esa corriente cultural, diríamos tan dura, que en Europa, sobre todo, enfría la fe y hace más difícil que la podamos transmitir a nuestros niños y a nuestros jóvenes. Sin embargo, queridos hermanos y hermanas, la fe madura en la prueba, la fe, vivida con confianza en medio de la dificultad, se fortalece, y la fe crece con la prueba y es un signo que, más pronto o más tarde, hace que aparezca en aquellos que nos observan, si somos fieles a Jesucristo, precisamente en el momento de la dificultad.

Un tercer punto de meditación, en este día del Apóstol, es que, precisamente, para ser testigos cada vez más convincentes de la fe cristiana, todos tenemos que pasar un proceso de educación en la fe. Los mismos apóstoles Santiago y Juan, cuando subían a Jerusalén con el Señor, no tenían una fe muy madura, sentían la ambición a los primeros puestos y tenían la idea de un reino triunfante, quizás por pensar que, para llegar a la gloria no tenían que pasar por la cruz. Por eso Jesús les pregunta. “¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?” Es decir: ¿Estaréis conmigo en la prueba? Todos quisiéramos llegar a la meta sin el cansancio del camino. Todos quisiéramos llegar a la vida en Cristo, sin compartir los padecimientos de Cristo. Pero la vida cristiana tiene ese proceso, no hay otro, por eso, hemos de ser constantemente discípulos, aprendices, para dejarnos educar por el Señor.

Que el apóstol Santiago interceda por nosotros, para que también aprendamos a ser verdaderos discípulos de Cristo en medio de las contradicciones y de las dificultades de la vida, para que podamos decir: Señor quiero estar contigo, quiero compartir tu vida y, porque te amo, estoy dispuesto también a compartir tus sufrimientos bebiendo tu mismo cáliz.

El Apóstol vivió la dificultad de la evangelización y que, según la piadosa tradición de España, recibió el aliento de la Virgen María, que Ella nos acompañe también a todos en el testimonio de nuestra fe. Que así sea.

ASUNCIÓN DE NTRA. SEÑORA

15 agosto 2006

Mis queridos hermanos sacerdotes del Cabildo Catedral y sacerdotes que, procedentes de otras Iglesias hermanas, compartís también esta solemne celebración. Queridos seminaristas, queridos hermanos y hermanas todos.

La fiesta de la Asunción de Nuestra Señora nos llena de alegría. En medio de las sombras y las dificultades de nuestra vida, contemplar a María, gloriosa en su pascua, nos llena de una profunda esperanza, porque sabemos que lo que en Ella ha ocurrido, está llamado a ocurrir en nosotros. Lo que Ella ha recibido de Dios en la respuesta fiel que siempre le dio al Señor, es lo que esperamos nosotros también, después de una vida de fidelidad, de confianza en nuestro Dios y Señor.

Todos estamos hoy contentos, porque la alegría de la Madre es alegría de los hijos; porque la alegría de María es alegría de la Iglesia; porque el Señor, que ha hecho obras grandes en María, también las quiere realizar en nosotros.

Cada año, en esta fiesta, procuramos descubrir algún aspecto que nos ayude a vivir alentados por este misterio tan hermoso, que corona la vida de nuestra Madre.

Y hay un secreto en esta fiesta. El Papa Pío XII lo dijo, cuando proclamó este dogma de la Asunción de María: María siempre estuvo estrechamente asociada a su Hijo Jesucristo. Estrechamente asociada a su Hijo Jesucristo. El cuerpo de la Virgen María no sólo no experimentó la corrupción del sepulcro, sino que experimentó el triunfo sobre la muerte y la entrada en la gloria de Dios.

Queridos amigos y hermanos, en este día, en que estoy viviendo estas últimas fiestas con vosotros, porque el Señor quiere que siga peregrinando al

servicio de la Iglesia, ahora en la Iglesia hermana de Huelva, en todos los actos, aunque no quiero convertirlos en actos de despedida, sin embargo, sí siento una preocupación de padre y de pastor, de poder decir palabras esenciales, palabras fundamentales, para que podáis seguir vuestro camino cristiano. Y esta clave que se da en la vida de María, es la que hoy quisiera exhortaros a seguir en vuestra propia vida: Asociados íntimamente a Jesucristo. Ahí está el secreto de nuestra vida cristiana. Cuando sabemos aunar nuestros sentimientos a los sentimientos de Cristo, cuando sabemos acoplar nuestras palabras al sonido del Evangelio, cuando sabemos ajustar nuestras obras al estilo de vida que nos ha mandado el Señor, cuando sabemos afrontar los sufrimientos, como Cristo mismo se ofreció y los afrontó, cuando podemos vivir esa confianza sin límite en Dios, nuestro Padre, que nos permite superar todas las sombras de las dificultades de la vida. Nada mejor, en este día de la Asunción de nuestra Madre, que podamos pedirle a Ella, que queremos vivir profunda, íntimamente asociados a su Hijo Jesús.

Y, ¿cómo nos enseñó Ella a vivir esta sintonía, esta vinculación, esta participación en la vida de Jesucristo? Yo os señalo estas tres palabras: la fe, la humildad y la misericordia.

La fe es la que abre nuestro corazón ante Cristo para decirle: Me fío de ti, camino contigo, me entrego a ti, me adhiero a ti. Queridos hermanos y hermanas, avivemos nuestra fe. No cabe duda de que nuestra sociedad la enfría y nos la hace vivir, a veces, como en un invierno. Pero, recordad siempre que en invierno las raíces profundizan y preparan siempre la primavera. Nuestra fe es la que nos permite estar profundamente arraigados en el Señor, aunque, algunas veces, veamos el árbol de nuestra vida sacudido por tormentas como el almendro, que en el invierno parece que se ha secado, pero si tiene las raíces insertas en la tierra y en la humedad, nos sorprenderá siempre con una floración preciosa en primavera. Siempre hay primavera para los que creen. Siempre hay un mundo nuevo para los que ponen su confianza en el Señor. María es dichosa porque ha creído. Y, si la contemplamos hoy florecida en la gloria, es porque antes supo ser dichosa en la fe, en la prueba, en el día a día, en el caminar, a veces, sin entender, pero siempre más confiada en la Palabra de Dios que en lo que veían sus propios ojos.

En segundo lugar, la humildad. La fiesta de la Asunción nos permite ver la belleza de la humildad, porque Dios la reviste de gloria. Así como el orgullo, ese poder tantas veces artificial que nos creamos los humanos, esas riquezas que tantas veces nos engañan, caen como un castillo de naipes, la humildad resplandece ante Dios, porque nos hace reconocer que es Dios quien nos trabaja, que es Dios el que realiza las maravillas en nosotros, que es Él el que nunca nos deja, si nosotros, como el niño, nos sabemos dejar conducir por su mano bondadosa. Humildad, que nos permite vivir en una sobriedad de vida. Humildad, que nos permite estar siempre cercanos y abiertos a nuestros hermanos. Humildad, que no nos deja engañarnos en un egoísmo artificial, que siempre nos cierra como en una campana de cristal. La persona humilde, como María, es la persona que está cerca de todos. ¿Cómo experimentamos esa cercanía de María, humilde y discreta en el servicio a su prima Isabel; en la atención en las bodas de Caná? Esa humildad que canta agradecida, porque el Señor ha mirado su pequeñez. Si somos humildes, no nos faltará alegría y resaltará en nosotros la obra de Dios, las maravillas de Dios, porque nosotros nos dejaremos guiar por sus manos.

Y la misericordia. En el Magníficat que María entona, en esa visita a su prima Isabel, y que puede ser como el resumen de su vida, la coronación de su vida, este cántico es un cántico a la misericordia de Dios. Es un cántico al Dios que nos acepta en nuestra fragilidad, al Dios que se inclina hacia el pobre y el desvalido, hacia el Dios que nos enseña a compartir su misma mirada de misericordia. "Ser misericordiosos como mi Padre es misericordioso", dice Jesús .

María, desde el cielo, no nos ha abandonado. María, asunta al cielo, sigue mirándonos con esa mirada que comparte con el Señor, ojos de misericordia, para que también nosotros nos miremos así. Porque en la vida todos tenemos fallos, porque en la vida todos experimentamos fragilidad y necesitamos ser mirados por la misericordia de Dios reflejada en la misericordia de los hermanos.

Si compartimos la vida de Cristo, si estamos asociados a Él por la fe, por la humildad y por la misericordia, estamos seguros que estamos llamados a compartir la misma gloria que resplandece en María.

Hoy, queridos hermanos, es una fiesta bella, hermosa. Los textos, los cantos, las flores que hemos ofrecido ante el monumento a la Asunta, todo nos invita a mirar la belleza del Evangelio. En la fiesta de María sentimos la alegría de haber podido contemplar, descubrir y vivir la Buena Noticia de Jesús: la maravilla del Evangelio.

DESPEDIDA DE NUESTRO OBISPO

20 agosto 2006

Querido hermano Braulio, queridos hermanos sacerdotes, querido Sr. Delegado del Gobierno, querido Sr. Alcalde de Santander, autoridades presentes, querido hermano sacerdote de la Iglesia Ortodoxa Rumana, hermanos de las Iglesias Evangélicas, queridos hermanos y hermanas.

Este momento es para mí un gran regalo de Dios. Estoy contento de que estéis aquí presentes los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los fieles laicos, en este mosaico tan hermoso de los niños, los enfermos, los hermanos sordos, los jóvenes, las familias, los mayores. También estoy muy contento porque, mi hermano y mis sobrinos pueden compartir conmigo este momento tan entrañable, representando a mi padre, que no ha podido venir, y a mi familia.

Es un momento de gracia. Todo es gracia. El apóstol nos ha invitado a dar gracias a Dios nuestro Padre, por todo, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Me gustaría que todos recordáramos esta tarde como una fiesta de acción de gracias a Dios. De verdad os digo, yo no quiero ser protagonista esta tarde. Yo soy un pobre servidor. Un pobre criadito al servicio del único Pastor. Él es el que está en medio de nosotros, es el que estará siempre con nosotros, es el que no nos abandona nunca. Los Obispos, sea por traslado, por muerte, por jubilación, tenemos limitado nuestro servicio, como también lo tenemos limitado por nuestras condiciones personales. Por eso, quiero que en esta tarde, queridos hermanos y hermanas, hagamos de este encuentro una acción de gracias a Dios.

Acción de gracias, porque el Señor nos ha concedido quince años para estrechar más fuertemente nuestros lazos de fraternidad; para descubrirnos como amigos; para compartir proyectos al servicio del Reino de Dios; para celebrar juntos grandes acontecimientos que nos han hecho sentir y vibrar, como Iglesia: el Jubileo del 2000, el Jubileo del Año Diocesano, los Jubileos de Sto. Toribio... Quince años en que hemos intentado escuchar la Palabra del Señor a través de la Lectura creyente del Evangelio y de tantas formas de Catequesis, a través de las cuales nos hemos preguntado: ¿Señor, qué quieres?

Demos gracias a Dios, porque en estos quince años hemos podido compartir los sacramentos, los dones del Señor a su Iglesia que nos alimentan y nos hacen crecer; y también hemos podido preguntarnos cómo ayudar mejor a quienes nos necesitan, y hemos cuajado pequeños y grandes proyectos al servicio de los pobres más cercanos y más lejanos, pudiendo así establecer una comunión con otras Iglesias. ¿No es esto hermoso?

Es verdad que, precisamente porque se han estrechado esos lazos de amistad y de fraternidad, un traslado, un cambio, siempre supone un tirón en el corazón. No cabe duda. Como también, cuando por mi parte se consideran estos quince años, no tengo sino que pedir os perdón por tantas veces como no he estado a la altura del ministerio, que se me había confiado. Pero me abandono a la misericordia de Dios y a vuestra comprensión. Y sé que es mucho más lo bueno que lo deficiente, lo que ha podido ser falta, o error o equivocación. Es mucho más lo bueno que ha hecho el Señor con nosotros. Y por eso os tengo que decir: Me voy contento, me voy alegre, porque he podido servir al Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo en medio de vosotros, y, porque veo que ahora el Señor continúa fiándose de mí para encargarme el cuidado de una nueva Diócesis, que sentiremos, de alguna manera, más hermana, la diócesis de Huelva.

Amigos, yo sí que tenía un proyecto que recorrer, pero es el Señor el que permanece. Por eso, en esta homilía, en esta celebración, yo quisiera decir: Poned la mirada y el corazón en Cristo, el Buen Pastor. Vivid este momento como un acontecimiento en el que podamos decir: Hemos crecido más. Esta situación, sin duda, nos ayuda a crecer como cristianos, porque nos ayuda a reconocer a Jesucristo, el Buen Pastor, en medio de nosotros. Un pobre criadito es el que os dice esto: el Buen Pastor es Él. Es Él el que hoy os

dice: "Yo soy el Pan de la Vida, el que come mi Carne y bebe mi Sangre, habita en mí y yo en él".

Convirtamos esta celebración en una renovación de la adhesión de nuestro corazón a Cristo. En una apertura de nuestra vida a su presencia. No cabe duda de que nos queda mucho por hacer. Yo recuerdo, que estando en el Seminario, me tocó representar una obra de teatro de Paul Claudel. Yo hacía el papel de padre de una familia, y este padre tenía que marchar a Jerusalén a un viaje largo y se sentaba a cenar con su familia y en esa cena de despedida decía: ¡Cuántas cosas hemos hecho, cuántas cosas nos quedan por hacer!. Pues sí, ¡cuántas cosas hemos podido hacer, gracias a Dios! ¡Cuántas cosas nos quedan por hacer!

Porque seguimos en camino, y nada me alegrará más, cuando tenga noticias vuestras, que el poder percibir que estáis creciendo en Cristo. Que se estreche cada vez más vuestra comunión, para que el mundo crea. Que seguís trabajando y buscando, para que el Evangelio impregne de valores nuestra sociedad, y que lo hacéis con un corazón lleno de alegría.

Queridos amigos, el Señor me ha regalado a vosotros como Pastor durante estos quince años, y a vosotros me los ha regalado a mí como hermanos. Me voy con el corazón repleto, me voy con el corazón lleno de amigos. Nunca os olvidaré y nunca saldréis de mi corazón. En el misterio de la Comunión de los santos, como decía el P. Manuel en sus amables palabras de introducción a esta celebración, en ese misterio de la Comunión de los santos estaremos siempre juntos.

Es posible que, en el momento presente, el camino se nos haga, a veces, pesado, se nos haga oscuro, se nos haga incierto. Pero, qué hermoso que, en esta celebración, el Señor nos diga que en medio del camino está Él como alimento del pueblo peregrino, que unidos a Él no hemos de temer. Sin Él no podemos hacer nada; con Él todo lo podemos. "El que come mi Carne y bebe mi Sangre, habita en mí y yo en él". Conservad siempre la celebración de la Eucaristía como el tesoro y el corazón de la Iglesia.

Cuando sintáis desesperanza, cuando sintáis cansancio, venid a esta fuente. El Buen Pastor estará siempre dispuesto con el Corazón abierto, como hemos recordado en este Jubileo de la Santa Cruz, para que de él mane un

río de gracia, que os dé fuerza y os vitalice. Yo no he tenido, ni he querido tener más sabiduría que Jesucristo, ni tengo otro tesoro que Jesucristo.

Es verdad, que me voy contento, porque me voy con más amigos, con el agradecimiento profundo a tantas personas que han colaborado conmigo, desde los que más cerca me han acompañado en la casa, hasta los que han trabajado en el Obispado, en las Vicarías, en los Arciprestazgos, en las Parroquias... hasta esa última persona que trabaja y limpia la última iglesita de nuestra Diócesis. Agradecido, amigos y hermanos.

Pero lo más importante es que he tenido que ser y he querido ser para vosotros Obispo. ¿Esto qué quiere decir? Pues que he venido enviado a vosotros para ser sucesor de los apóstoles, para dar testimonio de la resurrección de Jesucristo, para reunirnos en el nombre del Señor, para, unido a vosotros, avanzar como Iglesia. Y estoy contento, a pesar de mis fallos, porque creo que podemos decir: Hemos caminado juntos. Hemos caminado juntos, acompañados siempre por la protección maternal de la Virgen María, la Bien Aparecida, nuestra Madre. A Ella os encomiendo y a Ella me encomiendo.

Tengo que terminar. Hoy he optado por hablar sin papeles. Seguramente me habré dejado muchas cosas por decir, pero prefería hablaros así, a corazón abierto. Y quiero terminar recordando una oración que, después de un día de visita pastoral, después de tantos días que hemos podido compartir por nuestras montañas, por nuestras parroquias, al llegar a casa y entrar en la capilla, le decía al Señor: Señor, con sincero corazón te lo ofrezco todo. Todos estos gestos tan tiernos, tan hermosos de nuestros encuentros. Todo. Hoy también quiero decirle esta misma oración, mirando los quince años: Señor, con sincero corazón te lo ofrezco todo. Ojalá que ésta sea una ofrenda agradable a los ojos del Señor. Y también, antes de ir a descansar, le solía decir al Señor. A lo que sembramos, dale crecimiento. También se lo digo hoy. Hemos sembrado. ¡Cuántas veces, queridos hermanos sacerdotes, catequistas, hemos sembrado Evangelio. Pues que lo que hemos sembrado, el Señor lo riegue y lo haga crecer.

Gracias por todo. Os llevo en mi corazón. Cristo es nuestra vida. Alegraos en el Señor, os lo repito, alegraos. Amén.

INDICE

CARTAS PASTORALES

La cruz de Jesucristo es el árbol de la vida.....	5
Jesucristo, nuestra alegría.....	18
Con vosotros, todos los días.....	24
La Cruz, signo de vida.....	36

HOMILIAS

Funeral por los fallecidos en el atentado terrorista.....	49
Misa Crismal.....	51
A los jóvenes peregrinos a Santiago.....	57
En la solemnidad de la Asunción.....	59
En la fiesta de la Bien Aparecida.....	62
Misa Crismal.....	64
En las ordenaciones sacerdotales.....	68
En la fiesta de la Bien Aparecida 1994.....	73
En la apertura del Año Jubilar de Santo Toribio.....	76
En la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz.....	78
En la fiesta de la Bien Aparecida.....	82
En la fiesta de la Bien Aparecida	84
En el funeral de Miguel Angel Blanco	87
En la solemnidad de la Asunción	88
En la fiesta de la Bien Aparecida	91
Fiesta del Bautismo del Señor.....	94
Misa de acción de gracias por la Beatificación de la M. Carmen Sallés	95
En la Vigilia de Pentecostés	97
Solemnidad del Corques Christi	102
Fiesta de los Santos Mártires	103
Solemnidad de la Natividad del Señor	106
Semana Santa en la Catedral	108
En el 1700 aniversario del martirio de los Santos Emeterio y Celedonio	113

Misa de acción de gracias por la canonización de los beatos Román Martínez y Manuel Seco.....	119
En la apertura del Jubileo de la santa Cruz.....	123
Procesión del Corpus Christi.....	125
En la clausura del Jubileo de la Santa Cruz.....	128
Clausura del IV centenario de San Juan de la Cruz.....	132
En el funeral de D. Juan Antonio del Val Gallo.....	136
Bodas de Oro sacerdotales.....	139
XXV años del pontificado del Papa Juan Pablo II.....	141
500 años del voto de San Matías.....	145
Primer aniversario del fallecimiento de Mons. Juan Antonio del Val Gallo.....	148
Fiesta de la Sagrada Familia.....	151
En el funeral por la víctimas del atentado de Madrid.....	154
Misa Crismal 2004.....	156
Bodas de Oro y Plata sacerdotales.....	160
Vigilia de Pentecostés.....	164
En las ordenaciones sacerdotales.....	168
En la apertura del año diocesano y mariano.....	171
En la fiesta de San Román y San Manuel.....	175
En la ordenación de diáconos.....	178
En la celebración del 250 aniversario de la creación de la Diócesis...	181
En la Misa Crismal 2005.....	184
Bodas de diamante, oro y plata sacerdotales.....	188
En las sagradas órdenes.....	192
En la coronación canónica de la Virgen del Mar, patrona de Santan- der.....	196
Misa retransmitida por RNE desde el santuario de la Bien Aparecida	199
Celebración de Ntra. Sra. Bien Aparecida.....	201
Vigilia de la Inmaculada Concepción de María.....	205
Dedicación S.I. Catedral.....	209
Solemnidad de la Natividad del Señor.....	212
La Natividad del Señor.....	216
Fiesta de la Presentación del Señor.....	219
Miércoles de Ceniza 2006.....	221
Domingo I de Cuaresma.....	224
Domingo II de Cuaresma.....	226
Domingo III de Cuaresma.....	229

Fiesta de Ntra. Sra. de Lourdes, Dia del enfermo.....	232
Domingo de ramos 2006.....	235
Misa Crismal 2006.....	237
Jueves Santo.....	241
Viernes santo.....	243
Vigilia Pascual.....	245
Domingo de Pascua.....	247
Apertura año santo Lebaniego.....	250
Confirmación de adultos.....	254
La Ascensión del Señor.....	256
Solemnidad de Pentecostés.....	259
Virgen del Mar.....	262
Solemnidad del Apóstol Santiago.....	265
Asunción de Ntra. Señora.....	267
Despedida de nuestro obispo.....	270